AUTORA *BEST SELLER* DEL *NEW YORK TIMES*

erin watt

Una última vez

wonderbooks

Beth Jones está a punto de terminar el instituto y ha pasado los últimos tres años atrapada en el inmenso dolor de una tragedia familiar. Con unos padres sobreprotectores que la vigilan constantemente, Beth anhela recuperar la libertad, así que una noche se escapa de casa y acaba en una fiesta. Allí conoce a Chase, un chico misterioso con el que, por primera vez en mucho tiempo, vuelve a sentirse viva.

Pero Chase guarda un secreto: acaba de regresar a la ciudad después de pasar tres años encerrado en un reformatorio… y lo que oculta está relacionado con la herida profunda de la familia Jones.

Beth y Chase no deberían enamorarse. Lo saben, y todo el mundo se encargará de recordárselo. Pero a veces, cuando todo está roto, el corazón elige lo que más necesita.

Erin Watt

Una última vez

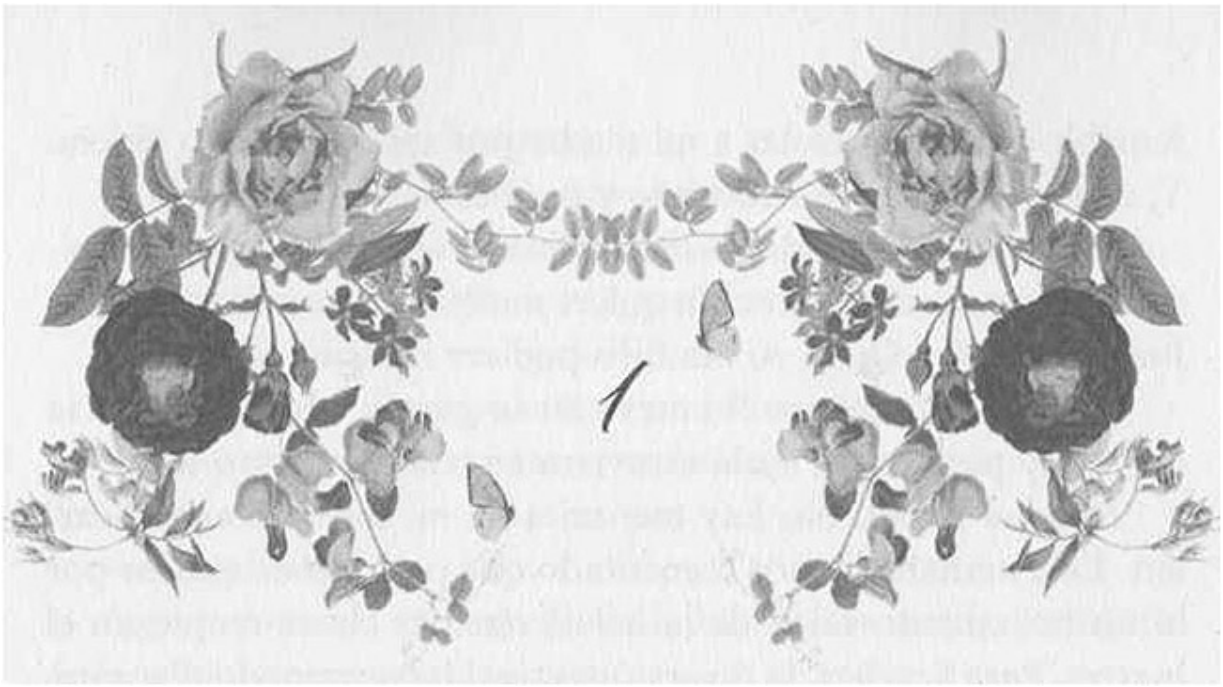


Título original: *One Small Thing*
Erin Watt, 2018
Traducción: Eva García Salcedo, 2025

Revisión: 1.0

02/02/2026

Este libro está dedicado a las ayudantes y publicistas
que nos echan una mano a diario:
Nicole, Nina, Natasha y Lily



—Hola, bonito. —Me río mientras Morgan, el perro de los Rennick, corre por el césped y salta sobre mis pantalones color caqui.

—¡Morgan, ven aquí! —grita, exasperada, la señora Rennick—. Perdona, Lizzie —dice, apresurándose a quitarme de encima al gran perro negro, sin mucho éxito. Ella es menuda y él es tan grande que miden casi lo mismo.

—No pasa nada, señora R. Adoro a Morgan. —Me agacho y rasco al grandullón detrás de las orejas. Él ladra alegremente y me babea toda la mejilla—. Ah, y ahora es Beth —le recuerdo a mi vecina. Tengo diecisiete años y «Lizzie» es un nombre que me gustaría que cayera en el olvido. Por desgracia, nadie lo tiene presente.

—Es verdad. Pues, Beth, no lo alientes —me regaña mientras tira del collar de Morgan.

Le froto un poco más detrás de las orejas y lo dejo en paz.

—Tu madre se va a enfadar —me dice la señora R, preocupada.

Miro los pelos de perro que tengo por toda la camisa blanca, que

ya me había manchado comiendo en el trabajo, y respondo:

—Iba a cambiarme de todos modos.

—Aun así, dile que lo siento. —Se lleva a Morgan por el collar—. Lo vigilaré más, lo prometo.

—No pasa nada —le digo—. Me encanta estar con Morgan. Vale la pena el castigo. Además, ya no hay motivo para que no tengamos mascota —digo con determinación—. La razón por la que no hay mascotas en casa desapareció hace tres años, aunque a mis padres no les guste admitirlo.

La señora R se queda callada un momento. No sé si se está aguantando las ganas de cantarme las cuarenta por ser una insensible o de cantárselas a mi madre por ser demasiado severa. Y, como no lo sé, me acobardo y no insisto.

—Sus motivos tendrá —dice al final la señora R, que se despide con un pequeño gesto. No quiere meterse en nuestros asuntos. Buena elección. Ojalá yo también pudiera lavarme las manos.

Morgan y la señora R entran en su garaje. Me vuelvo hacia mi casa y pienso que ojalá estuviera en cualquier otro lugar.

Miro el móvil. No hay mensajes de mi mejor amiga, Scarlett. Esta mañana hemos comentado que podríamos quedar por la noche, cuando salga de la heladería. Las clases empiezan el martes. Para Scarlett, la diversión estival ha terminado. Para mí, significa que estoy un día más cerca de la verdadera libertad.

Muevo la cabeza a un lado y al otro para reducir la tensión que siempre aparece en cuanto veo mi casa. Exhalo profundamente y me obligo a avanzar.

Dentro, «Bad Blood» de Taylor Swift se cuela en el vestíbulo. La lista de reproducción de mamá consiste en canciones de 2015 en bucle: Sam Smith, Pharrell Williams y One Direction… cuando este último todavía era un grupo de cinco miembros. Me quito los horribles zapatos negros del trabajo y dejo el bolso en el banco.

—¿Eres tú, Lizzie?

¿Tanto le costaría llamarme Beth por una vez?

Aprieto los dientes.

—Sí, mamá.

—Ordena tu vestidor. Está todo manga por hombro.

Miro mi sección del mueble del recibidor. No está tan desordenada: hay un par de chaquetas colgadas, una pila de libros de Sarah J. Maas que estoy releyendo por enésima vez, una cajita de caramelos de menta, un espray corporal que me compró Scarlett en las últimas rebajas de Victoria's Secret y material escolar.

Mientras reprimo un suspiro, lo amontono todo sobre los libros de Maas y entro en la cocina.

—¿Lo has recogido? —me pregunta mamá sin molestarse en levantar la vista de las zanahorias que está troceando.

—Sí. —La comida no tiene buena pinta, pero nunca la tiene cuando salgo de trabajar.

—¿Seguro?

Me sirvo un vaso de agua.

—Sí, mamá. Lo he ordenado todo.

Supongo que no he sonado convincente, porque deja el cuchillo y se dirige al vestíbulo. Al momento, oigo:

—Pero ¿no habías recogido?

¡Uf! Estampo el vaso de agua en la mesa y voy tras ella.

—Sí —exclamo, y señalo el ordenado montón de enseres y libros.

—¿Y eso?

Sigo la línea de su dedo hasta la bandolera que hay colgada en la sección contigua a la mía.

—¿Qué pasa con eso?

—Tu bolso está en el lado de Rachel —dice—. Sabes que no le parecía bien.

—¿Y?

—¿Cómo que y? Pues que lo quites.

—¿Por?

—¿Cómo que *por*? —Se le tensa el semblante y abre los ojos como platos—. ¿Por? Ya sabes por qué. ¡Quítalo ya!

—Pero… Mira, paso. —Enfadada, estiro el brazo por detrás de ella y tiro el bolso hacia mi lado—. Ya está. ¿Contenta?

Mamá aprieta los labios. Se está aguantando las ganas de soltarme un comentario mordaz, pero en su mirada veo lo furiosa que está.

—Parece mentira que no lo sepas —replica antes de darse la vuelta—. Y limpíate los pelos de perro. Las mascotas no están permitidas en esta casa.

Las palabras llenas de furia se me agolpan en la boca, me obstruyen la garganta y me inundan la mente. Aprieto los dientes con tanta fuerza que noto la tensión en toda la mandíbula. Si no lo hiciera, se me escaparían las palabras. Las hirientes, las que me hacen parecer indiferente, egoísta y celosa.

Y tal vez lo sea, no lo niego. Pero soy yo la que sigue viva. ¿Acaso no importa?

Madre mía, estoy deseando graduarme. De irme de esta casa. De huir de esta cárcel de mierda.

Me estiro de la camisa, se me salta un botón y cae al suelo embaldosado. Maldigo para mis adentros. Tendré que rogarle a mamá que me lo cosa esta noche, porque solo tengo una camisa de trabajo. A tomar viento. ¿Qué más dará? ¿Qué más dará que vaya con la camisa sucia? Que los clientes de la heladería aparten la mirada si taaaaanto se ofenden por unos pelos de perro y unos churretones de sirope de chocolate.

Meto la camisa sucia en el lavadero que hay junto a la entrada y, por si acaso, me quito los pantalones. Entro en la cocina en ropa interior como si nada.

A mamá se le escapa un ruidito de fastidio desde el fondo de la garganta.

Justo cuando voy a subir las escaleras, me fijo en la pila de sobres blancos que hay en la encimera. La letra me resulta familiar.

—¿Qué es eso? —pregunto, inquieta.

—Tus solicitudes de admisión a la universidad —responde sin ganas.

Estoy alucinando. Se me forma un nudo en el estómago al ver los sobres, la letra y el remite. ¿Qué hacen ahí? Me apresuro a

hojearlos: la Universidad del Sur de California, la Universidad de Miami, la Universidad Estatal de San Diego y la Universidad Bethune-Cookman.

La emoción me desborda y estallo.

Le doy un manotazo a la pila de sobres.

—¿Por qué los tienes tú? —exijo saber—. Los eché al buzón.

—Y yo los saqué —dice mamá, con los ojos aún clavados en las zanahorias que tiene delante.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste? —Noto que se me humedecen los ojos, que es lo que me pasa siempre que me enfado o me pongo nerviosa.

—¿Para qué molestarte? No vas a ir a ninguna de ellas. Coge una cebolla.

Le agarro de la muñeca.

—¿Cómo que no voy a ir a ninguna de estas universidades?

Me aparta la mano y me echa una mirada fría y altiva.

—Somos nosotros quienes pagamos tu educación, así que irás donde te digamos: a la Universidad de Darling. No hace falta que solicites más admisiones; ya hemos rellenado el formulario para que vayas allí. Supongo que te aceptarán en octubre, más o menos.

Darling es una universidad en línea a la que se le paga para que te conceda un título. No es una institución seria. Nadie se toma en serio un título de Darling. Cuando en verano me dijeron que querían que me matriculara ahí, pensé que estaban de coña.

Me quedo boquiabierta.

—¿A Darling? Ni siquiera es una universidad de verdad. Es…

Blande el cuchillo y dice:

—Se acabó la discusión, Elizabeth.

—Pero…

—Se acabó la discusión, Elizabeth —repite—. Lo hacemos por tu bien.

La miro atónita.

—¿Es por mi bien que me retenéis aquí para que no vaya a la universidad? ¡Los títulos de Darling no valen ni el papel en el que

están impresos!

—No necesitas ningún título —dice mamá—. Trabajarás en la ferretería de tu padre y, cuando él se jubile, tú te harás cargo del negocio.

Siento un escalofrío. Dios mío, me van a retener aquí para siempre. No permitirán que me marche nunca. Jamás.

Han apagado mis ansias de libertad como quien extingue la llama de una vela con la mano.

Las palabras se me escapan sin poder evitarlo. No es mi intención, pero ya no puedo más.

—Está muerta, mamá. Lleva muerta tres años. Que cuelgue mi bolso en su percha no impedirá que vuelva a casa. Que adopte un perro no hará que se levante de la tumba. Está muerta. ¡Muerta! —grito.

¡Zas!

No veo venir su mano, que me golpea en la mejilla. La alianza me da de lleno en el labio. Enmudezco del asombro, que es lo que pretendía, claro.

Abre los ojos como platos. Nos miramos fijamente, con la respiración agitada.

Yo me desmorono antes que ella y salgo corriendo de la cocina. Puede que Rachel esté muerta, pero en esta casa su espíritu está más vivo que yo.



—No quiero ir. —El tono firme de Scarlett no flaquea. Llevamos veinte minutos de pie delante de la gasolinera discutiendo sobre nuestros planes y mi mejor amiga no cede.

Yo tampoco. Todavía me duele la mejilla por el bofetón que me ha dado mi madre antes.

Las chicas que nos han invitado a la fiesta están apoyadas en el lateral de un todoterreno negro con la capota bajada y arrugan con fastidio sus rostros llenos de maquillaje. El conductor, que tiene el pelo oscuro, parece impaciente. Me sorprende que nos estén esperando, ya que no nos conocen de nada. Nos han invitado tras hablar cinco segundos en el pasillo de las patatas fritas porque le he dicho a la rubia que me gustaba su camisa.

—Vale, pues no vayas —le digo a Scarlett.

Veo el alivio en sus ojos marrones.

—Ah, vale, guay. Entonces, ¿no vamos?

—No, tú no vas. —Alzo el mentón—. Yo sí.

—Lizzie…

—Beth —la interrumpo con brusquedad.

Su mirada, cargada de irritación, no me pasa inadvertida.

—Beth —se corrige, alargando la sílaba como si no quisiera pronunciarla.

Al igual que a mis padres, a mi mejor amiga le está costando acostumbrarse a mi nuevo nombre. No considera que Lizzie sea infantil. «¡Es más infantil que te cambies el nombre de repente, cuando toda la vida te hemos llamado Lizzie!», fue su respuesta cuando anuncié, a principios de verano, que ahora me llamaría Beth. Pero ¿qué otra cosa iba a decir? Scarlett es un nombre chulísimo. ¿Quién querría cambiárselo?

—Ni siquiera conoces a estas tías —dice Scarlett.

Vuelvo a encogerme de hombros.

—Pues ya las conoceré.

—Beth —dice ella, compungida—. Porfa.

—Por favor, Scar —digo igual de apenada—. Lo necesito. Después de lo que ha pasado hoy, necesito una noche loca y divertida sin tener que pensar en nada.

Su gesto se suaviza. Sabe que mi madre me ha pegado y me la ha jugado con las solicitudes de admisión a la universidad; no he hablado de otra cosa desde que he llegado a su casa, hace un rato. Creo que es uno de los motivos por los que ha sugerido que vayamos a dar una vuelta en coche: ya estaba harta del tema.

—La verdad es que no me apetece ir —admite—, pero tampoco quiero que vayas sola.

—Estaré bien —le prometo—. Me quedaré un par de horas, veré el panorama y volveré a tu casa. Podemos quedarnos despiertas toda la noche comiendo helado.

Pone los ojos en blanco.

—Todo para ti. Yo voy a seguir una dieta exprés hasta el lunes, que se acerca el primer día del último curso y quiero estar sexi.

Se oye un fuerte bocinazo procedente del todoterreno.

—¡Va, venga! —grita el conductor.

—Adiós, Scar —le digo con prisa—. No cierres con llave la puerta

trasera, ¿vale?

Entonces, antes de que le dé tiempo a replicar, corro hasta el vehículo.

—Ya voy —les digo a las chicas, porque, como no haga algo que se salga de la estricta rutina que han decretado mis padres, explotaré. No quedarán de mí más que retazos. De hecho, así me siento ahora mismo, como si no fuera más que retazos pegados por mis padres.

—Ya era hora —masculla una de ellas mientras la otra hace una burbuja rosa chillón con su chicle.

—¡Beth! —grita Scarlett.

Me giro.

—¿Has cambiado de idea?

Niega con la cabeza.

—Ten cuidado.

—Sí. —Me siento con la rubia en la parte de atrás. Su amiga se monta en el asiento del copiloto y le susurra algo al conductor. Me inclino hacia un lado para volver a dirigirme a Scarlett—. Si llaman mis padres, diles que estoy durmiendo. Volveré en unas horas. Lo prometo.

Le lanzo un beso y, tras un instante de vacilación, finge que lo atrapa y se lo estampa en la mejilla. A continuación, se dirige a su coche y el chico que está al volante del todoterreno acelera y salimos a toda velocidad del aparcamiento de la gasolinera.

Mientras el viento se me cuela bajo la melena y la mueve, repaso los pecados que acabo de cometer.

Aceptar la invitación de unas tías a las que no conozco para ir a una fiesta.

Ir a una fiesta al pueblo de al lado, una zona que no es, precisamente, tan bonita y segura como el pueblecito en el que me he criado.

Subirme al coche de unos desconocidos. Probablemente sea el peor pecado de todos. Mis padres me enviarían a un convento si se enterasen.

Pero ¿sabéis qué?

Que me la pela.

Me han dejado claro que voy a pasar mis años universitarios con ellos, así que estamos en guerra.

Siento que estoy en una jaula, agobiada por sus reglas, su paranoia y sus miedos. Tengo diecisiete años. Debería estar emocionada por mi último año de secundaria; debería tener un montón de amigas, salir con chicos guapos y pasármelo bomba. Dicen que a partir de ahora todo irá cuesta abajo, algo deprimente porque, si estos son los mejores años de mi vida, ¿cómo de chunga se va a poner?

—¿Cómo te llamas, por cierto? —me pregunta la rubia.

—Beth. ¿Y tú?

—Ashleigh, pero llámame Ash. —Señala el asiento delantero—. Estos son Kylie y Max. Todos vamos al instituto Lexington. Este año iremos a primero de Bachillerato.

—Yo a segundo en Darling —le digo.

Esboza una ligera mueca de desprecio con sus labios rojos.

—Vaya, así que eres de esas.

Me molesta la insinuación.

—No todos los que van a Darling son ricos, ¿sabes? —No miento; mi familia no es ni por asomo tan rica como otras familias del pueblo, aunque nuestra zona residencial de las afueras es segura y tranquila.

La fiesta a la que vamos se celebra en Lexington Heights (o Lex, como lo llaman sus habitantes), un barrio de clase obrera en el que las casas son más pequeñas, la gente es más pobre y los chicos son más camorristas. En Darling se pasa coca, éxtasis y hachís. En Lex es más probable que te ofrezcan metanfetamina.

A mis padres los llevarían los demonios si supieran que estoy aquí; a Scarlett casi le dio un patatús cuando paramos a repostar en Lexington.

—¿Y qué haces en Lex un sábado por la noche? —Kylie se gira para hacerme la pregunta—. ¿Vienes a pegarte un buen «viaje»?

Me encojo de hombros.

—Solo quiero divertirme antes de que empiecen las clases.

Max grita con fuerza:

—¡Esta chica me gusta! ¿Cómo te llamas, chica-en-bus-ca-de-diversión?

—Beth —repito.

—Beth. —Me tiende una mano mientras con la otra sujeta el volante—. Choca esos cinco, Bethíe. ¡Que empiece la fiesta!

Le choco la mano con torpeza y logro sonreír. De pronto me siento fatal por haber dejado tirada a Scarlett, pero relego la culpa a lo más hondo de mi mente y me olvido. Además, a ella le ha parecido bien que al final me fuera, aunque no creo que entienda del todo por qué tenía que marcharme. Los padres de Scar son la hostia: son tranquilos y divertidos, y le dan tanta libertad que no sabe ni qué hacer con ella.

Lo pillo. De verdad que sí. En serio. Mamá y papá perdieron a una hija; yo, a una hermana. Todos queríamos a Rachel y todos la echamos de menos; yo más que nadie; pero el accidente de mi hermana fue eso, un accidente, y la persona responsable recibió su merecido. ¿Qué más se puede pedir? Rachel nunca volverá; la vida no es así. Pero se hizo toda la justicia posible.

Y yo sigo viva. Estoy viva y quiero vivir.

¿Tan horrible es?

—¡Ya hemos llegado! —anuncia Ashleigh.

Max aparca frente a una casa estrecha con una fachada de tablillas blancas y un césped descuidado y plagado de adolescentes. Allí mismo, al aire libre, circulan botellas de cerveza y porros, como si les trajera sin cuidado la idea de que pasara un coche patrulla.

—¿De quién es esta casa? —pregunto.

—De un tal Jack —responde Ash con aire distraído. Está demasiado ocupada saludando a unas chicas en el jardín.

—¿Están sus padres en casa?

A Kylie se le escapa una risita.

—No.

Perfecto.

Bajamos del todoterreno y nos abrimos paso entre la multitud para llegar a la puerta principal. Kylie y Max desaparecen en cuanto entramos en la casa. Ashleigh permanece pegada a mí.

—¡Vamos a tomar algo! —propone.

Apenas la oigo por culpa de la ensordecedora canción de *hip-hop* que hace temblar las paredes. La casa está abarrotada de gente y el aire huele a una combinación de perfume, loción corporal, sudor y cerveza rancia. No es exactamente mi ambiente, pero la línea de bajo es brutal y los invitados parecen simpáticos. Casi esperaba ver peleas a puñetazo limpio y gente liándose en las paredes, pero, por lo general, solo bailan, beben y hablan muy alto.

Ash me lleva a una cocinita con encimeras de linóleo y un empapelado desfasado. Unos cuantos chicos se agolpan en una puerta con mosquitera, que permanece abierta, para fumarse un porro.

—¡Harley! —grita Ash, contenta, y corre a abrazar a uno de los chicos, que se separa del grupo—. ¡Madre mía! ¿Cuándo has vuelto?

El tipo alto la levanta del suelo y le planta un beso. Diría que está colocado, porque tiene los ojos bastante vidriosos. Me apoyo con torpeza en la encimera y hago como que encajo. Esto es lo que quiero, me digo: una fiesta intensa que cabrearía a mis padres.

—Anoche, a las tantas —contesta—. Paramos a cenar en Chicago para reponer energía y acabar el trayecto. Marcus dijo que prefería pasarse la noche conduciendo a pagar un motel.

—Deberías haberme llamado esta mañana —se queja Ash.

Él le pasa un brazo por los hombros. ¿Es su novio? No me lo ha presentado aún, así que no tengo ni idea.

—¡Si me he levantado hace una hora! —dice Harley, riéndose—. Si no, te habría llamado. —Entorna los ojos—. ¿Has visto ya a Lamar?

—No. Pero cero ganas.

—Tonya dice que lo vio con Kelly anoche en los recreativos.

—No sabe nada esta. Que imite a Alex y la deje por golfa.

Harley. Marcus. Tonya. Kelly. Lamar. Alex.

¿Quién es toda esta peña? Me quedo junto a la encimera, cada vez más incómoda, mientras Ashleigh y su posible novio nombran a gente que desconozco.

Echo un vistazo a mi alrededor. Ash y Harley siguen hablando, casi discutiendo, sobre sus amigos. No me importa, no he venido a cotillear. Estoy cansada de quedarme de brazos cruzados y permitir que me controlen. Durante los últimos tres años he hecho lo que me han dicho, me he apuntado a las optativas recomendadas y he conseguido el empleo que querían mis padres para mí.

¿Y qué obtengo a cambio?

Cuatro años más de condena. La puerta de la celda se me ha cerrado en las narices antes de que pudiera salir siquiera. Miro la caja de cerveza. Podría emborracharme, pero sería demasiado fácil; podría drogarme, pero sería demasiado peligroso. Necesito hacer algo a caballo entre emborracharme y drogarme que me satisfaga y cabree a mis padres.

Un movimiento me llama la atención. Al darme la vuelta, me encuentro con un chico guapísimo que se apoya en la puerta de la cocina. Tiene los ojos azules más oscuros que he visto en mi vida. Son increíbles. Tiene una abertura en la ceja izquierda. Desde mi posición parece una cicatriz, o que se ha pasado depilándose, pero no parece que le vaya ese rollo.

Su mandíbula está cubierta por una barba rubia oscura, lo que lo hace parecer mayor que los demás. Los chicos de la cocina, incluido Harley, no tienen vello facial, y no son, ni de lejos, tan altos como Ojos Azules, ni tan fornidos o atractivos.

A él. Eso es lo que necesito: un malote que me lleve por el mal camino.

Me siento poderosa. Esto enfurecería a mis padres más que cualquier otra cosa. Todos los chavales beben, pero ¿cuántos se acuestan con cualquiera? Mi madre se subiría por las paredes.

En mi mente, me froto las manos con alegría y empiezo a maquinar. No me mira a los ojos, pero tampoco mira a nadie más, ni

a chicos ni a chicas. No lo describiría como distante, pero hay una barrera entre él y el resto, como si temieran acercarse a él. Emana un aura serena y centrada.

Justo lo que no soy yo.

Miro los vaqueros ajustados y rotos y el diminuto top amarillo con cuello *halter* que llevo y confirmo que tengo la cremallera cerrada y no se me salen las tetas. No soy la más sexi de por aquí, pero él está solo y yo también.

Además, me la suda si me rechaza, no volveré a verlo. Y el objetivo de salir esta noche era hacer cosas que no haría nunca. Echar una canita al aire.

—¿Quién es tu amiga?

Me sobresalto al oír la voz de Harley. Por fin me ha visto.

—Hola —digo, apartando la mirada de Ojos Azules para sonreírle a Harley—. Soy Beth.

—Yo Harley. —Suelta a Ashleigh y viene a abrazarme. Al parecer, le encanta dar abrazos—. Encantado de conocerte. ¿Te apetece colocarte?

—Mmm, quizá luego —digo con calma, rezando para que no note que me he sonrojado ni se percate de que no he fumado hierba en mi vida.

—Sí, luego mejor —conviene Ash. Qué alivio—. Vamos a bailar. —Se pone a mi otro lado y me coge del brazo.

¿Bailar? Echo un vistazo a la puerta y descubro que Ojos Azules se ha ido. Qué chasco más grande. Me pregunto adonde habrá ido. Quizá también vaya a la pista de baile… Bueno, no. No parece de los que menean el esqueleto al ritmo de una canción tecno. Es demasiado intenso para eso. De todas formas, la mayoría de los tíos no bailan. Se creen demasiado guais.

—Va —dice Ash tirándome del brazo.

Aparco a Ojos Azules. Bailaré con Ashleigh e iré a buscarlo. Dejo que mi nueva amiga me arrastre al salón, donde la música está más alta y el ambiente más caldeado. Empiezo a sudar, pero no pasa nada porque todos los demás están igual. Ash me da con el culo en

la cadera y ambas nos reímos, meneamos el pelo y bailamos hasta que no podemos más.

Esto es lo que quería esta noche: divertirme y sentirme joven, y no pensar en que mi vida es un chiste. No tengo vida. No me dejan ir a fiestas, solo a las casas de mis amigas, y solo si sus padres están presentes. Esta noche, dar un paseo con Scarlett era un no rotundo. Sus viejos también estaban al tanto: para mi vergüenza, mis padres han informado a las familias de mis amigas de las normas que me han puesto. Creo que la madre de Scar se compadece de mí; tanto que, cuando nos íbamos, ha hecho la vista gorda. La adoro.

Y adoro esto: la música, el jaleo y que la sala esté llena de desconocidos que no saben quién soy. Nadie sabe nada de Rachel; nadie se compadece de mí; nadie está pendiente de mí.

Me aparto el pelo y, de nuevo, choco las caderas con Ash. Entonces doy un traspié al volver a avistar a Ojos Azules.

Es el destino, que quiere que nos conozcamos esta noche.

Va al sofá en forma de L y se inclina para decirle algo a un chico robusto que lleva una camiseta roja. Su cabello es más largo de lo que pensaba; se le riza por debajo de las orejas y le cubre la frente. Su tono rubio oscuro se parece mucho al de mi pelo.

Cojo a Ash del brazo y le pregunto:

—¿Quién es ese?

—¿Qué? —grita para hacerse oír.

Me acerco a su oreja.

—Que quién es ese —repito, más fuerte—. El del sofá.

Ella frunce el ceño.

—¿Quién?

Al girarme reprimo un gruñido. ¡Se ha vuelto a ir! Joder. El tío este aparece y desaparece como un *ninfa*. Esta vez no se me escapa.

—Voy a hacer pis —le digo a Ashleigh.

Ella asiente y se va a bailar con otra persona. Me abro paso entre la multitud. Ojos Azules ha vuelto y está apoyado en la puerta de la

cocina.

Respiro hondo y me obligo a avanzar. Jamás de los jamases le he tirado la caña a un tío. Se avecina desastre.

Atisbo una hilera de chupitos en una mesa. Cojo uno y me lo bebo de un trago. El líquido asqueroso me quema al tragarlo y me llevo una mano a la boca para disimular la tos. Al levantar la vista, cruzo la mirada con Ojos Azules.

Con un coraje que no sabía que tenía, cojo dos chupitos y me los llevo.

—Parece que necesitas un trago —le digo, ofreciéndole uno.

Lo acepta y dice:

—Parece que ha sido la primera vez que bebes un chupito.

Menos mal que estamos a oscuras y nadie ve que me pongo como un tomate.

—No, he bebido unos cuantos a lo largo de mi vida —respondo, mintiendo.

—Ya —dice antes de llevarse el vaso a los labios. Se lo bebe como si nada y se guarda el vaso vacío en el bolsillo delantero de los vaqueros. Se me van los ojos a su pantalón y, cuando vuelvo a mirar arriba, veo que me observa desconcertado.

—¿Sabes quién soy? —pregunta.

Me chupo el labio inferior mientras me pregunto qué contestarle. ¿Es famoso? No quiero quedar mal.

—Pues claro. —Me encojo de hombros con el mayor pasotismo posible—. ¿No lo saben todos?

Su expresión se torna sombría.

—Sí, seguramente. Pero aquí sigues, hablándome y trayéndome bebida. —Le da un golpecito a mi chupito.

—Como he dicho, parecías necesitar beber.

Se pasa una mano por la cara. El cariz oscuro ha desaparecido y lo sustituye un gesto cansado.

—Supongo que sí. ¿Y a qué has venido? ¿Te apetece hacer locuras?

Lo último lo ha dicho con un profundo desdén. El instinto me

aconseja que no sea sincera, porque si confieso que he venido para cabrear a mis padres Ojos Azules se esfumará, y por nada del mundo quiero que eso suceda.

No porque crea que es la mejor manera de vengarme de mis padres, sino porque este chico tiene algo interesante. Porque quiero conocerlo. Porque quiero que desee conocerme.

No puedo decirle el auténtico motivo, pero puedo ser franca, aunque me muera de vergüenza.

—¿Acaso no puedo llevarle una bebida a un chico guapo? He intentado que te fijaras en mí antes, pero has desaparecido. Te he visto aquí solo y me he animado a hablarte. Si eso para ti es hacer locuras, no debes de salir mucho.

Ladea la cabeza.

—¿Es broma?

—Sí. Pero no debe de ser muy buena, porque no veo que te rías. —Me quedo mirando el chupito que sujeto. Ha ido mucho peor de lo que imaginaba.

Resopla.

—Es que mis habilidades sociales dejan mucho que desear. Broma o no, ambos sabemos que no he salido mucho en los últimos tres años.

No sé de qué habla, pero como he fingido que lo sabía todo sobre él, ahora no puedo pedirle explicaciones.

—Entonces, ¿me voy?

—No, quédate. —Se le dibuja una leve sonrisa—. No te voy a engañar: me estás aumentando la autoestima una barbaridad.

—Pues tú me estás hundiendo la mía —admito, un tanto irritada.

La sonrisa ahora es más amplia. Es tan guapo que me deja sin habla.

—Es la primera vez que me saluda una chica tan guapa.

El corazón me late a mil por hora. Alucino tanto que no se me ocurre una respuesta adecuada.

Agacha la cabeza, avergonzado.

—¿Muy ñoño?

Recupero la voz y digo:

—Demasiado genial. Se me están subiendo tanto los humos que me voy a ahogar.

—Pues vámonos.

—¿En serio? —pregunto, atónita—. ¿Adónde?

—Fuera. Me gusta tomar el aire.

—Y a mí.

Me tiende la mano. La mía encaja perfectamente con la suya. Sus dedos largos me envuelven el dorso de la mano y noto unos callos duros en la palma. Dejamos los chupitos en la encimera de la cocina, por la que pasamos. Ya no me hace falta alcohol. Voy de la mano del chico más guapo del mundo, siento que floto.

Nos abrimos paso entre la multitud. Hay quien se nos queda mirando. Levanto la cabeza. «Sí, estoy con este tío bueno».

Fuera, el barullo, como el número de gente, disminuye. Cruzamos el porche en dirección a un pequeño cobertizo.

—¿Ahí es donde escondes los cuerpos? —bromeo.

Frena en seco.

—Te va el humor negro, ¿eh?

El comentario me hace recordar la risa histérica que me dio durante el funeral de Rachel, cuando me tapé la cara para que no se me escapara y todos creyeron que estaba sollozando. Más que humor negro fue un mecanismo de defensa.

—Prefiero reír que llorar —confieso—. Lloro con demasiada facilidad. Me da una rabia…

Se deja caer sobre el césped.

—No es una mala filosofía, lo de reír en vez de llorar.

—Ojalá tuviese más control sobre mis lágrimas. Es frustrante cuando estoy enfadada y todos piensan que estoy triste. —Me siento a su lado mientras me pregunto por qué le estoy contando estas cosas. Me callo y escucho a los grillos cantar con la tenue música de la casa de fondo.

—¿Tienes nombre? —me pregunta en broma.

—Me llamo Beth.

Se pasa la mano por el pelo alborotado. Me fijo en que se le marcan los bíceps al hacerlo. Tiene unos brazos impresionantes, tonificados.

—Yo Chase. —Me señala con la cabeza y agrega—: Y sigo pensando que eres demasiado buena para estar aquí conmigo.

—Ni que me estuvieras obligando —digo—. ¿Es que quieres que me vaya?

—No, para nada. —Exhala de nuevo y, por un instante, su fina camiseta de algodón resalta su cuerpo esculpido.

Madre mía, está buenísimo.

—Es bonito, ¿eh?

Contemplo el cielo nocturno y luego el rostro de Chase, que mira hacia arriba. Está tan nublado que casi no se ve la luna, y mucho menos las estrellas.

—Supongo. —Él es bonito. ¿El cielo? No tanto.

Ríe para sí y dice:

—Podría llover a cántaros, me daría igual.

—Y a mí. —«Porque estoy contigo», pienso. Hacía semanas que no estaba tan a gusto conmigo misma, tal vez meses. La pelea con mi madre se me antoja un recuerdo lejano.

Su mano descansa en el suelo, entre nosotros. Acerco la mía y junto nuestros meñiques.

—Qué dedos más largos tienes.

Deja de mirar el cielo y se fija en nuestros dedos.

—O qué dedos más cortos tienes tú.

—Oye, que tengo manos normales.

—A ver. —Me cubre la mano con la suya y sus dedos ocultan los míos por completo.

Se me acelera el corazón y se me seca la boca. Me hormiguean partes del cuerpo que no sabía que podían hormiguear.

—¿Vas a besarme? —se me escapa de repente.

Esboza esa preciosa sonrisa que tiene.

—Sí, creo que sí. ¿Te parece bien?

Asiento.

—Hace mucho que no lo hago —reconoce.

Su sinceridad me pilla desprevenida.

—Y yo.

—Guay. —Me pasa un mechón por detrás de la oreja y se acerca más—. Entonces podemos cagarla juntos. Avísame si hago algo mal.

Me acaricia la mejilla con suavidad y, muy despacio, juntamos los labios.



Chase se gira a coger algo de la mesita de noche del dormitorio en el que nos encontramos. Oigo el silbido de un mechero. No tardo en notar el olor a humo mientras, tumbada, miro al techo. Chase da una calada fuerte, se vuelve y me imita. La sábana de algodón almidonada cubre la parte inferior de su cuerpo, pero de cintura para arriba está desnudo.

Yo me he vestido en cuanto hemos terminado. A las dudas les sigue el arrepentimiento, seguido de tantos remordimientos que ni siquiera puedo moverme. ¿Qué hago?

Mejor dicho: ¿qué he hecho? Estoy muy avergonzada y el corazón me late con más fuerza que la música que sigue sacudiendo la casa.

Chase le da otra calada al cigarrillo. Se comporta como si lo que acabáramos de hacer no hubiera sido para tanto; pero quizá no lo haya sido para él. Probablemente no lo haya sido; seguro que se acuesta con cientos de chicas cuando sale de fiesta.

No le he dicho que era virgen.

Verás…

—Tengo que irme —digo mientras me levanto como un resorte.

No dice ni una palabra. No me mira a los ojos. Me alegro, porque no quiero que vea la humillación que se refleja en los míos.

Cuando me dispongo a girar el pomo, habla.

—¿Y tu móvil?

Me vuelvo hacia él y, por fin, nos miramos a los ojos. Su expresión no revela nada. Su pecho todavía tiene una ligera capa de sudor por… Aparto la mirada.

—En el bolso —murmuro—. ¿Por?

—Sácalo.

No puedo decirle que no a este tío. Sonrojada, saco el teléfono del bolso y espero.

Me dicta un número.

Sigo mirándolo, todavía aturdida. Y, aunque estoy dolorida, reacciono al ver sus abdominales.

—Guarda el número que te he dicho. —Su tono es severo—. Escríbeme cuando estés en casa de tu amiga para que sepa que has llegado bien.

Sigo mirándolo.

—Beth —me apremia, y al fin recupero el habla.

—Repítemelo —susurro.

Me repite los dígitos y yo obedezco y los escribo en el móvil.

—Y eso, llámame si me necesitas —me dice con brusquedad.

Asiento, pero creo que ambos sabemos que, aparte del mensaje que le enviaré desde casa de Scarlett, jamás de los jamases volveré a necesitar su número.



El martes empiezan las clases; el primer día de mi último año, y debería estar ilusionada. Solo un año más bajo este techo; solo un año más para ir a la universidad, la universidad en la que quiero estudiar, lejos del control y atención constantes de mis padres.

En este momento, sus ojos están clavados en mí. Tienen preguntas. Noto el ambiente cargado. La decepción de mamá combinada con la frustración y el resentimiento de papá han formado un nubarrón negro que se adhiere al techo y las paredes como el humo cuando se quema una sartén.

Intento actuar con normalidad, como si anoche no hubiera hecho cosas de las que me arrepiento profundamente; como si no hubiera mentido a Scarlett, a mis padres y a mí misma. Desde que he abierto los ojos esta mañana, me he obligado a no pensar en Chase. Pero es tan difícil… Y cuando no puedo evitarlo, me dan ganas de llorar.

Ayer eché un polvo por primera vez. Quise hacerlo y lo disfruté; de verdad que sí… En ese momento. Pero, al poco tiempo, se me

pasó la euforia. La emoción de rebelarme y hacer algo nuevo y emocionante fue sustituida por una vergüenza tremenda.

Mi primera vez ha sido con un desconocido. Ha sido un rollo de una noche.

¿Y ahora qué hago? Ni siquiera lo he asumido todavía. Ojalá mis padres dejaran de mirarme. Temo que me lean la mente si siguen observándome.

Mamá rompe el silencio para preguntarme:

—¿Te lo has pasado bien en casa de Scarlett?

Su voz me evoca un escozor en la mejilla. Ayer me pegó. Se comporta como si no lo recordara o, tal vez, intenta olvidarlo o espera que yo lo olvide. Pues lo lleva claro.

—Lizzie —insiste—. Que si te lo has pasado bien.

—Sí. —Aparto el calabacín salteado a un lado. Scarlett estaba durmiendo cuando me he metido en su cama. Por la mañana, apenas le he dicho nada. No dejaba de pedirme detalles sobre la fiesta, pero le he dado respuestas vagas. No quiero que sepa que he perdido la virginidad con un buenorro al que no conozco de nada en una fiesta cualquiera. Es demasiado vergonzoso.

—¿Qué hicisteis?

Dejo el tenedor, con una media luna verde claro ensartada en uno de sus dientes. Esta clase de preguntas solo se formulan cuando tus padres sospechan que mientes y quieren pillarte. Cuanto menos se diga en estos casos, mejor.

—Cosas.

Me obligo a moverme y a fingir que no se me ha acelerado el pulso y que el miedo no me atenaza.

—¿Como qué? —El tono de mamá es relajado, pero inquisitivo.

—Lo de siempre.

Se hace el silencio y, durante ese rato, me doy cuenta de que saben algo y esperan que cante. Mantengo la mirada fija en el plato.

Lo siguiente que aparto son los champiñones. Los odio. Nunca me han gustado y, sin embargo, mamá sigue cocinándolos.

Los champiñones eran el plato favorito de Rachel.

Se oye un movimiento de papeles. Por el rabillo del ojo veo algo blanco. No quiero mirar, pero no puedo evitarlo.

—¿Sabes qué es esto? —Ahora le toca a papá interrogarme.

Es la rutina de poli bueno / poli malo que siguen. Mamá finge estar preocupada y, cuando ve que no muestro ningún remordimiento, papá interviene con su voz dura y sus órdenes aún más duras.

—No. —Al menos eso es verdad.

—Es una copia de tus mensajes.

—¿Cómo? —Boquiabierta, agarro el fajo de papeles. No doy crédito a lo que ven mis ojos. O estoy alucinando o de verdad estoy leyendo una transcripción de la conversación que mantuve con Scar cuando abandoné la fiesta anoche.

217-555-2956: ¿Qué tal la fiesta? ¿Estás bien?
217-555-5298: Sí. Ha sido una pasada. Ya vuelvo. Voy a pedir un taxi.
217-555-5298: ¿Han llamado mis padres?
217-555-2956: No.
217-555-5298: Vale. Cúbreme si llaman.
217-555-5298: He vuelto sana y salva.

Se me cae el alma a los pies. El último mensaje es el que le he enviado a Chase. Casi lloro de gratitud por no haber dicho nada que me perjudicara.

Al girar la hoja veo más mensajes.

217-555-2956: ¿Fiesta esta noche?
217-555-5298: ¡Síííí!
217-555-2956: ¿Y tus padres?
217-555-5298: Les diré que tengo curro.

Me debato entre el miedo, la ira y la frustración. Ni siquiera sé qué decir y, en el fondo, lo único que pienso es «menos mal». Menos mal que no le he contado a Scarlett nada de Chase ni le he confesado que he echado un polvo por primera vez; menos mal que no he hablado con Chase de lo nuestro. Solo de imaginarme a mis

padres averiguándolo y leyéndolo de primera mano en un mensaje, me pongo mala.

—¡No puedo creer que me espiéis! —grito a la vez que estampo los folios en la mesa. Unas lágrimas de lo más inoportunas se me agolpan en las comisuras de los ojos—. ¡No tenéis ningún derecho a leer mis mensajes!

—Soy yo quien te paga el móvil —brama papá.

—¡Pues ya me lo pagaré yo! —Me levanto de un salto y me alejo de la mesa.

Papá me agarra de la muñeca.

—Siéntate. Aún no hemos terminado.

Su mirada me dice que más me vale sentarme. Nunca había sido tan duro, tan estricto. Antes de que muriera Rachel, era el típico padre divertido. Contaba chistes malísimos porque le gustaba que nos quejásemos de la vergüenza ajena que nos daban. Ahora no creo que recuerde ni cómo se sonríe.

Trago saliva e intento mostrarme fanfarrona, pero no me sale. Me siento.

—No son tus actos los que nos defraudan —interviene mamá—, sino tus mentiras. No podemos confiar en ti.

—Y por eso te vamos a confiscar el coche —agrega papá.

—¿El coche? —Los miro anonadada. El coche es uno de los pocos símbolos de libertad que tengo. Me regalaron el viejo *hatchback* de mamá en cuanto me saqué el carné. No me habría importado ir en bus o andando, pero mis padres creían que estaría más segura al volante de un coche que cruzando un paso de cebra o esperando al bus.

Al fin y al cabo, Rachel iba a pie cuando la mataron. Por lo visto, eso significa que nunca más podré ir andando a menos de cinco pasos de un vehículo de motor.

Madre mía, parezco una amargada. Detesto pensar así, sobre todo cuando, en el fondo, sé que mis padres no son mala gente. El problema es que no han superado la muerte de Rachel. Dudo que lo hagan algún día, no sin años y años de terapia, a la que se niegan a

ir. La única vez que lo sugerí, mamá me informó con frialdad de que cada uno vive el duelo a su manera, y acto seguido se levantó y se fue.

Pero su eterno duelo me está haciendo daño. Con razón estoy amargada. ¿Y ahora quieren confiscarme el coche?

En el coche puedo poner la música a todo trapo, gritar palabrotas y desahogar mi frustración. Quedarme sin él sería horrible.

Me esfuerzo por encontrar razones que los convenzan de que lo están haciendo mal.

—¿Y cómo voy a ir a trabajar? ¿O al refugio de animales? —Este último año, he trabajado de voluntaria en un refugio de animales local dos veces al mes. La alergia de Rachel hacía imposible que tuviéramos mascota e, incluso ahora que ya no está, la regla que las prohíbe se sigue cumpliendo a rajatabla, así que el voluntariado es la única forma que tengo de estar con perros, que, en mi opinión, son mucho mejores que las personas.

Mamá no me mira a los ojos. Papá carraspea.

—No irás. Hemos avisado a tu jefe y a Sandy, de la clínica, de que estarás demasiado liada con las clases como para trabajar o ser voluntaria.

—¿Que…? —Cojo aire—. ¿Que habéis dimitido en mi nombre?

—Sí.

Estoy tan pasmada que no sé ni qué contestar. Lo único que veo son las puertas que se me cierran en una vida ya de por sí limitada. Ni coche. Pum. Ni trabajo a media jornada. Pum. Ni voluntariado. Pum. Pum. Pum.

—Vamos, que queréis que vaya de casa al instituto y del instituto a casa, ¿no? —El nudo que tengo en el pecho amenaza con ahogarme. Es mi último año. Debería estar preparándome para ampliar horizontes, no para reducirlos.

—Hasta que nos demuestres que podemos confiar en ti, sí.

Me vuelvo hacia mamá y le digo:

—No me creo que aceptes esto. Sé que sabes que está mal.

Se niega a mirarme a los ojos.

—Si hubiéramos sido más estrictos antes… —Deja la frase ahí, pero sé a qué se refiere con *antes*. Básicamente, nuestras vidas se dividen entre a. R. y d. R.

—Marnie, no hablemos de eso. —A papá le gusta fingir que no hubo un a. R.

—Vale, no, pero lo hacemos porque te queremos. No queremos que se repita el pasado. Tu padre y yo lo hemos hablado y…

—¡Y una mierda! —estallo. Me levanto de un salto y me alejo de mi padre.

—No nos hables en ese tono. —Papá me dice que no con el dedo.

Esta vez no me amilano. Estoy demasiado enfadada para tener miedo.

—Y una mierda —me arriesgo a repetir. Se me caen las lágrimas, algo que detesto, pero no puedo parar. No puedo detener mis palabras, mi ira o mi llanto—. Me estáis castigando porque sigo viva y Rachel no. No veo la hora de irme de esta puta casa. ¡No voy a volver nunca!

Mamá se echa a llorar. Papá grita. Doy media vuelta y corro hacia mi cuarto. Detrás de mí, oigo a mis padres vociferar. Subo las escaleras de dos en dos y cierro de un portazo la puerta de mi dormitorio. No tengo pestillo, pero sí un escritorio. Me rompo tres uñas y me doy con la mesa en la espinilla dos veces, pero consigo colocarlo contra la puerta.

Justo a tiempo, porque papá ya está aquí, intentando abrirla.

—Abre ahora mismo —exige.

—¿O qué? —grito. Nunca me he sentido tan impotente—. ¿O qué? ¿Vais a castigarme? Me habéis dejado sin trabajo, sin coche y sin intimidad. No puedo hacer una llamada ni escribir un mensaje sin que os enteréis. Ni siquiera puedo respirar sin informaros. No podéis castigarme con nada más.

—Lo hacemos por tu bien —dice mamá, suplicándome que sea razonable—. No te castigamos por tu hermana. —Ni siquiera puede decir su nombre—. Intentamos ayudarte. Te queremos mucho,

Lizzie. No… —Se le quiebra la voz—. No queremos perderte.

Me tumbo en la cama y me tapo la cabeza con la almohada. Me da igual lo que me digan. No hay excusa para lo que están haciendo. No me escaparía si me dejaran libertad. Los padres de Scarlett no la retienen y ella nunca se escapa. Si se va de fiesta, se lo dice; si se emborracha, los llama y van a buscarla, y la verdad es que casi nunca se emborracha, porque le dejan tomar una cerveza o una copa de vino de vez en cuando. Es culpa de mis padres que yo sea así. Me han convertido en esta chica: la que no hace caso, la que se escapa, la que miente, la que incumple promesas y la que pierde la virginidad con un desconocido.

Hundo la cara en el colchón mientras me invade una vergüenza terrible. Los odio. Odio a Rachel. Pero, sobre todo, me odio a mí.

Por culpa de mis actos, los animalitos del refugio van a sufrir. ¿Quién sacará a pasear a los perritos? ¿Quién le dará su medicina a Opie? Soy la única que puede encargarse del *rottweiler*, no soporta a nadie más. ¿Y George, la pitón? Los técnicos de la clínica le tienen pavor.

Un sonido de metal contra metal y el zumbido de un taladro me alertan. Me incorporo y busco el origen de los ruidos de construcción.

Me topo con los ojos de mi padre, visibles por encima de la puerta que sostiene. Me mira serio antes de alejarse. Me quedo boquiabierta al ver la entrada despejada. Me ha quitado la puerta. ¡Qué me ha quitado la puerta!

Me levanto de un brinco y corro hacia el escritorio, que sigue en la entrada.

—¿Qué haces? —digo, impotente.

Mamá aparece en el pasillo.

—Cariño, por favor.

—¿Va en serio? —pregunto, aún sin creerme que mi padre haya quitado la puerta de la pared; pero los goznes desnudos cuelgan, burlones, a modo de prueba.

—Es temporal —dice.

—Será permanente como no se comporte —grita papá desde abajo.

—Mamá, tengo diecisiete años. Necesito una puerta en mi cuarto. —No puedo creer que mi voz sea tan estable cuando por dentro estoy que trino—. ¡Hasta los presos tienen!

Mira al suelo.

—Es temporal —repite—. Hasta que podamos volver a confiar en ti.

Trastabillo hacia atrás.

—Alucino. Alucino, joder.

—No digas palabrotas —me espeta—. Ya sabes que no me gusta nada.

—Es verdad, que Rachel no decía tacos.

—No es por Rachel.

—Anda que no. Toda mi vida gira en torno a ella. Dejabais que Rachel hiciera lo que le daba la gana. No tenía que seguir ni una sola regla, y mira lo que pasó, así que ahora estáis haciendo justo lo contrario conmigo —le suelto—. Me habéis atado corto desde que murió, y ahora el collar me aprieta tanto que me va a matar.

—No digas eso. —Sus ojos despiden un brillo amenazante mientras avanza; el escritorio es lo único que la detiene—. Ni se te ocurra. No digas esa palabra.

—¿O qué? —la desafío—. ¿Vas a volver a pegarme?

Se le desencaja el semblante.

—Siento haberte pegado —susurra—. No…

—¿Qué pasa aquí? —Ha vuelto papá. Me mira a mí y luego a mamá.

—Nada —contestamos a la vez.

Entonces enmudecemos, porque solo nos quedan palabras punzantes e hirientes y ya nos hemos hecho bastante daño los unos a los otros. Vuelvo a la cama, cierro los ojos e ignoro los gruñidos de mi padre mientras saca el escritorio de la entrada y los lloriqueos de mi madre, que lamenta que nuestro hogar se haya convertido en un campo de batalla.

Así es mi vida actualmente. Estoy encerrada en mi propia casa y no tengo ni intimidad ni escapatoria. No veo la hora de graduarme.



El autobús apesta a nervios y sudor frío. Los novatos se apiñan en la parte delantera, pero el olor de su miedo se extiende hasta el fondo. A mi lado, Sarah Bunting farda de manicura y de las Converse «que te cagas de guapas» que ha conseguido en el mercadillo de lujo de Rosemont.

Subo aún más el volumen de la música y me hundo en el asiento. Diecisiete años, con carné y coche propio, pero sigo yendo en bus. Es humillante.

Voy con la cabeza gacha a mi taquilla, en la zona de los mayores. No saludo a nadie y, ya sea porque estoy de morros o por otro motivo, me dejan en paz.

Introduzco la combinación de la taquilla, abro la puerta a lo bruto y meto la mochila. Mi primera clase es Cálculo Avanzado. ¡Yupi! Al menos no será una lección larguísima, solo un montón de ejercicios que resolver. Cojo lo que necesito para las próximas tres clases y cierro la taquilla de un portazo. Casi me da algo del susto que me da Scarlett.

—Hola —mascullo.

—Lo siento mucho. —Parece arrepentida de verdad.

Lo primero que he hecho esta mañana ha sido escribirle para contarle que me habían pillado. Como mis padres tienen pruebas de que Scar y yo nos habíamos ido de fiesta a escondidas en otras ocasiones, la he avisado por si mis padres se chivaban a los suyos.

—No te preocupes. —En realidad, no es culpa suya.

—Menuda mierda lo que te está pasando. —Suspira—. Parece que te haya mirado un tuerto: primero tus padres te espían y ahora esto.

Supongo que se refiere a lo de no poder salir.

—También me han quitado el móvil —digo, abatida.

—Aaah, vale, o sea que por eso no has respondido a los millones de mensajes que te he enviado.

—Exacto.

Compasiva, chasquea la lengua.

—No sé, igual te va bien no tener móvil ahora mismo. A saber qué clase de peña te está escribiendo. A veces los chavales son tontísimos.

Me pongo roja. ¿Por qué me escribirían? ¿Acaso me vieron en la fiesta? ¿Se han enterado de lo mío con Chase? ¿Saben lo que está pasando en mi casa? ¿En serio mis padres les han dicho a otros padres que me han arrancado la puerta del cuarto? Madre mía, este curso va a ser una humillación tras otra, cortesía de mis padres.

—Ya ves tú. —Levanto un hombro con gesto despreocupado—. Me da igual lo que piensen los demás. Cuando se acabe el curso, probablemente no volveremos a ver a la mitad de estos chavales.

—Uf, ojalá. —Scarlett hace amago de quitarme los libros—. Ya te los llevo yo.

—¿Por? Ya puedo yo.

—Ya lo sé, es que… No importa. —Me coge del brazo—. Vámonos a Cálculo.

—¿En qué momento nos pareció buena idea apuntarnos a Cálculo Avanzado?

—Cuando vimos que quedaría bien en nuestras solicitudes para ir a la universidad. ¿Ya has decidido cuáles vas a visitar este otoño?

Mi ánimo decae aún más al pensar en las solicitudes que me ha robado mamá. Pues ¿sabéis qué os digo? Que voy a hacerme con otras y volveré a presentarlas. Lo malo es que no puedo hacerlo por internet porque necesito una tarjeta de crédito para pagar la matrícula. Podría enviar un giro postal. No sé bien cómo voy a presentar solicitudes en el futuro, pero lo conseguiré. Cueste lo que cueste.

—La USC, Florida, Miami y San Diego. —Enumero los destinos de mis sueños. Es cierto que no tengo ni idea de qué carrera quiero estudiar, pero al menos tengo claras las ubicaciones.

Scarlett sonríe.

—Mmm. ¿Soy yo o todas están en la costa?

—No se te escapa una, Scar.

—Ya, pero no te irás tan lejos, ¿no? Te echaría muchísimo de menos.

Mi respuesta, sea cual sea, muere en mis labios al atisbar a una figura alta y corpulenta al final del pasillo. No lo habría visto de no ser porque todos los de último año han enmudecido.

Se me acelera el pulso cuando me topo con unos ojos azules que me resultan familiares. Ay, madre. Ay, madre. ¿Qué hace él aquí?

—¿Qué hace él aquí? —digo en alto; no he podido contenerme.

Mierda. Ahora Scarlett me preguntará de qué lo conozco y tendré que confesarle que fue en la fiesta, y ella leerá entre líneas y sabrá exactamente lo que hice. O a lo mejor alguien de Darling nos vio a Chase y a mí juntos y se lo contará a todo el mundo y Scarlett ya lo sabe. En cualquier caso, de fe vergüenza, me arden las mejillas.

Scarlett sigue mi mirada y frena en seco.

—Eso digo yo. ¡Tendrá valor! Mira que presentarse aquí… —Se interpone entre Chase y yo para que no lo vea—. No puedo creer que no lo hayan obligado a ir a otro instituto; fijo que es porque su madre es la esposa del alcalde. —Chasquea la lengua de nuevo—. Qué asco me da el favoritismo.

—¿Es el hijastro del alcalde? —pregunto, perpleja.

—Yo tampoco lo sabía hasta esta mañana. Wendy Bluth me ha contado que la madre de este chico llevaba años saliendo en secreto con el alcalde y que se casaron en primavera. De haberse sabido la verdad, no le habrían votado.

—¿La verdad? —Qué cacao tengo.

Scarlett hace un mohín compasivo con la boca.

—Lo pillo. No quieres hablar del tema. —Mira atrás para ver si Chase sigue ahí—. Qué curioso. Al principio ni lo había reconocido de lo cambiado que está, pero esa cicatriz es inconfundible.

Estoy más desconcertada que antes. No hay ningún motivo para que Scarlett lo reconozca. ¡Si ni fue a la fiesta!

Me giro a mirarlo. Está igual que el sábado por la noche. Igualito. Guapo a rabiar. Se ha afeitado y el cabello rubio oscuro le oculta casi por completo la cicatriz que le divide la ceja.

Besé esa cicatriz unas cuantas veces esa noche.

Me invade de nuevo la vergüenza. No me creo que lo tenga a tres metros. Creía que no volvería a verlo, lo cual me pareció bien porque era la alternativa menos humillante. Volver a encontrármelo cara a cara después de lo que hicimos es un millón de veces más bochornoso.

Nuestras miradas se encuentran. Me falta el aire. Scarlett me está diciendo algo, pero la mortificación que me ruge en los oídos me impide oírla. ¿O es otra cosa lo que siento? Al tragar saliva me da la sensación de que tengo cuchillas de afeitar en la garganta.

—Va —dice mi amiga—. Pasa de él. No merece tu tiempo.

¿Cómo lo sabe?

—¿Tiene una reputación? —pregunto con voz ronca, porque de repente me imagino qué ha pasado: si Chase tiene fama de ligón, tal vez fardó de lo que pasó el sábado por la noche con cualquiera que hubiera por ahí. Darling y Lexington Heights son ciudades vecinas; las noticias vuelan si la gente adecuada las propaga.

—¿Te refieres a si es conocido? —pregunta.

Asiento sin mirarla.

—Pues claro, tía. —Resopla con fastidio—. Anda, mira, Jeff.

Un destello verde me llama la atención. Justo por encima del hombro de Chase asoma el pelo oscuro de Jeff Corsen.

No me extraña nada verlo. Oí que regresaría a Darling. Cuando Rachel murió, Jeff se hundió en la miseria. Acabó segundo a duras penas y no se le vio el pelo durante más de dos años. Sus padres lo excusaron diciendo que estaba de luto. Lo enviaron a Inglaterra a vivir con sus abuelos, pero, por lo visto, no terminó el último curso y ha vuelto al instituto Darling. Se me hace raro que el novio de mi hermana, que es dos años mayor que yo, vaya ahora a mi curso.

Jeff, con su sudadera verde bosque y sus vaqueros desvaídos, avanza a grandes zancadas y le da a Chase en el hombro a propósito, lo que hace que dejemos de mirarnos. Chase aprieta la boca y yo me tenso del miedo a que se peleen. Pero entonces Chase se gira e ignora la provocación.

No lo perturba nada. Ni ver a su ligue al final del pasillo el primer día de clase en un nuevo instituto, ni que otro tío lo haya empujado al pasar por su lado, ni que sus nuevos compañeros se queden mirándolo en silencio.

Qué envidia. Madre mía, ojalá yo tuviera su entereza. Eso fue lo primero que me atrajo de él: la seguridad en sí mismo que emana. Ya puede venir un huracán, que él seguirá ahí, con los pies bien plantados en el suelo y los hombros hacia atrás.

Fijo que sus padres no se atreverían a quitarle la puerta del cuarto.

El barullo se me mete en la cabeza. La aparición de Jeff ha roto el hechizo que había conjurado Chase. Algunos compañeros se ríen, otros se apresuran a saludar a Jeff. Era popular antes de irse. Él y Rachel eran la pareja más querida. De haber estado viva, habrían sido el rey y la reina del baile de bienvenida y del baile de fin de curso.

«De haber estado viva…». Se me hiela el corazón y una incomodidad que me resulta familiar me revuelve el estómago. No voy a pensar en eso.

En cambio, me pregunto cómo era para Rachel que un tío la quisiese tanto como para tener que mudarse a otro país para superar su muerte. ¿La amaba más que yo? Sé que mis padres creen que no quería lo bastante a Rachel, que no lloro su muerte como debería. Que si la quisiera, me portaría bien.

Pero sí que la quería. Nos llevábamos dos años, pero nunca me trató como si fuera una mocosa, ni siquiera cuando empezó el instituto y yo seguía en el colé. Nos ayudábamos con los deberes, jugábamos al vóley, hacíamos fiestas de pijamas en su cuarto. Era mi hermana mayor. Pues claro que la quería.

Me trago el dolor de nuevo. Lo destierro. A diferencia de mis padres, no me obsesionaré con Rachel. Me niego.

—Hola, Lizzie —dice Jeff cuando llega a mi lado. Me acaricia la oreja con los mismos dedos largos y elegantes que parecían flotar sobre las teclas del piano—. Cuánto tiempo.

—Es Beth. —Como veo que se queda a cuadros, repito—: Beth. Ya no respondo al nombre de Lizzie.

—Vale, pues Beth. ¿Qué tal?

—¡Hola, Jeff! —grita Scarlett a mi lado antes de que pueda contestar.

—Scarlett —dice. Habla diferente, con acento.

Scarlett se da cuenta.

—Hala, si tienes acento. Qué guay.

—¿Tú crees? —Jeff ladea la cabeza. Detrás de él, vuelvo a avistar a Chase. La puerta de la taquilla le tapa la mitad de la cara, pero lo reconozco.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Supongo que lo reconocería hasta con los ojos vendados. La otra noche sentimos una conexión; una conexión evidente, a juzgar por la manera en que nos mirábamos antes de que apareciera Jeff.

¿Por qué me avergüenzo de lo que pasó? Fue decisión mía. Yo lo busqué. Lo que debería abochornarme es haber salido corriendo como una niña asustada; pero no pude evitarlo.

Nunca he sido de las que se imaginan velas y pétalos de rosa en

su primera vez, pero creía que al menos saldría con el chico que me desvirgase. Seríamos novios, iríamos despacio, nos daríamos el lote un montón de veces y tontearíamos antes de llegar a hacerlo pero no ha sido así y no sé cómo sentirme al respecto.

De lo que sí estoy segura es de que no puedo permitir que ni él ni nadie vean lo afectada que estoy. Me repongo. Lo que tiene Chase es confianza, pues confianza es lo que quiero demostrar.

—Qué bien que estés aquí, Jeff —digo, y avanzo un poco, en dirección a Chase.

—Quieta. —Scar me agarra del brazo—. ¿De verdad te parece buena idea?

—¿Por qué no? —Me encojo de hombros—. Es obvio que va a estudiar aquí. Prefiero encararme con él ahora que esconderme los próximos nueve meses.

—No tienes por qué hablar con él —responde Jeff—. No dejaremos que se te acerque. —Le dirige una mirada amenazante a Chase, que ha sacado sus libros y se va.

Sí, definitivamente, Chase tiene una reputación. Incluso Jeff, que llevaba tanto fuera, ha oído que Chase y yo tuvimos algo, lo que significa que se ha corrido la voz.

Me hierve la sangre al imaginarme a Chase fanfarroneando con los de Lex de que se tiró a una de Darling.

Aligero el paso y enfilo rápido el pasillo con los ojos clavados en su espalda.

Es inmune a todo. Es como si se hubiera formado una burbuja de espacio a su alrededor, lo cual es alucinante, dada la cantidad de compañeros que tengo. En Darling hay trescientos alumnos de último curso. Los pasillos están abarrotados esta mañana, pero nadie ha logrado invadir su espacio personal. Dios, qué pasada.

Acelero y saludo a mis compis, pero no me detengo hasta llegar a Chase, que está plantado delante del aula de Cálculo Avanzado. Mira tú qué bien.

Estrecho más los libros y carraspeo.

—Chase.

Se vuelve despacio hasta que quedamos el uno frente al otro.

—Beth.

Pese a que me enfada que haya contado por ahí lo nuestro, agradezco que me llame Beth. Es como me conoce él, no tengo que recordarle que ahora me llamo así.

—¿A quién se lo has dicho? —le pregunto sin rodeos.

Arruga la frente.

—¿Que a quién se lo he dicho?

—Sí, ¿a quién se lo has dicho? —repito. Parezco mucho más segura y agresiva de lo que me siento. El mero hecho de tenerlo delante me obnubila—. Lo del sábado por la noche.

En vez de sonrojarse o avergonzarse, me mira fijamente.

—A nadie.

—A nadie —repito, aún recelosa.

—Sí. ¿Por qué lo diría? —dice tranquilamente.

Por alguna razón inexplicable, le creo. Creo que no ha dicho nada sobre lo que hicimos en la fiesta. Alguien nos vería. A lo mejor me vieron salir del cuarto; Ashleigh o el dueño de la casa. No sé quién ha sido, pero sé que no ha sido Chase.

—Vale, bien —digo, asintiendo.

Se le marcan las arrugas de los ojos al sonreír.

—Vale, bien —repite.

Mi ira se disipa. Paso por su lado, abro la puerta del aula y tiro de la manga de su camisa vaquera, desabrochada y suelta, para que entre conmigo.

—No sé si te habrás enterado de la última, pero la profe de Cálculo Avanzado es una bruja. Se rumorea que no duerme y se pasa el finde planeando nuevas formas de torturarnos. Prepárate para exámenes sorpresa constantes y parciales despiadados.

Parece contento.

—Vale.

Hay más alumnos dentro. Macy Stedman me saluda hasta que ve a Chase. Entonces baja la mano y se pone nerviosa.

—Lizzie, ven. —Me hace un gesto para que me acerque.

—¿Lizzie? —pregunta Chase, extrañado.

—Es Beth —le digo—. Elizabeth Jones.

Se hace un silencio largo y tenso.

—¿Elizabeth Jones? —dice con la voz entrecortada.

—Sí, pero todos me llaman Beth.

De pronto se zafa de mí y yo dejo caer la mano a un costado. Me sonrojo levemente, avergonzada de su repentina necesidad de alejarse de mí.

—¿Me dijiste tu apellido la otra noche? —me pregunta en un tono tan bajo y áspero que tengo que acercarme para escucharlo.

—Puede. No. Seguramente no. —Reparo en que yo tampoco sé el suyo—. ¿Por? ¿Cuál es el tuyo?

—¡Lizzie! ¡Tengo que decirte algo! —grita Macy con voz estridente.

—Que me llamo Beth —le digo entre dientes—. Y ya voy, un momento.

Me vuelvo hacia Chase, que se ha puesto lívido.

—¿Cuál es el tuyo? —insisto.

Se humedece los labios y retrocede un paso más. Y otro. Hasta que nos separan dos pupitres.

—Soy Charles Donnelly. Lo siento.

Dicho esto, da media vuelta y abandona el aula.

Charles Donnelly.

Se me revuelve el estómago.

—¡Creía que te llamabas Chase! —le grito.

Macy aparece a mi lado.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño?

La miro desconcertada, esperando que me ayude a asimilar lo que acabo de averiguar.

—¿Ese era Charles Donnelly?

—Sí. —Asiente y me acaricia el brazo.

—No lo había reconocido. —Tengo la cabeza embotada. No puedo dejar de parpadear.

—Ha cambiado mucho. Es lo que tiene la trena —dice con

desdén mientras mira la puerta por la que se ha ido—. Va, debes de estar en *shock*. No puedo creer que tengas clases con él. Los de secretaría son idiotas, menudos incompetentes. —Me lleva al pupitre que hay junto al suyo—. ¿Te traigo agua? ¿O una Coca-Cola, mejor? Voy a por una Coca-Cola. Ahora vuelvo.

Casi no me entero de que se ha ido porque sigo rayada pensando en que me he acostado con Charles Donnelly.

El tío que mató a mi hermana.

Casi no me da tiempo a llegar al cubo de basura antes de arrojar, violentamente, el desayuno.



—¿Seguro que estás bien? —me pregunta Macy por enésima vez.

—Sí —respondo tan animada como me es posible. El alboroto habitual del comedor no me tranquiliza como esperaba; en lugar de eso, no dejo de preguntarme cuántas de esas conversaciones serán sobre mí. No se me escapa que un montón de gente se ha girado cuando he entrado.

—No has estado mucho en la enfermería —dice Scarlett en voz baja—. Yo me habría quedado allí tumbada todo el día.

—Ese tío no debería estar aquí —insiste Macy—. ¿Cómo es que no lo han metido en Lexington o en Lincoln?

—El alcalde vive en Grove Heights, que corresponde al distrito escolar de Darling —señala Yvonne, otra de mis amigas.

Tiene razón. Le sonrío con alivio. Ella frunce el ceño en respuesta, como si estuviera prohibido sonreír en un momento como este, así que vuelvo a mirar mi ensalada poco apetitosa.

—El alcalde debería apuntarlo a Lex. ¿No es ahí donde se juntan todos los delincuentes? —pregunta Macy.

—El año pasado hubo una redada antidroga en el aparcamiento —confirma Yvonne—. Se llevaron a su *quarterback* a un correccional de menores.

—¿Crees que Charlie y él compartieron celda? —El tono de Macy es de indignación, pero se inclina hacia delante, con los codos sobre la mesa, ansiosa por saber más.

—Ostras, no se me había ocurrido —dice Yvonne.

Las chicas enmudecen para considerar este posible giro de los acontecimientos. Me como un trozo de lechuga mustia y rezo para que cambiemos de tema.

«Soy Charles Donnelly. Lo siento».

Sus duras palabras siguen resonando en mi mente y no me esfuerzo mucho por ignorarlas. Es como cuando se te pega una canción y te fuerzas a escucharla cien veces hasta que te cansas tanto de ella que no quieres volver a oírla nunca más. Me obligo a pensar en las palabras de Chase, no, de Charlie; a visualizar su rostro pálido y afligido cuando se ha dado cuenta de quién era yo. Tal vez si pienso en ello largo y tendido le encuentre sentido a lo que pasó sin echar la pota.

—Pero está… bueno, ¿no creéis? —susurra Macy.

Scarlett ahoga un grito.

—Por Dios, Macy.

—Es un comentario. Está bueno y quien diga lo contrario miente. —Macy hace pucheros y se recuesta en su silla.

Me encorvo sobre mi ensalada con la esperanza de que mis amigas no vean que me he puesto roja. Yo también pensaba que estaba cañón. El sábado por la noche, pensaba que era el chico más guapo que había visto en mi vida. Lo sigo pensando, que es lo que me repele más aún. Dejo el tenedor y trato de respirar pese a la capa de bilis que me recubre la garganta.

—No es atractivo. Es repugnante. Mató a una persona —dice Yvonne, asqueada.

—Y no a una persona cualquiera —dice Scarlett, alzando la voz—. A la hermana de Lizzie. Mató a la hermana de Lizzie.

Habla tan alto que los de las mesas contiguas se callan. Quiero meterme debajo de la mesa. Creía que mi peor día de clase había sido en tercero de primaria, cuando Michelle Harvey me tiró zumo de manzana en el regazo y Colin Riley fue diciéndoles a todos que me había meado encima. No, el peor día de clase fue cuando se celebró el homenaje en memoria de Rachel aquí. Ese fue definitivamente el peor. No lloré y todos me miraron con desconfianza, como si hubiera tenido que hacerme un ovillo en el suelo y estar rota de dolor e incapaz de funcionar.

Impaciente, cambio de tema.

—Entonces, ¿los deberes de Cálculo son chungos? —le pregunto a Scarlett.

Por fortuna, mi amiga nota al momento que estoy angustiada.

—No, solo ha mandado cinco problemas y ya los habíamos visto.

—Qué bien.

—¿Quieres que los repasemos esta noche? —me propone—. Podemos resolverlos por chat.

—No, creo que los resolveré en cuanto llegue a casa y me iré a la cama, que me duele la cabeza.

—Cómo no te va a doler —me dice Macy con voz melosa. Me pone la cabeza en su hombro y añade—: Deberías quedarte en casa mañana.

Como esto siga así, lo haré.

Estoy grogui las últimas clases del día. La noticia ha corrido como la pólvora por todo el instituto. Me recuerda al primer día de tercero, cuando todos se tapaban la boca para cuchichear «Esa es la hermana de la chica muerta».

Me pongo los auriculares en cuanto suena el último timbre y subo a tope el volumen; la música está tan alta que duele. Me los dejo puestos y no me los quito hasta que el autobús se aleja de mi parada. Agotada, me dirijo a la entrada principal.

Mamá me espera dentro, con la preocupación grabada en el

rostro y en el cuerpo, tenso. Temblando, me paso una mano por el pelo. No estoy preparada para esto. Ni un poquito.

—¿Qué tal el día? —Hace amago de cogerme la mochila.

Me escapo de su alcance y la dejo en mi parte del banco del vestíbulo. El espacio de Rachel está completamente vacío, por supuesto. Mamá lo mantiene así por si Rachel aparece un día y necesita un sitio en el que tener los zapatos y los abrigos.

—¿Tú qué crees? —Por la desazón de su mirada, sé que se ha enterado de que Charlie Donnelly va a mi instituto—. ¿Sabías que iría a Darling?

Titubea solo un instante, pero basta para que me embargue la ira.

—Buah, lo sabías —digo en tono acusador. ¿Mis padres sabían que había vuelto al pueblo y no me habían dicho ni mu?

—Lo siento. Cuando ha llamado la enfermera y nos ha dicho que te encontrabas mal… Soy consciente de que deberíamos haberte dicho algo anoche… Es que… Estábamos demasiado… —Deja la frase ahí, pues no le salen las palabras.

Por dentro, concluyo su alegato. «Sé que deberíamos haberte advertido que el tipo que atropelló a tu hermana hace tres años ahora va a tu instituto, pero estábamos tan ocupados enfadándonos y echando tu puerta abajo que se nos ha pasado».

No lo digo en alto porque estoy harta. Harta del drama, de la atención, de la compasión y de la preocupación. Harta de todo. Mantengo la boca cerrada y la cabeza gacha. Me quito los zapatos y rozo a mamá al pasar. Se quita del medio, pero su angustia me sigue como una nube oscura y magnética.

Me detengo en las escaleras.

—No pasa nada. No te preocupes.

—Pues claro que pasa. Dios, Lizzie, lo siento. Estoy todo el rato preocupadísima por ti. Cada minuto que estás fuera, no dejo de pensar en las posibilidades. ¿Y si te hacen daño a ti también? No pienso permitirlo.

Subo corriendo las escaleras. Necesito llegar a mi cuarto y

alejarme de mi madre. Llego a mi dormitorio y me quedo atónita. Había olvidado que habían quitado la puerta. Me doy la vuelta para ver a mamá justo detrás de mí. La culpa la hace sonrojarse; ni siquiera es capaz de mirarme a los ojos.

Aprieto las manos en mis costados y me clavo las uñas con fuerza para que el dolor que me inflijo me impida estallar y decir cosas que acabarían en una fea pelea a voces.

En vez de eso, bajo las escaleras con energía y me dirijo a la puerta trasera.

—¿Adónde vas? —me grita mamá, alarmada.

Apoyo la cabeza en el marco de madera de la puerta. Hay marcas negras en el pomo, probablemente de mi padre. Siempre tiene los dedos manchados de aceite, grasa o suciedad. Froto una de las marcas con el dedo. No se borra.

—Fuera —mascullo—. A columpiarme.

No espero a que responda. Abro la puerta y salgo escopeteada. El clima otoñal es fresco y revitalizante. Las hojas secas que empiezan a caer crujen cuando las piso. Entonces echo a correr hacia el columpio de cuerda que cuelga en la esquina de nuestra parcela.

Papá lo montó cuando Rachel tenía ocho años. Mi hermana se subió y a la semana se rompió la muñeca. Mamá le rogó a papá que lo quitara, pero, curiosamente, no lo hizo. En cambio, no me dejaron columpiarme sola durante un año entero después del percance. Mamá no creía que fuera seguro.

A pesar de sus miedos, nunca me hice daño con él, y ahora, años después, sigue siendo igual de resistente. Me siento. El sol de la tarde me besa en la cara. Respiro hondo y me impulso con la punta del pie. Quiero superar la muerte de Rachel, pero aquí, en esta casa, en este pueblo, es imposible.

Rachel está en todas partes. Su habitación está exactamente igual que la noche en que murió, salvo porque mamá hizo la cama. Rachel nunca hacía la cama. Se levantaba tarde, tiraba las sábanas al suelo y corría al baño que compartíamos. Abajo, en el vestíbulo,

mamá sigue teniendo su nombre escrito con tiza blanca sobre su sección del banco; el piano que solo tocaba Rachel sigue en nuestro salón y mi madre lo limpia con esmero todos los días; el columpio que le hizo papá a Rachel con una tabla de madera y una cuerda sigue colgado en este patio, aunque nadie lo ha usado desde que murió. Si entro en el cuarto de Rachel, veré su uniforme de voleibol colgado detrás de su puerta. Incluso su cepillo de dientes sigue en su lado del baño compartido.

Una vez le pregunté a mamá el motivo. Se derrumbó y se encerró una hora en su habitación. Papá me miró mal todo el rato. No he vuelto a preguntarle, pero mamá me dijo después que era para que no la olvidáramos.

¿Olvidar a Rachel? ¿Cómo ibas a olvidarla? Aunque arrasaras con esta casa y sus pertenencias, no la olvidarías; sin embargo, no se lo digo. El psicólogo experto en duelo al que me enviaron cuando murió Rachel afirma que cada uno sufre a su manera y que ninguna manera es incorrecta; pero no puedo evitar comparar mi tristeza, o la falta de ella, con la de mi madre o mi padre o, diablos, hasta con la de los compis de instituto.

Todos esperan que reaccione de cierta manera, pero yo solo quiero ser yo misma. Si es que sé quién soy. Estoy tratando de averiguarlo, por eso sigo probando ideas nuevas. No encajo aquí. Ninguna pandilla de Darling me parece adecuada, por eso me fui con Ashleigh la otra noche. Es uno de los motivos por los que me acosté con Chase, no, perdón, Charlie. Pensé, erróneamente, que descubriría algo sobre mí.

Supongo que lo hice. Descubrí que elijo fatal a los tíos.

La vergüenza me hace cosquillas en la garganta. Me la trago, porque tengo que ser más indulgente conmigo misma en este tema. Tener relaciones no es un crimen. Tengo diecisiete años; la mayoría de mis amigas, incluida Scarlett, ya han perdido la virginidad. La primera vez de Macy fue cuando iba a tercero y la de Yvonne cuando estaba en cuarto. Técnicamente, he esperado mucho más que la mayoría de mis colegas.

Pero, si volviera atrás, daría media vuelta y me iría.

«¿No?».

Me froto la cara con las manos, pero un gemidito me hace levantar la cabeza. Por primera vez en lo que parecen años, esbozo una sonrisa sincera.

Me bajo del columpio y me acerco a la valla de madera que separa nuestro jardín del de los Rennick. Me encuentro con un panorama encantador: unos ojazos marrones, un morro negro y húmedo y la lengua llena de babas del gran chucho negro cuya cabeza asoma entre dos estacas. Los huecos de la valla son lo bastante grandes para que Morgan se asome, pero no lo suficiente como para que pase.

Pero ojalá pudiera. Nada me gustaría más que correr con él por el jardín y que me diese besitos. Es más, ojalá todos los perros del vecindario se uniesen a nosotros: Morgan, el terrier del señor Edwards y sus agudos ladridos, y la *labradoodle* de los Palmer. Eso sería mil veces mejor que estar aquí sentada pensando en lo pringada que soy.

—Hola, guapo —le digo al perro mientras me arrodillo para acariciarle el hocico.

Al instante saca la lengua para lamerme la mano. Parece tan feliz de verme que me dan ganas de llorar. A veces los animales me rompen el corazón. Te aman intensamente y sin condiciones. Incluso cuando han sido maltratados (y me he encontrado con muchos animales así en el refugio), lo único que quieren es complacerte. Me parte el alma, joder.

—¿Qué tal el día? —le pregunto—. ¿Has perseguido alguna ardilla? ¿Has encontrado algún palo? Cuéntamelo todo.

Se oye una risa masculina detrás de mí y pego un bote del susto. Cuando me giro, pienso que será él.

Pero no.

Es Jeff.



—Eh, Lizzie. —Jeff me sonríe y luego mira la cabeza peluda que sobresale por la cerca—. Qué monada.

—Ya ves. Y me llamo Beth —le corrijo sin pensar.

Esboza una sonrisa torcida.

—Es verdad, Beth. Lo había olvidado. Ya eres toda una mujer. —Me tira de un mechón de pelo, igual que cuando yo tenía catorce años y estaba loca perdida por el novio de mi hermana.

Intento no sonrojarme…, en vano.

—Has estado fuera mucho tiempo —comento para disimular la vergüenza. Vuelvo al columpio de cuerda y me dejo caer en el asiento de madera.

Su sonrisa torcida se transforma en una de oreja a oreja. No parece que haya cambiado desde que se fue de Darling hace dos años. Sigue teniendo una mandíbula cuadrada y robusta y unos ojos oscuros que se arrugan a los lados cuando sonríe. Mi hermana creía que era el chico más guapo del mundo. Yo estaba de acuerdo.

—Dos años —confirma—. Pero Darling no ha cambiado nada,

¿eh? Las mismas tiendas, las mismas calles y la misma gente.

—Sí.

—Me gusta. —Se quita una pelusa imaginaria de los vaqueros—. En el extranjero todo me resultaba ajeno y diferente, pero Darling está igual. Por eso uno siempre quiere volver a casa.

—¿Tú crees? Se te ha pegado el acento —bromeo.

Agarra la cuerda y me empuja con suavidad hacia delante.

—Raro sería lo contrario, habiendo vivido dos años allí, pero lo perderé con el tiempo.

—¿Echas de menos Inglaterra? Me gustaría ir algún día.

—¿En serio? —Se ríe—. No creo que te gustase. A ti te van los pueblecitos de Estados Unidos, Lizzie. Te pegan. No tiene sentido que te vayas. Aquí tienes todo lo necesario, gente a la que quieres y que te quiere. Allí nadie te conoce ni te entiende de verdad.

—¡A cenar! —grita mamá desde la puerta trasera.

—Qué bien. Me muero de hambre. —Jeff le hace un gesto a mi madre para que sepa que la hemos oído—. Vamos.

—¿Te quedas? —Clavo las puntas de los pies en el suelo para detener el columpio.

—Sí. Echo de menos el rosbif de tu madre. De eso no hay en el Reino Unido. La carne no es igual, ¿sabes?

—¿No son famosos por sus vacas? Me parece que lo leí en internet.

Me pasa un brazo por los hombros y me dice:

—¿No te enseñaron en el colé que el setenta y cinco por ciento de lo que se publica en internet es mentira? ¿Vas a confiar en mí, tu viejo amigo Jeffrey, o en algún periodicucho de internet?

—En ti.

—Así me gusta. —Me da un apretón.

Se me hace raro que me abrace así. No debería. Es el novio de Rachel. Son sus hombros los que debería rodear.

La cena es menos caótica de lo que presagiaba. Mis padres adoran a Jeff y están encantados de que vuelva a sentarse a su mesa.

—Es como en los viejos tiempos. —Mamá suspira.

—Pero mejor, porque somos mayores y Lizzie está más guapa y yo he estado levantando pesas. —Presume de bíceps y mamá se ríe de sus payasadas.

Papá gruñe en señal de aprobación.

—¿Cómo van las ventas? —le pregunta Jeff a mi padre—. He oído que a lo mejor abren un Home Depot en Lincoln, por lo que podría haber competencia, ¿no? —Lincoln es un pueblo a veinte minutos al este del nuestro.

—Llevan años diciéndolo y aún no ha pasado, y, de ser así, no me preocupa. Los de las grandes superficies no distinguen una llave Alien de un destornillador Phillips. Mientras sigan contratando a borricos, los de aquí acudirán a mí.

Jeff y mi padre charlan un poco más de la tienda y luego Jeff nos habla del apartamento de sus abuelos en Inglaterra, solo que él lo llama piso y su acento me molesta un poco, pero no sé explicar por qué. Cómo no se te van a pegar ciertos gestos y frases cuando vives dos años en otro sitio.

No creo que sea culpa de Jeff, es que estoy de los nervios por lo que ha pasado hoy: ver a Chase en el instituto; descubrir que Chase no es Chase, que es Charles, Charlie, el chico que en mi casa es considerado un criminal. Un asesino.

«Soy Charles Donnelly. Lo siento».

Mientras voy picoteando del plato y remuevo el puré de patatas, me pongo a divagar. Intento recordar lo que sé de Charlie. Si no me falla la memoria, veraneaba en el pueblo. Sus padres estaban divorciados; venía a visitar a su madre en verano y vivía con su padre el resto del año. Su padre vive en Springfield o Bloomington o algo así. Es una ciudad, fijo, pero no recuerdo cuál. Y solo lo sé porque mis padres me lo contaron. Hasta el sábado por la noche no conocía a Charlie.

Me llevo una cucharada de puré a la boca y mastico rápidamente.

Tampoco creo que Rachel lo conociera. Era un desconocido. Un

adolescente que vino a pasar el verano con su madre, robó un coche, se fue a dar una vuelta y atropelló a mi hermana.

De nuevo, solo sé esos detalles por mis padres, no me dejaron leer los periódicos después de lo ocurrido. No hubo juicio ni tormenta mediática. Mis padres me protegieron de todo. Charlie llegó a un acuerdo con la fiscalía y lo enviaron a un reformatorio. Todo muy bonito.

Salvo porque dejó a mi familia destrozada. En pedazos.

E, ironías de la vida, Chase no fue el único que acabó en prisión.

Río por la nariz solo de pensarlo y todos se vuelven hacia mí.

—Ay, perdón —mascullo con la mirada clavada en mi plato—. Estaba pensando en… algo gracioso.

El tono de mi padre está teñido de desaprobación cuando replica:

—No hay nada de gracioso en lo que estamos hablando, Elizabeth.

¿De qué están hablando? Los había ignorado por completo. Cuando alzo la vista, veo que me miran serios.

—El caso —dice Jeff, retomando el tema donde lo había dejado —, que también estoy en contra de que secretaría le permita asistir al instituto Darling.

Se me acelera el pulso. Están hablando de Chase.

Mi padre asiente con brusquedad.

—Estamos pensando en manifestar nuestro descontento cuando nos reunamos con la junta escolar.

Me vuelvo hacia mi padre.

—¿Cómo? ¿Por qué vais a reuniros con ellos?

—Porque es necesario. Tienen que saber que no nos gusta que ese chico haya vuelto al barrio. Me importa una m…, un comino —se apresura a rectificar— con quién esté casada su madre. No se le debería permitir asistir a la misma escuela que mi hija, que la… — Alza la voz para agregar—: ¡la hija que me queda!

Me estremezco. ¿Así me ven? ¿Cómo la «hija que les queda»?

Me aparto de la mesa con un chirrido.

—¿Puedo retirarme? —musito.

—No —dice papá—. Tenemos un invitado, Lizzie.

—Ahora es Beth. —Esta vez es Jeff quien lo corrige.

Lo miro agradecida.

—De todas formas, debería ir yéndome ya —prosigue Jeff, aunque solo haya comido la mitad—. Todavía tengo que deshacer las maletas, y están a reventar.

—Dile a tu madre que la llamaré mañana —dice la mía—. Me encantaría ponerme al día con tus padres.

—A ellos también. Podríamos celebrar una barbacoa este finde aprovechando el buen clima. Como en los viejos tiempos —dice Jeff, guiñándole un ojo a mi madre.

—Eso sería fantástico. Lizzie, acompaña a Jeff a la puerta. Luego puedes irte a tu cuarto.

No le doy las gracias a mamá, sino a Jeff. Cuando llegamos al vestíbulo le digo:

—Gracias por apoyarme en lo del nombre. Se niegan a llamarme de otra manera que no sea Lizzie. —Trago saliva—. Y lo siento si te ha parecido que intentaba espantarte. Es que… no estoy de humor para estar en familia.

Asiente.

—Lo entiendo. Mi buen humor se ha ido a tomar por culo cuando he visto al asesino ese en el insti hoy.

La culpa me corroe y, de pronto, rezo para que ninguno de los invitados a la fiesta del sábado me viese entrar en el dormitorio con Chase. Ni nos viesen salir al cabo de unas horas con la ropa arrugada.

«No ha pasado». Tal vez si me lo repito una y otra vez, acabe olvidándolo.

—Pero tú tranquila —dice Jeff en tono siniestro—, que no saldrá impune.

Lo miro con suspicacia.

—¿A qué te refieres?

—A que no se irá de rositas. —Sus ojos castaños brillan con denuedo. Me abraza con fuerza—. Se llevó a la persona más

importante de mi vida, de nuestras vidas. Pagará por ello, te lo aseguro.

—Ya pagó por ello —señalo, pero me tiembla la voz; no es una objeción firme.

—¿Tres años en un reformatorio? —me espeta Jeff. Sigue abrazándome, por lo que su aliento me calienta la mejilla con cada palabra iracunda—. ¿Crees que tres años compensan la pérdida de una vida? Mató a alguien.

—Fue un accidente —susurro—. No la atropelló a propósito.

—Eso no hace que esté menos muerta, ¿no?

El veneno que destila su tono me estremece. Nerviosa, trago saliva y deshago el abrazo.

—Nos vemos mañana en el insti. Me alegro de que hayas vuelto.

La rabia de su mirada se atenúa y la reemplaza un destello de alegría.

—Yo también me alegro de haber vuelto.

Cierro la puerta con llave y subo corriendo a mi cuarto. Una vez más, la ausencia de puerta me desconcierta. La frustración hace que pise con más fuerza de la necesaria. Mi habitación está justo encima del comedor; sonrío con una satisfacción perversa al pensar en que mis padres me oirán pisotear el techo enfadada.

Puede que me hayan quitado el móvil, pero aún tengo el portátil y conexión a internet. Hasta donde sé, me han *hackeado* el ordenador y me han instalado un montón de programas para espiarme o de control parental, pero me da igual. Sé que nunca me quitarían el portátil. Lo necesito para clase y los estudios son muy importantes para mis padres.

Me dejo caer en la cama y abro un buscador. No tardo mucho en averiguar lo posible sobre Chase y no es mucho más de lo que ya sabía. Se declaró culpable de homicidio imprudente. Como era menor, lo condenaron a tres años en un reformatorio de Kewanee. Oí que fue una sentencia dura, pues a la mayoría de las personas en su situación les conceden libertad condicional. Chase, digo, Charlie, comenzó a cumplir su condena cuando tenía dieciséis años, lo que

significa que ahora tiene diecinueve.

La única información valiosa que recabo es la foto. Todos los periódicos publicaron una foto de Charles Donnelly y el chaval que aparece en las portadas no se parece en nada al tío que conocí en la fiesta.

No me extraña que no lo reconociera. Por aquel entonces llevaba el pelo corto, casi al rape. Sus rasgos eran más suaves, lo que le daba un aspecto aniñado. No tenía vello facial y su boca era más hosca, mientras que ahora está más… tensa y resignada.

Sigo con el dedo los labios ampliados de Charlie en la pantalla. ¿Se arrepentirá de lo que hizo? ¿Desearía no haber robado aquel coche? ¿No haber superado el límite de velocidad? ¿No haber atropellado a mi hermana mayor y haberla enviado volando a la calzada?

El espantoso recuerdo hace que me suba la bilis por la garganta, pero no me dan ganas de reunir a las masas, alzar las horcas y marchar hacia la casa de Chase en tropel.

En todo caso, quiero hablar con él. Si tuviera mi móvil, usaría el número que me dio y… ¿Y qué? ¿Le escribiría? ¿Lo llamaría? ¿Qué narices le digo al chico que atropelló a mi hermana con su coche?

Bip.

Aparece una pantalla de chat. Es Scarlett. Miro la entrada sin puerta. Por suerte, mis padres no andan merodeando. Silencio el volumen del chat y leo el mensaje de Seat.

¿Estás?

Sí, me apresuro a contestar. Mis padres no me han confiscado el portátil.

¡Qué bien! Es casi como chatear por el móvil.

Sí.

No me puedo creer que tus padres no te hayan dicho que CD iba a volver.

Estaban demasiado ocupados quitándome la puerta.

¿CÓMO? Es coña, ¿no?

Ojalá. Un momento.

Cojo el ordenador y lo giro para que la cámara enfoque la puerta. Saco una foto, la subo al chat y la envío. La reacción de Scarlett es rápida y de sorpresa, como debe ser.

¡MADRE MÍA! ¡NO FASTIDIES!

Para que veas.

Oigo que unos pasos suaves suben las escaleras y maldigo por lo bajo. Estupendo.

Me tengo que ir. Ahora vuelvo.

Minimizo el chat justo cuando mamá aparece en la entrada.

—¿Podemos hablar? —me pregunta en voz baja.

—Estoy haciendo los deberes —respondo en tono cortante.

—Lizzie.

—Beth.

Suspira.

—Beth.

Finjo que estoy concentrada en la pantalla. Mamá no puede verla, así que no tiene ni idea de que estoy mirando un salvapantallas que me muestra a mí con Scarlett y Macy en el lago el verano pasado. Pero ni así se va. Distingo su esbelta figura de soslayo.

Se queda ahí, en silencio, aguardando con paciencia, hasta que acabo gruñendo fuerte y digo:

—Vale. Hablemos.

Mamá entra y se sienta en la silla de mi escritorio. Cierro el

portátil y espero a que hable.

Comienza diciendo:

—Tu padre y yo estamos preocupados…

No puedo evitar reírme por la nariz.

—¿Y la novedad?

—Beth —me dice en tono admonitorio.

—Perdón.

—Nos preocupa que el chico ese te acose o la tome contigo.

La miro al instante.

—¿Por qué me acosaría?

—Porque le recuerdas lo que le ha hecho a nuestra familia, al pueblo. A la gente no le gusta que le recuerden sus errores. A veces arremeten por ello. —Aprieta los labios—. No quiero a ese chico cerca de ti, Lizz… Beth.

Pese a que estoy enfadada, me ablando un poco, porque aprecio el esfuerzo que está haciendo por llamarme Beth. Está intentándolo. Más que papá.

—Tu padre y yo intentaremos que lo expulsen del instituto, pero no prometo nada.

Enarco una ceja. Habla como si hubiera sido yo quien les ha pedido que lo hagan, lo cual no es cierto.

—No hace falta que hagáis nada. Me da igual que vaya a mi insti.

—Pero ¡si te has puesto mala solo de verlo! —Es obvio que está consternada—. Es una amenaza para tu salud mental y tu bienestar, y te prometo que haremos lo que esté en nuestra mano para echarlo; pero, en el improbable caso de que fracasemos, tienes que prometernos que te mantendrás alejada de él.

Una risa histérica me quema la garganta. «Tarde, mamá».

—No permitiremos que te haga daño a ti ni a nuestra familia nunca más —dice. La fiereza de su tono me sobresalta—. No lo permitiré. Ya me arrebató a una hija, y… —Se le rompe la voz. Respira hondo.

El dolor de su mirada hace que mi determinación flaquee aún más. Antes estábamos muy unidas. Cuando era pequeña, íbamos de

paseo una vez al mes, solo ella y yo. Creo que era su manera de demostrarme que me quería igual que a Rachel, aunque en el fondo yo sabía que Rachel era su favorita. Rachel también era la favorita de papá. Supongo que la primogénita siempre lo es. Pero no me importaba no serlo. Al menos, cuando Rachel vivía, mis padres me querían.

Lo añoro.

—No me hará daño, mamá.

No parece que me haya oído.

—Lo que dijiste ayer. Lo de que…, lo de que esto es una cárcel. —Me mira. Hay muchísima angustia en sus ojos—. Esta casa no es una cárcel, Beth. Es un refugio. Es el único lugar en el que estás a salvo de verdad, en el que nada puede hacerte daño.

La miro fijamente. ¿En serio? Estar en esta casa sí me está haciendo daño. Me están asfixiando con sus miedos. Se han llevado mi puerta, mi intimidad.

Flipa si cree que estoy a gusto aquí.

Casi tanto como yo al pensar que puedo fingir no haberme acostado con el chico que mató a mi hermana.



A la mañana siguiente, me encuentro a Scarlett y Jeff esperándome en la taquilla. Scarlett me abraza en cuanto llego y dice en tono quejumbroso:

—Qué rollo que no tengas móvil.

—Ya —digo con pesar.

—Tu padre dice que te lo ha confiscado porque te escapaste para salir de fiesta —apunta Jeff.

Lo miro con recelo. No recuerdo que saliese el tema durante la cena anoche.

—¿Cuándo te lo ha dicho?

—Esta mañana. Me he pasado por la ferretería a saludarlo antes de venir a clase.

Su confesión me molesta un poco, pero no sé explicar por qué. Cuando salía con Rachel, Jeff se pasaba todo el día en nuestra casa. Prácticamente vivía allí. Pero hace siglos que no se le ve el pelo y Rachel ya no está, así que se me hace raro que se haya hecho amiguito de mis padres tan pronto.

—¿Dónde fue la fiesta? —insiste Jeff—. ¿Fuisteis solo tú y Scar?

—Yo no —dice Scarlett, la muy traidora—. Fue Beth sola. Con unos chavales de Lexington Heights.

La miro ceñuda y ella se encoge de hombros como si ignorase que era un secreto.

—¿Con unos chavales de Lexington? —dice Jeff, claramente contrariado—. Los de Lex son escoria, Lizzie. Todo el mundo lo sabe.

—No todos —digo en defensa de Ashleigh, Harley y los demás chavales que se portaron bien conmigo el sábado—. Me lo pasé bien.

—No me digas. ¿Haciendo qué? —inquiere, suspicaz—. He oído hablar de las drogas que circulan en las fiestas de Lex.

—No tomo drogas —digo con frialdad.

—Eso espero.

Me irrita cómo me juzga con la mirada. ¿Quién es él para juzgarme? Si ya ni me conoce. La última vez que me vio, llevaba ortodoncia y tenía acné. Por aquel entonces, no creo ni que hubiese dado mi primer beso.

—Bueno, que estuvo guay —les digo a Jeff y Scarlett. Cierro la taquilla de un portazo y me cuelgo la mochila al hombro—. Tengo que irme. Quiero hablar con la profe de Cálculo antes de que suene el timbre, que, como ayer falté, ya llevo un día de retraso.

Me voy antes de que puedan responder mientras me despido con la mano a toda prisa. Sí que quiero llegar temprano a Cálculo Avanzado, pero no para hablar con la profe.

Se me acelera el corazón mientras espero en la puerta. Unos chavales pasan por mi lado. Algunos entran raudos en mi aula y otros llegan en tromba por los otros accesos del pasillo.

¿Dónde se habrá metido?

La impaciencia me hace dar golpecitos con el pie y jugar con las correas de la mochila. Lo busco por el pasillo, escudriñando a cada chico que se acerca. Descarto a los de pelo oscuro, al pelirrojo desgarbado, al de las rastas y a su amigo rapado. Espero en el pasillo incluso después de que suene el timbre e, incluso, después

de que se cierre la puerta del aula.

Y, al fin, mi paciencia da sus frutos.

Charlie Donnelly aparece al final del pasillo. Lleva unos cargo negros y una camiseta negra, y se lo ve agobiado. Se pasa una mano por el pelo rubio oscuro mientras corre por el suelo embaldosado. Es evidente que está cabreado consigo mismo por llegar tarde.

Al verme, frena en seco.

—Mierda —murmura.

—Chase —balbuceo.

Avanzo un paso y él se aparta deprisa.

Va directo al pomo.

—Llegamos tarde a clase —dice, y su tono es tan frío y distante que arrugo muchísimo el ceño. Ni me mira.

—Me da igual. Necesito hablar contigo.

—No tengo nada que decirte —masculla.

—Por favor —le suplico.

Le agarro la mano para que no gire el pomo y él se estremece como si lo hubiera quemado con un hierro candente. El dolor hace que tiemble por dentro. Hace unos días me rogaba que lo tocara, ahora es como si no soportase verme, sentirme…

¿Y a mí qué más me dará? Me invade una oleada de ira y autorreproche. Este tío atropelló a mi hermana con su coche y fue a la cárcel por ello. Debería importarme tres cojones si le molo o no.

—Yo sí tengo algo que decirte —digo entre dientes—. No hay diferencia entre llegar un minuto tarde o cinco; tarde es tarde, así que concédeme unos segundos de tu valioso tiempo.

Deja caer las manos a los costados. Sigue haciendo un esfuerzo ostensible por no mirarme. Sus ojos azules miran un punto unos centímetros por encima de mi cabeza. Me siento tonta hablándole al mentón, pero lo hago de todos modos.

—Vas a estudiar aquí —empiezo.

—¿Preguntas o afirmas? —Me mira por un instante a los ojos y vuelve a desviar la mirada.

—Estoy constatando un hecho. Tú estudias aquí. Yo estudio aquí. Vamos a algunas clases juntos. —Señalo torpemente la puerta que tengo detrás—. Así que… sí. En vista de la situación, creo que deberíamos… limar asperezas, supongo.

Me mira estupefacto.

—Limar asperezas. —Hace un ruido como si se ahogara—. No… —Vuelve a apartar la mirada—. Eres la hermana de Rachel Jones.

Noto una opresión en el pecho.

—Sí.

—No vamos a limar asperezas, Elizabeth.

—Es Beth.

Me ignora.

—Déjame pasar.

—No. —Terca, planto los pies en el suelo y cruzo los brazos—. No puedes fingir que no existo. No puedes fingir que no nos hemos acos…

—Calla —gruñe.

Lo miro perpleja.

Casi al instante, se le contrae el rostro por la angustia.

—Siento haber saltado —dice con brusquedad—. Y siento lo de la otra noche… —Deja la frase ahí. Me doy cuenta de que la emoción oscura que refleja su mirada no es exactamente remordimiento.

Es vergüenza. Él también se avergüenza de lo que hicimos.

—Te arrepientes —murmuro.

Esta vez, me mira fijamente y sin titubear.

—Sí.

No puedo explicar la oleada de dolor que me invade.

—¿Porque soy su hermana? —Tenía que preguntarlo. Me tiembla la voz una barbaridad con cada palabra.

—Sí —contesta Chase de nuevo.

Eso me da que pensar.

—Y si no lo fuera… —temblorosa, cojo aire—, ¿te arrepentirías?

Me observa largo rato; me estudia con sus ojos azules y, a continuación, mira abajo.

—No —admite, al fin.

Ahora la avergonzada soy yo. Esa pequeña sílaba, ese no, me alivia y me hace feliz. Las náuseas me queman la garganta y quiero vomitar por reaccionar así a la respuesta de este tío.

Como me quedo quieta, Chase me aparta con cuidado y abre la puerta del aula. Entra sin mediar palabra.

Me doy la vuelta y observo sus anchas espaldas mientras se dirige a su pupitre. Se sienta cuan alto es en la silla y mira al frente sin pestañear.

En la parte delantera, la señora Russell está hablando de las prácticas matemáticas para el cálculo avanzado, que será lo que trabajaremos este semestre. Frunce ligeramente los labios al verme en la puerta. Mira a Chase y luego a mí y dice:

—Beth, ve a sentarte. Hay un asiento libre al fondo. —O sea, lo más lejos posible de Chase.

Entro en clase haciendo un esfuerzo visible para no mirarlo. Nuestra conversación ha sido demasiado breve, tengo que decirle más cosas. No sé muy bien qué, pero sí sé una cosa: Chase y yo tenemos cuentas pendientes.

Me miro el reloj. Nuestra próxima clase juntos es Historia de la Música, lo que me brinda dos horas para planear mi estrategia. Hasta una piedra se erosiona con un goteo constante, así que ándate con ojo, Chase: se avecina diluvio.



No pasaba una nota desde cuarto de primaria y fue a Scarlett para preguntarle si quería aprender a montar en monopatín. Había visto un vídeo en YouTube de unas afganas que lo petaban y quería ser tan guay como ellas. Scarlett me dijo que no.

«Tenemos que hablar. Quedamos en mi casa. A medianoche», garabateo mientras la señora Dvořák habla sobre los señores blancos muertos que estudiaremos en Historia de la Música. «Me escaparé».

Uy, eso último lo borro. No tiene por qué saberlo. Además, es obvio. Doblo la hoja de la libreta y miro detrás de mí. Está una fila más atrás y dos asientos al lado, mirando fijamente su libro de texto. ¿Cómo llamo su atención sin montar un espectáculo?

Toso un poco.

—¿Estás bien? —Scarlett me alcanza una botella de agua, pero Chase ni se inmuta.

La tranquilizo con un gesto. Le doy golpecitos a la mesa con el lápiz. La señora Dvořák hace una pausa a mitad de frase. Dejo el lápiz. El chico de negro sigue sin hacerme ni caso. ¿No es supertípico

que vaya todo de negro? ¿Querrá advertir que es malo? Tiene antecedentes y todo el mundo lo sabe; aunque fuera de blanco cada día, la mitad del instituto sugeriría que interpretara a todos los villanos de la obra escolar.

Me muevo un poco, a ver si consigo hacer ruido con la silla.

—Señorita Jones, ¿necesita ir al baño? —me pregunta la señora Dvořák—. ¿No? Pues deje de hacer ruido.

Me muero de la vergüenza.

—Sí, señora.

Vuelvo a mirar a Chase, pero, por lo visto, esta vez no soy muy discreta, porque la señora Dvořák se da cuenta.

—Ah —dice. Chasquea la lengua con comprensión. Da un golpe en la mesa con los nudillos y grita—: Señor Donnelly.

Chase la mira de inmediato.

—¿Sí, señora?

—Vaya al pasillo. Aquí molesta. —Su rostro regordete y amistoso se ha vuelto frío.

¡¿Cómo?! Me enderezo y levanto una mano para indicar que estoy bien. Algunos chicos del fondo se ríen entre dientes.

—Señor Donnelly, ¿me ha oído?

Todos lo miran. Alguien le lanza un papel arrugado. No se inmuta, pero se le está poniendo rojo el cuello. En silencio, recoge sus libros y se levanta.

Los cuchicheos crecen y, como una ola, lo empujan al frente. Un futbolista anuncia en alto que este día va a ser matador. Toda la clase se parte de risa. Hasta a la señora Dvořák le tiemblan los labios.

Horrorizada, sigo el trayecto de Chase. Los músculos de su brazo torneado se flexionan al girar el pomo.

Cierra la puerta con suavidad y el jaleo aumenta.

—Madre mía, no me creo que le hayan admitido en este instituto —comenta Scarlett.

—No sé por qué querría venir aquí —digo. Mira que yo antes quería meterme debajo de la mesa, pero, sea lo que sea lo que esté

sintiendo, no se puede comparar con la humillación que sufre Chase.

Pero ¿por qué me compadezco de él, maldita sea? Debería odiarlo, como todos los demás. Debería asquearme haberle permitido tocarme.

Pero quizá no debería odiarlo a él, sino a mí.

Gimo angustiada, lo que hace que Scar me mire.

—¿Estás bien? —me pregunta.

«No, no estoy bien. En absoluto». Pero logro asentir.

—¿Te has fijado en cómo se ha ido? Ahí todo chulo, como si se enorgulleciera de lo que ha hecho. Qué asco me da.

Mi amiga tuerce el gesto como si hubiera olido uno de los infames pedos de Allyn Todd.

—Sí —digo con desgana. Daba la impresión de que no lo intimidaba nada: ni los compañeros ni la profe y ni siquiera yo. Me intriga. Es lo que me atrajo de él al principio, cuando para mí solo era Chase, un tío bueno cualquiera al que conocí en una fiesta y que me hizo caso cuando lo necesitaba.

La señora Dvořák nos manda callar y prosigue con la lección, pero yo ya estoy distraída. ¿No debería opinar lo mismo que Scarlett? ¿No debería estar enfadada con ese tío? ¿No debería estar escandalizada por tener que respirar el mismo aire que él y compartir clase con él? ¿Qué me pasa?

¿Por qué tengo la sensación de que el problema son mis compañeros y la señora Dvořák y no Chase? Por un momento pensaba que la clase se levantaría y gritaría «¡Vergüenza!», como en una escena de *Juego de tronos*. Y eso no me parece bien.

Hace tres años que murió Rachel y no me dejan pasar página.

Cuando suena el timbre, me quedo en mi mesa hasta que la señora Dvořák repara en mí.

—¿Puedo ayudarte en algo, Elizabeth?

Recojo mis cosas y me dirijo hacia el frente.

—En cuanto a Charlie…

—No puedo echarlo de la clase todos los días —me interrumpe—. Tendrás que comentárselo al director.

—Ya. El caso es que… no me molesta.

—No digas eso. A mí tampoco me entusiasma tener que enseñarle.

Me esfuerzo por encontrar un argumento que le valga.

—Mi familia cree en el perdón —miento—. Que ojo por ojo y todo el mundo acabará ciego. Ese rollo.

El rostro de la señora Dvořák se suaviza.

—Qué generosos sois. —Se inclina hacia delante y me da unas palmaditas en el hombro—. Haré lo que pueda para minimizar su molestia. Le pediré al director Geary que lo cambie de clase. Si necesita un crédito en Bellas Artes, que elija otra asignatura.

Me quedo pasmada. Ha confundido mi intento por limar asperezas con una queja sutil.

—Charlie no interrumpe la clase —insisto.

—No siempre hay que aparentar valentía, Elizabeth. Veré qué puedo hacer, ¿vale? Va, vete, no vaya a ser que llegues tarde a tu próxima clase. —Me da otras palmaditas, con aire distraído y condescendiente.

Frustrada, salgo del aula de Dvořák hecha una furia y voy a buscar a Chase. Llevo la nota que le he escrito bien sujeta, pero, cómo no, no hay ni rastro de él. Me dirijo a las taquillas, pero hay tanta gente que no puedo meterle la nota en la suya sin que me vean.

¿O sí? ¿Quién dice que no debería hablar con él?

—¡Lizzie! ¿Estás bien? —Macy se arroja a mis brazos—. Me he enterado de que…, de que el delincuente ese te ha molestado en Historia de la Música, con la señora Dvořák. Qué horror. Qué asco de instituto.

—Es Beth —mascullo, pero nadie me hace caso.

—Si vuelve a molestarte, avísanos y le daremos una lección —me dice Troy Kendall, un futbolista con el que no he hablado en mi vida.

—Deberíamos dársela de todos modos —propone otro atleta de cuello fornido.

—Díselo a tus padres —murmura Yvonne, a mi lado—. Seguro

que lo arreglan. Podrías publicar un anuncio en el periódico para pedirle al pueblo que te respalde.

Con el estómago revuelto, arrugo la nota. ¿Que quién dice que no debería hablar con él?

Casi nadie… Todo el mundo.

Llego a casa tras un viaje de cuarenta y cinco minutos en autobús. Odio el autobús. Lo odio con toda mi alma. Huele a una mezcla rancia de sudor, gasolina y basura. Parece que mil alumnos de secundaria hayan escupido en los asientos y restregado el culo sucio por todo el tapizado. Por no hablar de los botes que pega. Llego a la parada mareada.

No hay nadie en casa cuando entro. Mamá está trabajando y papá en la tienda. Yo a estas horas estaría en la heladería, pero me han prohibido trabajar. Qué rabia me da quedarme sin el dinerillo que me sacaba con mi curro a media jornada. Y encima tengo que ahorrar para pagarme la matrícula de la uni.

¿No poder ser voluntaria en la clínica de animales? Insoportable. Me esperan allí este finde, así que pienso volver a abordar el tema el viernes. Tal vez mamá y papá estén dispuestos a dejarme conservar al menos uno de los dos empleos.

Dejo mis cosas en el banco. Me da igual que se me caiga una libreta en el rincón de Rachel. Total, no está. Si estuviera, me gritaría.

«¡Mira que eres desordenada!», me diría. «Este es mi sitio y ese el tuyo». Y me tiraría las cosas al suelo.

Una vez, de camino a casa de la abuela, no quiso sentarse conmigo en el coche y me obligó a sentarme en el suelo. Qué mala era a veces. Pero eso nadie lo recuerda. Si les preguntas a mis padres, Rachel hablaba el idioma de los unicornios y cagaba arcoíris. Era un ángel perfecto y maravilloso.

Pero no es cierto. Rachel unas veces era la hostia y, otras, una mocosa. Tenía sus defectos, como todo el mundo.

Me paseo por la casa hasta llegar al piano. Las esquinas de la cinta de papel de arroz que pegó al costoso piano se están soltando. Despego una tira y miro con culpabilidad la tecla negra desnuda. Mamá se dará cuenta de que la he quitado. Una vez, las de la limpieza cogieron una bandejita de la mesita de noche de Rachel y la dejaron en su escritorio. Mamá las llamó y se pasó más de una hora echándoles la bronca. Ya no limpian la habitación de Rachel. Solo se encarga ella.

Vuelvo a colocar la cinta.

Me pregunto cómo se aseguran mis padres de que estoy en casa. Mamá no suele salir de la oficina hasta las cinco: es contable en una agencia inmobiliaria. Papá podría regresar en cualquier momento si Kirk, su empleado a media jornada, currara hoy; pero es miércoles. Kirk no trabaja los miércoles, así que papá cierra.

Son las cuatro. Mamá no volverá hasta las seis o así y papá puede que incluso tarde más, lo que me brinda unas dos horas para localizar a Chase. Su madre está casada con el alcalde, por lo que no me costará averiguar dónde viven. Si tuviera mi móvil lo llamaría, pero…

Se me ocurre una idea. Voy directa al despacho de papá y observo su mesa.

Mi teléfono está aquí. Es la única mesa de la casa que tiene cajones con cerradura. Si tuviera que confiscar un móvil, lo guardaría aquí.

Me siento en la silla de papá y muevo el tirador. Como era de esperar, el cajón está cerrado. Suspiro y enciendo su ordenador.

El cuarto vídeo de YouTube me da instrucciones bastante explícitas sobre cómo abrirlo.

Es increíble lo que se puede hacer con material de oficina. Miro con satisfacción el cajón abierto, saco el teléfono y lo sostengo como si fuera un bebé adorable.

El número de Chase está en Notas. El corazón me va a mil mientras abro un nuevo chat y le envío un mensaje rápido.

«Quedamos a medianoche. En mi casa. Hay un columpio en el jardín trasero. Te espero ahí».

Le envío la dirección y tamborileo con los dedos sobre el escritorio mientras espero. Y espero. Y espero. Pasa media hora. Maldita sea, ni lo ha leído.

Ansiosa, borro el historial del navegador de papá y cierro el cajón con fuerza. Me llevo el móvil. Lo dejaré en su sitio antes de que él y mamá vuelvan, pero de momento no hay prisa.

Me meto en el baño del pasillo, la única habitación del piso de arriba en la que puedo encerrarme y sentarme. Bajo la tapa del váter y espero a que Chase conteste. Tras otros minutos agónicos, vuelvo a escribirle.

Como no me contestes en cinco minutos, te llamo.

La burbuja que me indica que está escribiendo aparece.

Estoy trabajando. Lo siento, otra vez será.

Este no va a pasar de mí. De eso nada.

Frustrada, miro la pantalla. Tengo que hablar con él. Es algo que necesito, aunque no le apetezca. Lo que hicimos en la fiesta… Es el único que lo sabe, el único con el que puedo hablar de ello. Me da igual lo que tenga que hacer para que me hable. Haré lo que sea.

Así que, aunque me revuelve el estómago, me obligo a escribir tres palabras.

Tengo un retraso.

¿?

La regla. Tendría que haberme venido ayer.

Se hace un silencio largo.

Quedamos a medianoche.

Me siento un poco culpable por haberle mentido, pero no tanto como por haber perdido la virginidad con Charles Donnelly.

Borro nuestra conversación, corro al despacho de papá y vuelvo a guardar el teléfono en su sitio. No sé cómo cerrar el cajón con llave, así que lo dejo, confiando en que mi padre crea que se lo ha dejado abierto.

Mamá llega a casa a las cinco y media y trae burritos para cenar. Papá llega poco después, tal y como habían planeado. Nos sentamos a comer. Mamá hace preguntas que me niego a contestar y papá emite gruñidos de descontento. En cuanto acabo de cenar, me escapo al columpio hasta que anochece y mamá me llama para que entre.

Me desnudo en el baño porque mi cuarto tiene cero intimidad. Una vez en la cama, me pongo bajo las sábanas unas mallas y una sudadera de Darling. Me acurruco de lado con un ejemplar de *El gran Gatsby*, que es el libro que estamos leyendo en Literatura Avanzada.

Las horas se me hacen eternas. El tiempo avanza más despacio que un caracol por un guijarro. Gatsby sigue mirando la luz verde que hay al final del muelle, esperando a que le den luz verde a él. Ojalá tuviera mi propia señal de salida. Sigo leyendo hasta que, por fin, faltan cinco minutos para medianoche.

Me levanto de la cama y, despacio, me dirijo a las escaleras. Las luces están apagadas. Los ronquidos de papá se oyen desde la cocina. La cerradura de la puerta trasera suena demasiado cuando la abro y, por un segundo, me quedo helada. Al no oír ni una mosca, abro la puerta y salgo corriendo.

Cuando llego al columpio, el corazón me va a tope, pero no hay nadie. El columpio está vacío. Es una noche muy tranquila, ni siquiera oigo los grillos o las cigarras. Miro a mi alrededor, pero no veo nada.

Qué chasco más grande. No ha venido. Tenía un montón de

cosas que decirle y no ha venido.

—¡Aaaaah! —grito en voz baja, con los puños cerrados a los costados. Enfadada, pateo el césped. Que le den. Que le den. Que les den a mis padres. Que le den al instituto. Que le den a todo.

—A veces pareces una mocosa —dice una voz cerca del árbol.

Me vuelvo hacia el sonido y veo una forma oscura emerger de entre las sombras.

—¿Chase?

—Sí, soy yo.

Avanza hacia un punto iluminado por la luna. Me falta el aire. Parece un ángel caído bañado por la luz de la noche.

—Te has retrasado —digo con dificultad.

—Eso iba a decir yo —responde, serio—. ¿Has ido al médico? ¿Hay alguno al que puedas ir?

La vergüenza me deja sin habla.

—Verás, es que… —Trago saliva—. Te he mentido. Lo siento, en serio; pero es que, si no, no ibas a venir.

—Cierto. —Mira a otro lado, exhibiendo su mandíbula perfecta. La luz de la luna incide en su barba de tres días—. Retiro lo dicho. Eres una mocosa.

Se dispone a irse.

Entro en pánico y le agarro el brazo.

—Por favor, espera. Tenemos que hablar.

—¿De qué? —Se zafa—. ¿De lo que pasó en la fiesta? Ambos sabemos que fue un error. De haber sabido… —Se calla. Carraspea y continúa—. De haber sabido que eras Elizabeth Jones, ni te habría tocado.

Noto una opresión en el pecho.

—¿Por? ¿Qué más dará?

Ladea la cabeza.

—¿Odiabas a tu hermana o qué?

Sus palabras me hieren en el alma. Trastabillo hacia atrás y parpadeo para contener las lágrimas.

—No. ¿Cómo se te ocurre?

—Porque, si tuviera delante al tío que mató a mi hermana, no lo miraría como si quisiera arrancarle la ropa.

Anonadada, ahogo un grito.

—Yo… no quiero hacer eso.

—Sí, sí que quieres. —Me mira de arriba abajo con frialdad y desdén—. ¿Crees que eres la primera tía que se me lanza desde que salí? Cuando me soltaron, estuve tres semanas en Springfield con mi tío porque mi padre no quiere saber nada de mí y, de repente, tenía encima a todas las chicas con las que crecí. Ahora soy el chico malo al que se mueren de ganas de domesticar.

¿Su padre no quiere saber nada de él? ¿Por eso se ha venido a vivir con su madre? Me gustaría preguntarle tantas cosas…, pero no ha terminado.

—Madura, Beth. En el mundo real, los chicos malos son malos de verdad. No son héroes. No mola liarse con ellos. Los problemas que tienes en casa no se van a arreglar acostándote conmigo. Los chicos malos hacen cosas malas y, a la larga, arrastran a los de su alrededor al mismo infierno. Vete a casa, métete en la cama y olvídate de mí. Yo haré lo mismo.

Dicho esto, da media vuelta y él y su sudadera negra desaparecen en la oscuridad.



El jueves por la mañana, apenas cinco minutos después de empezar la clase de Cálculo Avanzado, Chase recibe un nuevo mote. Troy Kendall, el futbolista que estaba en la clase de Historia de la Música de Dvořák, lo dice en alto mientras pasa hacia atrás una hoja de ejercicios que ha preparado la señora Russell.

—No vayas a cortarte, Williams —dice mientras pasa los folios—, que, a lo mejor, a Manson, aquí presente, le pone el olor a sangre. —Troy se ríe de su propio chiste y choca los cinco con otro atleta.

La mitad de la clase ahoga un grito; la otra, se parte. Manson, como Charles Manson, el asesino en serie. Qué broma más fea. No puedo evitar mirar a Chase para ver cómo le ha sentado. Entonces me fijo en que todos lo observan, esperando a que salte, y me da pena. Sé lo incómodo que es ser el centro de atención; pero yo lo era por pena, mientras que él es el blanco de todas las burlas.

Él lo tiene mucho peor.

Cruzamos la mirada y juro que la suya es de dolor, como si lo hubiera traicionado. Me mira como si le hubiera apuñalado por la

espalda; pero ¿qué quiere que haga? ¿Levantarme y defenderlo delante de toda la clase? Anoche me dijo que madurara y me metiera en mis asuntos. Pues eso haré.

Dejo de mirarlo y vuelvo la vista al frente, fijando mi atención en la señora Russell, que nos da la espalda. O pasa de nosotros a propósito o no ha oído el comentario de Troy.

—*Manson* le va que ni pintado —dice Scarlett, a mi lado.

—Manson fue un asesino en serie —murmuro.

—Ya, y fijo que Charlie se ha puesto violento al volante más de una vez.

—No se puso violento —repongo. Qué cansada estoy de repente. ¿Por qué me molestaré en justificar los actos de Chase? Me ha dejado clarísimo que no quiere saber nada de mí.

—Qué ganas tengo de contárselo a Jeff —continúa Scar como si yo no hubiera intervenido. A lo mejor no lo he hecho y me lo he imaginado.

Como la señora Russell no nos hace caso, los demás también están hablando.

—Tienes un sótano en Grove Heights —dice Troy en voz alta—. Quizá escondas algunos cadáveres ahí.

—Vivía en Lincoln antes de que su madre se casara con el alcalde Stanton —comenta una chica del fondo—. Lo leí en el periódico.

—Habría que excavar en su antiguo patio trasero.

—Ay, Dios. Debería ir a la cárcel en vez de estar aquí sentado con nosotros.

—¿Y si encuentran cadáveres ahí? ¿Lo juzgarán de nuevo? No se puede juzgar dos veces a alguien por el mismo delito, ¿no?

No aguanto más.

—¡Callad ya! —les grito a mis compañeros.

El aula enmudece. Delante, la señora Russell se gira asustada.

—Elizabeth —dice en el tono suave que se emplea con los niños histéricos—. Siéntate, por favor.

¿Que me siente? Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba de pie. Habré pegado un bote. Todos me miran, salvo Chase, que

está mirando fijamente a la señora Russell; sin embargo, juraría que le ha dado un tic en la mandíbula, como si estuviera haciendo un esfuerzo titánico por mantener la compostura.

Scar me coge la mano.

—Callad ya, hombre, que se lo estáis poniendo aún más difícil a la pobre Lizzie. —Tira de mí—. Siéntate.

Cree que les he gritado porque me han molestado sus cuchicheos y acusaciones por lo bajini.

He gritado porque los cuchicheos estaban molestando a Chase.

La impotencia se me atasca en la garganta. Dejo que Scar me siente y junto las manos encima del pupitre. Estoy temblando.

—Perdón —le digo a la señora Russell—. Ya estoy mejor.

Se me queda mirando un momento y asiente.

—Concentrémonos en el ejercicio. Ya que tiene tanta energía, señor Kendall, venga a resolver el primer problema.

Con ademán avergonzado, Troy se levanta y se dirige a la pizarra. Los demás se tranquilizan. No presto mucha atención lo que queda de clase. Me quedo ahí sentada y procuro no llorar.

En cuanto termina la clase de Cálculo Avanzado, voy a mi taquilla, aunque no tengo que coger nada; pero mi próxima clase es Física, en la que coincido con Scarlett, y no me apetece ir con ella. Me ha mirado con tanta lástima y me ha apretado el brazo tantas veces durante la última hora que necesito un descanso.

Dejo caer la cabeza en la taquilla y me pregunto cómo y cuándo se ha ido al traste mi vida. Bueno, desde que murió Rachel, está claro. Tres años lidiando con mis sobreprotectores padres me han dejado para el arrastre, pero últimamente me he sentido más impotente y me he alterado más que en estos tres años juntos.

Esto me pasa por rebelarme. Solo quería una noche de libertad; divertirme una noche antes de que acabara el verano y empezaran las clases; disfrutar de una noche en la que no tuviera que pensar en mi difunta hermana o en mis autoritarios padres; gozar de una

noche en la que pudiera ser quien me diera la gana sin atormentarme por el accidente que sufrió mi hermana.

Pues toma noche. Fui a una fiesta en la que ni me conocían a mí ni conocían a Rachel; me alejé de mis padres y al fin pude respirar, aunque fuera solo unas horas; me divertí; conocí a un chico, un chico que me gustó. Que me gustó mucho mucho.

Y ahora todo se ha ido al garete y solo me apetece llorar.

Respiro hondo. No voy a llorar. Soy fuerte. Iré a clase y…

Una mano enorme me coge del brazo y me hace dar la vuelta.

—¡Oye! —protesto—. ¿De qué…? —Me quedo sin habla cuando veo que es Chase—. ¿Qué quieres? —pregunto débilmente. Uy, sí, soy fortísima. Un segundo en su presencia y me tiemblan las manos y se me acelera el pulso.

Chase suelta una risotada de incredulidad.

—¿Que qué quiero yo? Venía a preguntarte lo mismo.

Parpadeo, confundida.

—¿Por qué lo dices?

—Me invitas a tu casa, me defiendes en clase…

—No te he defendido —lo interrumpo, pero creo que sabe que es mentira. Quería que dejaran de criticarlo. Por eso los he mandado callar.

—Deja de meter las narices en mis asuntos, Beth. Sé apañármelas solo.

Ah, ¿sí?

—Ah, ¿sí?

—Sí. Me he enfrentado a cosas mucho peores, te lo aseguro. ¿Crees que un puñado de matones de instituto me asusta? —Se ríe sin ganas—. He pasado tres años en un reformatorio con criminales de verdad. ¿Crees que Troy es el primero que me ha apodado Manson? Eso son chiquilladas.

No debería apiadarme de él, pero no puedo evitarlo.

—¿Podemos… hablar del tema?

Frunce las cejas.

—¿Hablar de qué? —Su tono rezuma frustración—. Joder, Beth,

¿qué te pasa? No hay ningún motivo para que hablemos, ¿vale? No somos amigos y nunca lo seremos. No podemos. Tu hermana está muerta por mi culpa.

Me empiezan a picar los párpados.

Baja la voz y dice:

—Sí, nos acostamos. No es para tanto. Ni que fuéramos vírgenes…

Suelto un gemido entrecortado.

Espero, no, rezo para que no se haya dado cuenta, pero si algo sé sobre Chase es que no se le escapa nada. Quizá aprendiese a estar alerta en el reformatorio, porque no podía bajar la guardia en ningún momento, o quizá sea una habilidad que ha tenido siempre. En cualquier caso, me mira con suspicacia.

—Beth… —Su voz se ha vuelto un pelín ronca. Carraspea.

Traga saliva con dificultad.

—No me digas que eras virgen.

—Vale —susurro.

—¿Vale qué?

—Vale, no te lo digo.

Ahora es él el que parece que se haya atragantado. Le da un manotazo a la taquilla que tengo detrás. El ruido me sobresalta, pero no creo que Chase vaya a agredirme.

Dios, ¿por qué no le tengo miedo? ¡Se cargó a alguien con el coche! Debería estar asustada, joder.

—Beth —repite—. Mírame.

Abatida, levanto la cabeza.

—Como si no fuera ya lo bastante humillante, Chas… Charlie —me corrijo.

—Chase —dice, y me recuerda lo insistente que soy con que me llamen Beth. Somos más parecidos de lo que cree—. Ahora me llamo Chase.

—¿Y eso?

—Me lo empezaron a llamar cuando… —Calla de golpe y niega con la cabeza—. No, nos estamos desviando del tema. Necesito

saber si… —Levanta una mano y la deja cerca de mi mejilla, como si fuera a acariciarme. Acto seguido la baja a un costado.

Echo un vistazo rápido a mi alrededor para cerciorarme de que nadie haya visto que ha estado a punto de tocarme, pero el pasillo sigue vacío. Hace rato que ha empezado la clase.

—¿Eras virgen? —pregunta al fin, con la mirada triste.

Inhalo despacio y exhalo el aire aún más lentamente.

—¿Importa acaso? —respondo con pesar.

Me alejo sin mirar atrás, pero puedo sentir su mirada sobre mí en todo momento.



A la hora de comer, me siento con Scarlett y las chicas. Jeff se nos une pasado un rato, lo cual se me hace extraño, pero todas, sobre todo Scar, están encantadas de verlo. Me dan ganas de preguntarle cómo es que no se sienta con sus amigos, hasta que caigo… No tiene. Los de su promoción ya se graduaron. Al igual que Chase, es un estudiante de último curso de diecinueve años.

No aporto mucho a la conversación. Como de costumbre, estoy rayada. No me quito de la cabeza la cara de Chase, la que puso cuando se le ocurrió la posibilidad de que fuera virgen. No fue exactamente de espanto, sino de ¿preocupación, quizá? De sorpresa, sin duda. Y sí, también un poquito de espanto, creo.

«Créeme, Chase, nadie está más horrorizada que yo».

Casi desearía no haberme alejado antes de él. Podríamos haber hablado más de ello. Del polvo, claro. Necesito hablar con alguien. El secreto me reconcome por dentro, pero ¿a quién se lo voy a contar?

¿A Scarlett? A ella también le horrorizaría. Y aunque creyera que no sabía quién era Chase al principio, probablemente se mosquearía

un poco conmigo por haberme acostado con un desconocido. Scar perdió la virginidad con Matty Wesser, un chico con el que salió en serio durante dos años. La única razón por la que ya no están juntos es porque trasladaron a su padre a Denver por trabajo y Matty tuvo que mudarse allí con su familia cuando cursaba primero de bachillerato.

¿Macy e Yvonne? Me juzgarían, lo tengo clarísimo.

¿Mis padres? Como se enteren de lo mío con Chase, me encierran en el sótano los próximos treinta años.

No tengo una relación muy estrecha con el resto de mis compañeros, y tampoco voy a desahogarme con Sandy, del refugio de animales. Tiene veintitantos años y seguramente me daría muy buenos consejos, pero la consideraba mi jefa, aunque no se me pagase por lo que hacía.

Y solo queda Chase; pero no quiere hablar conmigo y yo me he distanciado de él cuando ha surgido la oportunidad. Ahora me arrepiento.

—… la casa de Kav. Sus padres no están.

Juro que Troy Kendall tiene la voz más fuerte del mundo. Da igual dónde esté, que siempre oigo las chorradas que suelta.

—Y se acaban de comprar un *jacuzzi* —comenta entusiasmado Landon Rhodes, otro futbolista—. Y caben diez personas.

—Mola.

—Ya ves.

—¡Eh, Yvonne! —grita Troy hacia nuestra mesa—. ¿Te vienes a casa de Kav esta noche?

Yvonne pone los ojos en blanco al oír al charlatán de nuestro vecino.

—¿Quién coño es Kav? —grita.

—¿Greg Kavill? ¿Kav? ¿Kavi? ¿Kavster?

—Que lo llames de cien maneras distintas no va a hacer que sepa quién es —dice Yvonne con arrogancia, y todos se ríen, incluida yo.

—El *quarterback* de Lincoln Public —dice Landon con amabilidad

—. Va a dar una fiesta en su casa esta noche. Puede ir quien quiera.

Troy nos mira a mí, a Scar y a Macy.

—Vosotras también sois bienvenidas, obviamente.

Yvonne se encoge de hombros.

—Mándame los detalles. Luego te digo algo.

—Vale —dice Troy, y él y Landon se vuelven hacia sus colegas.

En cuanto los futbolistas vuelven a estar entretenidos, Jeff se dirige a nosotras en voz baja.

—No deberíais ir —nos advierte, contrariado.

Su aviso me llama la atención, pues yo me estaba planteando ir. Ya que no puedo pasar la noche con los perros en la clínica, podría divertirme en una fiesta en Lincoln…

Casi me echo a reír. ¿Divertirte? «Elizabeth», me reprendo, «¿te recuerdo lo que pasó la última vez que te fuiste de fiesta a otro pueblo?».

—¿Por? —le pregunta Macy a Jeff.

—Primero, porque mañana hay clase.

Las chicas se desternillan.

—Vamos a segundo de bachiller —le dice Yvonne entre risas—. Podemos salir entre semana.

—Vale. Pues porque no son de fiar. He oído cosas feas de Kav y sus amigos.

—No serán tan malos si son amigos de Troy y Lan —señala Yvonne—. Además, las fiestas de los futbolistas son la leche.

—Entonces me apunto —dice Macy, contentísima.

—Solo estarán los de Lincoln y, si eso, algunos chavales de Darling —dice Scarlett con desdén—. Y los de Lincoln son unos barriobajeros.

—Pues ya no voy —dice Macy.

A su lado, Yvonne pone los ojos en blanco. Macy es más rara que un perro verde. Cambia de opinión cada dos por tres. Si se fundase el club de fans de Charlie Manson, sería la primera en inscribirse.

En cuanto a la fiesta de Lincoln, me tienta cada vez más…, al menos si convenzo a alguna de mis amigas de que se venga. Esta

vez no puedo arriesgarme a ir sola, pero que vaya a haber otra gente es justo el motivo por el que quiero asistir. ¿Ningún alumno de Darling mirándome con pena? Qué fantasía.

—Yo quiero ir —digo despacio.

—Y yo —exclama Macy.

Yvonne se ríe por lo bajo.

Miro a Scarlett.

—¿Vendrás si voy? ¿Aunque vaya la chusma?

Se lo piensa.

—Venga, vale, que no te acompañé a la del finde pasado. Te debo una fiesta.

Sonrío.

—Toma ya.

—De todas formas, los de Lincoln son más majos que los de Lex. —Entonces me recuerda un detalle de lo más desagradable—. Pero estás castigada.

—Mierda, es verdad. —Me muerdo el labio inferior, reflexiono y me encojo de hombros—. Supongo que tendré que escaparme. Total, a estas alturas mis padres no pueden castigarme con algo peor. ¿Qué van a hacer? ¿Echar abajo las paredes de mi cuarto?

—No vas a escaparte —dice Jeff en tono amenazante.

Lo miro ceñuda.

—Sin ánimo de ofender, Jeff, pero tú no me mandas. Si quiero ir a una fiesta, no puedes impedírmelo. Y ni se te ocurra amenazarme con chivarte a mis padres, porque eso es de capullos.

Por cómo se sonroja, sé que se lo había planteado.

—Vale, pues te llevo.

No doy crédito.

—¿Cómo?

—Si quieres ir, te llevo. —Le da un buen trago a su botella de agua y la deja en la mesa—. Al menos así tendrás a alguien que te cubra las espaldas.

Noto mariposas en el estómago de la emoción.

—¿Me ayudarás a escaparme?

Jeff sonríe y dice:

—No hará falta.

—Pero estoy castigada.

—Tú tranquila. Hablaré con tus padres. Se me da muy bien camelármelos.

—Yo también quiero ir —dice Macy mientras le tira del brazo.

Él le sonríe con pesar.

—Lo siento, pero mi coche es un biplaza. —Jeff conduce el viejo Audi TT de su padre, o al menos lo hacía antes de irse a Inglaterra —. Si Scarlett va, tendrá que coger su coche.

—Paso —dice Scar sin ganas—. Ya no voy.

—¿Y eso? —pregunto, decepcionada. Siempre me lo paso mejor con Scarlett.

—Solo iría a hacerte compañía. Si Jeff va, ya no hay motivo para que vaya yo también.

Su explicación no tiene ningún sentido para mí. ¿Por qué no podemos hacernos compañía los tres? Pero Scarlett se pone a mirar el móvil para evitar preguntas, así que lo dejo estar.

—Quedamos después de clase y te llevo a casa —me dice Jeff—. Ahora tengo reunión con mi consejera escolar.

Jeff se va y nosotras terminamos de comer. Scarlett no dice ni pío lo que queda de almuerzo. Me da la impresión de que no le hace gracia el plan de esta noche, pero no sé por qué, así que, mientras dejamos las bandejas en la cinta transportadora, le digo para tranquilizarla:

—Jeff va a ir. No me va a pasar nada malo.

—Es Jeff quien me preocupa.

—Ay.

Se encoge de hombros.

—Lo siento. —No me lo parece—. Pero últimamente vas mucho a tu bola.

Eso también me ha dolido. Y no creo que me lo merezca del todo. Puede que le pidiese a Scarlett que me cubriese el finde pasado, pero yo también le hacía el favor cuando salía con Matty; la

cubría siempre.

—Jeff ya es mayorcito —replico—. Pero si tanto te preocupa, vente y lo vigilas.

—Ya te he dicho que no me apetece.

Vuelve a encogerse de hombros y se dispone a salir del comedor. No mira si la estoy siguiendo, lo que me indica que para ella la conversación ha terminado. Por desgracia para Scarlett, yo aún no he acabado.

—Va, Scar, un momento. —La agarro del brazo justo cuando llega a la salida.

Su expresión es torva. Se echa el pelo castaño rojizo al hombro cual diva del R&B.

—¿Qué? —pregunta con tirantez.

Arrugo la frente de la pena que me da que me hable así.

—¿Por qué estás tan enfadada?

—No estoy enfadada.

—Pues lo pareces.

—Pues no lo estoy. —Se echa el pelo hacía el otro lado—. Es que no me parece bien que arrastres a Jeff a la fiesta de Lincoln cuando es obvio que no quiere ir. Soy consciente de que lo estás pasando fatal porque el asesino ese ha vuelto, pero no te aproveches de tus amigos.

—No le he pedido a Jeff que me lleve —protesto—. ¡Si yo quería ir contigo!

Scar aprieta los labios.

—Lo que tú digas, Lizzie; pero sigo pensando que podrías haber manejado la situación de otra forma.

—Beth —digo, irritada.

—¿Eh?

—Que me llamo Beth. Te lo he dicho un millón de veces, y tú erre que erre con Lizzie.

—Perdón, Beth —dice con retintín.

Esta vez, cuando se marcha ofendida, dejo que se vaya.

No nos dirigimos la palabra en las clases de la tarde. Chase

aparece en Historia de la Música. A él tampoco le dirijo la palabra. A este paso, para cuando acabe el día no me hablaré con nadie.

Después de clase, paso deprisa por la taquilla y voy al aparcamiento a reunirme con Jeff. Él ya está ahí y me mira de arriba abajo mientras me acerco.

—Estás un pelín pálida —observa—. Voy a tener que llevarte a comer algo.

—No tengo hambre.

—Eso dices ahora. Espera a que te ponga unos nachos de Freddie delante.

—De verdad que no tengo hambre. —Insisto, pero Jeff no piensa aceptarlo.

—Iremos a la ferretería a hablar con tu padre. Después iremos a comer algo y te llevaré a casa. Iré a la mía a ducharme y cambiarme y volveré a por ti a eso de las siete. La fiesta no se pondrá interesante hasta las nueve o diez, pero tus padres sospecharán si paso a buscarte tan tarde. Podemos tomar un helado o algo hasta que estemos listos para marcharnos.

Tiene toda la noche planeada. Me impresiona a la par que me molesta.

—Vale —acabo diciendo, porque no tiene sentido discutir con él. Total, va a hacer lo que le dé la gana—. De verdad, no sé cómo vas a convencer a mi padre para que me deje ir a la fiesta —digo mientras me subo al asiento del copiloto de su Audi—. Aún siguen cabreados conmigo por haberme escapado el finde pasado.

Jeff sonríe.

—Ah, mujer de poca fe. —Enciende el motor—. Tú déjamelo a mí.

Diez minutos después de entrar en la ferretería, tengo que reconocerlo: a Jeff se le da muy pero que muy bien camelarse a los padres.

—Muchas gracias por los consejos, señor. —Jeff se pasa la caja de clavos a la mano izquierda para estrecharle la mano a mi padre con la derecha. Bajo el brazo de Jeff hay una barreta. Yo llevo dos

destornilladores.

—No hay de qué. Me alegra saber que estás trabajando con las manos. No muchos chavales de tu edad tienen la paciencia que requiere este oficio.

—Voy a meter la pata hasta el fondo, pero al menos sabré dónde acudir si me surge alguna duda.

Papá sonríe, radiante, y saca pecho.

—Aquí me tienes.

Jeff me pasa un brazo por el hombro.

—Y gracias por conseguirme una ayudante.

—Le vendrá bien trabajar duro —dice papá con una risa franca y vigorosa.

Casi me dan arcadas de ver lo bien que se llevan estos dos. En casa papá apenas sonríe, en cambio, aquí, con Jeff, se ríe como una colegiala delante del chico que le gusta. No lo entiendo. ¿Por qué no puede ser así con mamá y conmigo? Mamá está casi siempre preocupada e histérica, pero al menos aún sonríe. Todavía se ríe cuando ve una serie divertida o cuento un buen chiste, pero papá solo se pasea como un zombi sin expresión. Es como si el mero hecho de vernos le recordara que Rachel está muerta y se aísla por completo.

Mientras guardamos nuestras compras en el maletero, miro a Jeff con desconfianza.

—¿En serio te vas a montar un cenador en el patio trasero?

—¿Qué pasa? ¿No me crees? —Se ríe entre dientes—. Pues claro que no lo voy a montar. ¿Para qué? —Me enseña las manos—. Estas bellezas no están hechas para el trabajo manual. —Mientras subimos de nuevo a su coche, me mira con una amplia sonrisa—. ¿Soy bueno o soy bueno?

—Eres bueno, pero aun así tengo que estar en casa a las once —le digo.

—Conseguiré que vuelvas más tarde. Diré que nos deslomamos taaaaanto montando el cenador que decidimos tomarnos un descanso antes de llevarte a casa, pero que nos quedamos fritos y

nos despertamos en plena noche, y que entonces entré en pánico, pero supuse que tu padre no querría que condujéramos de noche.

Pongo los ojos en blanco. Scarlett no tiene de qué preocuparse: Jeff sabe salir airoso de cualquier situación.

—Menuda historia te has inventado. ¿Tus padres no se van a chivar de que no has montado el cenador?

—No, si el cenador está; pero no fui yo el que lo montó. Y mis padres no van a hablar con los tuyos. —Me mira—. Sin ánimo de ofender.

Se refiere a que mis padres no son lo bastante ricos.

—No me ofende. —Aunque un poco sí, porque ni que la familia de Jeff fuera mejor que la mía. Sí, tienen mucha más pasta, pero el dinero no es lo que confiere valor a una persona.

Al menos no para mí.

A los cinco minutos, Jeff aparca frente al restaurante mexicano. Sigo sin tener apetito, pero dudo que me haga caso si se lo digo. Me pregunto si Rachel sabía lo mandón que llega a ser. Francamente, creo que me molestaría que mi novio se pareciera a él y planease todo lo que vamos a hacer y pasase de mí si digo algo que se opone a sus deseos.

Destierro rápidamente los pensamientos negativos. Lo estoy pintando como un monstruo, cuando no lo es. Jeff es un buen tío; pero es que es demasiado decidido. Que no tiene por qué ser un defecto.

Además, de no ser por él, esta noche estaría en casa, en un dormitorio sin puerta, mirando la pared, porque mis padres me han confiscado el móvil.

Así que, cuando Jeff se vuelve hacia mí y me pregunta «¿compartimos unos nachos?», me esfuerzo por sonreír de oreja a oreja y contesto:

—Me encantaría.



Como habíamos acordado, Jeff pasa a recogerme a eso de las siete y vamos a tomar un helado. Solo habla de Inglaterra, pero no me importa porque no me apetece mucho hablar de mí. Aprovecho que no calla para preguntarle a Scarlett por mensaje si ha cambiado de opinión y va a ir a la fiesta, a lo que me contesta con un rotundo no. Pues vale.

Antes de irnos, pasamos por casa de Jeff.

—Tengo que cambiar de coche. Este es demasiado caro para llevarlo a Lincoln —me explica mientras cruzamos las puertas y recorremos el largo camino que lleva a su…, su mansión. No tiene otro nombre. No sé a qué se dedicará el padre de Jeff, pero tienen pasta para aburrir.

Evita el camino circular que hay frente a la casa y se detiene en una entrada lateral.

—Espera aquí —me dice.

Nuestra casa mide lo que un lado de la suya. Nunca he entrado, pero Rachel suele decir que le recordaba a las de las revistas y que,

cuando hablaba, se oía un eco. Decía, perdón. Cuando vivía.

Cerca de la parte trasera, hay una piscina cubierta con tobogán y *jacuzzi*. Pese a contar con tantos lujos, Jeff nunca da fiestas aquí. Rachel dice…, decía que es muy selectivo y no permite que cualquiera invada su espacio personal. Supongo que por eso le espero aquí fuera y no me ha ofrecido ni un vaso de agua.

De pronto, experimento una ligera punzada de pánico: ¿qué hago saliendo con el novio de Rachel? Es raro, siento que en parte la estoy traicionando y…

Y ya no es su novio, me obligo a recordarme. Rachel no tiene novio, porque Rachel no está viva. Pero es que no estoy «saliendo» con Jeff, me está haciendo un favor esta noche y se lo agradezco, pero no tengo ningún interés en empezar algo con él.

Aunque esté muerta, para mí Jeff siempre será el novio de mi hermana.

Jeff regresa agitando unas llaves. Se ha puesto una camisa azul holgada medio metida por dentro y unos vaqueros. Señala hacia la parte trasera de la casa.

—Ahora vuelvo.

—Te acompaño al coche.

—No hace falta. —Me hace un gesto con la mano para que no me preocupe. Los extremos de su camisa ondean mientras corre hacia allí.

Me miro los vaqueros y la camiseta ceñida que llevo. Ojalá me hubiese puesto falda, pero papá no se habría tragado que iba a echarle una mano con el cenador si me hubiera vestido para salir de farra.

Al momento aparece Jeff con un bonito sedán de cuatro puertas.

—Sube.

Al subir me fijo en lo limpito que está.

—Siento que tengamos que ir en esta tartana —dice—, pero no voy a poner en peligro a mi bebé.

¿Tartana? Si es como el mío.

—¿De quién es?

—Del hijo de Debbie.

—¿Debbie?

—Nuestra ama de llaves. —Jeff me pasa un cable—. Ten, conecta el móvil y pon música.

Dudo, aún con la mano en la manija de la puerta. A lo mejor deberíamos ir con otro coche. Con el mío, por ejemplo, que está perfecto y está muerto de risa en el garaje de mi casa. A Jeff se le da tan bien convencer a mi padre de lo que sea que tal vez obre su magia y me devuelva el coche.

Abro la boca para sugerirlo, pero Jeff pisa el acelerador y atraviesa a toda pastilla el camino de entrada.

—¿Y si se lo roban? —pregunto mientras me abrocho el cinturón.

—No es asunto mío. Que lo hubiesen asegurado —dice con desdén.

Acaricio el tapizado. El vehículo huele vagamente a limón y por dentro está impecable, hasta se diría que han aspirado las alfombrillas hace poco. No sé quién será el hijo del ama de llaves, pero adora este coche.

—Espero que no le pase nada.

—No te preocupes —me dice Jeff—. Si le pasa algo, el seguro le concederá otro nuevo.

No sé yo si va así la cosa, pero Jeff lo tiene clarísimo. Además, él conocerá al tipo mejor que yo. Me obligo a recostarme en los cojines y relajarme.

—Vale.

Jeff me da un apretón en el hombro.

—Pero qué considerada eres. Qué mona.

Ignoro la punzada de incomodidad que me provoca que el novio de Rachel me llame mona. Jeff me está haciendo un favor. Si quiere llamarme mona, me aguanto.

Viajamos un rato en silencio. Vuelvo a pensar en el insti y en Chase. Me pregunto si sería mejor que se fuera. Es el instituto al que iba Rachel. Es más, hay una plaquita *in memoriam* con su nombre cerca del aula de música. Los recordatorios deben de molestarlo,

¿no? Si hasta yo desearía alejarme de todos los recuerdos, para él será igual de horrible.

—¿Crees que Chase debería irse de Darling? —le pregunto a Jeff. Él también debe de estar obsesionado con Rachel, aunque no lo parezca. Pasar dos años fuera le habrá venido de perlas. Yo en su lugar me habría quedado en Londres.

—¿Chase?

—Charlie Donnelly.

—¿Lo llamas Chase?

Me retuerzo al percibir el tono incrédulo de Jeff.

—Me dijo que se llamaba así.

Jeff suspira profundamente.

—Lizzie…, digo, Beth, eres demasiado ingenua. Si lo llamas por un apodo, va a pensar que se le ha perdonado.

—¿Y no crees que habría que… perdonarlo? Digo, no sé —agrego al final.

—No. Mató a tu hermana —dice Jeff, categórico, como dejando caer que no tendría ni que recordármelo.

Mortificada por la culpa, me deslizo hacia abajo. Sí, Charlie atropelló a Rachel con su coche. Sí, él es el culpable de su muerte. De haber sabido que Chase era Charlie, habría corrido en dirección contraria. Pero no, me arrojé a sus brazos y ahora ambos lo lamentamos.

Peor aún, no creo que me arrepienta más que él, lo que significa que soy menos digna de perdón que Chase. Debería odiarlo. Mis palabras deberían destilar la misma cantidad de odio que rezuman las palabras de Jeff cuando habla de él; debería habérseme ocurrido a mí apodarlo Manson y debería ser yo la que le lanzara bolitas de papel a la espalda; debería plantarme en el despacho del director todos los días para exigir que expulsen a Charlie Donnelly del instituto Darling.

Pero no lo hago. No dejo de pensar en la fiesta, en la conexión que tuvimos y en el polvo que echamos. En Sanidad se habla de enfermedades venéreas y otros riesgos físicos, pero no del peligro

emocional, y en casa no me han dado ninguna charla al respecto. Mamá me regaló un libro de educación sexual para niñas y Rachel decía que era demasiado joven para pensar en ello siquiera.

—Bueno, pues ya hemos llegado —anuncia Jeff, lo que interrumpe mis pensamientos calenturientos—. Madre mía, este sitio es más chungo de lo que pensaba.

Abre la guantera que tengo delante. Un objeto negro y reluciente despide un brillo amenazante a la tenue luz del interior.

—¿Eso es…? Ay, madre, ¿tienes un arma? —Lo miro boquiabierta.

Cierra el compartimento de golpe.

—Estamos en Darling, Beth. Todo el mundo tiene un arma. Tu padre las vende en la ferretería.

—Sí, pero no guarda una en la guantera —mascullo mientras salgo del coche.

—¿Tú has visto esta pocilga? —Se une a mí en la acera—. Debería llevarme la pipa.

Solo de imaginarme al pijo de Jeffrey Corsen yendo por ahí con una pistola metida en la cintura de sus carísimos vaqueros de marca me hace tanta gracia que me muerdo el interior de la mejilla para no partirme de risa. No me creo que la haya llamado *Pipa*.

—Qué bien que te la hayas dejado —digo con toda la educación que puedo.

Él frunce el ceño y me empuja hacia delante.

—Habría que declarar en ruina este sitio. ¿Seguro que quieres entrar?

—Ya que hemos venido, sería de tontos irse sin echar un vistazo siquiera. No estará tan mal. —La casa es pequeña, pero aseada. El césped está cuidado a la perfección y además hay jardineras en las ventanas de la fachada.

—Eres demasiado maja. —Sube las escaleras dando brincos y llama al timbre.

Se abre la puerta y aparece una chica guapísima con una melena increíble y unos ojos insondables y oscuros.

—¿Sí? —Enarca una ceja con apremio.

Jeff está tan deslumbrado que empieza a tartamudear.

—Soy… Somos… Veníamos… —Señala hacia atrás con el pulgar.

Me asomo a su brazo para echarle un cable.

—Veníamos a la fiesta.

—Ah, pasad. Está prohibido beber dentro. Nada de drogas. Y vais a tener que soplar eso de ahí para volver a casa. —Señala con la cabeza una maquinita negra que hay en una mesa auxiliar.

—¿Seguro que esto es una fiesta? Aquí hay más reglas que en el Club de Campo de Darling —bromea Jeff—. Si quieres pasártelo mejor, puedo encontrarnos algo. ¿Cómo te llamas?

—¿Te refieres a tu amiga y a ti? No te hace falta mi nombre para eso. —Se aparta su lustroso cabello y se va.

—Será cabrona —dice Jeff en alto.

—Jeff. —Le tiro del brazo, avergonzada. Por fortuna, no creo que ese pibón lo haya oído.

—En serio, he sido majo. No la dejarían entrar en el Club de Campo de Darling ni aunque suplicara.

Puede que tenga razón, pero no porque la chica sea de clase baja, sino porque el Club de Campo de Darling se compone básicamente de carcamales de piel blanca que se criaron pensando que la segregación era la clave para tener una sociedad exitosa; al menos eso dice la madre de Scarlett, que teje gorros feministas con forma de gato en su tiempo libre.

—¿Quieres irte? —le pregunto, porque me siento cada vez más incómoda a su lado. Da la impresión de que quiere declararles la guerra a los organizadores de la fiesta.

—No sé. Por lo pronto me alejaré de ella. —Me coge del brazo y me lleva a un pasillo desde el que se oye jaleo. Pasamos por un salón y una cocina impecable y terminamos en la parte trasera, en una terraza.

Hay unas treinta personas aquí. Todas se vuelven hacia nosotros en cuanto salimos de la casa. Varias están dentro del *jacuzzi*, en un rincón del pequeño patio, o agolpadas alrededor. Unos ocho chicos,

la mitad descamisados, juegan un partido de fútbol bandera, una variante del fútbol americano. Los demás están tirados en el suelo de madera o en el césped.

—Me cago en… Es Manson. —Jeff me taladra los tímpanos para decir—: ¿Qué haces tú aquí?

¡¿Manson?!

Me giro hacia donde señala Jeff y veo a Chase sentado en una tumbona, al fondo, fumándose un cigarrillo. Otra chica guapa con muchas trencitas se sienta a sus pies. No da la luz en esa zona; por eso no los habré visto de primeras.

No me creo que esté aquí. Uno de los motivos por los que quería asistir a la fiesta era para distraerme y dejar de pensar en el tío este. Y aquí está. ¿Cómo es que conoce a los chavales de Lincoln…?

De repente recuerdo que vivía en este barrio. Eso dijo alguien del insti, que la madre de Chase vivía en Lincoln antes de casarse con el alcalde de Darling. Habrá veraneado siempre aquí.

—¿Manson? Aquí no hay nadie con ese nombre. —Un chico alto y corpulento sube las escaleras de la terraza—. ¿Quién eres tú?

Jeff ignora la pregunta y sigue hablando.

—Charles Donnelly está ahí. Mató a la hermana de Beth hace tres años y acaba de salir de la cárcel. ¿No es así, Manson?

Me pongo como un tomate. Si me cayese una casa encima ahora mismo, me alegraría. Pero no. Todos se giran hacia Chase. De nuevo, vuelve a ser el centro de atención, pese a no haberlo pedido. Y todo por mi culpa.

Supongo que por eso no puedo odiarlo: el resto del mundo ya lo odia por mí.

Abro la boca para explicarme, pero el tipo de las escaleras se me adelanta.

—Tío, ya lo sabemos. ¿Por qué crees que hemos montado este fiestón? Para darle la bienvenida a Chase. —Termina de subir los escalones y se encara con Jeff—. Y nos estás cortando el rollo, así que coge a tu chica y lárgate de una vez.

—Como si quisiera juntarme con un pringado como tú. —Jeff me

agarra del brazo—. Nos vamos. Total, esto es un asco. He cagado en váteres más limpios que este sitio.

El chico se acerca más a nosotros.

—Lo sentimos —me apresuro a añadir—. Ya nos vamos.

Esta vez soy yo la que tira del brazo de Jeff. Mi amigo no se resiste, pero se queja:

—¿Por qué has dicho que lo sentía? No lo siento. Esos de ahí son gilipollas. ¿Quién monta una fiesta para recibir a un asesino? Solo un hatajo de delincuentes.

—Jeff, son treinta y nosotros dos —le digo con los dientes apretados—, así que calla si no quieres que nos hagan picadillo.

Se zafa con brusquedad.

—Pero ¿tú de qué lado estás?

—¿De qué hablas?

Llegamos a la acera y me clava una mirada que me deja helada.

—¿Por qué siempre defiendes a Manson? —me pregunta con voz grave.

La culpa me pone a la defensiva.

—No lo defiendo siempre. Lo he hecho una vez y porque me estabais poniendo la cabeza como un bombo. Estoy harta de oír hablar de él.

—Pues ve al despacho del director y pídele que lo echen.

—No, paso. —Pero ¿no es en lo que pensaba durante el viaje? ¿En lo fácil que sería mi vida si no tuviera que lidiar con Chase a diario?

Jeff niega con la cabeza y se dirige al lado del conductor.

—No te entiendo —dice por encima del techo del coche—. Manson no es trigo limpio. Es asqueroso que vayáis al mismo instituto, ya no digamos que compartáis clases. Además —agrega mientras señala la puerta de la casa—, mira la gentuza con la que se junta. Ese no pinta nada en Darling. Eres la única que puede hacer que lo expulsen.

—No es cierto.

—Eres su hermana. —Se le endurece el gesto—. Rach no querría

que su hermana pequeña fuera al mismo instituto que su asesino.

Me duele en el alma que la llame por su apodo.

—Rachel se ha ido —digo con voz trémula.

Se le enciende la mirada.

—Si no lo haces por ti, hazlo por mí.

—Es que…

—¿Crees que es fácil para mí verlo todos los días? Me arrebató a la persona más importante de mi vida. Rachel lo era todo para mí.

Su apasionada declaración de amor no me convence del todo. Jeff y Rachel tenían dieciséis años cuando salían juntos; me parece una edad muy temprana para que Jeff considere que estaban hechos el uno para el otro. Y aunque fueran almas gemelas, no sé cómo explicarle que echar a Chase de Darling me parece fatal, se mire por donde se mire. Si al final lo expulsan, no me quejaré, supongo, pero no haré una campaña activa para que así sea.

—¿Y bien? —me dice Jeff, metiendo presión.

—No me parece bien —digo.

Él ríe por la nariz.

—Muy bien. Quizá deberías reconsiderarlo. —Abre la puerta del coche, se sube y, antes de que me dé tiempo a reaccionar, se marcha disparado y me deja ahí, ahogándome con el humo que sale de su tubo de escape.

—¡Jeff! ¡Jeff!

Corro tras él. Hay un *stop* más adelante. Lo alcanzaré allí. Aprieto el paso, pero Jeff ni siquiera para. Acelera al doblar la esquina. Para cuando llego a la intersección, sus luces traseras ya apenas se ven.

—¡Cabrón! —le grito.

No me puedo creer que me haya dejado aquí. ¡Si ni tengo móvil!

Me enredo los dedos en el pelo para no entrar en pánico. ¿Qué hago yo ahora? ¿Volverá por mí? Suelto un suspiro tembloroso y me siento en cuclillas.

Es evidente que lo mío no es normal; a Jeff le afecta más que a mí tener cerca a Chase. Rachel era mi hermana. Jeff salió con ella menos de un año, pero no soporta estar cerca de Chase, y yo, en

cambio, doy la cara por él, que es de lo que me ha acusado Jeff.

Y encima me siento culpable por no defenderlo más aún.

No me reconozco. Estoy hecha un lío. No entiendo nada. No tengo rumbo ni metas profesionales ni pasión ni forma de volver a casa.

Estoy sentada en la acera de un pueblo donde solo conozco al tío que se cargó a mi hermana y, para colmo, él no quiere saber nada de mí.

Nadie quiere: Scarlett está enfadada conmigo, Jeff está enfadado conmigo, mis padres me detestan.

Me pongo en pie. Igual si fuera más… ¿qué? ¿Más obediente? ¿Más como un robot?

¡Anda ya! Yo quiero vivir. Quiero divertirme. Esta gente me asfixia al decirme lo que debo hacer y lo que no. Esto incluye a Chase. También estoy harta de él. Me ha dicho que ni quiere mi apoyo ni lo necesita. Pues no se lo daré. No se lo merece.

—¿Te ha dejado aquí? —me pregunta alguien con voz grave, detrás de mí.

Me doy la vuelta y me encuentro con un desconocido. Lo miro con recelo. ¿Estaría en casa de Kavill?

—¿Cómo lo sabes?

El chico sonríe.

—Lo he visto todo desde mi porche. ¿No le ha gustado la fiesta de Kav? Es un poco estricto, pero puedes venirte a mi casa. Yo no tengo *jacuzzi*, pero sí otras cositas para pasarlo bien.

—Hablas como los malos de las novelas de Stephen King —le digo sin rodeos.

Para mi sorpresa, el chico echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—No te cortas un pelo tú, ¿eh? —dice, y me tiende la mano—. Soy Jay Tanner. Voy al insti con Kav. —Saca el móvil—. ¿Ves? Este es su número. Llámalo si no me crees.

Jay no sabe que me han dejado tirada. Cree que conozco a los chavales que hay en casa de Greg Kavill y que nos hemos marchado porque nos aburríamos. Me da mucha vergüenza admitir que no

conozco de nada a Kav, así que digo:

—No, te creo.

—Pues ven. Ya verás qué bien te lo pasas —dice—. Prometido.

Cruzo la calle detrás de él y lo sigo manzana abajo. No mentía: su casa está a solo unos metros de la de Kav. Oigo la música mientras vamos por la acera. Hay muchas luces encendidas en el interior y, por lo que logro atisbar, está a reventar. Ya estoy mejor.

—Soy Beth —le digo.

—Encantado, Beth. ¿A qué insti vas?

—A Lex —miento. Si digo Darling, asumirá cosas.

—Conozco a Harvey Bassett. ¿Tienes clases con él?

Subimos los tres escalones del porche delantero. Me aguanta la puerta.

—Lex es muy grande —contesto, porque no tengo ni idea de quién es Bassett.

—Ya, también. ¿De qué conoces a Kav?

—Es el amigo de un colega.

El interior es más pequeño de lo que parece por fuera. Quizá sea la música. Está tan alta que parece que te agrede físicamente, pero al menos no tengo que seguir respondiendo preguntas incómodas.

Jay me pregunta con un gesto si me apetece beber algo. Asiento. Me indica que espere y se adentra más en la casa. Nadie me mira ni repara en mi presencia. Los demás bailan, se dan el lote en el sofá o juegan a videojuegos. Me relajo y espero a que vuelva Jay.

Reaparece con dos vasos rojos de plástico. Acepto el mío y tomo un sorbo con cautela. Percibo un sabor dulce en vez de amargo.

—¿Te gusta? —me grita al oído.

Le hago un gesto con el pulgar hacia arriba. Si lleva alcohol, no lo noto. Le doy un trago grande. Y otro. Y otro más, hasta que apuro la bebida.

—Te traigo otro —me grita Jay.

Asiento con la cabeza en señal de agradecimiento, pero me detengo en cuanto me da la espalda. Asentir me marea. Me flaquean las piernas. Extiendo el brazo para estabilizarme. Decido que lo que

de verdad me conviene es sentarme.

Encuentro unas escaleras y, tras ignorar a la pareja que está más arriba con actitud fornicadora, me dejo caer en el primer peldaño.

Jay regresa con dos vasos más y una amplia sonrisa. «Esta vez lo voy a beber más despacio», pienso. Pero es que está riquísimo.

Riquísimo.

Me tomaré uno más.

O quizá dos. Sí. Dos más y paro.



Me despierta el ruido de un martillo neumático. Es el sonido más fuerte y molesto que he oído en mi vida. Es tan fuerte que tengo ganas de vomitar; se me revuelve el estómago y me suben las náuseas, como una hiedra venenosa, por la garganta.

Tardo unos segundos en darme cuenta de que el martilleo ensordecedor está en realidad en mi cabeza y no viene de fuera. Y que me encuentro mal porque estoy borracha.

Gimo en voz baja y trato de orientarme. Cuando lo hago, siento más náuseas.

Jay está tumbado a mi lado.

Reprimo las arcadas e intento centrarme. La habitación está a oscuras, pero no hay cortinas y la luz de la luna entra a raudales. Estamos en una cama doble, separados por un metro de distancia. Él ronca ligeramente. Ambos estamos vestidos de pies a cabeza.

Casi me desmayo del alivio: sigo vestida, menos mal. Echo un vistazo rápido al pequeño dormitorio y no hallo signos de que en algún momento me haya desnudado. La colcha sigue extendida,

pero está un pelín arrugada por habernos tumbado Jay y yo encima. No hay envoltorios de condones vacíos ni ropa interior por ahí tirada.

De todos modos, eso no significa que no haya habido tema. A lo mejor nos hemos vestido justo después. A lo mejor —solo de pensarlo me dan arcadas—…, a lo mejor no hemos usado protección.

Se me humedecen los ojos. Ay, madre. Al menos con Chase, la semana pasada, estaba completamente sobria. Sabía lo que estaba haciendo. Que después me arrepintiese no significa que me hayan obligado a hacerlo. Esa noche quise tener relaciones.

Esta…

Presa del pánico, zarandeo a Jay.

—Despierta —le ruego.

Está a medio ronquido cuando abre los ojos de golpe y emite un ruido de sorpresa, mezcla de un resoplido y un gemido.

—¿Qué pasa? ¿Qué te ha dado?

Me haría hasta gracia si no estuviera al borde del vómito y de sufrir una crisis nerviosa.

—¿Qué… qué hemos hecho? —le pregunto con ojos suplicantes —. No me acuerdo de nada. ¿Nos…? —Trago saliva con fuerza—. ¿Nos hemos acostado?

Para mi sorpresa, se ríe.

—Qué va.

—¿No? —No me lo creo. ¿Por qué si no estaría en el dormitorio de este tío?

—No —me asegura antes de darse la vuelta y mirarme. Cierra los ojos y agrega—: Beth, soy gay. Te lo he dicho unas cinco veces cuando has intentado liarte conmigo.

Me sonrojo de la vergüenza. Me vienen recuerdos vagos y… Sí, recuerdo que me apartó con delicadeza cuando lo besé en el cuello y me dijo que, aunque soy muy guapa, no soy su tipo. Y que, cuando le confesé que no tenía forma de volver a casa ni dónde dormir, me trajo aquí.

—Va, vuelve a la cama —dice soñoliento—. Estaba empezando a

quedarme dormido cuando me has atacado.

¿Que estaba empezando a quedarse dormido? ¿Cuándo hemos subido? Para mí hace horas. Miro con los ojos entornados el despertador que hay en la mesa auxiliar: las 12:34 de la noche. Ni siquiera es tan tarde. Y aunque no tengo móvil, llevo suelto. Podría llamar a un taxi e irme a casa en vez de quedarme a dormir en la casa de un tío que ni conozco.

Si mis padres me esperan levantados —que fijo que sí—, fingiré que me ha traído Jeff. Les soltaré la misma patraña que iba a contarles él, lo de que nos quedamos fritos después de montar su dichoso cenador. Mis padres se asustarán de todos modos, pero se asustarán más si no vuelvo a casa una noche entre semana. Saltarse el toque de queda es mejor que pasar la noche fuera.

Al pensar en Jeff, a mi estómago revuelto se le une la ira. No me creo que me haya abandonado.

—¿Me dejas tu móvil? —le pregunto a Jay.

Él sigue con los ojos cerrados cuando contesta:

—Mmm. En el escritorio.

Me levanto del colchón lo más silenciosa posible, pero, nada más enderezarme, una ola de náuseas me golpea como un tren a toda velocidad. El vómito me sube por la garganta y, en vez de ir a la mesa, salgo corriendo en busca de un baño. Llego al retrete justo a tiempo y expulso hasta la última gota de lo que he bebido esta noche, junto con los restos de los nachos que he comido antes con Jeff. Seguro que mis arcadas han despertado a Jay y a quien haya en la casa, pero me encuentro mil veces mejor tras haber vaciado el estómago.

Bueno, más o menos. Físicamente, sí, me encuentro mejor. Emocionalmente, estoy hecha una mierda.

Temblando, me pongo de pie y me lavo en la pila. Al mirarme en el espejo, veo que tengo los ojos rojos y estoy pálida y despeinada. Se me escapan algunas lágrimas y me caen por las mejillas. Me las enjugo despacio con el dorso de las manos.

¿Qué mosca me ha picado? Es como si hubiera perdido el control

y no lo soporto. No soporto ver mi reflejo. Estaba enfadada y aterrada porque Jeff me había abandonado en un barrio que no conozco y, en vez de reaccionar como una persona sensata, cojo y me meto en la fiesta que han montado otros desconocidos e intento besar a un gay.

El miedo me embarga al imaginarme otro panorama. ¿Y si Jay no hubiera sido gay? ¿Y si no se hubiera portado como un caballero? He bebido demasiado y llevo horas inconsciente. Podría haberme pasado algo. Algo terrible.

Derramo más lágrimas. Me las seco. Respiro hondo y me obligo a mirarme en el espejo. Lo que veo es una vergüenza total.

—Tú no eres esta —me susurro.

Aún no tengo claro quién soy.

Pero sé que esta chica no.

Saco barbilla, salgo del baño y entro en el cuarto de Jay. Cojo su móvil, vuelvo al pasillo y llamo a la única compañía de taxis cuyo número he memorizado. Por desgracia, es una empresa pequeña con sede en Darling y solo un par de conductores, por lo que me han dicho que, como mínimo, hasta dentro de veinte minutos no vendrán a recogerme.

—Está bien —le digo al operador. Supongo que a estas alturas no hay mucha diferencia entre volver a casa a las 12:45, a la 1:00 o a la 1:15, ¿no?

Salgo de la casa de Jay procurando hacer el menor ruido posible. Hay algunos chavales inconscientes en los sofás del salón, pero no despierto a nadie al pasar. Para cuando noto el aire fresco de la noche, aún me va a estallar la cabeza, pero al menos ya no me duele el estómago. Y el aliento me huele a menta gracias al enjuague bucal de Jay.

—¿Seguro que no quieres que te lleve?

La calle está tan tranquila que oigo incluso a una chica que está varias casas más abajo. Me sobresalto y, en un acto reflejo, me escondo detrás de los arbustos que separan la casa de Jay de la que hay al lado.

—No, tranqui —dice un chico con la voz apagada—. Me apetece caminar.

No sé qué me da miedo exactamente. Es obvio que son unos chicos que se marchan de la fiesta de Kav, no un asesino en serie que ronda por el barrio en busca de carne fresca.

Me asomo al seto, pero no distingo del todo las figuras oscuras: están demasiado lejos. Entonces se oye el rugido de un motor y dos rayas rojas iluminan la oscuridad mientras un pequeño *hatchback* abandona la entrada de Greg Kavill dando marcha atrás. Unos segundos después, el coche pasa zumbando junto a los arbustos.

Exhalo con discreción y salgo de mi ridículo escondite. El taxi me recogerá enfrente de la casa de Jay. Decido esperarlo sentada en la acera en vez de deambular por el porche delantero. Me he lanzado al cuello del pobre Jay más de una vez; lo mínimo que puedo hacer es tener la gentileza de abandonar su propiedad.

Se me escapa un quejido de fastidio y oculto el rostro entre las manos. ¿Cómo he acabado así? ¿En qué momento se ha ido la noche al traste?

Jeff me ha dejado tirada, me he puesto pedo y casi me lío con un tío.

Gimo, pero no me basta con eso para sacar todo lo malo que llevo dentro. Así que les grito a mis manos.

—¡Aaaaah!

—Venga ya.

Levanto la cabeza de golpe al oír su voz.

—No —susurro, más para mí que para él—. Vete, Chase. Por favor.

—¿Qué haces aquí fuera? Es casi la una y mañana hay clase.

—Tú también tienes clase —replico—. ¿Por qué tú puedes salir hasta tarde y yo no?

—Yo puedo aguantar una noche en vela. Tú, en cambio, parece que vayas a caer redonda. ¿Estás bien?

Lo ignoro y vuelvo a esconder el rostro entre las manos. Ahora no puedo lidiar con él. Genial, ¿eh? Perdí la virginidad con este tío y

ni soy capaz de mirarlo a los ojos; que encima parezca preocupado por mí de verdad solo empeora la situación.

—Beth —dice con brusquedad—. Mírame.

—No —murmuro contra mis manos—. Lárgate, Chase. No se te ha perdido nada aquí.

—Vale. Como quieras.

Oigo pasos.

Se me acelera el corazón, pues, cuando se haya ido, volveré a estar sola aquí fuera a altas horas de la madrugada. No es que quiera que se quede, pero…

No sé lo que quiero.

Los pasos se vuelven cada vez más débiles. Acabo levantando la cabeza. Se va de verdad. Se marcha. Le miro la espalda. Vuelve a llevar una sudadera negra; sus vaqueros, sin embargo, no lo son. Son azules y están tan descoloridos que parece que los hayan lavado mil veces. Su alta figura se hace más pequeña conforme se aleja. Sigo mirando, ¿qué más podría hacer? Falta un montón para que venga el taxi.

Cuando llega al final de la calle, se detiene en el mismo *stop* hacia el que he corrido antes, cuando el cabrón de Jeff se ha ido escopeteado.

Entorno los ojos. Chase se queda quieto un rato. Entonces, muy despacio, se gira y echa a andar en mi dirección. Se me acelera el pulso.

Para cuando vuelvo a tenerlo delante, siento que se me va a salir el corazón.

Me observa con sus ojos azules y me pregunta con voz ligeramente ronca:

—¿Te han hecho daño?

Niego con la cabeza.

—¿Seguro? Porque es evidente que has estado llorando. —Se pasa las dos manos por el pelo alborotado para apartárselo de la cara—. ¿Qué haces aquí, Beth? No eres amiga de Kav ni de Maria ni de su grupo. Y fijo que tampoco eres amiga de la pandilla de Tanner.

—¿Qué pasa con Jay? —pregunto. No sé por qué salto por un chico al que apenas conozco, pero es que se ha portado muy bien conmigo y no me gusta el desprecio que destila la voz de Chase. No es quién para juzgar.

—Con Jay nada. Me refiero a la pandilla de su hermano. Dave es camello —dice Chase sin ambages—; pero supongo que ya lo sabías, puesto que has estado pasando el rato en su casa.

No recuerdo haber conocido a ningún Dave; de repente me alegro de que Jay no nos haya presentado; sin embargo, siento que me fallan las fuerzas, porque enterarme de que alguien de esa casa trafica con drogas solo confirma lo que ya sabía: que podría haber salido muy malparada si Jay no se hubiera ocupado de mí.

—Pues no, nadie me ha hecho daño y estoy bien, así que puedes irte —le digo a Chase—. Estoy esperando un taxi.

Él asiente, pero no se va.

—Va…, largo —le espeto—. No tenemos nada más que hablar. Lo dejaste muy clarito.

Su tono es cauteloso cuando pregunta:

—¿Qué dejé clarito?

—Que solo el hecho de habernos acostado no significa que hayamos forjado un vínculo. Tú no quieres saber nada de mí y yo no quiero saber nada de ti. —De pronto me arden los ojos; me pican tanto que se me cierra la garganta.

—¿Es que quieres que forjemos un vínculo? —Ahora parece incrédulo—. Porque sería muy turbio, Beth.

Algo se me rompe por dentro y se me saltan las lágrimas.

Tiene razón. Vaya si es turbio. Que pueda mirar a este tío sin querer arrancarle la cabeza es turbio; que quiera forjar un vínculo con él es más que turbio.

Pero que no haya vínculo ni conexión significa que lo nuestro no tuvo importancia.

—Lo pillo, ¿vale?

Sus palabras pronunciadas con dolor me devuelven al presente.

—¿El qué?

Chase se agacha a mi lado y estira sus largas piernas. A la luz de la luna, su barba parece más rubia.

—Que eras virgen —masculla.

No tiene sentido negarlo, así que asiento.

Se altera más.

—Debería habérmelo imaginado, haber captado las señales, pero estaba…, estaba demasiado… —Deja la frase ahí.

—¿Demasiado qué?

—Demasiado implicado, ¿vale? —La vergüenza tiñe su voz y hace que hunda los hombros—. Llevaba tres años sin estar con una chica, Beth. No era virgen el fin de semana pasado, pero, a juzgar por lo deseoso y ansioso que estaba, bien podría haberlo sido.

Agacho la cabeza para secarme las lágrimas con la manga de la camiseta. De este modo no puedo mirarlo a los ojos, lo cual está bien porque no quiero verle la cara.

—Lo entiendo —murmuro; pero no lo miro.

—Pero la única forma de seguir adelante es olvidarlo. Tampoco significó nada, ¿no?

Se me escapa un gemido. Me muerdo con fuerza el labio inferior y me esfuerzo por no llorar de nuevo.

—Beth —dice, frustrado.

Miro al frente.

—Joder, Beth. ¿Qué quieres hacer? —Chase se pone en pie a trompicones y empieza a pasearse por la acera. Los haces de luz que caen del cielo le marcan la arruga de inquietud que le surca la frente—. ¿Quieres que salgamos juntos? ¿Que nos enrollemos otra vez? He estado en la cárcel por matar a tu hermana, joder.

Se me desencaja el semblante y mis hombros se hunden, no aguantan más el peso de la culpa que los oprime.

—Soy una persona horrible —susurro.

Me mira al instante.

—¿Cómo? No.

—Anda que no. —No me molesto en secarme las lágrimas, dejo que me bajen por las mejillas y me caigan por la barbilla—. Soy la

zorra que se acostó con el asesino de mi hermana.

—No lo sabías —dice con brusquedad—. Y no eres una zorra. Ninguna chica lo es por echar un polvo o disfrutarlo.

Ya, pero… Lo miro con timidez.

—Entonces, ¿por qué me siento como tal?

No tiene respuesta para eso. No intenta consolarme; no se acerca a mí, no me toca. Se queda ahí, mirándome con pena. Yo lo miro a él mientras me pregunto qué verá cuando me mira; mientras me pregunto por qué al mirarlo no deseo vengarme por lo que le hizo a Rachel.

Me duele cuando lo pienso. Rachel. Dios, ¿por qué tuvo que morir? La echo de menos. Ojalá… Destierro esos pensamientos a la mazmorra de muros de acero que se halla en lo más hondo de mi alma. Pensar en Rachel no tiene sentido. Duele, y añorarla no hará que vuelva. No cambiará el hecho de que el chico que tengo delante es el culpable de que mi hermana no esté aquí.

—¿Te arrepientes, acaso? —suelto sin pensar.

Parece sorprendido.

—¿Cómo? ¿De lo del sábado? Pues…

—No —lo corto—. De lo que ocurrió hace tres años.

La calle oscura enmudece por completo. Chase vuelve a atusarse el pelo con un gesto rápido y forzado. Se mira las deportivas desgastadas y se le hincha y desinfla el pecho con celeridad, como si le costase respirar.

Pero no dice ni mu. No contesta la pregunta. Una pregunta tonta, todo hay que decirlo, porque si no se arrepiente, no va a admitirlo.

El silencio se prolonga hasta que lo rompe el rugido de un motor. Dos focos enormes apuntan a la espalda de Chase y me deslumbran. Me levanto. Chase se aparta deprisa para que el taxi pueda detenerse junto al bordillo.

—¿Beth? —pregunta el taxista tras bajar la ventanilla.

Asiento.

—Sí, soy yo.

No me despido de Chase. Abro la puerta del coche y me siento

detrás, pero antes de que cierre la puerta, Chase se acerca a mí.

—Beth —dice con voz ronca.

Me muerdo la mejilla por dentro.

—¿Qué?

—Sí.

—¿Sí qué?

Traga saliva de manera ostensible.

—Sí, me arrepiento de lo que ocurrió hace tres años. Más de lo que te imaginas.

De nuevo, me escuecen los ojos. Aparto la mirada de Chase y me dirijo al conductor.

—Ya podemos irnos.

El taxista acelera mientras observo el reflejo de Chase en el retrovisor.



Para mi absoluto asombro, Jeff me está esperando en la acera cuando vuelvo a casa.

—¿Dónde estabas? —susurra mientras me coge del brazo y me aparta del camino de entrada.

Aún impactada de verlo aquí, me zafo.

—¿De qué vas? ¿Cómo que dónde estaba? ¡Si me has dejado tirada!

—He vuelto y no estabas —me dice en tono acusador.

Me duele la cabeza.

—Tengo que entrar. No quiero hablar más del tema. —No sé qué mentira les voy a contar a mis padres, pero ya puede ser buena.

Me agarra antes de que me dé tiempo a irme.

—No puedes entrar. Ya te he buscado una excusa.

—¿De qué hablas?

—Como no te encontraba, los he llamado y les he dicho que te habías quedado frita en la sala de estar y que no creía conveniente despertarte. —Señala enfadado su Audi, aparcado a media manzana

de distancia—. Te quedas a dormir en mi casa y mañana te llevo yo al instituto. Es lo que les he dicho a tus padres que haríamos.

Me froto los ojos con los dedos mientras decido qué debería sentir sobre todo esto. La confusión es mi estado por defecto en los últimos días. Repaso mis alternativas, pero Jeff está en lo cierto: su plan es el mejor porque es el que apoyan mis padres, supuestamente.

—Vale, en marcha.

Enarca una ceja.

—¿No vas a darme las gradas?

Me quedo pasmada.

—¿Las gradas? ¡Me has abandonado en Lincoln!

—Baja la voz —me ordena con aspereza, pero se le ha serenado la mirada—. Lo sé; perdona, de verdad. Es que pierdo los papeles cuando me hablan del asesino ese.

No lo perdono del todo —podría haber resultado gravemente herida esta noche por haberme abandonado a mi suerte—, pero es muy tarde y tengo resaca, así que no me apetece discutir. En vez de eso, asiento y murmuro:

—Bueno, vale. Vámonos ya.

Me despierto a las ocho en punto en una cama ajena. Tardo varios segundos y muchos pestañeos en recordar dónde estoy: en el cuarto de la hermana de Jeff. Él me trajo aquí anoche, cuando llegamos a su casa, y creo que mencionó que sus padres no estaban, lo cual me alivia muchísimo. Qué incómodo habría sido estar de cháchara con los padres del novio de mi difunta hermana mientras desayunábamos.

Pero desayunar no entra en nuestros planes. Estoy acabando de asearme en el baño privado cuando Jeff llama a la puerta para anunciar que nos vamos.

Me miro. Llevo la ropa de ayer y encima está arrugada.

—Pero si voy con la misma ropa de ayer —le digo sin abrir la

puerta.

—Cógele algo a mi hermana —me contesta—. Algo te irá bien.

En el vestidor, ojeo un par de faldas y varias blusas en diferentes tonos florales y pasteles. Por lo visto, la hermana de Jeff estaba loca por el rosa cuando iba al instituto.

Cinco minutos después, llevo una falda rosa, un polo blanco y un chaleco de punto rosa oscuro con cuello en V. Me hago una coleta alta mientras salgo del dormitorio. Jeff, que me esperaba en el pasillo, sonríe al ver mi atuendo.

—Sin ánimo de ofender a tu hermana, pero parezco una modelo que juega al golf —me quejo.

Jeff frunce el ceño.

—Estás guapa. Te favorece más que lo que sueles llevar.

—Lo que suelo llevar son camisetas y vaqueros.

—Por eso. Tienes un cuerpo bonito, Beth. No debería darte miedo lucirlo. No te digo que vayas como la zorra de Macy, pero estaría bien que te pusieras ropa más femenina.

Su crítica me enfurece, pero anoche me salvó el pellejo, así que intento que no se note que estoy enfadada cuando digo:

—No me va ir femenina y Macy no es ninguna zorra.

—Le veo el sujetador todos los días —replica Jeff.

—¿Y? Si no te gusta, no mires. —Joder, qué pesado. ¿Era así con Rachel?

—Vale, pero sí que es una zorra. Todo el mundo sabe que se acuesta con cualquiera que le muestre el más mínimo interés. Decir que es facilona es un insulto para las demás facilonas.

Aprieto la mandíbula.

—Eres un maleducado. Y ni siquiera es verdad. Por no hablar del doble rasero de tu comentario. No te oigo poner verde a Troy y todo el mundo comenta cómo intenta tirarse a una animadora de cada instituto contra el que compite Darling. La vida sexual de Macy no es de tu incumbencia. —¿Por qué está erre que erre con ella?

—No me gusta que te juntes con ella. Es una mala influencia. —Jeff sigue hablando como si yo no existiera.

—Paso de hablar de Macy. —Y de justificar por qué no es ninguna zorra. Me da igual que se haya acostado con muchos chicos. Ojalá yo tuviera su confianza. Le trae sin cuidado estar todo el día dale que te pego. Lo mismo me vendría bien acostarme con otros tíos. Lo mismo el motivo por el que estoy tan obsesionada con Chase es que es el único chico con el que me he ido a la cama.

—Yo solo te lo comento.

Me niego a hablar con él el resto del viaje. Cuando estaciona en el aparcamiento del insti, me bajo de su Audi lo más rápido que puedo.

—Gracias por traerme —mascullo, y corro hacia la entrada.

Sin embargo, me atrapa enseguida.

—Sé que no eres como Macy. Por lo que he oído, no has salido con nadie. —Me acerca a él. Se pega tanto a mi cara que me incomoda—. Qué bien —añade, serio—. Eso me gusta.

No sé exactamente a qué se refiere, pero me incomoda muchísimo. Como cuando el padre de Gary Keller nos vigilaba en el baile de segundo y les decía a las chicas que sus vestidos eran demasiado sexis. Nos echaba miradas lascivas y nos juzgaba a la vez.

—Tengo que ir a clase —le digo, y me zafo. Mientras me froto la muñeca, me pregunto si me saldrá un moretón de lo fuerte que me la ha agarrado.

—Estamos bien, ¿no?

Me sigue cabreando que me abandonase, pero no estoy de humor para discutir, así que le digo:

—Sí.

—Vale, guay. Pues nos vemos para comer.

—Sí. —Pero mientras corro a clase, empiezo a pensar en alternativas para la hora del almuerzo.

Una vez en Cálculo Avanzado, me apresuro hacia mi pupitre.

—¿De qué vas disfrazada? —me pregunta Scarlett mientras me siento a su lado.

—No quieras saberlo —murmuro.

—¿Qué tal la fiesta? —Su tono es tirante. Seguro que su gesto también, pero no tengo fuerzas para mirarla.

—No quieras saber eso tampoco —digo, y me hundo en la silla, agacho la cabeza y me aíslo del mundo.

Hoy no puedo mirar a Chase; es demasiado humillante. Debería tomar nota de sus técnicas para seguir adelante y fingir que solo existo yo. Durante los próximos cincuenta minutos, lo consigo. Cojo muchos apuntes, clavo los ojos en la pizarra mientras la señora Russell explica y, si no, miro la libreta y me concentro en resolver las ecuaciones. Incluso acabo pronto y puedo hacer las adicionales que vienen detrás.

Cuando suena el timbre, salgo volando del aula y voy a la siguiente clase. Y así me paso la mañana, ignorando a cuantos me rodean. Scarlett, Yvonne o Macy intentan darme conversación un par de veces, pero les digo que estoy pachucha y me acaban dejando en paz.

Me salto el almuerzo y me dirijo a la biblioteca, donde pienso esconderme hasta que se reanuden las clases.

—¿No vas a almorzar? —me pregunta la señora Tannenhauf, la consejera escolar y bibliotecaria.

—Voy a adelantar un proyecto de investigación —miento. Rezo porque no me pregunte qué proyecto, porque no existe.

Mira a su alrededor y me indica que me acerque. A regañadientes, voy al mostrador.

—¿Sí, señora?

—¿Qué tal si te pasas un momento por mi despacho? —Señala la puerta cerrada que tiene detrás.

—No sé. Es que tengo mucho trabajo. —Señalo vagamente las estanterías.

—Pero si no tienes ni lápiz —me regaña en voz baja—. Pasa, anda.

No me lo pide; me lo ordena.

Camino compungida y sin mucho ánimo hacia el despacho de la señora Tannenhauf, que deja en su mesa un letrero en el que avisa

de que volverá en un cuarto de hora. Al menos el sermón no durará eternamente.

Me dejo caer en la silla de delante del escritorio y suspiro de manera exagerada. La señora Tannenhauf aparece en la otra punta. Repetir la chiquillada se me antoja absurdo, así que me limito a cruzarme de brazos y mirar fijamente a la consejera escolar.

En vez de sentarse al otro lado de su mesa, acerca su silla a la mía y se sienta. Sus Converse están a escasos centímetros de mis deportivas. Meto los pies debajo de la silla. ¿Por qué le ha dado hoy a todo el mundo por invadir mi espacio personal?

—No tienes buena cara, Beth —dice—. ¿Te apetece hablar de ello?

—No. —Es la verdad. Lo último que me apetece es hablar de mis sentimientos, y menos con la señora Tannenhauf.

—Me preocupas.

No tengo nada que decir, así que me quedo callada.

La señora Tannenhauf me imita. Probablemente espere que su silencio sea tan incómodo que le confiese entre balbuceos que mis padres son lo peor, que perdí la virginidad con el tío que mató a mi hermana, que bebí tanto anoche que me he despertado con un completo desconocido, que el ex de mi hermana me está dando repelús y que siento algo raro, extraño y turbio por Chase.

Vale, sí que necesito desahogarme, pero no tengo a nadie con quien hablar. La última conversación significativa que tuve fue con Chase y mira cómo acabó.

La señora Tannenhauf exhala un gran suspiro, como si se preguntase qué está haciendo con su vida, y me pone algo en las rodillas.

Miro abajo y veo un folleto del refugio de animales en el que trabajaba. «Trabajaba», en pasado.

—El otro día me llamaron del refugio para preguntar si había alguien interesado en ser voluntario porque su alumna actual los había dejado. Creía que te encantaba ese trabajo, Beth.

«Y me encantaba», digo por dentro, furiosa. Comenzó como un

requisito: los alumnos de Darling tienen que realizar veinte horas de servicio comunitario desde bachillerato. Elegí el refugio porque adoro a los animales y no podíamos tener mascota, y cuando cumplí las veinte horas seguí ejerciendo de voluntaria.

No fue decisión mía dejarlo, yo ya no decido nada y bailo todo el rato al son de los demás. Tengo que hacer caso a mis padres y, si trato de liberarme, hay otro a quien obedecer, como, por ejemplo, Jeff. Y pobre de mí como no acate sus órdenes. Estoy atada de pies y manos y la impotencia que siento es como una soga que me ahoga más y más con cada respiración.

—¡Yo no quise dejarlo! ¡Me encantaba ese trabajo! ¡Era lo mejor de mi vida!

—Entonces, ¿qué pasó? —La señora Tannenhauf no se inmuta ante mi arrebato, como si hubiera oído la misma historia cientos de veces.

Me cierro en banda, ya que no puede hacer nada por ayudarme: mis padres no la escucharían. No escuchan a nadie porque su miedo es demasiado grande.

—Nada. —Me levanto con las piernas temblorosas—. Si ya ha acabado, me voy a estudiar.

La señora Tannenhauf asiente y no dice nada hasta que abro la puerta y estoy a punto de abandonar la estancia.

—Por cierto, Sandy Bacon me ha dicho que, si algún día quieres volver al refugio, te recibirán con los brazos abiertos.

—Gracias —logro decir. Como hable más, derramaré las lágrimas que me he estado aguantando. Camino con brío hacia el rincón de la biblioteca, elijo un libro cualquiera de la estantería y me siento en el suelo.

Tengo diecisiete años y me da la sensación de que mi mundo se derrumba. Es una reacción muy melodramática, lo sé, pero me parece que me falta muchísimo para graduarme. Y, aun así, ¿qué haré después? Mis padres no me han dejado enviar mis solicitudes de admisión a la universidad. Si les sale bien la jugada, iré a la Universidad de Darling.

La auténtica libertad se me antoja igual de lejana e inalcanzable que París, y tantas restricciones hacen que desee romper ventanas, emborracharme y cepillarme a todo lo que se menea. No sé si es una manera de demostrarles a mis padres que no pueden controlarme o una forma de experimentar una especie de independencia. Solo sé que tengo ganas de gritar.

Mire donde mire, veo una puerta cerrada, un pasillo oscuro, ventanas tapiadas.

Si hay una salida, no la visualizo.

Me abrazo las rodillas y parpadeo para que no me escuezan los ojos. Entonces dejo de luchar contra las lágrimas, porque ¿qué más dará que me eche a llorar en el insti? Mi vida no puede dar más pena.

Al oír pasos, levanto la cabeza de golpe. No me da tiempo a secarme los ojos antes de que Chase doble la esquina que da al pasillo.

Frena en seco al verme y suspira con fuerza.

—Joder —dice—. Iba en serio lo de que llorabas con facilidad.



Cómo no. ¿Quién si no me iba a pillar llorando en la biblioteca del insti? ¿Quién si no?

Pero, por más vergüenza que me dé, también estoy harta; harta de sentirme humillada cada vez que me encuentro con Chase Donnelly. Así que ni me molesto en secarme las lágrimas. Lo miro directamente a los ojos y le digo:

—Ya te lo dije. No puedo controlarlo.

—¿Quién o qué te ha enfadado?

Frunzo el ceño.

—¿Cómo?

—Me dijiste que lloras cuando te enfadas y que todos creen que estás triste, así que, ¿qué te ha cabreado?

—No estoy enfadada. Estoy triste —admito—. Lloro cuando estoy enfadada y lloro cuando estoy triste y río cuando debería llorar. Soy un desastre de persona.

Suspira de nuevo y me pregunta:

—¿Por qué no estás comiendo?

—¿Por qué no estás comiendo tú?

—Quería avanzar con el ensayo de Historia de la Música. —Se acerca con torpeza. Y entonces recula, como si acabara de recordar con quién está hablando y supiera que no debería acercarse a mí.

—Y yo —miento.

Mira el libro que está en el suelo. Aunque está a metro y medio de distancia, sé que puede leer el título: *El cambio climático: una epidemia global*.

—Yo que tú me basaría en otro libro —me aconseja con amabilidad.

Lo miro ceñuda.

Por un breve instante me parece que va a sonreír; pero entonces cierra los ojos y retrocede un poco más.

—¿Qué pasa? ¿Temes que te vean conmigo? —le digo para chincharlo.

Chase se encoge de hombros.

—No. Eres tú quien me preocupa.

—¿A qué te refieres?

—A que no te conviene que te vean hablando conmigo.

—¿Por qué no? —le digo en tono desafiante, aunque la respuesta sea más que obvia.

Chase lo confirma.

—Por razones obvias, Beth. —Y a continuación añade algo que no me esperaba—: Pero también por la campaña de Corsen.

—¿Jeff? —digo, perpleja—. ¿Qué campaña?

—La petición que está haciendo circular. —La expresión de Chase no es clara, pero percibo que está más intranquilo que enfadado.

Apoya uno de sus anchos hombros en la estantería y rehuye mi mirada. Extiende los largos dedos de su mano por la parte superior de sus vaqueros y pasa el pulgar por la trabilla del cinturón. Solo de recordar que me acarició la piel con esos dedos me dan ganas de echarme a llorar otra vez.

¿Algún día dejaré de pensar en esa noche? Lo entiendo, la mayoría no olvida su primera vez; pero mi primera vez fue con

alguien a quien no debería recordar, con alguien con quien ni siquiera deberían verme hablando.

—¿Qué petición? —pregunto.

Vuelve a encogerse de hombros con indiferencia; pero sé que nada de esto le resulta indiferente. Su infelicidad está patente en cada línea de su cuerpo tenso.

—Tu amigo Jeff…

—No es mi amigo —lo interrumpo—. Solo salió con mi hermana.

Ambos palidecemos al recordar a Rachel. Siempre la tendremos presente. Siempre.

—El caso —dice Chase—, es que lleva toda la mañana haciendo circular su dichosa petición para que la firmen todos.

Supongo que espera que, si se le une un número suficiente de personas, el director Geary no tendrá más remedio que echarme del instituto.

Trago saliva.

—¿Intentan echarte?

—Como si no lo supieras ya —dice en voz baja—. Sé que los padres de Corsen han hablado con la Junta Escolar. —Me ofrece una mirada penetrante—. Y los tuyos también.

Me siento culpable. Trago saliva de nuevo.

—Pues sigues aquí, así que mucho caso no les habrán hecho.

—Ya. Mi padrastro se ha impuesto. Se la suda a qué instituto vaya, pero no le gusta que lo mangoneen. Si Brian dice que voy a estudiar aquí, ten por seguro que así será. Según él, es cuestión de principios.

—Brian… ¿Te refieres al alcalde? Tu madre se casó con él, ¿no? —pregunto en alto, pues no puedo contenerme. Pero ¿por qué? ¿Por qué intento conocerlo más a fondo?

—Sí, esta primavera. —Lo que dice a continuación rezuma sarcasmo—: Me habría encantado asistir a la boda, pero estaba indispuesto en ese momento. —Suelta una carcajada amarga—. Es la excusa que les puso mi madre a los invitados, como si los muy cabrones no supieran perfectamente dónde estaba y por qué no

podía ir.

La incomodidad me cosquillea en la garganta. Ay, madre. No pretendía meter el dedo en la llaga. Yo solo quería indagar en la vida familiar de Chase y, ahora que lo he hecho, me da mucha… pena.

—No te cae muy bien tu padrastro, ¿no? —digo con tiento.

—No, me es indiferente. Es buen tío, pero no tenemos mucho de que hablar. —Chase se pasa una mano por el pelo y exhala deprisa —. Joder, necesito un cigarro.

—No deberías fumar —respondo de inmediato, porque es lo que le digo siempre a los que fuman—. Es un hábito espantoso.

En lugar de responder, me mira de arriba abajo con expresión pensativa.

Durante su largo y minucioso escrutinio, me ruborizo.

—¿Qué pasa? —murmuro.

—No te entiendo, Beth. —Su voz es baja, cautelosa.

—Yo tampoco me entiendo —digo en broma, pero mi tono es débil, como también lo es la sonrisa que intento esbozar.

Chase se me acerca despacio y se me acelera el pulso. No porque me excite, sino porque su mera presencia resulta intimidante. Es alto y robusto, tiene barba por toda la mandíbula; lleva unos vaqueros rotos y una camiseta negra con la que se le marcan los amplios pectorales.

—Nunca he sido una llorona. Ni siquiera lloré en… —Hago un gesto con la mano. Ya sabe de qué hablo.

—Tal vez por eso ahora no paras.

Lo miro con recelo.

—Ahórrate la psicología barata.

—Vale. —Hace amago de irse.

No quiero estar sola. Puede que al principio pensara que era una idea excelente, pero, ahora que Chase me da la espalda, me doy cuenta de que no me atrae nada la perspectiva. Lo agarro del bajo de los vaqueros.

—¿Qué haces?

—No… —Trago saliva y me obligo a verbalizar mi petición—.

Siéntate, anda, que me duele el cuello de mirar arriba.

—Voy a seguir estudiando. —Menea suavemente la pierna para zafarse.

—No. —¿En serio va a hacer que le suplique? Cierro los ojos y le ruego—: Por favor.

Emite un ruidito a caballo entre la rendición y la frustración. Gana la primera. El aire se mueve cuando se sienta a mi lado.

Descanso la cabeza en las rodillas, pero no le suelto los pantalones. Él tampoco se zafa de mí. El silencio, tan incómodo al principio, deviene en consuelo. O tal vez es Chase quien me consuela.

—¿De quién te escondes? —me pregunta en voz baja.

—¿De quién no? —Giro la cabeza y apoyo la mejilla en la rodilla. Está guapo incluso desde este ángulo.

—Pero ¿por qué? Eres la hermana de Ra… —Se calla—. Eres Elizabeth Jones. ¿Por qué tendrías que esconderte?

—Porque soy la hermana de Rachel Jones —digo sin rodeos. Ambos la hemos estado eludiendo, pero no tiene sentido—. Porque su nombre está en una placa en la pared; porque su dormitorio sigue igual que cuando murió; porque cada parcela de mi vida está determinada por su muerte.

Se le tensa el rostro.

—Lo siento. Por eso no debería estar aquí. —Me señala la mano, que sigue aferrada al dobladillo de sus vaqueros—. Soy un mal recuerdo de ella.

—No. En realidad, no. Cuando te miro, no la veo a ella. —Cierro un ojo y después el otro. Sigue siendo el mismo lo mire como lo mire: la misma nariz recta, la misma mandíbula afilada, los mismos ojos ovalados y azulones—. Supongo que eso me hace estar tan mal.

Me incorporo y me apoyo en los lomos de los libros. La tela que toco es suave y está desgastada de las veces que ha pasado por la secadora. Me pregunto si le parecerá bien a Chase que me lleve un trozo. Me consuela. Aunque fijo que mis padres lo encontrarían y

exigirían saber por qué he llevado contrabando a mi celda.

Río por lo bajo.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunta, torciendo el gesto.

Se lo digo, porque de perdidos al río. Total, ya cree que estoy majara por ansiar su compañía.

—Estaba pensando en pedirte un trozo de tus vaqueros, pero mis padres me lo confiscarían. Son mis celadores. —Lo miro de soslayo para ver si se ha dibujado una sonrisa en su rostro perfecto, pero no es así.

En cambio, frunce el ceño.

—¿Tus celadores? ¿Crees que vives en una cárcel?

—Sí —digo sin pensar—. Dictan adonde voy y cuándo, con quién quedo, a qué uni iré. Me han prohibido coger el coche, me han obligado a dejar mi trabajo como voluntaria en el refugio de animales y mi trabajo remunerado en la heladería. Y me han quitado la puerta del cuarto. —Lo último lo digo susurrando porque es muy humillante.

—¿Qué te han quitado la puerta del cuarto? —Chase se queda boquiabierto y me mira atónito.

—¡Sí! —digo en alto. Preocupada, miro a ver si me ha oído alguien—. Sí —repito en un tono mucho más bajo—. ¿Ves como son celadores?

—No es por minimizar tu sufrimiento, pero así no son las cárceles de verdad.

—Parecido —murmuro.

—No. Ni de lejos. Lo de la puerta es una ida de olla, eso te lo paso, pero estar en la cárcel es estar encerrado en una celda diminuta con un desagüe en la esquina para mear. Te sirven tres comidas al día y las comes en un comedor lleno de vándalos que seguramente estén pensando en clavarte el tenedor. No tienes libertad para moverte entre clases, no tomas el sol cuando te apetece. En cualquier momento te piden que te quites el mono y te agaches para asegurarse de que no llevas contrabando de verdad en el culo.

Me pongo como un tomate de la vergüenza. Tengo que recordarme constantemente que Chase ha estado en la cárcel.

—Ni siquiera te llaman por tu nombre. Eres un número. «Número trescientos diez, ve a fregar el suelo, que está hecho mierda». —Imita un tono agudo y nasal como el que tendría alguno de sus guardias—. Entiendo que pienses que tu vida es horrible, pero no vives en una cárcel. Al menos, no en una como las de verdad.

—Lo siento —digo con los ojos clavados en el suelo enmoquetado. Estoy demasiado avergonzada para mirarlo.

—No te disculpes. —Suspira—. No pretendía regañarte. Lo curioso es que pensaba igual que tú antes…, antes de ir a la cárcel. Mi padre me daba la brasa con que fuera al entreno de baloncesto. Yo quería hacer el vago, montar en monopatín, salir con los colegas o tumbarme en el sofá a jugar a videojuegos. No me apetecía ir al gimnasio a practicar tiros libres durante dos horas. Y eso durante el curso escolar. ¿Crees que descansaba en verano? Lo llevas claro. Mi padre se aseguraba de que fuera al campamento de baloncesto de Lincoln cuando venía a visitar a mi madre.

—¿No te gustaba el baloncesto?

—En realidad, sí; pero no me encantaba. Jugaba más que nada porque mi padre había sido baloncestista y tenía amigos en el equipo; pero no me apetecía pasarme el verano encerrado en un gimnasio, eso ya te lo digo yo. Aquel verano… —Traga saliva de manera ostensible—. No aguantaba más y, en vez de ira entrenar, le robé el coche a mi entrenador y me fui a dar una vuelta. Ya sabes el resto. Lo bueno fue que mi padre se hartó de mí. Se desentendió de mí el día que me declaré culpable. Me dijo que, como no lo escuchaba, él no me hablaría. Esa fue la última vez que nos dirigimos la palabra.

Describe el abandono de su padre con mucha naturalidad.

—¿Has hablado con él desde entonces?

—No. —Chase niega con la cabeza—. Como he dicho, no hay mal que por bien no venga. Es un imbécil. Tenía diez años cuando mis padres se divorciaron y, sinceramente, me alegré. Se pasaba el día

criticando a mi madre porque, según él, no era ni guapa ni lista. Cuando mi madre se lio con el alcalde, no se lo podía creer. Le dijo a Brian… —Chase calla un momento—. Gilipolleces. Eso fue lo que le dijo a Brian. Vamos, que estamos mejor sin él.

Frunzo el ceño.

—Entonces, ¿por qué vivías con él?

—No me quedó otra. Solicitó la custodia completa y ganó —dice Chase, serio—. Dio todo un discurso sobre que los hijos varones necesitan un referente masculino, bla, bla, bla. Mi madre lloró a lágrima viva en el tribunal, pero el juez falló a favor de mi padre, así que él me tendría durante el curso y mi madre durante las vacaciones de verano.

La vida familiar de Chase antes del accidente era horrible, pero la cárcel debió de ser aún peor. Intento imaginarme cómo es. Me visualizo en mi cuarto, pero, en lugar de la entrada despejada que hace las veces de puerta, hay barrotes. Cruzo los tobillos y me abrazo las rodillas con fuerza. No lo soportaría. Me pregunto cómo lo logró Chase.

—¿Cómo aguantaste en el reformatorio? —le pregunto.

—Pensando en el futuro. Cada día que pasaba estaba un día más cerca de la libertad. Ninguna jaula es para siempre, Beth. Intentaba encontrar algo pequeño por lo que dar gracias todos los días, como los diez minutos de más para disfrutar al aire libre, el permiso para salir a trabajar de basurero o el helado de postre. Así me mantuve cuerdo: pensaba en algo bueno en vez de en todo lo malo.

Algo pequeño.

Chase se pone de pie.

—Ya va a acabar el almuerzo. Deberíamos irnos.

Me levanto yo también, pero aún no estoy lista para irme. Con indecisión, le toco el antebrazo. Se le entrecorta la respiración. Tras un larguísimo instante, me roza la muñeca con el pulgar.

—Chase —digo con voz ronca.

—¿Te está molestando?

La voz de pito de Scarlett me sobresalta. Al volverme, veo a mi

mejor amiga en la otra punta del pasillo con los brazos en jarras. Desde donde está, parece que Chase me esté agarrando de la muñeca.

El miedo me atenaza. Podría confesar y decir que he sido yo quien lo ha tocado, que he sido yo quien le ha hablado.

Pero la mirada horrorizada de Scar desencadena la vergüenza que me lleva persiguiendo desde el momento en que descubrí que Chase era Charles Donnelly. Todo el mundo lo odia, yo misma debería odiarlo. Jeff está repartiendo peticiones de expulsión y mis padres también están intentando que lo expulsen.

Cuanto más se junte conmigo, más lo atacarán, lo que significa que le costará más dar con ese algo pequeño que lo ayude a sobrellevar este día y los que le faltan para graduarse.

Lo mejor para los dos será que guarde las distancias con él.

Clava sus intensos ojos azules en los míos. Su mirada clara y brillante me indica que entiende lo que estoy a punto de hacer y que me da permiso para llevarlo a cabo; sin embargo, no me siento mejor por ello.

Le digo que lo siento con los labios.

Entonces me zafo con brusquedad.

—Ya te he dicho que no quiero hablar contigo —le espeto.

Scarlett corre a abrazarme por los hombros con aire protector. Fulmina a Chase con la mirada. Ayer estaba tan enfadada y susceptible que me conmueve lo empática que se está mostrando ahora, como si de verdad fuera a pelearse con él para protegerme.

—Deja en paz a Beth —le ordena, lo que vuelve a conmoverme, porque me ha llamado Beth—. La pobre ya tiene bastante con tener que verte todos los días. Ni se te ocurra dirigirle la palabra.

Chase tuerce la boca con sorna.

Scarlett ahoga un grito.

—¿Te estás riendo de mí? ¡La madre que…! Deja en paz a Beth, ¿te enteras?

Chase suspira y borra su media sonrisa. Entonces se aleja sin mediar palabra.

En cuanto se va, Scarlett me escudriña el rostro como loca.

—¿Qué quería de ti?

—No lo sé —miento.

—¿Estás bien?

No estoy bien. Soy un monstruo. Chase ha aliviado todas mis penas, me ha consolado, me ha escuchado y voy yo y se lo pago huyendo de él como si tuviera la lepra en cuanto nos ven juntos.

—No —digo, y no es mentira.



Aunque Chase me ha dado un permiso tácito, aún me siento fatal por lo que ha pasado en la biblioteca. No dejo de rayarme y me siento más culpable durante Historia de la Música, pues Troy Kendall la toma con Chase. Se pasa la clase tirándole pullitas con lo de Manson, pero Chase mantiene la cabeza gacha y aguanta estoicamente.

En un momento en que la señora Dvořák está de espaldas, Troy me pregunta:

—¿Ya has firmado la petición de Jeff?

Paso de él.

—Eh, Lizzie, ¿me has oído?

—Calla, Troy —dice Scar—. Déjala en paz. ¿No ves que quiere que te calles?

«Gracias, Scarlett». La miro agradecida. Ella sonríe y me aprieta la mano. No hay ni rastro del enfado de ayer y nuestro malentendido es agua pasada.

—Gracias por ayudarme —le digo cuando acaba la clase.

—¡No seas tonta! Soy tu mejor amiga. —Me alisa el pelo—. Aunque no me he portado muy bien, la verdad.

—No. Soy yo la que no ha sido buena amiga —protesto.

—Ayer te traté como el culo —replica. Parece arrepentida de verdad—. Siento haberte gritado por lo de la fiesta.

—¿A qué vino todo eso? —pregunto, curiosa—. Un segundo querías ir y al siguiente estabas enfadada porque iba Jeff.

Scarlett suspira.

—Es culpa del síndrome premenstrual. Me tiene que bajar la regla esta semana y estoy de mala leche. —Cambia de tema y se fija en mi modelito—. Aún no me has contado por qué pareces salida de un club privado. ¿De quién es la ropa que llevas?

—De la hermana de Jeff —confieso—. La fiesta terminó siendo un desastre total y tuve que quedarme en casa de Jeff. —Cuando me mira estupefacta, digo—: Es una larga historia. Te la cuento luego; pero digamos que no pienso volver a salir de fiesta con Jeff nunca más.

No sé por qué, pero se anima al oírlo; sin embargo, se pone en mi lugar y dice:

—Jo, qué mal que no acabara bien. —Me mira esperanzada—. Pero tú y yo estamos bien, ¿no?

La abrazo.

—Pues claro —susurro contra su lustroso cabello.

—Eh, guapas, ¿os vais a dar el lote? Porque, si no, salid del medio —dice Troy.

—Que te den —le digo a Troy mientras me separo de Scar.

—Me apunto. ¿A qué hora y cuándo? —Sube y baja las cejas—. Puedo con las dos. La tengo lo bastante larga como para satisfaceros a ambas.

Qué asco de tío.

—A las nunca y media —respondo.

Scarlett se tapa la boca y se ríe.

—Quedamos a las cinco. Yo pongo los condones… —Se calla cuando alguien le da un empellón al pasar por su lado y lo

desequilibra—. Eh, tú, no me toques.

Es Chase quien lo ha empujado. Y Chase, fiel a su estilo, ignora al bocazas del futbolista. Como parece que Troy va a abalanzarse sobre él, me adelanto para separarlos.

—Las cinco no es buena hora. Tienes entreno —le recuerdo.

Me mira, intentando con todas sus fuerzas verme el escote. Qué asco, en serio.

—Vale, sí, pero podemos quedar después. Sé que a las tías os mola verme sudar. —Levanta los brazos y los flexiona.

¿Cómo es que Troy me resulta tan poco atractivo, mientras que Chase, que ni lo intenta, me hace temblar?

—Vámonos. —Cojo de la mano a Scar.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —me pregunta mientras dejamos a Troy atrás, quejándose.

—Quedarme en casa —digo, apesadumbrada—. Mis padres me esperan en casa todos los días después de clase.

—¿Quieres que te lleve?

—No te pilla de camino.

—¿Y?

—Y… vale.

Nos sonreímos, pero a mí se me borra la sonrisa primero. No dejo de darle vueltas a la conversación que he mantenido con Chase en la biblioteca. Soy consciente de que la cárcel es un castigo, pero oírlo hablar de ella con tanta crudeza me parte el alma.

No creo que Rachel quisiera que todos estuvieran tristes y sufrieran por su muerte. No soportaba que la gente se enfadase o se alterase. Era una persona muy optimista y alegre y se esforzaba mucho por hacer felices a los demás.

Así que tengo que disculparme con Chase, porque, aunque él preferiría que lo evitase, no me parece bien.

Mientras Scarlett me lleva a casa, hago un esfuerzo titánico por enterarme de cómo le va la vida. Va a visitar la Universidad del Noroeste, aunque no cree que vayan a admitirla.

—Es la universidad soñada de mi padre —confiesa—. No entro

por nota, pero sé que solo por visitarla lo haré feliz. ¿Y tú? ¿Sigues pensando en estudiar cerca del mar? ¿Has vuelto a enviar las solicitudes? Aún faltan un par de semanas para que venza el plazo.

—Las enviaré todas el lunes.

—Esta vez entrégale los sobres al cartero personalmente —me aconseja.

—Esa es la idea, tranqui. Mis padres no frustrarán mis metas universitarias dos veces en un mes. —Aunque como me acepten en alguna universidad, verás tú para convencerlos de que me dejen ir.

—¿Soy egoísta si preferiría que no te mudases a la costa? —se queja—. Es que así no nos veremos nunca.

—Claro que sí. Nos visitaremos mutuamente y planearemos quedadas épicas en Navidad.

—Síííí, o podríamos irnos por ahí durante las fiestas. Un viaje de chicas a las Bahamas o a Aruba o adonde sea, la verdad; pero que haga calor.

—Trato hecho.

Cuando me deja en casa, sonríe, lo que me complace. No me creo del todo lo del síndrome premenstrual, pero, mientras dejemos de discutir, me da igual lo que le diese ayer. Me alegro de que no le haya dado hoy. Tal vez mi algo pequeño de hoy sea reconciliarme con Scarlett.

Bueno, no. Mi algo pequeño de hoy será disculparme con Chase. Seguro que me sentiré mejor después.

Una vez en la entrada, respiro hondo y empiezo a pensar en excusas. Que me voy a dar un paseo largo; pero largo largo: un paseo de dos horas. Que he quedado para estudiar con… Con Scarlett no. No quiero aprovecharme de ella. No quiero aprovecharme de nadie.

Entro en casa. Parece que no hay nadie.

—¿Mamá?

Nada.

Miro en cada habitación.

—¿Mamá? ¿Papá?

Se me acelera el pulso. No se oye ni una mosca. Avivo el paso. En la cocina, encuentro una nota en la encimera.

> «Papá tiene que hacer una entrega especial de madera en Prairie Hill esta noche. No volverá hasta las ocho. Yo voy a la oficina a ocuparme de una emergencia. Volveré a las siete y media o así. Confiamos en que no salgas».

Arrugo el papel.

Mira qué bien, ya no necesito excusa. Miro el reloj. Son casi las cuatro. Dispongo de cuatro horas para ir a la casa del alcalde, que está en la otra punta del pueblo, a unos ocho kilómetros. En menos de una hora debería llegar. Subo corriendo las escaleras y me pongo una camiseta, unos pantalones cortos y unas deportivas.

«Salgo a correr», anoto en otro papel por si mi madre o mi padre vuelven antes de lo previsto. «No tardo nada».

Es muy posible que esto no esté incluido en mi lista de actividades permitidas, pero no estoy en la cárcel, ¿no?



El alcalde vive en una extensa finca de Grove Heights, el barrio más rico de Darling. Las calles son anchas y están bordeadas de robles majestuosos. Los caminos de entrada están muy separados de la calle y las casas parecen mansiones. La familia de Jeff vive a tan solo un par de manzanas, así que me aseguro de evitar su calle mientras acelero el paso.

Me falta el aliento y me pongo colorada mientras corro por la larga avenida flanqueada por árboles. Creía que estaba en forma, pero a la media hora ya estaba jadeando. Desde luego, debería usar más a menudo la cinta de correr que tenemos en casa.

El hogar del alcalde tiene una entrada con columnas y un porche enorme con varios accesos. Llamo al timbre. Estoy de los nervios. ¿Y si es la madre de Chase o el alcalde quien me abre? No creo que recuerden que soy la hermana pequeña de Rachel Jones, pero, si digo mi nombre real, es muy probable que llamen a mis padres.

Mi peor temor se hace realidad cuando se abre la puerta y aparece una mujer que solo puede ser la madre de Chase. Su pelo

es del mismo tono rubio que el de él y tienen exactamente los mismos ojos azules y brillantes.

—Hola. —Parece simpática, pero su tono es cauteloso. Observa mi ropa deportiva y los mechones que se me han salido de la coleta.

—Hola. Eh…, ¿es usted la señora Donnelly?

Se le hiela la mirada al instante.

—La señora Stanton —me corrige.

Cierto. Era obvio que adoptaría el apellido del alcalde Stanton después de casarse. Ya empiezo mal.

—Yo soy… Katie —miento—. Una amiga de su hijo. Vamos juntos a Historia de la Música.

La mujer alucina.

Me doy prisa en seguir.

—Le he prestado unos, eh, apuntes y se ha olvidado de devolvérmelos antes, así que he venido a buscarlos. ¿Está en casa?

—¿Charlie? —dice.

¿Tiene otro hijo y no me había enterado? ¿Y por qué me mira como si me hubiera salido otra cabeza? Me ruborizo. Seguro que sabe que no soy quien digo ser y que no he venido a por unos apuntes.

—S-sí —tartamudeo.

—Eres amiga de mi hijo —dice poco a poco—. Del instituto.

Tardo un momento en darme cuenta de que está sorprendida, no recelosa. Me mira con cuidado de arriba abajo. Parpadea un par de veces. Es como si no se creyera que de verdad hay alguien en su porche pidiendo ver a Chase.

Sin mediar palabra, se da la vuelta y grita:

—¡Charlie! ¡Tienes visita!

Se oyen pasos en el interior y acto seguido aparece Chase. Cuando me ve, tiene que mirarme dos veces.

Sorprendido, va a llamarme por mi nombre.

—B…

Pero, por suerte, su madre lo corta.

—Tu amiga Katie ha venido a por unos apuntes.

Un destello irónico ilumina los ojos de Chase.

—Katie —dice, aparentemente resignado—. Hola.

—Hola —respondo. Desplazo el peso del cuerpo de un pie al otro —. Eh, sí… He venido a por los apuntes de Historia de la Música que te he prestado.

Otro asentimiento.

—Sí, los tengo en el cuarto.

—Pasa —me insta la señora Stanton con un tono mucho más amable que antes, cuando me ha abierto la puerta—. ¿Te apetece tomar algo?

—No, gracias. No me quedaré mucho. Solo venía a por… los apuntes —digo sin convicción.

—Por aquí —masculla Chase, que me hace un gesto para que lo siga.

—¿Seguro que no queréis que os lleve algo para picar? —grita su madre.

—No, mamá.

Me estremezco al oír la brusquedad con la que le habla. Me sabe mal por su madre. Por lo que me ha contado antes en la biblioteca (las excusas que les puso a los invitados de su boda sobre el paradero de su hijo), pensaba que sería una bruja, pero parece maja. Sí, al principio ha sido fría, pero en cuanto ha visto que era amiga de Chase, se ha animado al instante. Estaba… deseando que tuviera un amigo o una amiga.

Sonrío a la señora Stanton en señal de agradecimiento y me despido de ella con la mano, pero continúo siguiendo a Chase. Me sobresalto cuando veo que no subimos la escalera de caracol del vestíbulo y la dejamos atrás. Creía que había dicho que íbamos a su cuarto.

En cambio, enfilamos el pasillo y pasamos por la cocina y un solario precioso que da a una propiedad enorme en la parte trasera. Giramos, pasamos por un lavadero y llegamos a una puerta que Chase abre deprisa.

—Por aquí —dice.

Lo sigo escaleras abajo a lo que deduzco que es el sótano. Sus anchas espaldas forman una línea tensa y rígida y sus pasos son enérgicos. ¿Estará cabreado? Empiezo a pensar que sí y se me acelera el pulso. Quizá venir aquí haya sido mala idea.

El aire se enrarece cuando llegamos al final de las escaleras. Esperaba un sótano adaptado, de esos tan chulos con salas de juegos, una moqueta mullida y, si me apuras, hasta chimenea.

En cambio, me encuentro con paredes de bloques de hormigón y suelos laminados y rayados. ¡Y qué frío hace aquí! Sobre todo, para mí, que voy con pantalones cortos y camiseta. Me adentro en la vasta estancia tiritando.

Su dormitorio está a la izquierda, al final de otro pasillo. Cuando entramos, me quedo helada. Tiene una cama, un escritorio y ya. Para de contar.

—¿Este es tu cuarto? —exclamo sin poder evitarlo—. Pero si casi no hay muebles.

Chase mira a su alrededor y dice:

—Hay una cama. ¿Qué más necesito?

—¿Tu padrastro te hace dormir aquí abajo? —Siento que me he colado en un cuento de hadas terrorífico.

—Cuánta imaginación. —Pone los ojos en blanco—. Ha sido decisión mía. Me gusta este sitio.

Mentiroso. Le gusta estar al aire libre y los espacios amplios. La noche en que nos conocimos, me dijo que preferiría que le lloviese encima a quedarse dentro de la casa. Me fijo en las paredes blancas y desnudas y en la pila de libros que hay en la mesa. ¿Vendrá a este cuarto vacío y solitario todas las noches a leer? No hay ni tele ni videoconsolas, pero tiene móvil. ¿Jugará con él? Lo único que sé es que me imaginaba a Chase viviendo a todo tren y nadando en la abundancia en casa del alcalde Stanton, y, en cambio, vive cual cenicienta, desterrado al sótano y, seguramente, fregando el suelo a la antigua usanza.

Cuando dejo de mirar el escritorio para mirarlo a él, veo que me observa ceñudo.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta.

Trago saliva.

—Pues…

—En serio —dice, tajante—. ¿A qué has venido, Katie?

Me sonrojo al oír el retintín.

—Perdón por inventarme el nombre. Es que he creído conveniente que tu madre no supiera quién soy.

Asiente rápido.

—Estoy de acuerdo; pero eso no responde a la pregunta.

Cojo aire y me envalentono.

—He venido a disculparme por cómo me he portado antes, cuando Scarlett nos ha pillado en la biblioteca —digo.

Chase se encoge de hombros.

—No hace falta que te disculpes. Ni me importaba entonces ni me importa ahora.

Miente. No me lo trago. Porque sé que, si yo me pasara todo el almuerzo consolando a alguien, y luego esa persona cogiera y me evitara, estaría destrozada.

—Lo siento —repito, esta vez con más firmeza.

—No tienes por qué.

—Me cago en todo, Chase. Acepta mis disculpas de una vez, hostia, que para algo me he pateado el pueblo, joder —gruño.

Se parte de risa.

Entonces cierra la boca de golpe y el dormitorio enmudece de asombro. Es como si no creyera que se ha reído en mi presencia. La verdad es que yo tampoco me lo creo.

Me siento en el borde de su cama y jugueteo con la manga de mi camiseta.

—¿Por qué estamos siempre tan incómodos?

Esa pregunta me granjea otra carcajada; esta parece más un ladrido de incredulidad.

—¿Tú qué crees?

Suspiro.

—Ya, Chase, pero me refiero a que… la noche en que nos

conocimos no estuvimos nada incómodos.

—Echamos un polvo —dice sin rodeos—. Eso es bastante incómodo.

—No para nosotros —replico—. Pero mi amiga Macy me contó que su primera vez fue lo más vergonzoso del mundo. Y mi otra amiga estaba rara e incómoda en la cama con su novio todo el rato.

Yo con Chase no estuve así para nada, ni siquiera cuando me quitó la ropa. Era la primera vez que estaba desnuda delante de un chico. Debería haber estado muerta de la vergüenza, pero no lo estaba. Sí, estaba nerviosa; sí, el corazón me iba tan deprisa que creía que explotaría; pero, cuando Chase me agarró de las caderas con sus manos fuertes y me besó en los labios con ternura, incomodidad era lo último que sentía.

—No sé por qué no fue incómodo esa noche —dice mientras se apoya en su escritorio—. Pero sé muy bien por qué ahora sí. No deberías estar aquí, Beth.

—A tu madre no le parece mal.

—Mi madre estará arriba llorando de alegría porque el exconvicto de su hijo se ha echado novia.

Lo miro al instante.

—No soy tu novia.

—No me digas. Pero ella creerá que sí. Y has llegado en el momento perfecto. —Su voz destila sarcasmo—. Anoche, mientras cenábamos, el alcalde Brian me advirtió que a lo mejor me costaría conocer mujeres porque tengo antecedentes.

—¿En serio te dijo eso?

—Sí. Mi madre puntualizó que, como me sentenciaron siendo menor, me han cancelado los antecedentes; pero Brian insistió en que todo el mundo me conoce, así que da igual si hay antecedentes oficiales o no. —Su mirada se dulcifica—. Mi madre se enfadó mucho al oír eso, así que, sí, tal vez me haya venido bien que te hayas pasado por aquí, la verdad.

Le sonrío sin ganas.

—Para eso estamos. —Callo un momento—. Tu padrastro parece

un capullo.

—Puede llegar a serlo; pero la mayoría de las veces no creo que sea consciente. Él está convencido de que ayuda.

—¿Por qué tu madre se casó con él?

—Porque no es un capullo con ella —dice Chase, y parece reacio a admitirlo—. La trata como a una reina. —Aún más reticente, continúa—. La peor calaña de Darling cree que Brian solo buscaba una mujer florero, pero no la trata así. Se porta bien con ella.

—Pero no con su hijo —replico en tono acusador mientras abarco la estancia vacía con la mano.

—Ya te lo he dicho, yo elegí dormir aquí. Un alcalde no escondería a su hijastro en el sótano. Da mala imagen. —Chase se encoge de hombros—. No soy el personaje atormentado de un culebrón cutre. Se porta bien conmigo. Me alimenta, me viste y me da un techo. Es más de lo que mi propio padre estaba dispuesto a hacer. A cambio, no me meto en sus asuntos.

Si de verdad Chase ha elegido dormir aquí, la culpa lo reconcome más de lo que creía. No es normal que se encierre aquí abajo, en el sótano de una mansión enorme; pero si se lo dijese pasaría de mí.

—Al menos tienes intimidad. —Me hierve la sangre—. Al volver a casa me he encontrado con una nota de mi madre. —Imito su voz más aguda—: «Confiamos en que no salgas».

En lugar de la risa que esperaba, se le ensombrece la mirada.

—¿Qué? —salto.

Vuelve a encogerse de hombros.

—No, dime. ¿Qué? —Me levanto y me cruzo de brazos—. ¿Crees que soy una exagerada y que no es para tanto que mis padres me prohíban salir?

Chase niega con la cabeza, pero no creo que sea a modo de respuesta; parece más un gesto de desaprobación.

—Uf, di algo —exijo.

—Paso.

—¿Por qué? —Me acerco a él pisando fuerte y le clavo el dedo en el pecho.

Ni se inmuta.

—Porque no te gustaría lo que te diría.

—A ver —le digo en tono retador.

—Vale. —Me coge el índice, me gira la mano con delicadeza y me señala el pecho con mi propio dedo—. Este es, Beth. Este es tu problema.

—¿A qué te refieres?

—Tú —se limita a decir—. Tú eres el problema.

Me quedo a cuadros.

—¿Perdona? ¡Yo no soy el problema!

Chase me suelta el dedo.

—Ya te he dicho que no te gustaría.

Vuelvo a cruzarme de brazos.

—No entiendo cómo puedes decir que el problema de mi casa soy yo. Hay padres protectores, hay padres sobreprotectores y luego están los míos —digo, enfadada—. ¡Me han quitado la puerta del cuarto!

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué te han quitado la puerta? ¿Qué pasó antes?

Hundo las mejillas de la frustración.

—Me fui de fiesta a Lex Heights a escondidas.

La chulería con la que se encoge de hombros me hace mirarlo mal.

—¿Insinúas que merecía quedarme sin puerta?

—No. —Se queda callado un momento y, acto seguido, se sube al escritorio y apoya los antebrazos en los muslos—. Había un chaval en el reformatorio llamado Darren que decía: «Enseña a los demás cómo deben tratarte».

Aunque me siguen molestando sus acusaciones, me siento de nuevo y lo escucho.

—Y luego estaba Russ, un camello camorrista que siempre cabreaba a los guardias, les contestaba y la liaba. Le pegaban a diario y lo castigaban por hacer lo mismo que otros, pero estos no

recibían ni una reprimenda. Y Russ se quejaba constantemente de eso en la pista de baloncesto. Entonces, un día, Darren se hartó de oírlo y le dijo que se callara de una puta vez. «Enseña a los demás cómo deben tratarte», le dijo. Si sigues liándola y metiendo cizaña, te tratarán como a un alborotador y un liante.

Se me va pasando el enfado poco a poco y lo sustituye una oleada de remordimiento cuando entiendo a qué se refiere.

—Si te comportas como una cría estúpida e imprudente, tus padres te tratarán como tal —dice Chase sin rodeos—. Y no hay más.

Tiene razón; pero…

—No me comportaba como una cría estúpida e imprudente cuando murió Rachel. Ni al año siguiente ni al otro. Solo llevo unos meses haciendo tonterías —admito—. Es que… se han pasado. Lo que están haciendo últimamente no es solo inapropiado; es una locura.

—No me digas. ¿Y desmadrarte les ha abierto los ojos? ¿Les ha hecho recapacitar?

—No —digo de mala gana.

—Exacto, porque no puedes controlar ni cambiar cómo se comportan tus padres. Solo puedes controlar y cambiar cómo reaccionas tú.

—No soporto lo sobreprotectores que son, Chase. No lo aguanto más.

Su rostro no transmite compasión.

—Pues ya te aviso de que las vas a pasar canutas un montón de veces a lo largo de tu vida. ¿Vas a irte de fiesta a escondidas y emborracharte o dártelas de rebelde y cometer locuras cada vez que estés en la mierda?

Trago saliva.

—¿Quieres un consejo?

Quiero negarme, pero pasan varios segundos y no me sale decir que no.

Así pues, interpreta mi silencio como un sí y sigue hablando.

—Deja de centrarte en lo que no puedes hacer y fíjate en lo que sí. Piensa en algo que no sea salir de fiesta y divertirte o lo que sea que tengas en mente. —Su tono es brusco—. Porque ser adulto no consiste en eso.

—¿Y si no quiero ser adulta? —susurro.

—Nadie quiere, preciosa.

«Preciosa». ¿En serio ha empleado un apelativo cariñoso? De repente me arden las mejillas. Qué rabia me da. Qué rabia me da que me ponga tonta la única persona que no debería ponerme tonta.

—Tengo que irme —digo de pronto, mientras me levanto.

—Estás cabreada.

Me obligo a mirarlo.

—No —digo con sinceridad—. Es que… me, me has dado mucho en qué pensar, ¿vale? Además, de verdad tengo que irme. Me he escapado de casa para venir a verte, ¿recuerdas?

Me acompaña arriba. Por fortuna, la señora Stanton no está escondida detrás de un sillón o de una planta, y menos mal, porque cuando llegamos a la puerta Chase me toca.

Vale, me toca el pelo, pero es parte de mí. Por lo tanto, me toca. Me pasa unos mechones sueltos por detrás de la oreja. Me quedo paralizada.

—Llevas la coleta despeinada —me dice con aspereza—. Como no te la vuelvas a hacer lo vas a pasar mal de camino a casa.

No sé cómo, pero consigo responder.

—Ya. Ahora me la hago. Gracias.

Retrocede.

—Nos vemos en clase.

—Eh, sí. Hasta otra.

Salgo como alma que lleva el diablo. Me queman las mejillas, pero un mar de náuseas me revuelve el estómago.

«No te pilles», me suplico. «Ni se te ocurra. Rachel no está por su culpa…».

Pero, como de costumbre, destierro todos los pensamientos

sobre mi hermana. No puedo pensar en Rachel, es demasiado duro. Lo es desde su funeral. Todos me animaban a que hablara de ella, me querían contar anécdotas suyas y decirme lo increíble que era. Yo, en cambio, desconecté.

Es que… no puedo. Hablar de ella, pensar en ella o mirar fotos suyas. Seguro que por eso me entran ganas de vomitar cada vez que veo lo impecable que está su cuarto, porque me obliga a recordar.

Chase también, pero es más fácil estar con él que en el santuario en el que se ha convertido la habitación de Rachel. Es más fácil pensar en la virginidad que le di que en lo que me ha arrebatado.

Resuello durante todo el viaje de vuelta, pero esta vez no creo que sea porque no esté en forma. Se me forma un nudo en la garganta. Noto una opresión en el estómago, en los hombros y en el corazón. Además, tiemblo de miedo por dentro. Me aterra que, al llegar a casa, mi madre o mi padre ya esté ahí y me diga que ha vuelto hace dos horas y me pregunte dónde he estado yo durante ese tiempo y me acuse de irresponsable. Y que luego se le ocurra otro castigo para mí.

Me alivia no ver ningún coche en la entrada. Entro corriendo y subo a ducharme y cambiarme. Después, bajo a la cocina a picar algo y es ahí cuando se me ocurre una idea.

«Enséñale a la gente cómo debe tratarte».

No dejo de darle vueltas a lo que me ha dicho Chase. No sé si habrá dado en el clavo, pero es innegable que, últimamente, no les he dado muchos motivos a mis padres para que confíen en mí. Primero, le monté un pollo a mamá cuando descubrí que no había enviado mis solicitudes de admisión a la universidad. A ver, creo que tenía todo el derecho del mundo a enfadarme, pero reconozco que hablar a voces sobre mi difunta hermana quizá no fue lo más inteligente por mi parte.

Luego mentí sobre lo que había hecho con Scarlett y me fui a una fiesta en un barrio chungo. No, no me parece bien que lean mis chats, pero les había estado mintiendo mucho los últimos días.

Sin embargo, lo que le he dicho a Chase es cierto. Llevo años portándome bien. He acatado sus normas y he trabajado duro en el instituto y en la clínica; pero estos últimos tres años, me sentía más y más encerrada, la soga del cuello me asfixiaba más y más, y al final he explotado. Sé que cada uno es responsable de sus actos, pero, sin duda, la conducta de mis padres me ha empujado a hacer algunas de las cosas que he hecho.

Pero… Chase tiene razón. Perder los estribos y desmadrarme no me va a servir de nada. No va a hacer que me devuelvan el coche o el móvil, no va a hacer que regrese al refugio ni que recupere su confianza.

Voy a prepararles la cena.

Esta genialidad se me ocurre delante de la nevera. Vale, no es el mayor detalle del mundo, pero es algo. Es un comienzo. Demuestra que estoy dispuesta a sentarme a comer con ellos y formar parte de la familia de la que llevo huyendo todo el verano y, si sale bien y valoran mi esfuerzo, lo mismo los convenzo de que me dejen volver al refugio de animales. Con una vez al mes me conformo.

Pagada de mí misma, empiezo a sacar ingredientes de la nevera y a dejarlos en la isla de cedro. Creo que haré pasta, pollo a la parrilla y ensalada. Está chupado; no me llevará mucho tiempo. Son las siete y volverán a eso de las ocho. Para cuando entren por la puerta, la cena estará lista y servida. Me lo agradecerán, ¿no?

Estoy poniendo una olla con agua a hervir cuando oigo que se abre la puerta. Se me cae el alma a los pies. Porras. ¡Han vuelto pronto!

—¿Lizzie? —dice mamá.

—¡En la cocina!

Se oyen pasos en el pasillo. No parece que venga sola.

—¿Está papá contigo? —le pregunto—. Estaba preparando la cena.

—Qué me dices. —Mamá entra en la cocina y mira la encimera sorprendida, pero contenta—. ¡Qué detalle!

Me vuelvo hacia el fuego para que no vea que sonrío de

satisfacción.

—Tu padre está aparcando. Ha acabado la entrega antes de lo previsto, pero me temo que la cena tendrá que esperar. Antes tenemos que hablar de algo.

Reprimo mi inquietud y me doy la vuelta para mirarla de nuevo. Entonces detecto movimiento en la entrada. Al momento, aparece otra persona.

Un agente de policía.



Papá está justo detrás de él. Los tres adultos entran en la cocina y me miran de arriba abajo.

El miedo me atenaza. ¿Me van a detener por ir a ver a Chase? ¿Es delito desobedecer a tus padres? Me vuelvo hacia mamá mientras me pregunto si será misericordiosa conmigo.

Papá me hace un gesto para que me acerque.

—Lizzie, te presento a Nick Malloy. Agente Malloy, le presento a mi hija Elizabeth.

Sigo sin moverme, pero lo saludo en voz baja.

Mamá pasa por mi lado y dice:

—¿Le apetece beber algo, agente Malloy?

—No, gracias. Y ya se lo he dicho, llámeme Nick.

Juro que le guiña el ojo. No le guiñaría el ojo si fuera a enchironarme, ¿no?

¿Así se sintió Chase cuando la policía llegó a su casa la noche en que atropelló a Rachel? ¿O lo arrestaron en el lugar de los hechos? De repente caigo en la cuenta de que no tengo ni idea de cómo

ocurrió. Solo recuerdo que la policía se presentó en nuestra puerta para darnos la terrible noticia; que mi madre cayó al suelo de rodillas y lloró de angustia; que mi padre se agarraba el pecho como si acabaran de arrancarle el corazón.

Chase nos hizo eso. Hizo llorar a mi madre y le hizo daño a mi padre, y voy yo y me siento hoy en su cuarto a charlar con él como si fuéramos mejores amigos. Me acosté con él.

Madre mía, creo que voy a desmayarme. O a vomitar. O ambas cosas.

—Elizabeth, el agente Malloy ha venido a ayudarnos con tu problema del instituto —me dice mamá. Me hace una mueca para que vaya al salón cagando leches.

Camino sin ganas y señalo con un gesto a Malloy.

Mamá se impacienta. Me lleva al sofá y me obliga a sentarme a su lado. Mi miedo irracional comienza a disminuir. Es imposible que las detenciones sean un proceso tan simple y lento. Dado que no tengo problemas en clase, se referirán a otra persona.

El agente Malloy se sienta a mi lado y deja una carpeta en la mesa de centro. La abre y saca un formulario. Lo leo de lado: «Orden de alejamiento temporal».

—¿De qué va esto? —pregunto poco a poco.

Mamá me da la mano.

—Es para ti.

—Pero si no tengo problemas en clase.

El agente Malloy frunce el ceño y le da un golpecito a la carpeta con su boli barato.

—¿Ninguno?

—Oh, Lizzie nunca se quejaría —dice mamá—. Por eso hay que hacer esto.

—¿Esto? ¿Qué es esto? —Estoy confundida.

—Entonces, ¿no te acosan en el instituto? —me pregunta Malloy.

—Qué va. —El pánico regresa de golpe cuando al fin entiendo qué pasa.

Mis padres quieren que rellene el papeleo policial contra Chase.

Me levanto como un resorte.

—No pasa nada en el insti. Todo va bien.

—De eso nada —dice papá con rudeza—. Mientras Charles Donnelly esté ahí, mi hija nunca estará a salvo.

—Siéntate, Lizzie —me reprende mamá.

Le hago caso, pero solo porque me tiemblan las piernas.

—¿Han intentado hablar con el director? —pregunta el agente.

—Pues claro. Hemos acudido al Ayuntamiento y todo. Tu jefe, el alcalde Stanton, nos ha acusado de discriminadores y nos ha amenazado con demandarnos como volvamos a intentar que lo echen. —Las facciones de papá están tensas—. Hasta que no cause daño físico, dañe la propiedad escolar o haga algo que justifique su expulsión, se queda.

Perfecto. Miro con actitud rebelde al agente Malloy.

—Y dado que no me está molestando, no va a hacer falta esto. —Señalo con el dedo el formulario.

—Tus padres me han contado que te ha intimidado en la biblioteca —insiste el poli—. ¿Le tienes miedo? ¿Por eso no quieres denunciar lo ocurrido? Las órdenes de alejamiento están para protegerte.

Estoy flipando. ¿Cómo saben lo de la biblioteca? Ha pasado hoy. ¿Me espían en el instituto?

—La madre de Scarlett me ha llamado a la oficina —me explica mamá tras advertir mi confusión—. Scarlett le ha dicho que te estaba acosando en la biblioteca.

Maldita sea. Mi mentira regresa para atormentarme. Me hundo en los cojines y me cubro la cara con las manos.

—No me estaba molestando —digo, pero nadie me cree.

—Obviamente, llamé al director Geary de inmediato, pero me dijo que aunque presentases una queja, solo lo expulsarían temporálmente porque sería la primera vez que Donnelly comete un delito de acoso escolar.

Tengo ganas de gritar. Chase no ha hecho nada malo.

«Salvo matar a tu hermana».

Me sube la bilis por la garganta. Por encima de los dedos, veo a mis padres mirándome. Me hundo más en los cojines mientras pienso en cómo salir de este embrollo.

Pero mamá interpreta mi silencio como angustia y me pregunta:

—¿Estás bien? —Se inquieta—. ¡Sabía que te estaba acosando! —Con voz estridente, se dirige al poli para decirle—: No podemos esperar a que esté en peligro. Ya he perdido a una hija. —Se lleva la mano a la garganta.

Papá se acerca a ella y le pone una mano en el hombro.

—No vamos a esperar, Marnie. Vamos a presentar la orden de alejamiento.

—Ahora mismo me encargo —dice el agente Malloy con amabilidad. Se vuelve hacia mí—. ¿Qué tal si nos cuentas lo ocurrido para que presentemos estos documentos al juez indicado?

Me siento aún peor.

—No. No quiero hacerlo.

—Lizzie —dice mamá.

—Es Beth.

—Beth. Es por tu seguridad.

—Es una amenaza para el pueblo —dice papá—. Es temerario y…

—Fue un accidente —digo, interrumpiendo a mi padre, y miro a Malloy con ojos implorantes—. ¿Conoces el caso?

Asiente; claro que lo conoce. Todo Darling lo conoce. Por eso es conocida mi familia.

—Se declaró que fue un accidente —le recuerdo.

Asiente de nuevo.

—No es un chalado que anda suelto. Y créeme, yo también lo odio. —La mentira hace que me queme la garganta—. Pero no me parece bien decir que me siento amenazada físicamente cuando no es así.

Mi padre me observa con desaprobación.

Me vuelvo hacia mi madre y le agarro la mano.

—Por favor. No corro peligro. Estaba sentada en la biblio y me encontraba mal porque me había saltado el almuerzo. Chase estaba

ahí y, como me ha dado vergüenza que me viera llorar, le he gritado y él… —Me disculpo mentalmente por la próxima mentira que voy a decir—. Me ha gritado también y luego ha aparecido Scarlett. No ha sido nada.

—¡¿Cómo que no?! —brama papá.

Mamá, sin embargo, me observa con detenimiento. Le aprieto la mano y le ruego:

—Por favor.

—¿De verdad no te sientes amenazada por él?

—No. —Mi tono es claro y sereno—. Si cambia la situación, te lo diré.

Me estudia unos segundos más y toma una decisión. Asiente y mira al agente Malloy.

—Lamento haberte hecho perder el tiempo, pero agradecemos la información que nos has proporcionado. ¿Podemos volver a contactar contigo si decidimos seguir adelante con la orden de alejamiento temporal?

—Por supuesto. —Percibo un deje de alivio en su voz.

Todos nos ponemos en pie. Por una vez, no me siento una cría estúpida. He dicho la verdad, o casi. Mamá me ha hecho caso y no se ha cometido una injusticia atroz contra Chase. Y lo he conseguido sin llorar ni tener una rabieta ni perder los papeles. Como me ha aconsejado Chase: «Compórtate como una adulta y tal vez te traten como tal».

Para mi sorpresa, ha funcionado.

Papá acompaña al agente Malloy a la puerta mientras mamá se queda conmigo en el salón.

—Has sido muy madura. —Niega despacio con la cabeza—. Pero no es un buen chico. —Se le entrecorta la voz—. Tengo miedo.

—No tienes por qué. —Nunca me he sentido amenazada por él, ni un poquito, pero como le diga a mamá todas las veces que Chase ha tenido ocasión de hacerme daño y no lo ha hecho, me encierra en el sótano.

Papá regresa y ni nos mira. Está cabreado.

—Me voy —masculla—. No me esperéis despiertas.

Antes de que nos dé tiempo a protestar, se va echando chispas.

Siempre he pensado que era mamá la que no podía pasar página. Al fin y al cabo, es ella la que no permite que se guarde nada en el casillero de Rachel del vestíbulo; es ella la que quiere que su cuarto permanezca intacto; es ella la que no me deja tener perro porque Rachel era alérgica.

Pero es papá el que sigue aferrado a la ira y al dolor. Fue el primero en pedir justicia para Rachel tras el accidente. Presionó para que se acusara a Chase de asesinato y estuvo semanas echando humo porque la condena se redujo a homicidio imprudente. Da igual que Rachel cruzara la calle sin mirar si venían coches. Chase le quitó a su niñita.

Nunca se lo perdonará.

Mamá y yo cenamos solas. Ella prepara sándwiches de queso a la parrilla y yo caliento sopa de tomate.

—¿Cómo está Scarlett? Hace tiempo que no la veo. Seguís siendo amigas, ¿no?

—Sí. Estamos bien. —Pero aún me preocupa la tirantez con la que me habló cuando Jeff se ofreció a llevarme a la fiesta. No quiero que nuestra amistad se tambalee; es de lo mejor que tengo en la vida ahora mismo. Scar y yo llevamos siendo mejores amigas desde parvulitos. No sé qué haría sin ella—. Oye, ¿te apetece que vayamos de compras este finde? Quiero mirarle algo a Scar.

—¿Es su cumple? Creía que era en enero.

—No. Es un… regalo de agradecimiento. —A lo largo de los años, Scar y yo nos hemos regalado un montón de chorraditas como símbolo de nuestra amistad, pero hace tiempo que no le compro nada. Ya tocaba.

—Ay, qué mona. Vale, pues vamos este fin de semana. ¿Mañana por la mañana? —sugiere.

—Vale. —Total, mi agenda está vacía. Como solo voy a clase,

estoy libre. Sorprendentemente. Mis compis están liados con extraescolares, pero yo dejé ese rollo hace años. No recuerdo por qué.

Después de cenar, mamá va a hacer la colada y yo me voy a mi cuarto. Me siento al escritorio, pero no tengo deberes. Abro el portátil y cotilleo los perfiles de mis amigas. Me llega un mensaje. Es de Jeff.

Me rasco el cuello. Nada me apetece menos que hablar con el ex de mi hermana. Sigo enfadada con él por haberme dejado tirada.

Cierro el portátil y cojo un libro del estante. Ya lo he leído, pero me gustó, así que podría volver a sumergirme en sus palabras. Tras diez minutos leyendo el mismo párrafo una y otra vez, cierro el libro y lo tiro sobre la mesa.

Mamá pasa cerca de mi cuarto con el cesto de la ropa.

—¿Quieres que doble la ropa? —pregunto, corriendo hacia la entrada.

Me mira sorprendida.

—No hace falta, ya lo he hecho yo.

Miro al suelo y veo una pila de toallas dobladas.

—Pues guardo esto.

—Vale. —Retrocede despacio, como si le extrañase tanto que me ofrezca a ayudarla como para creer que no estoy en mis cabales—. Gracias.

Dicho esto, se va abajo. No tardo nada en guardar las toallas en el armario.

—¿Necesitas algo más? —grito para que me oiga.

—No, tranquila. Voy a ver la tele y a tejer.

Regreso a mi dormitorio. Aquí no hay nada que hacer. Acaricio el marco de la puerta. Si tuviera puerta, ¿cambiaría algo?

Me doy la vuelta para mirar la puerta de enfrente. Cruzo el pasillo poco a poco. El pomo gira con facilidad y la puerta se abre sin hacer ruido gracias a lo bien engrasadas que están las bisagras. La dejo ligeramente entreabierta.

La habitación huele a fresco, como si hubieran dejado la ventana

abierta. Me asomo a ver el patio trasero. La esquina de la casa, donde cuelga el columpio, está oscura. Un círculo de luz amarilla ilumina el exterior. La *labradoodle* de los Palmer, tres casas más abajo, ladra cuando la dejan salir al jardín a hacer sus necesidades.

Es una noche cualquiera. Me aparto de la ventana y observo el dormitorio. En un estante, junto a la cama, están los trofeos y las medallas que obtuvo Rachel tras cinco años perteneciendo al club de vóley. En el espejo que hay encima de su escritorio, hay colgadas, con esmero y por los bordes, unas fotos suyas con sus amigas. Retiro su silla blanca de escritorio y me siento en su cojín. Qué blandito es.

A la izquierda hay varias fotografías de su equipo de voleibol en las que se abrazan por los hombros. La mejor amiga de Rachel, Aimee, le hace orejas de conejo por detrás de la cabeza en todas las tomas. Sería una broma suya. Hay muchas cosas de la vida de Rachel que ignoro. Estábamos muy unidas, pero me llevaba dos años. Algún secreto guardaría.

En el lado derecho del escritorio hay dos retratos familiares. En uno salimos todos. Nos lo hicieron en la boda de mi primo Randy el año antes de que falleciera Rachel. Mamá me compró tacones y yo estaba que no cabía en mí de gozo. En el otro salimos Rachel y yo. Nos lo hicieron después de un partido de vóley contra otro instituto. Rachel está sudorosa y sonriendo. Yo sostengo el balón y la miro como si fuera mi mundo entero.

Se me escapa un sollozo entrecortado y, de repente, me levanto, abandono corriendo el cuarto de Rachel y bajo las escaleras. Me duele demasiado ver fotos de nosotras juntas. Me duele verme mirándola como si fuera la persona más importante de mi vida. La admiraba y ya no está.

Salgo en tromba al patio trasero y tomo una buena bocanada de aire fresco. Me alivia la opresión de la garganta, pero no la angustia. Echo a correr hacia el columpio, pero me recuerda a Rachel, así que paso de largo y me dirijo hacia la valla. Una vez ahí, me tiro al césped y me apoyo en las estacas de madera.

El sol ya se ha puesto, pero el cielo aún no está del todo oscuro. Miro las nubes y me fijo en una que parece un dragón. Entonces aparto la vista, porque eso también me recuerda a Rachel. Cuando éramos niñas, extendíamos una manta de pícnic sobre el césped y nos tumbábamos bocarriba para buscar nubes con forma de animal.

Me pica la garganta y me escuecen los párpados, pero, en vez de saltárseme las lágrimas, se me escapa la risa. Intento contenerla, pero me doy por vencida y la dejo salir. Es como si volviese a estar en el funeral de Rachel. No podía llorar, así que me reí. No quiero llorar, así que me río.

—Guau.

Un ladrido interrumpe mis risotadas.

—Hola, guapo. —Me río entre dientes mientras miro a Morgan, que asoma la cabeza entre las estacas—. ¿Qué tal estás?

No responde, pero saca la lengua y me lame el hombro.

Es justo lo que necesito.

—Yo también te echaba de menos.

Ahora me lame el costado del cuello y la mejilla. Agradezco la baba de perro; es mucho mejor que la sal de las lágrimas.

—Pero no tanto como a Rachel —susurro.

Me lame dos veces más.

—Seguramente se llevaría un chasco si me viera ahora —le digo a Morgan—. Era una chica muy centrada. Sobre todo en el vóley.

Yo también jugué al vóley en su día. Me uní al mismo club que Rachel. Al igual que ella, yo era colocadora. Los findes siempre estábamos fiadísimas porque íbamos de torneo en torneo.

Todo acabó cuando murió Rachel. Fue como si mis sueños y mis metas fueran en realidad los de mi hermana y, al irse ella, mi pasión se convirtiese en cenizas y se desvaneciese.

—Y además cantaba en un coro. Ah, y pertenecía al club de excelencia académica. —Y estaba saliendo con Jeff, el chico más popular del instituto. Rachel iba a llegar lejos. Estoy convencida de que habría entrado en la universidad más selecta que hubiese querido y lo habría petado.

Yo, en cambio, no sé qué hacer con mi vida. Trabajar en el refugio era lo único que de verdad disfrutaba, pero, aparte de eso, he matado el tiempo yéndome de fiesta y liándome con tíos. No me acosté con Chase para cabrear a mis padres. De ser así, se lo habría contado. Me acosté con él porque sentía que me faltaba algo y que él podría llenar ese vacío.

Pero ahora solo me siento más vacía.

Estoy perdida. O bien llevo un tiempo a la deriva y me he dado cuenta hoy. Me he empeñado tanto en culpar a los demás de mi infelicidad que no me he mirado en el espejo.

No me gusta lo que veo.

Ceñuda, me obligo a ponerme de pie, aunque eso suponga despedirme de los lametones de Morgan.

—Lo siento, bonito, pero me tengo que ir. Hay que cambiar.

Una vez arriba, me siento en la cama y abro el portátil. Decidida, me meto en la web del instituto Darling. ¡Ahí va! Hay un montón de optativas y clubes; tantos que cuesta ojearlos todos.

Me pongo a leer y a tomar notas. Una sombra se detiene en la puerta, pero no me interrumpe y se va. Sigo bajando. Investigo un poco más.

—Eureka —digo mientras observo lo que he anotado con letra redonda en la libreta.

Me pongo a escribir. Tardo unas buenas horas, pero, cuando termino, estoy más que satisfecha.

A partir de ahora, ya no soy la chica sin rumbo. Soy la chica con un plan.



—¿Y esto? —me pregunta mamá a la mañana siguiente cuando le paso la hoja que he impreso.

—Es un contrato —contesto toda orgullosa. Me estiro por encima de la mesa de la cocina para entregarle una copia a papá.

La mira con los ojos entornados, pues no puede leer sin gafas.

—¿Un contrato para qué?

—Es un… —Mi madre deja la frase ahí y sigue leyendo.

—Es un contrato familiar —anuncio. Pensé en llamarlo «Contrato para portarse bien» o «Contrato para ser responsable», pero me parecían títulos humillantes y unilaterales—. Prometo acatar las normas que según vosotros me mantendrán a salvo si a cambio me dejáis visitar la uni que yo elija.

—No vas a ir a la Universidad del Sur de California —dice papá, estampando el papel en la mesa.

Me muerdo la lengua para no saltar.

—No es ni esa ni la de California ni la de Miami, sino la Estatal de Iowa.

Mi respuesta los deja mudos de asombro. Mamá se lleva la taza a los labios y le da un sorbo rápido al café. Papá me mira con suspicacia.

—La Estatal de Iowa —repite con recelo.

Me recuesto en la silla y me cruzo de brazos.

—Sí.

Mamá por fin reacciona.

—¿Por qué esa? Es la primera vez que la mencionas.

—Es la primera vez que se me pasa por la cabeza —confieso—; pero es la única que no dejaba de aparecer cuando me puse a investigar anoche.

Mamá parece intrigada.

—¿A investigar?

Lo receptiva que está me insta a continuar.

—Quiero ser veterinaria. Voy a tener que cambiar algunas clases del próximo semestre, aunque no creo que los créditos de secundaria importen mucho; pero no está de más haber estudiado ciencias si vas a estudiar Medicina, aunque sea canina. La Estatal de Iowa es una de las mejores facultades de Veterinaria del país, y está cerca, así que podréis visitarme a menudo. —Pero lo bastante lejos como para tener cierta sensación de independencia; sin embargo, esto no se lo digo. No tiene sentido asustarlos.

Mamá frunce los labios mientras piensa.

Papá aún no lo ve claro.

—Está a solo seis horas de aquí —les digo—. Y tampoco os estoy pidiendo que me dejéis asistir a esa universidad, sino que me dejéis ir a verla.

Papá vuelve a mirar el contrato.

—Aquí también pone que te devolveremos el móvil si cumples nuestras reglas.

—Sí. Cuesta localizaros si me pasa algo en el insti o de camino a casa.

—Y quieres volver al refugio de animales.

—Sí.

—¿Desde cuándo quieres ser veterinaria? —me pregunta papá.

—Desde anoche —admito—. Tuve una revelación.

Mamá contrae los labios como si se estuviera aguantando las ganas de sonreír, pero llega un momento en que no puede más y sonríe de oreja a oreja.

Me emociono; hacía mucho que no me sonreía con tanto entusiasmo ni me miraba con orgullo.

—Sabéis lo mucho que me gustan los animales. Si fuera por mí, adoptaríamos a todos los perros callejeros que se plantasen en nuestra puerta. —Llevo desde los tres años, que fue la primera vez que vi a un perro, rogándoles a mis padres que me dejen tener mascota. Un perro, un gato, un pez, un hámster…, lo que sea. Pero en mi casa siempre han estado terminantemente prohibidas—. Así que anoche me senté a pensar con detenimiento en lo que quiero hacer cuando me gradúe y en lo que más me gusta en el mundo, y solo me venían a la cabeza los animales. Quiero trabajar con animales. —Me encojo de hombros—. Y se me dan bien las ciencias, así que creo que me iría muy bien en la Facultad de Veterinaria.

—Yo también lo creo —dice mamá, lo que me colma de felicidad.

Papá también va convenciéndose poco a poco. Se rasca la nariz y me observa con atención.

—Si aceptamos esto —señala el contrato—, ¿tenemos tu palabra de que acatarás nuestras normas? Es decir, que no nos mentirás cuando te preguntemos dónde estás ni te irás de fiesta a no ser que te demos permiso y te dejarás de tonterías.

—Tenéis mi palabra —les aseguro. Entonces dudo—. No lo he puesto en el contrato, pero os agradecería mucho que me devolvierais la puerta.

Callan otro instante.

Mamá, sin perder la sonrisa, le quita a papá el boli que estaba usando para hacer el crucigrama de los sábados, añade algo al contrato y me lo pasa.

—Pon tus iniciales aquí —me dice con aire solemne.

Me duelen las mejillas de la sonrisa tan grande que se me ha

dibujado. Debajo de la lista de privilegios que solicito recuperar, ha escrito «PUERTA».

Al lado, firmo con mis iniciales. Mamá hace lo propio y, por último, papá.

—Voy a hacer una copia —anuncia este, echando hacia atrás la silla.

Se me escapa la risa.

—¿Por si destruyo la única copia existente y no sabes cómo obligarme a obedecer?

—Exacto —dice con aspereza, pero su mirada es risueña. Por un asombroso segundo vuelve a ser el padre de antes de que muriera Rachel, el padre que se inventaba juegos de palabras vergonzosos y no pasaba cinco segundos sin una verdadera sonrisa.

Cuando se va, mamá me coge la mano y me la aprieta.

—Nos has sorprendido esta mañana.

—Yo también me he sorprendido.

—Me enorgullece que hayas reflexionado y hayas tomado esta decisión.

Se me forma un nudo en la garganta.

—Gracias. —Le doy un buen trago al zumo de naranja con la esperanza de que no haya notado que estaba emocionada.

Pero creo que sí se ha dado cuenta, porque se le suaviza aún más la mirada.

—¿Aún quieres ir a comprarle algo a Scarlett?

Asiento con ganas mientras me bebo el zumo.

—Vale, pues sube a vestirte. Cuando estés lista nos vamos.

El centro comercial está a tope para ser sábado por la mañana, aunque, bueno, hace mucho que no me levanto antes del mediodía los sábados, así que a lo mejor está así de concurrido a las diez.

Mamá y yo vagamos sin rumbo un par de horas. Me compra una sudadera con capucha en American Eagle y yo le compro a Scarlett una bufanda la mar de mona en Forever 21. Scar está obsesionada

con las bufandas. Tiene cientos. Fijo que esta rosa y dorada de calaveritas con flores en lugar de bocas le encanta.

Hacia la una me empieza a rugir el estómago.

—Uf, como no coma algo ya me voy a desmayar —anuncio.

Mamá pone los ojos en blanco.

—Qué dramática estás hoy.

—No, hambrienta es lo que estoy. Famélica. —Sonrío y señalo la zona de restauración—. ¿Podemos comer algo antes de volver a casa?

Se lo piensa y niega con la cabeza.

—Tengo una idea mejor.

Intrigada, la sigo en dirección opuesta a la zona de restauración. Dejamos atrás la sección de joyerías, un Foot Locker y un Guess y, al fin, nos detenemos en el otro extremo del enorme edificio frente a uno de mis restaurantes favoritos. Mis amigas y yo comemos aquí siempre que venimos al centro comercial. Hacen la mejor tortilla francesa de jamón y queso del mundo.

—¿Eggcellent? —digo encantada de la vida—. Tú sí que sabes. —Hago ademán de chocar los cinco.

Mamá me devuelve el gesto y me animo más aún. Debo admitir que hacía tiempo que no tenía un día tan bueno; me sorprende que sea con mi madre. Hace tanto que tenemos mal rollo que ahora me resulta hasta raro que disfrutemos juntas.

—Vamos a ver si hay mesa —propongo, pero mamá no me acompaña a la puerta—. Espabila, *lentorra*.

—Yo mejor me voy.

La miro confundida.

—¿Por?

Me guiña el ojo. Entonces mira su reloj y dice:

—Tus amigas estarán al caer. ¿Qué tal si reservas mesa y las esperas dentro?

Me quedo boquiabierta.

—¿Va en serio?

—Mientras estabas en Forever 21 he llamado a Lisa para

preguntarle si le apetecería a Scarlett quedar aquí contigo para comer. Me ha dicho que sí y que de paso irá a recoger a Yvonne y a Macy.

Doy saltitos de la emoción. Lisa es la madre de Scar, y Scar está de camino con nuestras amigas. No me creo que mi madre haya planeado esto. Me muero de ganas de contárselo a…

Me niego a seguir dándole forma a esa idea.

«Me muero de ganas de contárselo a Chase».

¿Cómo de turbio es que eso sea lo primero que se me haya pasado por la cabeza? Que quiera contarle a Chase que me ha servido su consejo; que comportarme como una adulta ha hecho que mis padres no sean tan estrictos; que mi padre me ha sonreído hoy; que mi madre me está animando a ver a mis amigas cuando hace apenas unos días me prohibía salir de casa.

—Esto es increíble. Eres increíble. —Me lanzo hacia ella y le doy un abrazo.

Me abraza fuerte y, al soltarme, me dice:

—Pásatelo bien, Beth. Lisa me ha dicho que ya te llevará Scarlett de vuelta.

En cuanto se va mamá, grito de alegría. Varios transeúntes me miran, pero me da igual que crean que estoy loca. ¡Vuelvo a tener vida! Pronto recuperaré el móvil, puedo volver a ser voluntaria, me devolverán la puerta; estoy a punto de ver a mis amigas.

De puta madre.

Dentro del restaurante, pido un batido de chocolate mientras espero a mis chicas. El primer sorbo que le doy a esta delicia me sabe a gloria. O tal vez sea el sabor a libertad lo que me alegra las papilas gustativas.

—¡Aaaaah!

Es lo primero que dice Macy cuando mis tres amigas corren hacia mi mesa.

—¡Eres libre! —exclama Yvonne mientras Scarlett se sienta a mi lado y me da besos en la mejilla.

Me río y trato de apartarla.

—Relájate, besucona, que me vas a estropear el maquillaje.

—Pero si no te maquillas —replica ella, poniendo los ojos en blanco.

—Razón de más para tenerte tirria —me regaña Yvonne mientras se sienta con Macy frente a nosotras—. ¿Cómo es posible que tengas la piel tan suave e impecable sin usar BB *cream*?

La camarera viene a tomar nota de las bebidas. Dejamos de hablar un rato para mirar el menú y decidir qué vamos a comer. Me decanto por una hamburguesa con patatas fritas para acompañar el batido y aprovecho que Macy e Yvonne aún no se han decidido para darle el regalo a Scarlett; se lo paso con disimulo por debajo de la mesa y se lo dejo en las rodillas.

—¿Y esto? —susurra.

—Un regalo de mejores amigas —le respondo susurrando también—. Ábrelo al volver a casa.

Sonríe pletórica.

—Eres la mejor, Beth.

Simulo que ahogo un grito.

—¡Me has llamado Beth!

—¿Sí? No, te lo estás imaginando.

Le doy un golpecito en las costillas.

—Anda que no.

Las cuatro bromeamos y cotilleamos hasta que nos sirven la comida, y seguimos bromeando y chismorreando incluso mientras comemos; nos da igual hablar con la boca llena y que, a buen seguro, nos miren mal. Hacía mucho que no estaba tan relajada con mis amigas. En el insti, la tensión que crea la presencia de Chase siempre se cierne como un nubarrón sobre nuestras cabezas. En casa, no tengo móvil ni puerta ni intimidad para charlar con mis amigas.

Es el mejor día de mi vida.

Al menos hasta que Yvonne menciona a Chase.

—Soy consciente de que tenemos prohibido hablar de Charlie Donnelly —empieza.

—¿Quién nos lo ha prohibido? —interrumpo.

Su mirada va hacia Scarlett un segundo y vuelve a mirarme a mí.

Suspiro y miro a mi mejor amiga.

—¿Vas pidiendo por ahí que no me hablen de él?

—Pues claro —responde con vehemencia—. Cada vez que se lo menciona palideces y parece que vayas a vomitar.

—De hecho, vomitaste —me recuerda Macy.

—Sí, de la impresión. —Me encojo de hombros—. Pero ahora que sé que está en Darling y no hay mucho que pueda hacer al respecto, no voy a permitir que me siga afectando. —Pero sí que me afecta, más de lo que mis amigas sabrán jamás. Pienso en él constantemente.

Me vuelvo hacia Yvonne.

—¿Qué ibas a decir de él?

Le da un buen sorbo al refresco antes de hablar.

—Mi hermana ha venido de visita este finde y anoche, cuando salió con sus amigas, salió el tema de Charlie.

Frunzo el ceño.

—¿Qué tema?

—Os dije que Taylor es amiga de unas chicas de Lincoln, ¿no?

Taylor es la hermana mayor de Yvonne. No tengo ni idea de quiénes son sus amigas, pero asiento igualmente.

—Nos llevan dos años, como Taylor, y una conocía a Charlie de antes —prosigue Yvonne—. Se llama Maria, no sé si la conocéis.

—¿Por qué íbamos a conocerla? —dice Scarlett—. Acabas de decir que nos sacan dos años.

—Es verdad. Da igual. El caso es que Maria vive en Lincoln y era amiga de Charlie. Se juntaban en verano y supongo que la otra noche también. El jueves por la noche —continúa Yvonne, mirándome con intención— estuvo en la fiesta de Karl.

—Kav —la corrijo.

—Eso. —Bebe un poco más—. Pues Charlie también fue a esa fiesta. ¿Lo sabías?

Macy ahoga un grito.

—Ay, madre, ¿te lo encontraste?

—No —miento—. Pero tampoco me quedé mucho.

—Mejor —dice Scarlett, y me aprieta el hombro—. Imagina que intentara hablar contigo en una fiesta.

—O que intentara tirarte la caña —agrega Macy, escandalizada.

Me trago un nudo de culpa. Ya he pasado por eso. Pero fui yo la que quiso hablar con él en la otra fiesta y fui yo la que le tiró la caña. Estoy a punto de confesar; me tienta muchísimo narrarles los detalles más escabrosos, horribles y bonitos de lo ocurrido.

Quiero contarles a mis amigas que ya no soy virgen. Quiero decirles lo mucho que me raya Chase, porque creo que siento algo por él, pero no sé si es porque nos unió el polvo que echamos o porque me gusta de verdad.

Pero no digo ni mu. Me da miedo que me juzguen o, peor, que me juzguen, me odien por lo que hice y luego se lo cuenten a todo el instituto. O, peor aún, que se lo digan a mis padres.

Así que guardo silencio y escucho el resto de la historia de Yvonne.

—Pues Charlie estaba ahí con Maria…

Me pregunto si será el pibón con el que fue borde Jeff. De repente espero que no, porque solo de imaginarme a Chase pasando el rato con una chica tan guapa noto una punzada de celos de lo más inoportuna en el estómago.

Grrr. Esto se tiene que acabar.

—… y le contó que estuvo en otra fiesta el finde anterior, no dijo dónde, y que conoció a una chica muy guay allí y…

—¿Cómo? —exclamo. Me pongo como un tomate. ¿Chase les ha hablado de mí a sus amigos? ¿Les ha dicho que era guay?

«A lo mejor no se refería a ti», me advierte una voz en mi cabeza.

Lo que desencadena otra oleada de celos.

—¿En serio? —dice Scarlett, enfadada—. ¿Cuánto hace que ha salido de la cárcel? Hace nada. ¿Y ya está haciendo amigos y ligando y comportándose como si no hubiera hecho nada malo? ¡Es un

asesino!

Su arrebato hace que varias personas nos miren.

—Perdón —susurra con timidez.

—No, estoy contigo —dice Yvonne—. Pensé lo mismo cuando me lo contó. Además, según María, Charlie era un mujeriego antes de que lo detuvieran. Era el alma de la fiesta, se tiraba a un montón de tías y, por lo visto, era un zalamero con mucha labia.

Contengo la risa porque, si Chase era así, ahora no lo es para nada. ¿Un zalamero? Sí, ya. No se corta un pelo a la hora de ser sincero y decirme lo que no quiero oír. ¿El alma de la fiesta? Sí, por eso siempre que sale de marcha se esconde por los rincones.

Es obvio que estar encerrado lo cambió. Pasó de ser un chico que quería ligar y divertirse a un chico que valora lo que tiene; un chico que encuentra algo pequeño todos los días y está eternamente agradecido por ello.

El Chase que conoció María hace tres años ya no existe. Yo no conocí a ese Chase, sino al reservado, al serio. Al que sonríe tan poco que, cuando lo hace, es como ver un eclipse solar. Y qué sonrisa más bonita. Me encanta que sonría. Me…

Se me altera la bilis. Grrrrrrr. Esto se tiene que acabar.

—¿Estás bien? —me pregunta Scarlett.

Me muerdo el labio mientras me pregunto qué cara habré puesto para que Scar se dirija a mí con tanta urgencia.

—Sí —le aseguro. Tomo aire—. Pero… tienes razón… No me gusta hablar de él.

—¿Ves? —dice Scarlett, echándole una mirada asesina a Yvonne —. Te he dicho que era un tema delicado. No vamos a hablar más del pirado ese.

Me acabo el batido, pero el líquido frío y dulce no deshace el nudo de desdicha que me sigue asfixiando. No hablar de Chase es fácil.

¿No pensar en él? Eso ya es harina de otro costal.



Me despierto a la mañana siguiente con una sonrisa de oreja a oreja. Anoche, papá llamó a mi puerta —¡mi puerta!— para informarme de que él y mamá habían decidido que podría ir al refugio hoy. Con mi coche.

Mi vida está mejorando tantísimo que me da miedo estar soñando; pero estoy bien despierta mientras me visto, engullo un desayuno rápido, me subo a mi coche —¡mi coche!— y conecto mi móvil —¡mi móvil!— al puerto USB para poner música.

Hoy va a ser un buen día. Me he descarriado estos meses, pero al fin siento que vuelvo a ir por el buen camino.

Sin embargo, cuando llego al refugio, me llevo un chasco. Después de abrazarme con fuerza y decirme lo mucho que se alegra de que haya vuelto, Sandy me informa de que no puedo interactuar con los animales hoy.

—¿No puedo achuchar a los perritos? —pregunto con pena—. ¿Y eso?

—Los voluntarios deben firmar los nuevos documentos de

responsabilidad civil y seguro. En tu caso, puesto que eres menor, necesitamos que firmen tus padres. Te los habría enviado por correo cuando los recibimos la semana pasada, pero… —se encoge de hombros— no creía que fueras a volver. Tu padre lo dejó muy claro cuando llamó.

—Menos mal que ha cambiado de opinión —digo la mar de contenta—. Vale, pues el finde que viene les daré el doble de palmaditas y besos. —Me guardo el fajo de papeles en la bandolera —. Ya le pediré a mi madre que los firme.

—Estupendo. Pues hoy te toca recoger cacas —dice sonriendo—. No es tu finde soñado, ¿a que no? Y menos a falta de un año para graduarte.

—En realidad, me parece fantástico —le digo—. He decidido que quiero ser veterinaria, así que cuanto más tiempo pase con animales, mejor, aunque sea para recoger sus cacas.

Se le dibuja una sonrisa enorme.

—Sí, yo también estuve recogiendo cacas gratis los findes cuando iba a segundo. Al final las fiestas acaban siendo todas iguales, ¿a que sí? Se lían los mismos, se zurran los mismos. Ea gente exprime la secundaria al máximo.

Podría estar hablando de mi vida vacía.

—Bueno, estamos construyendo una nueva caseta para perros en la parte de atrás, pero hay que quitar la maleza y tirar la basura y la caca que hay por ahí. Ya que vas en pantalones y sudadera, podrías ponerte manos a la obra.

Me miro las mallas, tan viejas que les están empezando a salir bolitas de las veces que las he puesto a lavar, y la holgada sudadera del instituto, tan descolorida que ya no se ven ni la mitad de las letras.

—Planazo.

Sandy me lleva deprisa, por el pasillo, hasta el almacén. Ahí hay unos estantes largos y metálicos llenos de palas, cajas y bolsas en fila. Corre hacia atrás, agarra algo y regresa.

—Toma, te harán falta —dice mientras me entrega unos guantes

de trabajo azules y negros.

Me los pongo. Me van un pelín largos, pero no quiero quejarme. Tengo suerte de haber recuperado el trabajo después de que mi padre dimitiera por mí sin avisar.

Salimos por la puerta trasera y bajamos, por un sendero rocoso, hacia la linde de una zona arbolada. Ya hay un trabajador trasladando tierra y escombros de un montón a otro. Su andar relajado y grácil me recuerda a Chase. Últimamente, todo me recuerda a él.

—Entonces, ¿de verdad te estás planteando ir a la Facultad de Veterinaria? —me pregunta Sandy.

—Sí. Ya sabes lo mucho que me gustan los animales. Ojalá pudiera tener mascota, pero… Alergias, ya sabes. —No le digo que era mi difunta hermana la que tenía alergia, porque es de locos y no quiero que piense que mis padres están majaras.

—Qué mal. Hay gatos pelones y eso, pero son bastante caros. Además, ya sabes que animamos a adoptar y no a comprar a los criadores. El año pasado se sacrificaron un millón o así de mascotas indeseadas.

Ahogo un grito.

—¿Un millón?

—Sí, es una lástima, ¿a que sí? —Llegamos al lugar de construcción y Sandy lo abarca con un gesto—. Compramos esta propiedad la semana pasada y, como ves, es un vertedero en toda regla. Hay que despejar el terreno. Separa el metal, el abono y la basura. Si tienes dudas, llama a Chase. Empezó hace un par de días. ¡Hola, Chase! —le dice Sandy mientras el trabajador reduce la velocidad y detiene la carretilla cerca de nosotras.

La sorpresa da paso al placer.

¿En serio perderé de vista a mis padres y veré a Chase unas horas los fines de semana?

Me da igual cuánta caca tenga que recoger. Valdrá la pena.

—Hola, Sandy. ¿Qué necesitas…? —A Chase se le borra la sonrisa en cuanto me reconoce.

—Te presento a Beth Jones. Es nuestra nueva voluntaria. Bueno, técnicamente es una antigua voluntaria que se reincorpora al refugio. —Sandy le da un codazo.

Me pongo en tensión. ¿Están saliendo o algo? Chase se ha alegrado mucho de verla hasta que ha reparado en mí, y Sandy se comporta como si fueran viejos amigos. ¿La engañaría conmigo en la fiesta? ¿O es algo reciente? Sandy es guapa, pero mayor. Tendrá unos veintitantos.

Miro a Chase, que me observa con seriedad.

—Encantado de conocerte —repone en un tono que indica que para nada lo está.

Sandy lo mira con extrañeza, pero Chase se libra de explicar su brusco cambio de humor cuando la llaman desde el refugio.

—¿Estaréis bien? —pregunta, pues no tiene claro si debería dejarnos solos.

—Sandy —insiste el tío de la entrada trasera.

—Sí, no te preocupes —le digo, pues quiero que nos deje solos.

—Sí, vete tranquila. Yo me encargo. —Chase le hace un gesto con la barbilla a su compañera de trabajo.

El Chase que tengo delante se muestra mucho más seguro que el del insti. Por los pasillos va siempre cabizbajo. En clase, mantiene la vista al frente. Aquí, te mira a los ojos fijamente, yergue la espalda, incluso se lo ve más alto y… atractivo.

En cuanto Sandy está lo bastante lejos, Chase se inclina hacia mí.

El corazón me late con tanta fuerza que juro que noto cómo me golpea la caja torácica. Trago saliva. Se me corta la respiración. Cuanto más se acerca a mí, más me falta el aire. ¿Va…? ¿Va a…?

—¿Me estás siguiendo? —me susurra al oído.

Reculo de inmediato.

—¿Cómo?

—¿Qué haces aquí? ¿Me has seguido?

El aprecio que estaba experimentando se desvanece y da paso a la indignación.

—Pues claro que no. ¡He sido voluntaria aquí dos años!

Entorna los ojos como si no se lo acabara de creer.

—Es verdad —insisto—. ¿No has oído lo que ha dicho Sandy de que soy una antigua voluntaria? Este era mi sitio mucho antes de que aparecieras por aquí.

Para recalcarlo, lo empujo al pasar por su lado y cojo una rama. Cómo no, es más grande de lo que esperaba y se queda atascada bajo algo más, por lo que no puedo irme a grandes zancadas, como quería. Se me truncan todos los planes.

Una mano grande me coge la mía y saca la rama.

—Perdona —dice Chase con aspereza—. ¿Podemos volver a empezar?

Estaría bien.

—¿Desde dónde?

—De cero. —Baja despacio su extremo de la rama y me tiende la mano—. Soy Chase Donnelly.

Se la estrecho. Enrosca sus largos dedos alrededor de los míos, lo que hace que unas chispas me recorran de arriba abajo. Paso de ellas y digo:

—Yo me llamo Beth Jones. Vuelvo a ser voluntaria aquí tras una breve pausa.

—Yo estoy aquí por la condicional.

Le suelto la mano.

—Jo, Chase, no puedes presentarte así. —Era mucho pedir. Agarro la rama y me la llevo a rastras.

—¿Por qué no? —dice, agarrando el extremo más pesado y levantándolo en el aire—. Es la verdad.

—¿Y? Hay muchas otras verdades con las que podrías romper el hielo, como que el alcalde es tu padrastro. Empieza con eso.

—Así pareceré un chulo de mierda —dice refunfuñando.

—Y decir que estás en libertad condicional te hace parecer un…, un… —Busco la palabra exacta.

—¿Criminal? —sugiere.

—… delincuente. Y no lo eres —agrego.

—Sí que lo soy.

—Creía que estábamos haciendo borrón y cuenta nueva.

—No voy a engañar a nadie.

Con impaciencia, tiro mi extremo de la rama a la pila de leña. Hablar con Chase es como darle un discurso a la pila de troncos. No tiene sentido y las palabras caen en saco roto.

—No soy tonto —dice tras asomar por mi hombro derecho—; pero no me parece bien que los demás no sepan que estoy en libertad condicional. No quiero ser hipócrita.

—Dejar que te conozcan antes de contar algo así no es ser hipócrita, sino querer causar buena impresión. En una entrevista, no dices que te cuesta levantarte por la mañana, sino que te mueres de ganas de empezar. —Me cruzo de brazos—. Va, otra vez: ¿cómo es que trabajas aquí y no en otro sitio?

—El refugio tiene un convenio con el programa de rehabilitación juvenil del Estado.

Levanto las manos con fastidio.

—Déjalo. Tatúate «Chase Donnelly, criminal» en la frente.

—¿En la frente? No, estaba pensando en hacérmelo en el cuello.

—¿Cómo? —Al girarme veo que Chase me está sonriendo. Estaba de coña, menos mal.

—Vale, a ver esto. —Da un paso adelante, me coge la mano derecha y me dice—: Soy Chase Donnelly. Voy al instituto Darling. Creo que tenemos algunas clases en común.

Vuelvo a sentir chispazos, pero finjo que su mera cercanía no me despierta mariposas en el estómago.

—Yo me llamo Beth Jones. Te he visto en Cálculo Avanzado e Historia de la Música. ¿Tocas algún instrumento?

—Qué va, soy un negado para la música. No sé cantar ni dibujar monigotes, pero tenía que cumplir con el requisito de Bellas Artes, así que elegí Historia de la Música.

—Yo igual. —Sonrío comprensiva—. Además, he oído que Dvořák nos deja escuchar pop durante la clase, lo cual está muy guay. No es ironía.

Para mi sorpresa, no se burla de mí, sino que dice:

—Los de One Direction lo están petando.

—Soy muy fan de Harry Styles.

—A mí me va más el hiphop. Gucci Mane, Post Malone.

—También me gustan.

Nos miramos con las manos aún entrelazadas, sonriéndonos. Siento cómo me sofoco. Al rato, nos percatamos de que está siendo un apretón de manos demasiado largo. Yo me aparto antes. Diría que él se resiste a soltarme, o quizá sean imaginaciones mías.

—Conque te gustan los animales —comenta mientras volvemos donde el montón de basura.

—Siempre he querido tener mascota, pero no podemos porque Ra… porque mi madre tiene una alergia terrible —miento—. ¿A ti también te gustan?

—Sí. No te juzgan, lo que es una gran ventaja.

—No sé yo. Ha llegado un *pitbull* que mira mal a todo el mundo.

—¿Rocco? Qué va. Es un amor. Lo peor que puede hacer es llenarte de babas. Lo trajeron hace unos días y cuando puedo le doy chuches a escondidas.

—¿Quién más es nuevo? —pregunto con curiosidad—. No he estado mucho por aquí últimamente, así que ando atrasada con las incorporaciones. ¿Y Opie ha estado tomando las medicinas?

—No sin esfuerzo —repone Chase con una sonrisa irónica—. Hacen falta unas tres personas para que se trague las pastillas.

—Cuando estoy yo, no —digo con suficiencia al recordar lo fácil que es que ese *rottweiler* tan gruñón me obedezca.

—Pues qué bien que hayas vuelto entonces.

Chase añade algunos detalles más sobre algunos recién llegados que aún no conozco: Manoplas, una gata con un nombre poco original donde los haya, parece altiva, pero si le das leche te la has ganado; Sylvester es un loro que habla francés. Nadie sabe por qué, pero por lo visto tuvo un dueño que hablaba francés, cuando, que yo recuerde, nunca ha habido una familia francesa en Darling.

—Pero mi favorito es Botas —me dice Chase—. Es un perro viejo

y duro. Su dueño falleció la semana pasada y la familia no lo quiso. No creo que lo adopten, así que espero que me den permiso para llevármelo a casa.

—Qué guay. —Se me parte el corazón al recordar el dormitorio vacío de Chase en el sótano. Le vendría bien un amigo.

—Sí, pero sufre un problema estomacal y siempre está vomitando. Mi madre me mataría… —Calla y carraspea—. A mi madre no le haría gracia que llevase a casa un perro para que se cargue las alfombras de mil dólares del alcalde.

—No pasa nada. Puedes decir *matar* o *asesinar*, que no te lo voy a echar en cara. —No soporto que mida tanto sus palabras cuando está conmigo.

Me mira a los ojos.

—No, no podría, en serio —reconoce—. Porque, aunque no me lo vayas a echar en cara, yo me sentiría culpable igual. La culpa que siento por lo que te hice me ha robado muchas horas de sueño. —No es una acusación, sino una confesión triste y dolorosa.

Sin mediar palabra, se agacha a por un enorme trozo de metal pintado de blanco y lo arrastra hacia la pila de metal.

Trabajamos en silencio hasta la hora de cerrar.

—¿Quieres que te lleve a casa? —le pregunto mientras nos lavamos las manos.

Niega con la cabeza a la vez que se seca.

—El alcalde viene a recogerme.

—¿Te diriges así a él? «Eh, alcalde, ¿que hay para cenar?». «Bonita corbata, alcalde». «Hasta luego, alcalde». —Muevo la mano.

Chase sonríe.

—No, lo llamo Brian.

—¿Es a mí? —Una figura esbelta entra en el cuarto trasero.

Reconozco el rostro apuesto y afeitado del alcalde Stanton por sus carteles de campaña, pero es mucho más bajo en la vida real.

Me tiende la mano.

—He oído mi nombre y, como todo político que se precie, he venido corriendo a ver qué decíais.

—Señor —dice Chase en tono formal.

«Lo llamo Brian». Y una mierda. Le estrecho la mano al alcalde Stanton con firmeza.

—Solo cosas buenas.

—Esos son mis votantes favoritos. —El padrastro de Chase sonríe; parece un gesto sincero, no un espectáculo para impresionar al público—. Tú debes de ser Katie, la amiga de Chase.

Ay, madre. Miro como loca a Chase. Había olvidado que me presenté a su madre con un nombre falso.

—Ahora responde al nombre de Beth —interviene Chase—. Antes se llamaba Katie, pero le parecía demasiado cursi, así que prefiere que la llamen Beth.

Qué explicación más tonta. ¿Es lo que piensan mis amigas cuando insisto en que dejen de llamarme Lizzie?

—Vale, pues Beth, aunque Katie es muy bonito. ¿Has ido a ver ya alguna universidad? La madre de Chase y yo le hemos estado rogando que solicite plaza en facultades de Arizona para que haga calor cuando vayamos a visitarlo.

—Me gustaría, pero no, mis padres quieren que vaya a la Universidad de Darling.

El alcalde Stanton es un político curtido, pero ni siquiera él puede disimular del todo su sorpresa.

—Bueno, Darling ofrece buenas clases; seguro que te ayudarán a empezar con lo que quieras hacer. ¿Estás ya, Chase?

—Sí. Hasta la vista, Beth.

—Adiós. —Mientras lo observo irse, me fijo en que los tonos rosados del atardecer tiñen de oro sus cabellos rubios oscuros. Qué irónico que sus padres quieran que se vaya, pero él esté decidido a quedarse aquí y flagelarse todos los días, mientras que yo me muero de ganas de sacudirme el yugo de mis padres.

Pero Chase siente que no puede empezar de cero o, si acaso, que no lo merece. Y yo, no importa cuántas veces le diga a la gente que soy Beth, seguiré siendo Lizzie para ellos. No importa adonde vaya Chase, siempre tendrá antecedentes; unos antecedentes

cancelados de cuando era menor, pero unos antecedentes, al fin y al cabo.

Estas verdades flotan en mi interior y se hunden como piedras arrojadas a un estanque. El andar ligero de Chase ha desaparecido y lo ha sustituido uno más pesado, como si un peso invisible lo aplastara; pero no es invisible. Soy yo. Yo soy el peso. Soy su culpa personificada.

Aunque yo aceptara el pasado, no creo que Chase lo haga.



—Qué contenta estás hoy —me dice Scarlett mientras vamos a nuestras taquillas antes de la clase de Cálculo.

—¿Eso crees? —Me miro en el espejo y no me veo diferente de ayer. Me pellizco la mejilla—. Me he puesto brillo de labios esta mañana.

Scar pone los ojos en blanco.

—Estoy bastante segura de que no es el brillo de labios. Va, desembucha. ¿Por qué estás tan sonriente?

Me vuelvo hacia ella.

—He firmado un contrato con mis padres que dice que prometo que me portaré bien y, a cambio, recuperaré algunos de mis privilegios —confieso.

Scar me mira atónita.

—Hostia, ¿por eso tu madre nos invitó a comer este finde?

—Eso creo. Y me han devuelto el móvil, el coche y la puerta.

Se ríe con disimulo.

—Es la primera vez que oigo a alguien decir que le han devuelto

la puerta.

—Ya.

Se mira en el espejo y se retoca el pintalabios con pequeños golpes.

—Pero ¿es legal?

Me río por la nariz.

—Eeh, lo dudo. Si no cumplen su palabra, no creo que la juez Judy les dé a elegir entre cumplir las condiciones o pagar una multa.

—Imagina que los llevases a los tribunales —dice Scar, que se echa a reír—. Sería una locura, pero ¿y lo que molaría? —Al instante, me rodea el cuello con los brazos—. En fin, ¡que me alegro mucho por ti! Qué bien que ya no sean unos idiotas integrales.

—Ya ves.

Un alboroto al final del pasillo interrumpe nuestro abrazo. Al girarnos, vemos a Troy y a sus amigotes rodeando a Chase.

Se me tensan los hombros. ¿Por qué los capullos esos no lo dejarán en paz? Es igual de alto y corpulento que los demás futbolistas, pero todo el mundo sabe que no se defenderá si le dan una paliza. No puede permitirse el lujo de meterse en líos en el instituto y procura no llamar la atención.

—¿Te apuntas al partido del viernes? —me pregunta Scarlett tras dejar de mirar al grupito.

Yo en cambio los fulmino con la mirada.

—No. —Antes me saco los ojos que animar a esos matones.

Al otro lado del pasillo, Chase avanza sin detenerse ni mirar a los lados. Nunca sabré cómo consigue mantenerse encerrado en su burbuja.

—Porfa. No quiero ir sola —me pide Scar.

Aparto la vista de Chase a regañadientes y me vuelvo a centrar en mi amiga.

—Yvonne va a ver una facultad y Macy tiene campeonato de vóley.

La miro con suspicacia.

—Odias el fútbol —le recuerdo.

—No quiero ir por el fútbol.

Eso me saca una sonrisa.

—Ah, vale. Entonces, ¿por quién?

Me rehúye la mirada al instante. ¿Desde cuándo Scarlett oculta qué chico le interesa? No sé si me parece bien.

—Venga ya. ¿Tan turbio es que no puedes hablarme de él?

Entonces me callo, porque soy la menos indicada para hablar.

—Tú ven y ya está —me pide en voz baja.

—Vale. —Me rindo. Total, si voy al partido no le quedará otra que confesarme quién le mola.

—Bien —dice más feliz que una perdiz—. ¡Eres la mejor!

Me abraza de nuevo, justo cuando se acercan Troy y sus compinches.

—¿Me dejáis haceros fotos mientras os dais el lote? —pregunta Troy con tono lascivo al pasar.

—Qué asco das. —Me aparto—. ¿Seguro que quieres ir al partido? —le pregunto a Scar en voz alta.

Ella arruga la nariz.

—Ni que fuéramos a animarlos. No nos gustan los perdedores.

Troy frunce el ceño y da un paso hacia nosotras. Chase y su cuerpo robusto se interponen entre Troy y nosotras. Le cojo la mano a Scarlett y corremos hacia el aula.

—Jeff —dice cuando llegamos a la puerta.

Miro a mi alrededor.

—¿Dónde?

—No. Jeff. Jeff es el tío al que quiero ver jugar.

Por un momento me quedo anonadada.

—¿Jeff? ¿El Jeff de Rachel? —Al ver a Scar encogerse, me arrepiento al instante de haber sido tan desconsiderada—. A ver, no. Ya no es el Jeff de Rachel. Es que… —Caray, me parezco a mis padres: sigo pensando que Rachel está viva—. Jeff no es de nadie. Y menos de alguien apellidado Jones —concluyo.

Me mira con ternura.

—¿No estás enfadada?

—Qué va, tía.

—Pensaba que te interesaba, pero Jeff me aseguró que no. Me lo dejó muy claro. —Sin embargo, aún parece preocupada.

—Tiene razón. No me interesa. —Y menos después de que me dejase tirada en la fiesta.

Al recordarlo me entran las dudas. Debería contárselo a Scarlett, pero ¿cómo? Si se lo digo, me tachará de celosa. O quizá se sienta aún más culpable. Lo guardaré hasta el momento oportuno.

—Si te gusta Jeff, por mí bien —le digo con la misma rotundidad con la que me criticó Jeff, o eso espero.

Scarlett chilla.

—¡Toma ya! Qué guay. Cenaremos en Mixed y luego iremos al partido. Podemos quedar en mi casa después. Les diré a mis padres que llamen a los tuyos.

—Mola. —Intento alegrarme por Scar, pero no me entusiasma mucho que le guste Jeff.

Cuando salía con Rachel, pensaba que era el tío más guay del mundo; pero la verdad es que no lo conocía mucho. Desde que volvió a Darling, lo he conocido más, sobre todo la noche de la fiesta de Lincoln y, sinceramente, cuanto más lo conozco, peor me cae.

Pero no puedo decírselo a Scarlett. Primero, porque le hace mucha ilusión el plan del viernes por la noche, y, segundo, porque Jeff viene hacia aquí.

—Hola, monadas —dice mientras nos guiña un ojo.

Se une a nosotras y nos rodea con un brazo.

—¿Qué os parece si vamos a Starbucks a picar algo?

—Solo podemos abandonar el campus a la hora de comer —le recuerdo.

—Hoy no dirán nada —nos asegura.

—Qué buena idea, Jeff —dice Scarlett con entusiasmo. Un entusiasmo excesivo por acceder a pagar de más por una fiambrera con tres trozos de manzana, ocho uvas contadas y un pan de pita del tamaño de mi mano. Pero Scar está pletórica. El amor verdadero nunca tiene hambre—. Acompáñanos. —Me tira del brazo.

Cedo de nuevo.

—Vale. ¿Por qué no?

—Vale. Quedamos después de Cálculo. Me voy a saltar la clase. —Se inclina hacia delante mientras se toca la barriga—. Tengo gastroenteritis.

Se va corriendo a la enfermería y de camino le choca los cinco a Troy.

—¿A que es gracioso? —susurra Scar.

El amor verdadero no entiende de sentido del humor.

—Graciosísimo —digo. Me apresuro a entrar en clase, no vaya a ser que el amor platónico de Scar me exija que vuelva a mentir.

Llevamos diez minutos de Cálculo Avanzado cuando suena el teléfono de la clase. La señora Russell deja el rotulador y se dispone a contestar. No le ha sentado bien que la interrumpan. Troy aprovecha para lanzarle una bola de papel a la espalda a Chase.

—Señor Donnelly, diríjase al despacho del director. Le llama su agente de la condicional.

Troy y sus amigos se ríen de él.

Se me cae el alma a los pies. ¿Cómo lo aguanta? Aprieto el puño, pero no despego los ojos del pupitre, porque como vea el más mínimo indicio de dolor en su rostro voy a estallar.

Chase se va, con un paso más rígido de lo normal, pero sin agachar la cabeza.

—Es duro —reconoce Scarlett en un susurro—. Yo no aguantaría este acoso y derribo.

Me sorprende su comentario. Scarlett ha dicho por activa y por pasiva que no soporta a Chase; será por juntarse tanto con Jeff; pero ahora juraría que se compadece de él.

—Ni yo —susurro.

Pasan los minutos. La señora Russell escribe una fórmula en la pizarra. La anoto con esmero para pasársela luego a Chase.

Troy y sus amigotes están cuchicheando algo. Intento no prestarles atención, pero me parece oír el nombre de Manson. Me inclino hacia atrás con la mayor indiferencia posible.

—… pillarlo…, echarlo…, de una vez por todas.

Preocupada, miro el reloj. Han pasado casi diez minutos. Levanto la mano.

—¿Sí, señorita Jones?

—¿Puedo ir al baño?

—Ven a por el pase. —La profe señala con la cabeza la llave que hay encima de la mesa.

Scarlett me mira intrigada.

«Luego te cuento», le digo solo con los labios, aunque aún no he decidido qué le voy a contar.

Cojo la llave y cruzo el pasillo a la carrera en dirección al despacho. A mitad de camino, veo que Chase ya vuelve al aula.

—Hola. —Lo saludo ligeramente con la mano—. ¿Qué ha pasado?

Se encoge de hombros y sigue andando.

Me pongo a su lado, deseando que suelte prenda. ¿Qué quería su agente de la condicional? ¿Se lo van a llevar?

Se me debe de notar en la cara que estoy angustiada, porque suspira rápido y dice:

—Tranquila, Beth. No había ningún agente de la condicional, ¿vale? Quienquiera que haya llamado ha colgado en cuanto he saludado.

Me acuerdo de los chicos del fondo que se partían la caja.

—Serían Troy y su dichosa pandilla.

—Seguramente. No es para tanto. —Creo que quiere que deje el tema.

Me detengo en mitad del pasillo y me agito por los nervios.

—¿Vas a ir al partido del viernes por la noche?

Qué pregunta más tonta. Su cara de incredulidad me lo deja claro. Como si fuera a alegrarse de algo que no sea que Troy se caiga a un lago.

Confío en que no se percate de que me estoy sonrojando.

—Me lo tomaré como un no.

—Sabia decisión. —Echa a andar de nuevo.

Corro para seguirle el ritmo.

—Les he entregado a mis padres un contrato en el que prometo ser buena a cambio de que me den libertad —le digo de pronto.

Esta vez, es él quien se detiene.

—¿Y? —dice. Parece interesado.

—Y ha funcionado. Lo han aceptado. He recuperado el móvil y mi cuarto vuelve a tener puerta. Y también me han devuelto el coche, pero solo para ir a clase y a trabajar.

—Qué guay. —Parece que se alegra por mí de verdad.

—Estoy muy contenta. Además, estreno brillo de labios, así que hoy es un buen día. —Hago un mohín bonito con los labios.

Una sonrisilla asoma a los suyos.

—Conque solo necesitas brillo de labios para ser feliz, ¿eh?

—Me aconsejaste que me concentrara en algo pequeño cada día. Hoy es mi brillo de labios nuevo. Sabe a fresas. —Le doy un codazo —. ¿Cuál es el tuyo hoy?

Me observa. Juraría que se me queda mirando los labios.

—Estaba pensando en lo mucho que me gusta el color rosa.

Me humedezco los labios. Chase no pierde detalle. Recuerdo el hormigueo en mi boca cuando juntamos los labios aquella vez.

—Y en lo mucho que me gustan las fresas —añade, y juro que veo cómo se le marca el pulso en la garganta.

¿Va a besarme?

Se acerca un poquito más.

A mí el corazón también me va a mil. Si me besara, no sé qué haría. Seguramente lo apartaría.

Me toca la mejilla con su mano callosa, y no lo aparto.

—Es una idea muy mala —susurra mientras se acerca más.

—Pésima —musito.

Me falta el aire. Sus labios son suaves y cálidos mientras rozan los míos. El beso no dura ni un segundo, pues el chirrido de una alarma antiincendios hace que nos separemos de golpe.

Justo a tiempo, pues, de repente, los alumnos salen en tropel al pasillo.

Scarlett corre hacia mí y me agarra del brazo. Ni siquiera repara

en Chase de lo emocionada que está.

—¡Está sonando la alarma antiincendios! —grita—. Vamos a buscar a Jeff. ¡Para el Starbucks!

Me esfuerzo al máximo por no mirarlo. «No lo mires, no lo mires». Porque, de hacerlo, se me notaría en la cara. Scarlett se daría cuenta de que nos traemos algo. Madre mía, me sorprende que no oiga lo rápido que me va el corazón pese a la alarma antiincendios.

«No lo mires», me ordeno mientras Scarlett me saca a la fuerza.

No puedo evitarlo y echo un vistazo rápido a mi espalda. Los ojos azules de Chase transmiten comprensión cuando se clavan en los míos. De hecho, hasta sonríe, como diciendo: «¿Qué otra cosa ibas a hacer?».

Lo que sea menos besar al asesino de mi hermana en medio del pasillo del instituto.

Al salir, estoy jadeando, y no solo por el tute que me acabo de pegar. El beso de Chase me ha robado el oxígeno y el sentido común. Aún me parece notar su sabor en los labios.

Para cuando llegamos a la entrada principal, Jeff ya está ahí esperándonos. Scarlett baja las escaleras corriendo y riendo, como si quisiera arrojarse a sus brazos.

—Espabila o habrá que hacer cola —me insta.

Cuando veo que otros alumnos cruzan la calle en tromba, me percato de que no somos los únicos que han tenido la brillante idea de ir a tomarse un café en secreto.

—Tranquila. —Jeff agita su móvil—. Ya he pedido por la aplicación.

—¡Hala! ¡Qué previsor! —exclama Scarlett.

Demasiado y todo…

Hay algo que me escama, pero trato de ignorarlo mientras nos dirigimos al Starbucks. Lo ignoro cuando recogemos las bebidas en el mostrador y lo ignoro cuando salimos de la cafetería.

Debo de estar paranoica. ¿Qué más dará que Jeff ya estuviera fuera y hubiera pedido los cafés para nosotras, como si hubiera

sabido que saldríamos corriendo del centro en ese preciso instante? ¿Qué más dará que…?

—¿Has activado la alarma antiincendios? —pregunto, pues no puedo contenerme.

Scarlett ahoga un grito mientras se bebe el *frappuccino*.

Sin inmutarse, Jeff lame la espuma de lo alto de su bebida.

—Tal vez sí, tal vez no.

Lo miro sin dar crédito.

—¿Por qué harías…? —La pregunta se me queda atascada en la garganta al regresar al instituto.

Hay dos coches patrulla y un camión de bomberos aparcados delante.

—Ay, ay —dice Scarlett mientras se aferra a la manga de la camisa de rayas azules y blancas de Jeff—. Te va a caer una…

—A mí no. —El muy guaperas sonríe con chulería—. Yo no soy el delincuente aquí.

Justo entonces la multitud se aparta y dos hombres de uniforme azul llevan a un rostro que conozco bien al asiento trasero del segundo coche patrulla.

Le tiro el vaso a Scarlett y echo a correr.



—¡Beth! ¿Te has vuelto loca? ¡Ven!

Habré recorrido unos diez metros para cuando Scarlett me alcanza y me tira hacia atrás. Está en el equipo de atletismo del instituto, así que cuando quiere corre que se las pela. Y ahora mismo está decidida a impedir que salve a Chase.

—¿Qué haces? —me pregunta—. La poli ya se está encargando de él. Los vas a estorbar.

Un momento. No cree que quiera ayudarlo a él, sino a la poli.

A nuestro alrededor, los chavales que aguardan fuera por la alarma antiincendios se ponen a cuchichear. Señalan a Chase, se ríen con disimulo mientras se tapan la boca y esparcen una ola venenosa entre el gentío.

—Ha sido él, cómo no.

—Ha sido el primero que me ha venido a la cabeza cuando me he enterado de que era una falsa alarma.

—Ojalá lo echen. El insti ya no mola por su culpa.

—Sabía que había dado la alarma en cuanto la he oído. Tengo un

sexto sentido para estas cosas —comenta Macy, que corre hacia mí y Scarlett acompañada por Yvonne.

Su estúpido comentario me hace girarme hacia ella.

—¿En serio, Mace? Creías que un ciego podía conducir siempre y cuando un perro lazarillo fuera con él en el coche.

Ahoga un grito.

—Me lo juró Yvonne. ¿Por qué no iba a creer a mi mejor amiga? —Indignada, se cruza de brazos.

—Macy se lo cree todo, pero eso no significa que no cale a la gente —interviene Yvonne.

—Eso.

Las dos se ponen en mi contra. Los cuatro, en realidad, porque Jeff se une al grupito. Le devuelve el Frappuccino a Scarlett y estruja su vaso.

—¿Por qué corrías hacia allí? —me pregunta Jeff con voz grave.

—Porque alguien tiene que decirle a la poli que no ha sido él —respondo con frialdad.

Enmudecen de asombro.

Y entonces atacan.

—¿Lo estás defendiendo? —dice Scarlett, incrédula.

—¿Eres tonta o qué te pasa? —dice Jeff, asqueado.

—¿Por qué lo defiendes? —me pregunta Macy, horrorizada.

—Mató a tu hermana —dice Yvonne, decepcionada.

No hablan, lo que se dice, bajito, lo que significa que todos a nuestro alrededor los oyen. Y mis otros compañeros tampoco se cortan un pelo a la hora de opinar —unas opiniones que no he pedido—, hasta que de nuevo solo oigo cuchicheos y acusaciones.

—Estás chalada —dice otro alumno.

—Oí que ni siquiera lloró en el funeral de su hermana.

—Si se estaba partiendo.

Me insultan por todos lados y mis amigas no dan la cara por mí.

—Conque esas tenemos… —les digo, negando con la cabeza.

No espero a que contesten. Chase necesita mi ayuda y no pienso permitir que lo castiguen por algo que no ha hecho.

Paso de las pullas y me abro paso entre la multitud.

—Alto. Alto. —Les hago un gesto a los polis con las manos—. Soy una testigo —grito—. No ha sido él.

—Beth, para —murmura Chase. Tiene las manos esposadas a la espalda. Un ligero rubor resalta lo alto de sus pómulos.

Uno de los polis lo sujeta por el brazo. El otro está abriendo la puerta trasera del coche patrulla. Alcanzo a ver un interior sucio y los barrotes que separan los asientos delanteros de los traseros.

Ignoro a Chase y me vuelvo hacia el agente que tengo más cerca, un tipo fornido y panzudo de cara redonda.

—Señor. Por favor. No ha sido Chase…, Charlie. Estaba conmigo cuando ha sonado la alarma. —Me estaba besando. Madre mía, ¿y si tengo que decirlo en alto, delante de todos? Ignoro las náuseas que me entran solo de pensarlo e insisto—: Es imposible que la haya activado él.

—¿Has visto que no la activase?

No reacciono de primeras, no entiendo bien la pregunta.

—Vuelve a clase —me dice Chase, con un tono más cansado que agresivo.

—Eso, haz caso a tu novio y vuelve dentro. —El agente señala con la cabeza el edificio de ladrillos—. Los chavales de ahora hacen cada tontería… —le dice entre dientes a su compañero de trabajo—. Va, entra. —Empuja a Chase.

Intento intervenir, pero un brazo robusto me lo impide.

—Vuelve a clase —me ordena el poli.

—No es mi novio. Y le estoy diciendo la verdad. No ha sido él.

—Pues decláralo en comisaría.

—Pero…

—No —me susurra Chase con apremio.

Me duele verlo tan afligido. Sin mediar palabra, doy media vuelta y corro en dirección contraria, hacia el instituto. Qué asco de todo. Es evidente que la poli no quiere oír lo que tengo que decir y Chase ni siquiera quiere que lo diga.

Pero de ninguna manera voy a permitir que esto quede así.

Mientras dejo atrás a los corrillos de alumnos, oigo más cuchicheos. Sus palabras se me clavan como cuchillas.

—¿No es Beth Jones?

—¿Qué hacía con él?

—Pensaba que tendría mejor gusto.

Al entrar en tromba en el despacho del director, veo que está lleno de adultos. Me pongo de puntillas para buscar al director Geary entre todas las personas que se agolpan en el pasillo de secretaría. Me doy por vencida y corro hacia recepción.

—¿Y el director Geary? —le pregunto a la recepcionista.

—Está ocupado. —Apenas despega los ojos del ordenador.

—Ya, pero… —Lo veo de reojo, charlando con otros profes—. ¡Señor Geary!

—Beth… —interviene la recepcionista.

Paso de ella.

—Señor Geary. —Lo llamo con la mano.

Se acerca.

—¿Qué ocurre, Elizabeth?

—Es Chase…, digo, Charlie. Donnelly. Se trata de Charlie. Sé… He visto… No ha… —No me salen las palabras.

—Tranquila. —Me da unas palmaditas en el hombro—. Esto bastará para que lo expulsen.

—Pero no ha sido él —grito, levantando las manos con frustración.

—No hace falta que lo defiendas. Es admirable que desees que tenga una oportunidad justa, pero se la hemos dado. Ahora toca que reciba su educación en otro sitio para que no os moleste más. —Geary me sonríe para animarme y se da la vuelta.

Tengo ganas de gritar. Nadie me hace caso. Absolutamente nadie. Se me humedecen los ojos, así que parpadeo para que no me piquen. Da igual lo enfadada que esté. No puedo llorar. Si nadie me tomaba en serio, como llore pareceré una histérica.

Busco como loca a alguien que me tome en serio, a quien sea.

Cuando avisto a la consejera escolar, corro hacia ella y le tiro de

la manga.

—Señora Tannenhauf, escúcheme.

—¿Qué pasa? —pregunta mientras se vuelve hacia mí.

Procedo a defenderme.

—No ha sido Charlie. Yo estaba con él, eeh, caminando justo a su lado cuando ha sonado la alarma. Lo mandaron al despacho del director porque lo había llamado su agente de la condicional, pero no estaba al teléfono. Llame a su agente si no me cree. Las llamadas se graban, ¿no?

La señora T me aprieta el hombro.

—Seguro que comprobarán todos esos detalles en comisaría.

¿Sí? ¿Por qué lo harían? Tienen a su objetivo, y me temo que Chase no se defenderá. No quiere causar problemas.

—Lléveme —le ruego.

—¿Adónde? —Sonríe, pues no entiende para nada lo que le estoy pidiendo.

—A comisaría. Tengo que ir. Aquí nadie me hace caso.

Se le enciende la bombilla y, al hacerlo, arruga el ceño en señal de desaprobación.

—Vuelve a clase, Beth.

Es entonces cuando pierdo los papeles. Le echo una mirada amenazante, pongo los brazos en jarras y me encaro con la consejera escolar.

—Llevo toda la vida escuchando a los profes decirnos que tenemos que levantarnos y hacer lo correcto. Que si vemos que alguien sufre acoso, lo digamos; que si pasa algo feo, no miremos a otro lado; que una voz puede marcar la diferencia. Pues yo soy esa voz. —Me señalo el pecho con el pulgar.

La sala ha enmudecido. Los profesores y el personal de secretaría me miran fijamente. Puede que haya estado gritando, pero me obligo a alzar la barbilla y no apartar la mirada. Estoy haciendo lo correcto. No pienso avergonzarme.

—Por favor —le suplico por última vez a la consejera escolar.

Ella suspira, pero asiente.

—Está bien. Te llevo.

—Emma, ¿crees que es prudente? —interviene el señor Geary.

—Sí. Vamos a la comisaría, Jim. ¿Qué van a hacer?

Exculparlo, espero.

El trayecto a comisaría es tranquilo. La señora Tannenhauf no pone música, así que solo se oye el ruido del tráfico y del motor de su Toyota Camry blanco. Me retuerzo los dedos en el regazo. Ojalá no se tardase tanto en llegar.

La señora T no deja de mirarme, muerta de curiosidad; pero paso de hablar de Chase.

Antes de que me pregunte, le digo:

—He firmado un contrato con mis padres.

Espero que este dato haga que se olvide de Chase. Total, no sabría qué contestarle. No es mi novio. Es el chico con el que me acosté. Es el chico en el que pienso tanto que no es normal. Es el chico que me acelera el pulso. Es el chico que mató a mi hermana.

¿Quién iba a saber contestar a eso?

—¿Un contrato? ¿Un contrato conductual? —La señora T parece entusiasmada.

—Lo encontré en internet —le digo—. De hecho, copié uno palabra por palabra. Probablemente me echen por plagio.

Ella sonríe.

—Creo que, en este caso, podemos dejarlo pasar.

—Eso espero, porque de momento está funcionando. He vuelto al refugio y mis padres me dejan solicitar plaza en la Estatal de Iowa.

—Qué buena señal.

—Sí. —Me quedo callada. Se me han acabado los temas de conversación.

Así que la señora Tannenhauf empieza a decir:

—Beth, si hay algo de lo que quieras hablar, aquí me tienes. Te escucho.

Ya se ve la comisaría. Es curioso, pero es la primera vez que me

alegro tanto de ver una.

—Gracias, señora T —digo, y salgo del coche casi antes de que se detenga del todo.

Dentro, la comisaría de Darling está sorprendentemente tranquila. Supongo que no se cometen muchos delitos por aquí. Veo a la madre de Chase en un rincón. Me reconoce de la vez que fui a su casa y se levanta al verme.

—¡Katie! —dice, escandalizada—. ¿Qué haces aquí?

Me doy asco. Sé que tengo que confesarle quién soy, pero no me salen las palabras. Me quedo paralizada varios segundos, con la culpa royéndome mientras me pregunto qué le contesto.

Al final, solo digo:

—¿Y Chase?

—Está retenido hasta que llegue el abogado de mi marido. —Tiene los dedos igual de rojos que los míos, como si también se los hubiera estado frotando de los nervios.

Su respuesta no me convence. No hay ningún motivo para que Chase esté «retenido». No hay ningún motivo para que esté aquí, de hecho.

Sin mediar palabra, corro a recepción.

—Soy Elizabeth Jones…

Oigo un grito ahogado a mi espalda.

Avergonzada, me esfuerzo al máximo por ignorar a la señora Stanton y seguir hablando.

—Quiero declarar sobre el incidente que ha tenido lugar hoy en el instituto Darling.

El agente me mira atónito. Es tan joven que me pregunto si irá al instituto.

—Ah, vale. —Se agacha a hurgar en un cajón. Saca un folio y lo deja en el mostrador—. Rellena esto.

—No tengo boli. —He venido sin monedero ni bolso ni nada.

—Toma. —Una mano rápida deja un boli en el mostrador.

Reúno el valor para mirar en su dirección. La madre de Chase está a mi lado, pero su mirada no refleja que le haya dolido mi

traición, tal y como esperaba. Parece más confundida que enfadada por mi engaño.

Cojo el boli negro y empiezo a rellenar el formulario. Escribo mi nombre, mi dirección y mi edad. La parte de la declaración es un recuadro de unas veinte líneas. Me muerdo el labio inferior. ¿Qué les digo para convencerlos de que Chase es inocente? Diría que el agente no me cree. Supongo que necesito detalles. ¿Les cuento lo del beso? Uf, no quiero, y menos con la madre de Chase aquí. ¿Revisarán el móvil de Jeff? Apostaría mis ahorros para la universidad a que ha sido él quien ha llamado haciéndose pasar por el agente de la condicional. Y fijo que ha sido él quien ha activado la alarma antiincendios.

Sé que todo esto es cierto, pero ¿cómo lo demuestro? Por suerte, no hace falta.

Suena un zumbido y al mirar arriba veo a Chase entrando por la pesada puerta metálica.

—Aún no he declarado —digo.

Se encoge de hombros.

—No hacía falta. Mi agente de la condicional ha asegurado que no me ha llamado. Ha dicho que me habrán gastado una broma.

Menos mal.

—Entonces, ¿puedes irte?

Asiente con tirantez. Es un gesto breve. Nunca lo había visto tan tenso. Incluso cuando Troy se cebó más con él echándosele encima y llamándolo Manson logró mantener un aura de calma y control.

Me entran ganas de abrazarlo; pero, por supuesto, me abstengo. Es su madre la que pasa por mi lado para estrecharlo. No lo abraza exactamente, sino que le aprieta los hombros con tanta fuerza que se le ponen los nudillos blancos.

—Charlie —dice con la voz entrecortada.

—Perdón —murmura él, con la cabeza tan gacha que casi le veo la nuca—. Perdón.

Se me parte el alma. Hago ademán de acercarme, pero la señora Tannenhauf me detiene. Ni siquiera era consciente de que estaba

con nosotros en comisaría. Así de pendiente estaba de Chase.

—Vámonos —me susurra.

De mala gana, dejo que me saque, pero la imagen de la madre de Chase a un metro de distancia de su hijo mientras este se inclina ante ella en señal de disculpa me persigue el resto del día.



Oigo un pitido extraño al volver a casa. Miro el móvil, pero la pantalla está apagada, así que lo descarto. Estoy demasiado agobiada por lo que ha pasado como para preocuparme por los ruidos raros que emite mi teléfono. Me lo habré imaginado.

Me estoy poniendo paranoica. Interpreto los susurros y las miradas que me echan como una acusación por mis actos. Al regresar a clase, mis compañeros cuchicheaban que Chase se había ido de rositas porque su padre era el alcalde o que no podían creer que hubiera salido en su defensa. Hasta Scarlett seguía mirándome mal.

Jeff ha intentado hablar conmigo, probablemente para asegurarse de que no me fuera de la lengua, lo que ha enfadado más a Scar, no sé por qué. Y la única persona a la que quería ver no ha aparecido. Chase se habría ido a casa con su madre. Sabia decisión. Yo también debería haber vuelto a la mía. La señora T se ha ofrecido a rellenarme un justificante, pero quería estar en el insti por si aparecía Chase.

Aunque tampoco es que quiera mi apoyo.

Al colgar la chaqueta me fijo en que mi bolso ocupa un trozo del espacio de Rachel.

—Perdón —susurro, y lo empujo hacia mi sección.

Vuelvo a oír el pitido detrás de mí. Miro arriba y veo a mamá entrando por la puerta trasera.

—¿Y ese ruido? ¿Se ha estropeado el microondas?

No me mira.

—Ah, ¿eso? Es el nuevo sistema de seguridad que ha instalado tu padre hoy —dice con voz chillona y nerviosa.

—¿Eh? Entonces ¿se va a oír ese ruido cada vez que se abra una puerta? Qué molesto, ¿no?

—Que te lo explique tu padre. —Se queda plantada en la entrada del vestíbulo y me tapa la cocina—. ¿Qué haces aquí tan pronto?

—Se han acabado las clases. —¿Soy yo o está más rara de lo normal?—. ¿Qué haces tú aquí? —Normalmente acaba de trabajar a las cinco. Son las tres.

En vez de contestarme, me dice:

—¿Puedes ir en un momento a la tienda?

—¿Ahora? Acabo de llegar. —Hace un par de días habría celebrado poder escapar de casa para hacer un recado, pero hoy me duele la cabeza y solo me apetece encerrarme en mi cuarto y no pensar en nada.

—Necesito un par de ingredientes para la cena.

—¿Puedo cambiarme antes?

—De verdad que necesito cebollas o no podré cocinar. —Qué insistente.

Resoplo, pero dejo de discutir. Al abrir la puerta, vuelvo a oír el pitido. Se oye otro eco débil en algún rincón de la cocina. Veo la luz roja que hay encima de la puerta y pongo los ojos en blanco. Me parece excesivo, la verdad.

Vivimos en un barrio seguro, no hay razón para tomar medidas de seguridad adicionales. Además, ni que tuviéramos algo de valor y temiéramos que nos lo fueran a robar. Por curiosidad, abro y cierro

la puerta de nuevo. Suena cada vez que lo hago y, a diferencia de cuando he entrado, se oye un eco.

Recelosa, doy media vuelta y me dirijo a la cocina. Mamá mira el teléfono con el rostro tenso.

—¿Recibes una alerta en el móvil cada vez que se abre o se cierra una ventana o una puerta?

Deja el teléfono en la encimera con gesto culpable.

—¿De qué hablas?

Boquiabierta, corro a por su móvil. Efectivamente, le ha llegado una notificación.

Pone «Puerta del vestíbulo abierta». Y se indica la hora.

—Beth, puedo explicarlo… —empieza, pero nos sobresalta un golpetazo en el piso de arriba.

Miro al techo y, despacio, vuelvo a mirarla a ella.

—¿Qué está pasando ahí? ¿Papá ha vuelto de trabajar? —Él tampoco tendría por qué haber regresado tan pronto.

—Sí, solo ha hecho media jornada —dice mamá a toda prisa—. Se le habrá caído algo.

No ha sonado a eso.

—Mamá. —Tomo aire para tranquilizarme—. ¿Por qué querías que fuera a la tienda?

—Porque necesitamos cebollas para…

Ya estoy harta de escucharla. Subo corriendo las escaleras. Veo, de soslayo, que una lucecita parpadea cada vez que paso junto a una ventana, pero, cuando llego a mi cuarto, eso es lo de menos.

Papá está saliendo de mi habitación y, por un breve instante, nos miramos a los ojos. Paso por su lado y ahogo un grito.

Mi habitación es una leonera. Está todo manga por hombro: la cama está deshecha, las almohadas están en el suelo, los cajones están vacíos. En mi tocador hay una antigua novela romántica que le pedí prestada a Scar hace un siglo y ya ni recordaba y una caja de condones.

La ira sustituye al miedo. Adiós a mis padres de siempre. Ya están otra vez con sus manías sobreprotectoras.

Al girarme veo a mamá en el umbral y reparo en que no hay puerta. ¡Otra vez!

—¿De qué vais? —grito—. ¿Me habéis registrado el cuarto? ¿Por qué?

—Beth…

—¡Contéstame!

—No me grites —chilla.

—¡No le grites a tu madre! —brama papá.

—¿Por qué habéis registrado mi cuarto? —Estoy tan furiosa que me falta el aire. Me escuecen los ojos y noto una opresión tan fuerte en la garganta que me cuesta hablar—. ¿Cuál es vuestro problema?

Mamá interviene con tono conciliador.

—Lo hemos hecho porque nos preocupa que tomes drogas…

—¡Drogas! —exclamo. Madre mía, están para que los encierren. Están como una puta cabra.

—¡Has ido a comisaría a defender al chico ese! —me grita papá. Seguro que estoy igual de roja que él. Ambos resollamos de lo cabreados que estamos el uno con el otro—. El director Geary me ha llamado a la tienda para decirme que hoy Donnelly ha activado la alarma antiincendios…

—¡Que no ha sido él! —Aprieto los puños a los costados. Estoy a punto de llorar de la impotencia.

—¡Ya estás defendiéndolo otra vez! —Mamá me dice que no con el dedo—. ¡Estás defendiendo al chico que mató a tu hermana! ¿Que cuál es nuestro problema? ¿Cuál es el tuyo, Elizabeth? ¿Cuál es el tuyo? —repite con tono angustiado.

—¡Vosotros! ¡Vosotros sois mi problema!

Dejo mis cosas tiradas y a la vista y aparto a mamá para salir. Oigo los gritos de papá y los sollozos de mamá a mi paso, pero me la sudan. Salgo corriendo, me subo al coche y conduzco.

Cuando me detengo, veo que me he parado delante de la casa de Chase.

No sé cómo he llegado aquí ni por qué. No sé qué hacer. Las puertas están cerradas y las ventanas también. No detecto

movimiento.

¿Estarán dando portazos y gritos dentro? No, Chase no parece de los que pierden los estribos. Es probable que estén sumidos en un silencio glacial.

Mientras tanto, a mis padres se les ha ido la olla y se preguntan si estaré tomando drogas porque no estoy montando piquetes frente al instituto ni exijo que expulsen a Chase.

—Ay, Rachel, ¿qué hago? —Gimoteo con pesar.

Abro el compartimento de las gafas de sol y saco la foto que guardo dentro. Apoyo la cabeza en el volante y contemplo la imagen de Rachel y yo. Vestidas con las camisetas del club de vóley Lady Hawks, nos apoyamos la una en la otra. Se le han salido algunos mechones de la coleta tan prieta que lleva y, entre la humedad del gimnasio y el sudor, se le han rizado unos pelitos y se le han pegado a la frente.

No sonríe, pero es evidente que está contenta. No recuerdo ese día. No recuerdo qué sentí. No recuerdo qué me diría. El último recuerdo claro que tengo de ella es de la víspera de su muerte.

Tampoco sonreía ese día. Estaba molesta por algo. La oía suspirar al otro lado de la pared. Me planté delante de su puerta y me debatí entre llamar o no, pero me daba miedo que lo pagara conmigo, así que no lo hice.

Y al día siguiente murió.

Me arrepiento de no haber llamado. Me arrepiento de no haber aprovechado la oportunidad de hablar con ella por última vez.

Me asusta un golpecito en mi ventanilla y se me cae la foto. Chase está junto a mi coche. Lleva la misma ropa con la que ha ido a clase: unos cargos oscuros y una camiseta también oscura; se ha puesto una camisa de cuadros verde y azul encima; un gorro negro cubre su cabello rubio trigueño.

Ansiosa, bajo la ventanilla.

Abre la boca para decir algo, pero entonces se pone serio.

—¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Por?

Me pasa un dedo por debajo del ojo y me lo enseña. Veo una gotita.

—Siempre estoy llorando —respondo mientras me limpio la cara con el dorso de las manos—. Es un defecto. Ni siquiera me apetece, pero se me saltan las lágrimas. Debo de tener unos lagrimales enormes o algo. Rachel era justo lo contrario. Nunca lloraba.

Nos quedamos callados cuando la nombro.

—Perdón —mascullo.

—¿Por decir el nombre de Rachel? No te disculpes. Lamento que te incomode hablar de tu hermana conmigo, pero sé el motivo y no te culpo. —Se mete las manos en los bolsillos—. Te he visto llegar desde la ventana del salón. ¿Me estás vigilando?

No sé por qué, pero, a pesar de que sigo furiosa con mis padres, me río.

—Ya te gustaría. —Sin embargo, se me corta el rollo rápido—. ¿Has venido a pedirme que me vaya? ¿Me ha visto tu madre? ¿Está enfadada?

—No. Decepcionada, lo que es incluso peor. —Prueba a sonreír, pero no le sale. Está demasiado enfadado consigo mismo—. Ojalá se pareciera a mi padre, que finge que su hijo no existe. Ella, en cambio, sigue queriéndome y yo sigo… —suspira con pesadez—… fastidiándolo todo —concluye—. El caso es que he venido a agradecerte que me hayas defendido antes.

—¿En serio? Pensaba que estarías cabreado por haber empeorado la situación.

—No. No debería haber insinuado eso. Los tíos esos quieren vacilar a alguien y yo soy un blanco fácil. Seguramente yo haría lo mismo de estar en su lugar.

—Qué va. —Lo tengo claro.

Esboza una sonrisa torcida.

—Ya, tienes razón. No lo haría. —Agacha la cabeza un momento. Cuando vuelve a mirar arriba, se le ha borrado la sonrisa, pero su mirada irradia un aprecio que hace que me hormiguee todo el cuerpo—. Se agradece no estar solo.

El hormigueo se torna eléctrico. Agarro con fuerza el volante para no hacer ninguna tontería con los dedos.

—Nadie debería estar solo.

Nos sumimos en otro silencio incómodo. Se mete las manos en los bolsillos y rasca el asfalto con la punta de la bota. Estoy apretando el volante de cuero sintético con tanta fuerza que se me va a quedar la marca de la costura en las manos para siempre.

—¿Qué tal en casa? —me acaba preguntando.

—Bien. —Miento, pues me niego a decirle que mis padres se han vuelto locos por lo de la alarma antiincendios. Me niego a decirle que han vuelto a quitarme la puerta y que he huido cual fugitiva tras una de las discusiones más feas que hemos tenido. Se sentirá culpable y no volverá a hablarme nunca más, y esa es una pérdida que no estoy dispuesta a aceptar—. ¿Y en la tuya?

—No estamos pasando por nuestro mejor momento —admite—. El alcalde no está contento. Este incidente es una mancha en mi expediente y, a la que tenga tres, me expulsarán.

—¿Cómo? ¿Qué tontería es esa? —Me indigno de nuevo—. ¡Si eres inocente!

—No lo saben con seguridad. La poli no tiene pruebas suficientes para detenerme, pero el instituto no va así. —Se encoge de hombros sin sacar las manos de los bolsillos.

—Menuda chorrada.

—Déjalo estar —me aconseja—. No me meteré en líos y al final dará igual.

—¿Y Troy y Jeff?

Vuelve a encogerse de hombros.

—Me alejaré de ellos.

—Llevas lejos de ellos desde que empezaron las clases. Son ellos los que se interponen en tu camino.

—Tal vez, pero ignorar a los matones es la mejor forma de librarse de ellos. Lo sé por experiencia propia. —Hace hincapié en lo de *propia*, así que entiendo que se refiere a cuando estaba en el reformatorio.

Rachel siempre creyó en la justicia. Si el árbitro actuaba justamente, ella estaba de acuerdo con el resultado, aunque el tío no valiera un pimiento. «Nos ha perjudicado a los dos equipos» me dijo en una ocasión después de un partido. «No se puede pedir más».

Creo que nos habría dicho que Chase ya ha recibido su merecido y que deberíamos pasar página; sin embargo, me pregunto si para alguno de nosotros eso es posible.

Le pregunto a Chase:

—¿Crees que tú y yo, o mis padres o los tuyos o nuestros compañeros…? ¿Crees que podremos olvidar lo que le pasó a Rachel?

Chase respira hondo y se lo piensa bien. Me gusta que no conteste de inmediato.

—Por un lado, me gustaría pensar que sí, pero, por otro, me parecería un error. No creo que deba olvidar mis actos. Si eso significa que los matones irán a por mí en el instituto, que no podré acceder a determinados empleos o que mi futuro estará en cierto modo limitado, me aguantaré. Le quité la vida a alguien. Rachel no puede trabajar ni ir al baile de graduación ni volver a pisar un aula. —Hace una pausa y aparta la vista.

Se me anegan los ojos, así que parpadeo como loca para no llorar. Cuando me mira de nuevo, también tiene los ojos húmedos.

—Si eso significa que no podremos ser amigos, me costará más aceptarlo. —Me obsequia con una media sonrisa matadora y le da una palmada al techo del coche—. Vete a casa. Nos vemos.

Y coge y se larga. Me suelta un discurso profundo y reflexivo ¡y vuelve corriendo a casa!

No doy crédito.

—Cobarde —mascullo por lo bajo.

Enciendo el motor y me dirijo a casa. No recuerdo el trayecto. Solo pienso en lo que me ha dicho Chase y en que ha mezclado lo bueno y lo malo.

Me planto en la entrada lateral y apoyo la frente en la puerta. No

sé qué me voy a encontrar dentro. La verdad es que tengo miedo. No parece que mis padres se estén gritando, pero a lo mejor se están reservando los gritos para cuando vuelva. Tal vez me esperen detrás de la puerta, con los brazos cruzados y los pies anclados al suelo, listos para la batalla.

Pero no quiero discutir. De verdad que no. Pasar diez minutos con Chase y su aplomo imperturbable me ha relajado y me ha hecho entrar en razón. Mis padres se han pasado, de eso no hay duda; pero gritar como una desquiciada y salir corriendo como una loca aún más desquiciada no me va a hacer ningún favor.

Tenemos que reconciliarnos, lo sé; pero… estoy demasiado cansada para lidiar con los gritos de enfado que seguro que precederán a la paz.

Sin embargo, cuando entro, ocurre todo lo contrario. Me encuentro con un silencio sepulcral y la mirada de mi padre fija en mí.

Asomado a la puerta de la cocina, me echa una mirada oscura y fría que hace que me tiemblen las canillas. Me enseña el móvil; incluso a metro y medio de distancia veo lo que me está mostrando. En la pantalla se ve un mapa con un punto verde.

—Papá —empiezo a decir con voz trémula.

Alza la mano para que me calle.

Obedezco.

Noto que está a punto de explotar cuando dice:

—Aléjate de Charles Donnelly o haré que vuelva a prisión.



A la mañana siguiente, Scarlett me pilla por banda cuando voy a introducir la combinación de la taquilla.

—No estoy de humor para discutir —me apresuro a decir. Se nota en mi voz lo agotada que estoy.

Anoche no pegué ojo. Me quedé en la cama pensando en Chase y en la amenaza de mi padre de volver a meterlo entre rejas. No sé cómo se lo montaría, pero, cuando quiere, mi padre es muy ingenioso.

—No quiero discutir —me dice Scarlett, rotunda.

—Vale.

—Vale —replica.

Le doy un empujoncito para que me deje abrir la taquilla. De espaldas a ella, cojo el libro de Cálculo del estante superior.

—Va, dilo.

—¿El qué?

—Que soy una persona horrible por haberlo defendido ayer. —Me niego a girarme.

Oigo un leve suspiro y noto una mano pequeña y fría en el hombro. Me pongo tensa, pero su roce es reconfortante, no violento.

—Entiendo por qué lo hiciste, ¿vale?

La miro al instante.

—Ah, ¿sí?

Se atusa el pelo y se lo pasa todo a un hombro. Hoy se lo ha planchado y no sé qué pensar. Me encantan sus tirabuzones definidos. Y no solo a mí; a ella también. Siempre dice lo mucho que prefiere los rizos al pelo liso.

—Sí —dice, asintiendo—. Lo consideras un perro rescatado, como los que tanto quieres del refugio de animales. Te haces la dura, pero en el fondo eres una blanda. Por ejemplo, a la mínima ya estás llorando; pero…

Sabía que había un pero.

—No es un animal. No es un perro maltratado que necesita cariño para volver a estar a gusto con los humanos o un gato cabrón que te bufa cuando te acercas, pero ronronea cuando lo acaricias. Es un delincuente. Robó un coche y atropelló a alguien. No lo olvides, Li…, Beth.

—¿Crees que lo he olvidado? —pregunto con incredulidad—. Si pienso en ello al menos veinte veces al día: que voy al insti con el tío que arrolló a Rachel.

Que perdí la virginidad con el tío que arrolló a Rachel.

Que siento algo por ese tío.

Que pienso en él mucho más a menudo que en lo que hizo.

—Así me gusta —dice Scarlett con firmeza—. Tenlo presente. La próxima vez que creas que necesita que lo rescaten, recuerda quién es.

Asiento despacio. Sé lo que dice y sé por qué lo dice. Pero también sé que, si Chase vuelve a necesitar que lo rescaten, yo sería la primera que correría a salvarlo.

¿Qué mosca me ha picado?

—El caso es que Macy sigue cabreada contigo…

—¿En serio? —Frunzo el ceño, pues Macy no es nada rencorosa.

Scar suspira y dice:

—Cree que la consideras estúpida.

La culpa me corroe cuando recuerdo que taché a Macy de ingenua y excéntrica. A ver, que lo es, pero no hacía falta ser cruel.

—Hablaré con ella después de clase —murmuro—. ¿E Yvonne?

Mi mejor amiga me hace un gesto como para que no me preocupe.

—Ya la conoces. Pasa página rápido. Y Jeff tampoco te guarda rencor. Vino a casa anoche y lo tranquilicé.

¿Que Jeff no me guarda rencor? ¿Que Scar lo tranquilizó? ¡Será posible! Pues yo sí le guardo rencor a él, y es a mí a quien hay que tranquilizar. Él y Troy intentaron incriminar a Chase con el numerito de la alarma antiincendios. Alguien majo no haría eso.

Abro la boca para decírselo a Scarlett, pero, mira tú por dónde, Jeff se acerca la mar de sonriente. Siento que esto ya lo he vivido. Ayer pasó justo lo mismo: Scar y yo estábamos junto a mi taquilla, Jeff se paseaba como si fuera el puto amo del instituto y después se liaba la de Dios es Cristo.

—Pero si ya habéis hecho las paces, qué bien —dice asintiendo. Me mira—. Scarlett me ha contado que padeces el síndrome del salvador. Lo entiendo, pero no creo que debas salvar a Manson, Beth.

En primer lugar, qué rabia me da que finja que tiene acento británico. Es ridículo. No sé por qué a todas las de segundo de bachillerato les parece supersexi. No lo es.

En segundo lugar, ¿síndrome del salvador? Vale, Scarlett se ha esforzado mucho por pintarme como una persona con un corazón de oro que no soporta las injusticias y defiende a los más desfavorecidos. Por un lado, agradezco que intente ayudarme, pero, por otro, no entiendo por qué se empeña en justificarme.

¿Querrá que Jeff y yo nos llevemos bien para que su relación con él vaya sobre ruedas? Pero yo no tengo nada que ver con su relación de pareja, si es que lo son. Desde luego, Jeff no parece interesado en Scar.

—Creo que lo mejor para todos es que te alejes de ese capullo —me recomienda Jeff—. Sé que estás de acuerdo.

Lo estoy, ¿no?

Estoy a punto de replicar cuando Scarlett me dirige una mirada suplicante.

Aaaaah, qué rabia. Jeff está siendo un condescendiente de mierda.

Pero ¿tiene sentido discutir con él? Seguramente no. Así que me muerdo la lengua y cierro la taquilla.

—Scarlett va a invitar a gente a su casa esta noche —comenta Jeff—. ¿Te lo ha dicho?

Miro a mi amiga con incredulidad. ¿Ahora es su portavoz o qué?

—Estaba a punto de decírselo —responde ella con rapidez—. Mis padres se van de fiesta y no volverán hasta tarde. Puedes venir, ¿no, Beth?

—No —digo con pena; aunque, sinceramente, no me apena mucho. No me apetece nada juntarme con Jeff—. Vuelvo a estar castigada.

Jeff me mira con desaprobación.

—Es por lo de la comisaría, ¿no? Pues claro que a Dave y a Marnie no les iba a hacer gracia, Lizzie.

«No llames a mis padres por el nombre de pila», pienso, furiosa. Dios. ¿Jeff siempre ha sido así de pedante o su estancia en Londres lo ha cambiado?

—Si fueras mi hija, yo también te castigaría —dice con desdén.

—Pues qué bien que no lo soy —replico.

Scarlett tensa los labios.

—Beth.

Reprimo el enfado. ¿En serio? ¿Él puede lanzarme pullas, pero yo no puedo devolvérselas?

—El caso —digo con tirantez— es que esta mañana me han informado de que solo puedo quedar con mis amigos en casa. Y me han vuelto a confiscar el coche, pero no el móvil.

—Pues vamos a tu casa —propone Jeff.

Scarlett y yo lo miramos. ¿Perdona? ¿Se está autoinvitando y también a otras personas a mi casa?

A juzgar por su gesto ceñudo, a Scar tampoco le convence la idea.

—Yo prefiero seguir con el plan original —le dice a Jeff.

Él le echa un vistazo rápido.

—¿Por? El patio trasero de Beth es más grande y hará buen tiempo. Podríamos encender una hoguera y sentarnos alrededor a asar nubes. Será divertido.

La infelicidad de Scarlett es palpable. La conozco desde hace el tiempo suficiente como para saber qué piensa: si mis amigas vienen a casa a pasar el rato en el patio trasero, ella y Jeff no podrán irse al cuarto a escondidas a darse el lote.

—No —dice con firmeza—. Prefiero que estemos de tranquis en mi casa.

Jeff se mosquea. Pensaba que insistiría y se pondría pesado, pero, tras un buen rato, se relaja y le sonríe.

—Vale. Pues Beth se lo pierde. Ya iremos a su casa otro día.

—Vaya, gracias por incluirme en planes que atañen a mi hogar —digo en tono sarcástico.

Jeff hace caso omiso de mi comentario y despeina a Scarlett.

—Por cierto, te queda muy bien —dice arrastrando las palabras mientras le mira el pelo con aprobación—. Qué lisito.

Los ojos de mi amiga brillan más que los fluorescentes que tenemos encima. Ya lo pillo: a Jeff le gusta el pelo liso, por eso Scarlett se lo ha alisado. Dios mío.

—Nos vemos a la hora de comer —agrega antes de marcharse.

Scarlett se sonroja al verlo irse. No la había visto mirar así a nadie desde que Matty Wesser se mudó, lo que me alegra y me aterra a la vez.

En parte entiendo por qué la atrae tanto. He visto lo encantador que puede ser; sus hoyuelos al sonreír y su pachorra vuelven locas a las chicas; pero también he visto lo malvado que puede ser. Lo he escuchado regañarme a las puertas de una fiesta para luego

abandonarme en una calle oscura y desconocida.

Ojalá supiera cuál es el verdadero Jeff. Me pregunto si Rachel lo sabía. Nunca lo criticaba. Jamás. Pero tampoco es que hablase mucho de su relación.

—Estás coladita, ¡eh! —digo despacio, intentando no suspirar.

—Ya ves —dice Scarlett, aún más colorada.

—¿Sois novios?

—No sé. Ojalá.

Mierda. Estoy a nada de expresarle mis dudas, de decirle que no me fío de Jeff, pero no tengo valor para desanimarla.

—Vamos a Cálculo —acabo diciendo.

Llegamos al aula justo cuando suena el timbre. Qué decepción. Confiaba en hablar con Chase en el pasillo antes de entrar, pero ya está sentado a su mesa cuando entramos Scar y yo. Mantiene la cabeza gacha, pero la levanta ligeramente cuando paso por su lado.

Me mira a los ojos, solo un instante y, antes de que vuelva a agacharla, juraría que lo veo sonreír. Es su forma de decirme «hola» o «buenos días». Ojalá pudiera saludarlo en voz alta; pero no puedo. No después de lo que pasó ayer. Defender a Chase dio como resultado que mis compañeros se volvieran en mi contra, que mis amigas se enfadaran conmigo, que mis padres me registraran el cuarto y me castigaran de por vida.

Ser amable con él delante de todos me condenaría al ostracismo.

Así que le sonrío vagamente y agachamos la cabeza y fingimos que no nos conocemos.

Pero cuando la señora Russell nos da la espalda y los demás están concentrados en resolver el problema que nos ha planteado, aprovecho para pasarle una nota.

El corazón me va a mil cuando el papelito en forma de cuadrado aterriza en su pupitre. Contengo el aliento, pero nadie se ha dado cuenta de lo que he hecho. Nadie salvo Chase, que estira los dedos para alcanzar la nota.

Nerviosa, me muerdo el labio mientras espero a que lea lo que le he escrito en el papel.

«Ven a mi casa esta noche».

No parece que lo haya leído ni me contesta, pero se guarda el papel en el bolsillo: esa es la única respuesta que necesito.



—No tendría que estar aquí —dice Chase por enésima vez.

—Como vuelvas a decirlo, te echo. —Sin embargo, es una amenaza vana. Aún no me creo que haya venido. Lo que menos quiero es que se vaya.

Mira fijamente el brillo azul de la tele que se refleja en la ventana de mi salón. Mamá y papá están viendo una reposición de *La fiebre del oro*. Papá se lo pasa pipa explicándole al televisor que el equipo no da pie con bola, mientras que mamá hace ruiditos guturales para manifestar su decepción y se queja de vez en cuando de que digan tantas palabrotas.

Sabedor de que no van a salir, Chase está con los codos apoyados en la manta de cuadros que escondí antes detrás del árbol. A pocos metros de distancia, la oscuridad envuelve el columpio de Rachel, que permanece inmóvil. En las noticias de las diez el meteorólogo ha dicho que haría fresco esta noche, pero se habrá equivocado, porque tengo calor por dentro y por fuera.

—No puedes echarme, no estamos dentro. —Señala el cielo

nocturno.

Un perro ladra a lo lejos. Otro le contesta. Se enciende la luz del porche trasero de los Rennick.

—Vale. Pues le diré a Morgan que te persiga —le advierto.

—No lo haría; los perros me adoran.

La señora Rennick le ordena a su perro que deje de ladrar y vuelva dentro.

—Cierto. —Por lo que he visto, a los perros del refugio se les cae la baba con Chase—. Me siento traicionada.

—No, mujer, si cuando te vas empiezan a gimotear. Te añoran.

Lo observo con disimulo. Si fuera mediodía, sus anchas espaldas me taparían el sol, pero, de noche, la luz de la luna dibuja un halo a su alrededor, lo que lo hace parecer etéreo.

—Oh, qué monos. Vale, puedes quedarte.

—Guay. Era mi intención.

Me alegro de que esté oscuro y no vea la sonrisa de tonta que tengo ahora mismo. Para cerciorarme, acerco las piernas al pecho y apoyo la barbilla en las rodillas. Así puedo ocultar el rostro y mirarlo fijamente a la vez.

—Los entiendo. —Se mete una brizna de hierba en un lado de la boca. Me fijo en cómo mueve la boca y la mandíbula con un interés malsano—. Es mucho más divertido si estás tú.

—Tendré que ir más a menudo.

—Yo trabajo los lunes, los miércoles y los domingos —dice con esa media sonrisa que me chifla.

—Vale. Pues me pediré los martes, los jueves y los sábados.

No lo veo venir de lo rápido que se mueve. De repente, estoy bocarriba y tengo a Chase encima. Chillo y me tapo la boca con la mano. Chase levanta la cabeza de golpe y mira la puerta trasera. Está tenso, como si fuera a adentrarse en la oscuridad de la noche en cualquier momento.

Pero no se oye nada, ni a mi madre ni a mi padre. Ni siquiera a un perro del barrio ladrar. Chase se cierne sobre mí de forma similar a como estábamos la noche que nos conocimos: él encima de mí;

pero esa vez no había tanto espacio de por medio y yo lo abrazaba por el cuello. Y no llevábamos tanta ropa.

Contengo el aliento. Creo que él también. Quiero que me bese. Quiero que aparte las briznas de césped y las sustituya por la mano, el brazo o el pecho. Quiero sentir su calor.

—¿Qué creen tus padres que estás haciendo? —acaba preguntando.

—Pensar en Rachel —contesto sin tacto—. Ese era su columpio.

De inmediato, se tumba en el suelo y guarda las distancias.

Reprimo un suspiro de desilusión y me maldigo por haberla mencionado. Bastante culpable se siente ya. Le parece bien queseamos amigos, pero no novios. No está bien querer que me dé la mano o me bese.

Hago un gesto hacia el asiento de madera que cuelga en el aire.

—Mi padre le montó el columpio a Rachel y, cuando tuve edad suficiente, nos peleábamos por él. Corríamos hasta allí, pero siempre me ganaba. La empujaba hasta que se me dormían los brazos y luego se bajaba y decía, como si estuviera molida: «Te empujaré hasta que me tenga que ir a entrenar», que era en cinco minutos.

—¿Cuánto darías por volver a discutir con ella?

—Muchísimo. —Chase me hace hablar de Rachel más que nadie. Ni siquiera a mi madre le gusta hablar de ella, porque sería aceptar que ya no está.

—¿Por qué más discutíais? —Se pone de lado y apoya la cabeza en el brazo doblado.

—¿Por qué no lo hacíamos? Se enfadaba cuando le cogía las cosas sin pedirle permiso. Tenía una chaqueta azul claro superguapa de Forever 21. Se la robé y me la puse para ir a un partido de fútbol de Darling.

—¿Y no se enteró?

—Vaya que si se enteró. Tonta de mí, creía que podría evitarla lo que durase el partido, pero me la encontré en el puesto de comida antes de que terminara la primera mitad. Me dejó llevarla, pero me advirtió que como se manchase, aunque fuera un poquito, me daría

una paliza.

—¿Y?

—Me libré del castigo. Le devolví la chaqueta y fue ella la que se la manchó de granizado rojo en primavera. Mi madre no consiguió quitarle la mancha, así que Rachel me la lanzó y me dijo que podía quedármela.

Se ríe entre dientes.

—¿Aún la tienes?

—No. Me enfadé y la tiré. Ojalá la hubiera conservado. También me metí en un lío por meter su brocha de labios en su delineador de ojos. Se parecían mucho, que lo sepas.

—No habría podido concentrarme mañana en clase si no me lo hubieras dicho —me dice con aire solemne.

Me río. No señala que todos los recuerdos de los que le he hablado son peleas con mi hermana. Es que era en esos momentos cuando me parecía más auténtica: cuando era imperfecta.

—La quería mucho —susurro.

—Lo sé.

—La echo de menos todos los días.

—Lo siento, Beth. —Vuelve a estar bocarriba. Se tapa los ojos con el brazo, como si no soportase mirarme o creyera que no se lo merece. En cualquier caso, es horrible.

Me trago el nudo que se me ha formado en la garganta.

—Lo sé.

Volvemos a quedarnos callados. Vivo atrapada entre el pasado y el presente. Al mirar el columpio, me parece ver a Rachel ahí sentada, moviendo las piernas con ímpetu y ascendiendo más y más, hasta convertirse en una mota en el cielo junto a un sol deslumbrante; sin embargo, es Chase el que está a mi lado. Un ser humano real y vivo que me escucha, me regaña y me hace reír.

«Elijo a Chase», le digo a la sombra. Rachel asiente y sigue columpiándose.

—Sacaba de fábula —comento en voz baja—. Incluso de niña, en sexto de primaria o así, le daba un efecto raro al balón. Sus saques

eran muy planos, tanto que era sorprendente que cruzaran la red, pero en cuanto la pelota estaba en el otro lado, se iba a la esquina. Y se le daba genial sacar desde el mejor lugar del campo.

—¿Cómo es que ya no juegas?

—No molaba. Sin ella no molaba. —No me había dado cuenta de lo mucho que admiraba a Rachel hasta que murió—. Discutíamos mucho; no pensaba que la añoraría tanto. —Dejo de hablar porque se me cierra la garganta. Me duele incluso mirar la luna, así que cierro los ojos. Unas gotas calientes brotan de las comisuras.

Una mano grande y cálida me coge la mía y oigo una maldición por lo bajo. Chase me pasa un brazo por detrás de la cabeza y me acerca a su sudadera.

—Lo siento —murmura una y otra vez.

Quiero dejar de llorar, porque sé que le duele, pero no puedo contener las lágrimas. Los recuerdos que había relegado al olvido salen a la luz: Rachel enseñándome a depilarme las piernas, Rachel haciéndome una trenza francesa, Rachel regalándome una de sus camisetas favoritas cuando hice la prueba para entrar en el equipo, Rachel abrazándome así cuando no me seleccionaron.

—La echo de menos —sollozo, acurrucándome en los brazos de Chase—. La echo mucho de menos.

Bajo el árbol, con la sombra de las piernas de Rachel bien arriba, dejo que la angustia que había enterrado salga de su escondite. El dolor se extiende por mis venas hasta que me duele todo el cuerpo, y este se estremece de lo pesado que es.

Por eso llevo tanto tiempo reprimiéndolo: porque es insoportable. Me salen burbujas de mocos, las lágrimas brotan de mis ojos como un río furioso, sonidos roncos y feos emergen de mi garganta.

Cuando Rachel murió, temía que, en un futuro, también me quitasen la vida a mí, así que me enfrenté a mis padres y me opuse a sus límites y sus restricciones como si fueran una soga.

—Era mi hermana mayor —susurro, pegada al cuello de Chase—. Iba a protegerme siempre.

—Lo sé. Lo sé. Lo siento. —Acerca la cabeza a la mía.

Con una mano me sostiene la cabeza contra su pecho para ahogar mis sollozos y con la otra me acaricia la espalda de arriba abajo con gestos amplios. Me apoyo en él y tomo prestada su fuerza, pues no voy a poder parar hasta que no me desahogue del todo.

Sigo llorando. No sé bien cuánto tiempo ha pasado, pero Chase nunca me manda callar. No se aparta. La cadencia de sus reconfortantes caricias no decae ni un segundo. Oigo el latido constante de su corazón.

Chase está vivo. Yo estoy viva.

Rachel ya no está.

Y tengo que permitir que mi corazón roto cicatrice en vez de fingir que he estado bien.

—Shh —me susurra Chase al oído—. Estoy aquí.

Su cálido aliento impacta contra mi lóbulo, me baja por la columna y se propaga a una velocidad vertiginosa por todo mi cuerpo, como un virus. Al alzar el rostro veo que tiene los ojos húmedos.

No soy la única que necesita consuelo. Dejo de agarrarlo por la sudadera y le paso el pulgar por la mejilla, húmeda. Trazo su afilada mandíbula con la yema de los dedos y me quedo en su cuello.

Le aprieto un poquito, casi nada, para que se acerque a mí.

—Chase —musito.

Cierra los ojos. Yo también. Y espero. Y espero. Y espero.

Lo siguiente que sé es que estoy bocarriba y que Chase está a metro y medio de mí, mesándose el cabello.

—¿Chase?

—Tengo que irme —dice. Se guarda las manos en los bolsillos. Con los hombros caídos, se aleja de mí.

—Pero… —No lo entiendo. Iba a besarme. Lo sé.

—No puedo. —Mira hacia la casa mientras lo dice—. No puedo.

¿No puede qué? ¿Besarme? ¿Seguir abrazándome?

—¿Qué? ¿No puedes qué?

—Hacer esto —dice en voz baja, esta vez mirando al suelo.

Me arrodillo y le tiendo la mano.

—Vuelve. Habla conmigo. Por favor.

Cuando por fin me mira a los ojos, la agonía que se refleja en los suyos por poco me derriba.

—Tu hermana no te abandonó, Beth. Yo te la quité. No merezco abrazarte y mucho menos estar en este patio. Tu padre tiene razón. Tengo que alejarme de ti.

—No. Por favor. —Niego con la cabeza. Ahora mismo no puedo construir frases coherentes; ahora mismo no pienso con la cabeza. Solo soy emoción y sentimiento.

—Tengo que irme. Lo siento, Beth. Por todo. —Gira sobre los talones y se adentra en la oscuridad.

Aturdida, no me muevo del suelo. La tierra helada me humedece y enfría las mallas. Su adiós ha sido rotundo, como si no fuéramos a vernos nunca más, como si no fuera a reconocer la conexión que tenemos. Y vaya si la tenemos.

Me levanto de un salto y corro tras él.

—Chase. ¡Chase! —grito. Me da igual despertar a los vecinos. Pisoteo un montón de hojas del jardín de los Rennick y casi me choco con la esquina del cobertizo de los Palmer.

—Joder, Beth, estás armando más escándalo que Godzilla en un bosque. —Chase se me planta delante y, exasperado, niega con la cabeza.

—Pues no huyas más —le espeto.

—¿Estás enfadada? —Parece sorprendido. Será tonto.

—Pues claro. Te abro mi corazón y huyes.

Suspira.

—No huyo. Es que no podemos estar juntos.

—¿Quién lo dice? —Lo empujo—. Y no digas que mis padres, porque no cuentan.

—¿Cómo no van a contar?

—Nadie cuenta, Chase. Nadie excepto tú y yo. Si me dices que te la sudo, lloraré, pero lo superaré. Es tu decisión. Pero si me apartas porque la culpa te consume y no quieres redimirte, eres imbécil. Si

tan mal te sabe haber salido de prisión, vuelve. Viola la condicional y que vuelvan a encerrarte.

Su expresión se torna hosca.

—Me cuesta tener la conciencia tranquila, así que sí, aguanto que me acosen porque creo que es lo correcto. Porque no quiero volver a prisión, pero también me siento culpable por ello. Tal vez deberían castigarme para siempre.

—¿Y así volverá?

—Nada va a hacer que vuelva. Esa es la cuestión —insiste, pero esta vez no se aleja.

Le doy otro golpecito en el pecho.

—¿Algún día me vas a dejar perdonarte?

—Pues…

Cambio de estrategia.

—Si tantas ganas tienes de hacer lo correcto por Rachel, ¿no crees que querría que fuera feliz?

Me mira con suspicacia.

—Intentas manipularme.

—Intento que entiendas que lo que le pasó a Rachel fue un accidente. Te he perdonado. Y tú vas y me abandonas. —Le clavo el dedo en el pecho por tercera vez y él lo agarra; seguramente para que no le agujeree la sudadera.

—Hay un montón de tíos en Darling mejores para ti que yo.

—Dime uno.

Abre la boca y la cierra; la vuelve a abrir y la vuelve a cerrar.

—Ja —digo, ufana. Acorto la distancia que nos separa y lo abrazo por la cintura—. Nadie me escucha como tú.

Se relaja un poco y me estrecha entre sus brazos.

—Tienes el listón muy bajo, preciosa.

—No creo. Perdí la virginidad contigo y voy a segundo de bachillerato, así que diría que lo tengo alto. Te infravaloras.

—Y ahora me dirás que deje de hacerme el mártir.

—¿Hace falta?

Exhala con pesadez.

—No.

Nos quedamos un buen rato junto al cobertizo de los Palmer. Finalmente, lo suelto.

—Tengo que volver —digo de mala gana.

—Entiendo. —No hace amago de irse.

Retrocedo con miedo de que lo carcoma la culpa si dejo de mirarlo.

—¿Cuál es tu algo pequeño de hoy? —le pregunto mientras paso por el jardín de los vecinos para llegar al mío.

—Tú.



Un viernes por la mañana, me encuentro una flor silvestre en la taquilla. Sonrío de oreja a oreja, pero no me giro, no vaya a ser que los que cruzan el pasillo vean lo embelesada que estoy.

—¿Quién te la ha regalado? —me pregunta Scarlett mirando sobre mi hombro.

Giro el tallo entre los dedos.

—La he recogido en la parada del bus. —Miento, porque lo que tenemos Chase y yo tiene que permanecer en secreto para que sobreviva.

Scar se muestra compasiva y dice:

—Qué pena que aún no te hayan devuelto el coche; aunque tampoco parece que te importe. Últimamente sonríes más.

Me toco la mejilla con la flor.

—Intento fijarme en lo bueno en vez de en lo malo.

La idea de Chase de buscar algo pequeño no está nada mal. Hace dos semanas del incidente de la alarma antiincendios y aún no he recuperado el coche, pero sí la puerta. No tengo claro por qué,

pero me la recolocaron justo al día siguiente de que me echara a llorar en el patio con Chase. Sigue habiendo alarmas en puertas y ventanas, pero tengo la esperanza de que, si cumplo las normas, las desinstalen más pronto que tarde.

En cuanto a lo de estar castigada, no me importa mucho, pues Chase se cuela en mi patio trasero casi todas las noches. No me apetece salir. Scarlett siempre está liada con Jeff —ya son pareja a efectos oficiales— y, de todos modos, solo tengo ganas de ver a Chase. Quiero acurrucarme con él en una manta a oscuras y hablar.

Por desgracia, hablar es lo único que hacemos. Me muero por dar el paso, pero Chase es más terco que una mula y sigue insistiendo en que solo somos «amigos».

Porque los amigos dejan flores en las taquillas de sus amigos.

¡Ya, claro!

—Bonita blusa —digo para cambiar de tema. Scarlett lleva una camisa transparente de color rosa sobre una camiseta de tirantes. Dos diamantes de imitación adornan las puntas de un cuello demasiado grande. Lo combina con una falda gris ajustada y zapatos planos grises.

Scar sonríe, pletórica.

—Es de Chanel —chilla.

—Venga ya. ¿En serio?

—Sí. —Se levanta la esquina de la camisa para que vea el cuadradito dorado con las C entrelazadas—. La compré en un rastrillo que encontré en internet. Me preocupaba que me la fueran a quitar antes de haber ahorrado suficiente y luego que no me sentara bien. La pillé el sábado…

—¿Dónde estabas? —Jeff la interrumpe.

Sorprendida, Scar suelta la camisa y se vuelve hacia su novio enfadado.

—Pues… hablando con Beth.

—Te dije que me esperaras en la entrada. —Al agarrarla por la nuca le arruga la delicada tela de la camisa.

—S-s-solo quería saludarla —dice tartamudeando.

Dejo de fijarme en la mano de Jeff para observar el rostro de Scar, pálido y triste. Qué interacción más rara. Scar parece sentirse culpable, como si no estuviera bien que hablase conmigo.

—Pues no —replica, categórico—. Si te digo que estés en tal sitio, estás ahí. Llevo diez minutos esperándote como un tonto. Si no quieres estar conmigo, sé sincera y no me dejes plantado. Es de mala educación.

—Corta el rollo, Jeff. Solo estábamos hablando. —Me fijo en su mano. No pega ahí, y no solo porque su camisa de franela verde y negra contraste con la blusa rosa de Scar, sino porque parece que le esté haciendo daño en vez de agarrarla en actitud juguetona.

—Ya hablaréis en vuestro tiempo libre, pero antes de ir a clase es mía.

Ahora Scarlett se muestra impasible, mientras que Jeff está rojo por alguna razón que no entiendo del todo.

—Jeff, déjala —le ordeno, ceñuda—. Madre mía, le vas a dejar marca.

Pasa de mí.

—¿Te dejo, Scar? ¿Eso es lo que quieres? ¿Romper conmigo?

—No te he dicho que cortes con ella. Te he dicho que la dejes. —Señalo la mano con la que le sujeta el cuello.

—¿Scarlett? —insiste.

Ambos la miramos. Ella se mira las puntas de sus zapatos grises.

—No. No quiero romper contigo ni que me dejes —responde con voz apagada.

—¿Ves, Lizzie? A Scar le gusta que tenga la mano ahí.

Jeff le aprieta la nuca y juro que la veo estremecerse. O quizá me lo haya imaginado. Tal vez porque yo me estremecería si Jeff me tocase así.

—¿Lista para ir a Cálculo? —le pregunto a mi amiga.

Jeff responde por ella.

—Enseguida va. Adelántate tú. —Me dirige una sonrisa que es de todo menos amistosa y me hace recular.

—¿Scar? —le pregunto, dudosa.

—Estoy bien.

No creo que esté bien. Parece abatida, una versión desdibujada de sí misma. Dudo, no sé bien qué hacer. Los alumnos van entrando en clase. Cálculo empieza en menos de cinco minutos. Al final, me guardo la flor en la libreta y digo:

—Hasta ahora.

Avanzo un poco y me agacho para atarme los cordones inexistentes.

Detrás, oigo a Jeff preguntar:

—¿De qué vas disfrazada?

—Es de Chanel —le contesta Scarlett—. Me la compré…

—Pareces una fulana, nena. Pensaba que habíamos hablado de tus elecciones de vestuario. ¿Tan insegura eres que necesitas poner cachondos a todos los tíos para sentirte realizada? ¿Para qué llevas camisa? Total, si con todas se te ven las tetas.

Espero a que ella le cante las cuarenta, a que le diga que coja su desagradable opinión y se la meta por donde le quepa.

—Perdón, luego me cambio —dice en su lugar.

Me quedo pasmada.

—¿Cuándo? —le pregunta él.

—Después de clase.

—Más te vale. —Hay un «o te vas a enterar» implícito.

No me gusta el tono con el que le habla. Es su novia, no su marioneta. Me levanto, me enderezo y le planto cara.

—Deja en paz a Scar.

Pero no es Jeff quien me responde, sino Scarlett, y de una manera que no esperaba.

—¿Por qué te metes en nuestros asuntos? —me espeta—. Ya sé que tu vida familiar da pena ahora mismo, pero tal vez deberías dejar de juntarte con camellos y asesinos. Yo no lo hago. Ni Jeff; pero supongo que por eso nuestro cuarto tiene puerta y el tuyo no.

Me quedo helada: ha revelado mi secreto en público. Algunos compis se ponen a cuchichear. Un par se ríen.

Aprieto la mandíbula.

—Lo que tú digas, Scar.

No me creo que haya soltado algo que le dije en confianza. ¡La estaba defendiendo! Me voy a clase pisando fuerte y echando humo. Dejo los libros en la mesa sin miramientos y raspo las baldosas con la silla. Con fuerza.

Chase, ya en su asiento, enarca una ceja. Quiero desahogarme con él, pero no puedo. No se nos permite ser amigos. Se supone que no soporto ni verlo.

Eso me enfada más aún. Pienso decirle a Scarlett cuatro cosas en cuanto entre por la puerta. Las mejores amigas no se dicen estas cosas delante de los demás. Las mejores amigas no… Me quedo sin habla al ver a Scar entrar con un polo verde enorme. Ni rastro de su blusita transparente.

Jeff está detrás de ella y ya no lleva la camisa abierta. La ha obligado a ponerse su polo. Será capullo.

Vuelven a saltarme las alarmas cuando Scar no se sienta a mi lado y se detiene ante el pupitre de Chris Levin.

—Scar se va a sentar aquí —le anuncia Jeff.

—¿Por? —Chris, confusa, frunce sus cejas depiladas a la perfección—. Aquí voy yo.

—¿Acaso la señora Russell asignó los asientos al empezar el semestre?

Chris sigue perpleja.

—No.

—Pues entonces levántate —le dice Jeff con una sonrisa; la misma sonrisa antipática que me ha dirigido a mí.

Suspiro.

—Scarlett, siéntate.

—No te metas, Beth. —Jeff señala a Chris y le dice—: Levántate.

—Porfa —dice Scar, juntando las manos en señal de súplica—. Solo esta vez.

—Lo entiendo, yo tampoco querría sentarme cerca de Manson —comenta Troy con malicia—. Me pone enfermo verlo.

—¿Por eso jugasteis de pena el viernes? —respondo yo. Troy y su

defensa se comieron cinco puntazos en el último partido.

—Cómeme el rabo, Jones.

—Ni aunque me pagaras un millón de dólares.

—Ya, tú solo se lo comerías al tío que mató a tu hermana.

Casi me caigo de la silla. Por dentro, una rabia gélida lucha contra una vergüenza ardiente.

Alguien ahoga un grito.

Una silla chirría y me levanto como un resorte para plantarme junto a Chase.

—Ya vale. —Su tono es bajo, áspero y amenazante.

Troy se aparta y se pone a la defensiva cruzándose de brazos.

—¿O qué?

—No quieres saberlo.

Jeff se vuelve hacia mí hecho un basilisco.

—¿Te estás tirando a Manson? —me pregunta entre dientes.

El brillo letal de sus ojos me da escalofríos. Scar, a su vez, parece horrorizada, y los demás están pendientes de nuestras palabras con ávido interés.

Chase y yo cruzamos la mirada un instante. Él niega con la cabeza con tanto disimulo que solo yo me doy cuenta. Sé lo que me está pidiendo y, aunque no me apetezca nada, hay que desactivar el bombazo que acaba de soltar Jeff, y cuanto antes.

—Pues claro que no —digo, tajante—. Troy está hablando por hablar, como siempre.

Jeff se relaja, pero solo un poco.

Troy me sonríe con suficiencia.

—Perdón, olvidaba que solo te tiras a camellos, no a asesinos.

Frunzo el ceño. ¿Qué les ha dado con los camellos? Scar me ha acusado de lo mismo en el pasillo. No sé de ninguno, salvo del hermano del tal Jay, y ni lo conozco.

Pero el comentario de Troy le da un respiro a Chase y hace que Jeff se calme, así que intento no discutir.

En la parte delantera del aula, la señora Russell le da golpecitos al escritorio con el boli.

—Sentaos ya.

—Señora Russell, el delincuente está invadiendo mi espacio —grita Troy, envalentonado de súbito otra vez.

—Ya me he enterado. Señor Kendall, respete a sus compañeros o márchese; señor Donnelly, siéntese o tendrá otra mancha en su expediente; señorita Holmes, ya discutirá sobre los pupitres con la señorita Levin después de clase y, en cuanto a usted, señorita Jones, hágame el favor de dejar de interrumpir la clase.

Todos nos sentamos. Jeff arruga el ceño; Scar mira su mesa; Chris coloca sus cosas por todo su pupitre como si estuviera delimitando su territorio; Troy, a mi espalda, vuelve a partirse por alguna chorrada relacionada con Manson. De soslayo, veo que Chase vuelve a negar con la cabeza en señal de advertencia. Le habrá molestado que haya contestado a Troy.

«Algo pequeño», me digo. «Piensa en algo pequeño y chulo».

Hago una L con los dedos y, al poco, Chase asiente brevemente. Quedamos luego en el columpio.

«Algo pequeño».

—¿Quién crees que es peor: la señora Dvořák o la señora Russell? Y no me digas que no son malas y que solo están haciendo su trabajo, porque te pego.

—No soy fan de la señora Dvořák. Más que nada porque no pone suficiente pop. Su lista de reproducción está estancada en los sesenta. Que no es que «Mashed Potato Time» no sea un temazo…

Se me escapa la risa sin poder evitarlo. Me tapo la boca con la mano y ambos miramos a la casa, preocupados.

—Perdón —le susurro a Chase.

Me regala una de sus medias sonrisas y se recuesta en el árbol. Esta noche los dos vamos en vaqueros y sudadera. Casi desearía haberme puesto una chaqueta también. Estamos en octubre, por lo que empieza a refrescar. Pronto hará demasiado frío para quedar aquí, así que ya estoy pensando en cómo colar a Chase en mi cuarto. Iría a su casa si pudiera, pero mis padres reciben una alerta cada vez que se abre una puerta o una ventana. Malditos.

—¿Qué harás cuando acabes el insti? —le pregunto.

—No sé. No lo he pensado mucho. Tengo que cancelar los antecedentes, pero hasta que no cumpla con la condicional, nada.

—¿Y cuándo será eso?

—En mayo.

—Pues estarás deseando graduarte.

—Ya ves.

—¿Irás a la uni?

—A lo mejor hago un ciclo. —Arroja una piña a sus pies. Habrá unas seis amontonadas.

—¿El alcalde se niega a echarte una mano?

—No aceptaría su dinero.

Qué orgulloso es.

—¿Y tu padre?

Chase ríe por la nariz.

—¿Mi padre? No nos hablamos, ya te lo dije.

Le toco el antebrazo y jugueteo con el borde deshilachado de su manga.

—¿Y no has pensado en contactar con él?

—Para nada —responde sin titubear.

Lo miro estupefacta.

—¿No eres tú el que me aconseja siempre que me lleve bien con mis padres?

—Claro, porque tus padres son buena gente —dice, burlón—. Mi padre no. Insultaba a mi madre y se pasó toda la vida presionándome para que jugara al baloncesto. Y cuando me detuvieron no quiso saber nada de mí. De su propio hijo. No quiero a alguien así en mi vida, Beth, y no hay razón para que esté en ella. ¿Para qué? ¿Para que me pague la uni? Aunque me la costease, habría condiciones. No me interesa.

Asiento despacio.

—Ya veo.

—De todos modos, estaba pensando en aprender un oficio. He oído que los soldadores cobran bien.

—¿No es peligroso? —Me vienen a la mente imágenes de sopletes y máscaras.

—No creo.

—Igual deberías buscar centros de formación cerca de Ames. Alguno bueno habrá por allí. —Se lo comento como quien no quiere la cosa, pero se me ve tanto el plumero que debería hacer un cartel que diga «Ven a la uni conmigo».

—No es buena idea —responde mientras lanza otra piña.

Tengo ganas de recogerla y tirársela a la cabeza.

—¿Por?

—Porque tus padres dejarían de pagarte la matrícula y, entonces, ¿cómo conseguirías un buen empleo y me mantendrías? —Me tira de la coleta en broma.

Si la gente brillara, yo ahora mismo resplandecería como la luna en una noche serena.

—Vale, está bien; pero prométeme que vendrás a visitarme.

—Cuando tenga coche.

—Cierto.

Chase no tiene coche y, aunque lo tuviera, no puede conducir con la condicional, lo que me parece una injusticia como un piano. ¿Cómo va a trabajar sin coche?

«Si el sistema no está diseñado para rehabilitar a una gallina, imagínate a una persona», me dijo una de las veces que quedamos junto al árbol. «Y yo lo tengo más fácil en comparación con muchos otros que acaban en un reformatorio por pelearse y cuando salen nadie les echa un cable. Al menos yo tenía a mi madre y a Brian».

Pero precisamente por eso Chase viene hasta aquí en bici. Es un trayecto de ocho kilómetros que hace al menos tres veces por semana.

—Mejor voy tirando ya —dice alicaído.

No nos juntamos mucho rato. Chase dice que así nos aseguramos de seguir viéndonos. Como mis padres se enteren de que cuando salgo a columpiarme por la noche en realidad voy a verlo a él, me encerrarán en mi cuarto; pero, al mismo tiempo, creo

que cuanto más tiempo se quede más tentados estaremos de dejar de comunicarnos con palabras. Yo no tendría inconveniente, pero él sí. Me hace gracia que sea él quien se niegue, pero quiero respetarlos tanto a él como a sus deseos, pues Chase también respetaría los míos.

—Nos vemos mañana en el refugio.

Quiero que me bese al despedirse, pero me conformo con un abrazo. Es un avance. Hace una semana, me dio un apretón de manos. Puede que para Navidad me bese en la mejilla.



El sábado, en el refugio, Rocco, el *pitbull*, se resiste a bañarse. Riendo, me acerco a Sandy y me arremango.

—¿Lo hago yo? —le propongo.

Se pasa el antebrazo por la cara.

—Me harías un favor. Hoy está que no hay quien lo aguante. Ya que te vas a mojar, ¿podrías bañar a los demás monstruitos? Pídele a Chase que te ayude.

—Vale. —Me encanta hacer cualquier cosa que tenga que ver con Chase. Creo que Sandy lo sabe y se aprovecha de ello, pero me da igual.

Lo encuentro fuera, recogiendo cacas.

—Eh, glamuroso, ven a participar en un concurso de camisetas mojadas por mí —le grito.

—Creía que habíamos acordado que no me cosificarías. —Gira el extremo de la bolsa de basura con fuerza y lo ata en un periquete.

—No solo no recuerdo que hayamos hablado de eso, sino que, de haberlo hecho, jamás habría aceptado semejante tontería.

Arroja la bolsa de excrementos a un cubo de basura y menea la cabeza con pesar.

—Lo que hay que aguantar.

—Compadécete dentro, no vaya a ser que Rocco convenza a los demás perros de que no mola bañarse.

Tarde. Los perros están inquietos, pues Rocco les ha contado que hemos venido a torturarlos. El agua está fría, los perros resbalan, hay jabón por todas partes. No recuerdo la última vez que me lo pasé tan bien.

—Tienes mucha mano para los animales —me comenta Chase cuando metemos al último perro en su jaula—. Serás una gran veterinaria.

—Gracias. Como dijiste: no juzgan. —Le lanzo la manguera y recojo la palangana que ha volcado Rocco al saltar y salpicarnos las deportivas. Sandy ha vuelto al oír a Botas desgañitarse y se ha ido casi al instante, pues no le apetecía empaparse de agua sucia y pelo mojado.

—No sé yo. Rocco parece cabreado.

—Creo que le ha entrado jabón en los ojos.

—No. Está enfadado porque lo estaba limpiando yo y no tú. —Me guiña el ojo y se estira para cerrar el grifo. El gesto hace que se le marquen los abdominales; unos abdominales muy bonitos y muy duros.

—¡Holaaa! ¿Dónde estás, Beth? Soy yo —grita una voz alegre desde la sala de fuera.

Es Scarlett.

Chase, presa del pánico, levanta la vista. Suelta la manguera antes de cerrar el grifo y esta se retuerce como una serpiente enfadada y me moja entera. Grito y trato de apartarme de un salto, pero no soy lo bastante rápida.

—Mierda. Perdón. —Chase consigue atrapar la manguera, me la pone en las manos y se gira justo cuando la puerta que da afuera se abre. Enfila el pasillo casi a la carrera.

—Eh… Ahí va, ¿qué te ha pasado? —Scarlett se ríe al verme.

Me miro la camiseta del instituto Darling. Está chorreando.

—Estaba lavando a los perros.

Detrás de ella está Jeff. Me observa un momento y mira detrás de mí. Inquieta, miro atrás justo cuando Chase dobla la esquina.

Jeff da un paso al frente y, «sin querer», se me escapa la manguera y lo mojo. Jeff maldice en voz alta.

—Perdón. —Le enseño la mano llena de jabón—. Resbala.

Mira con recelo.

—¿Ese era Manson? —pregunta.

—¿Quién? —Me hago la longuis.

—Se refiere a Charlie Donnelly. —Scarlett pone los ojos en blanco. Parece tan harta del dichoso apodo como yo.

Decido no responderle. En cambio, rocío un poco de agua cerca de sus pies.

—Id con cuidado, que está todo sucio —les aviso.

Jeff me mira a los ojos. Sabe que era Chase y que lo estoy protegiendo. Alzo el mentón. Chase necesita a alguien que lo respalde. Jeff tiene a todo el instituto, ¡qué narices!, a todo el pueblo. Chase no tiene a nadie.

—Nos vamos —dice Jeff—. Me acabo de acordar de que tenía que hacerle un recado a mi padre.

—Pero ¡si acabamos de llegar! —protesta Scar—. Quería estar un rato con Beth y acariciar a los perritos.

—Si vas a ponerte borde, te vuelves andando. —Y, dicho esto, da media vuelta.

Scar me mira horrorizada.

—No te preocupes —digo encogiéndome de hombros—. Vete.

No necesita más; corre tras él.

—Perdona, Jeff. Estaba emocionada por los perros.

—Siempre tienes alternativa, Scar. Si no quieres estar conmigo, dilo.

Mi amiga enmudece. Por un lado, quiero proteger a Chase, pero, por otro, quiero correr tras Scarlett y preguntarle qué demonios hace con Jeff. Cada vez que los veo la está criticando por no hacer

exactamente lo que él quiere.

¿Sería así con Rachel? ¿O se le pegó la mala leche en Inglaterra? Más le vale no haber tratado así a mi hermana.

Me apresuro a cerrar el grifo y me asomo a la ventana para verlos irse. Cuando el Audi de Jeff sale del aparcamiento, le grito a Chase:

—Ya puedes venir.

Entra a grandes zancadas. Se une a mí en la ventana y apoya un brazo junto a mi cabeza.

—Estoy preocupada por Scarlett —le confieso.

Chase me mira con complicidad.

—¿Porque Jeff le exige más obediencia que nosotros a Rocco?

—Más o menos.

Se acerca más a la ventana.

—Es un matón. Los hay a patadas en el reformatorio, solo que sin su ropa ni sus coches caros, pero en el fondo es igual que ellos. Solo quiere controlar a la gente. Disfruta abusando de su poder.

—¿Crees que era así con Rachel? —Me muerdo el labio.

—No sé. Han pasado tres años. La gente puede cambiar mucho en tres años. Mírame a mí. —Al girar la cabeza, veo que la suya está a escasos centímetros de la mía. Esboza una sonrisa autocrítica—. Yo era un gilipollas inmaduro, egocéntrico y sabelotodo que creía que mangarle el coche a su entrenador era lo más. No volvería a hacerlo ni aunque me pagaran un millón de dólares.

—Jeff fue a Inglaterra, no a la cárcel —le recuerdo.

—Ya, pero a lo mejor le pareció una prisión.

Me sonrojo. Eso fue lo que le dije a Chase, sin pensar, hace tiempo.

—Eh. —Me levanta la barbilla con el dedo—. No lo he dicho en ese plan. No te pareces en nada a Jeff.

—¿Insinúas que aún hay esperanza para mí? —Restriego la mandíbula por su dedo. Mi casa me parecía una prisión cuando conocí a Chase y respondí tratando de perder el control. En cambio, la reacción de Jeff es controlar a cuantos lo rodean.

—Sí —contesta con voz ronca.

Me olvido de Jeff por completo. Es difícil pensar en algo que no sea el chico que tengo delante cuando está tan cerca. Reparo en su camiseta, que sigue mojada. Se le ha arrugado hace poco por el centro, como si se la hubiera quitado, escurrido y vuelto a poner. Cerca del cuello hay una manchita seca.

—Me he dejado esto. —Al pasar el dedo por la tela de algodón, noto su clavícula debajo.

Se queda sin aire. Le acaricio el hueso y desciendo por el hueco poco hondo de la base de su garganta. Espero a que me pare, como hace siempre, pero no se mueve. Prosigo con mi exploración y bajo más. Por fuera Chase es duro: todo músculos, tendones recios y huesos, pero, por dentro, es un blando de corazón. Quiere que tengamos algo, pero lo que quiere él y lo que quiero yo se opone radicalmente a lo que deberíamos desear.

—No deberías hacer eso. —Sus palabras son ásperas, como si le costara horrores pronunciarlas.

—Anda que no.



Estoy cansada de esperar, cansada de hacer lo que los demás creen que debería hacer. Lo nuestro no tiene nada de malo.

Y no permitiré que pensemos lo contrario.

Me pongo de puntillas y lo beso. Se queda quieto, pero luego se le relajan los labios. Aprovecha que me coge de la barbilla para acercarme más a él. Se le escapa un gemido, uno que me estremece de placer. Lo grabaría con el móvil y me lo pondría en bucle todas las noches para dormir.

Me inclino hacia él y lo saco del muro de contención tras el que se ha parapetado. Me abraza y seguimos besándonos y besándonos y…

¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

Un morro húmedo se interpone entre nosotros. Al mirar abajo veo a Rocco separándonos a Chase y a mí con rabia. Menea la cola regordeta que tiene con furia.

Chase medio refunfuña, medio se ríe y se agacha a darle al perro un firme masaje detrás de las orejas.

—¿Tú también quieres mimitos, Rocco?

Aprovecho la intromisión para serenarme. No deberíamos darnos el lote en el curro. A lo mejor Sandy no lo vería con buenos ojos y no quiero arriesgarme a que me impidan pasar tiempo con Chase aquí. Estos momentos forman parte de las pequeñas cosas que me hacen seguir adelante a diario.

Respiro hondo unas cuantas veces y me aparto de la pared.

Chase no me mira lo que queda de jornada, pero yo no puedo apartar la vista de él. Como tampoco puedo dejar de tocarme los labios.

Me ha devuelto el beso. La Navidad se ha adelantado.

No se me borra la sonrisa ni al volver a casa y ver a mis padres con cara larga. Los saludo con la mano. Papá seguramente ha tenido un mal día en la ferretería y mamá siempre se queja de lo ineptos que son los agentes con los informes de gastos. Subo las escaleras como si flotara. Me mezo en la ducha y tarareo mientras me cambio.

Busco en Spotify la lista de reproducción más cursilona que haya, me tumbo en la cama y me entero de que existen grupos antiguos con nombres tan curiosos como REO Speedwagon y The Bangles. ¿Quién lo hubiera dicho?

Tras una hora escuchando música, me llama mi madre para que vaya a cenar.

—¿Tienes planes para Halloween? —me pregunta una vez que estamos todos sentados a la mesa. La temporada de calabazas naranjas está a la vuelta de la esquina.

—Scar a lo mejor da una fiesta. —Recordar a Scarlett me chafa un poco. Dejo el tenedor en el borde del plato.

¿Debería mencionar a Jeff? Decido que no. Si hubiera sido un capullo hace tres años, mis padres ahora no besarían el suelo que pisa. Papá, sin ir más lejos, cree que es el mejor chico del mundo. Además, no quiero contarles que está saliendo con Scar y que se cabreen. Mejor que no lo sepan.

Cojo el tenedor y sigo comiendo.

—Qué bien. Pues habrá que comprarte un disfraz.

—Si la dejamos asistir —dice papá con dureza. Lleva con cara de pocos amigos desde que nos hemos sentado. Seguro que ha tenido un mal día en el trabajo.

Mamá suspira.

—Dave, ya hemos hablado de esto. Beth lleva portándose de maravilla desde… —Deja ahí la frase, pero ya la completo yo.

«Desde que fue a comisaría a defender al asesino de nuestra hija. Desde que se fue a su casa cuando le registramos el cuarto e hizo vete a saber qué con él».

—De maravilla —repite papá. Me dan escalofríos, pues no parece que esté de acuerdo, sino que lo cuestione.

—¿Y el refugio? ¿Cómo ha ido? —Mamá mira preocupada a papá y se vuelve hacia mí—. Te has duchado nada más volver. ¿Ha pasado algo?

—Hemos bañado a los perros y apestaba a pelo mojado.

—¿Hemos? —repite papá, mirándome con suspicacia.

Me salta una pequeña alarma.

—El personal —contesto con la mirada gacha.

—¿Tú y Sandy?

Es su tono lo que me hace levantar la vista del plato: el tono que me indica que sabe que oculto algo. Primero miro a mamá y luego a papá. Lo saben. O, al menos, él lo sabe. Esta vez la alarma retumba. «Agárrate, que vienen curvas», me aconsejo.

—No, Chase y yo —respondo. Es la verdad, pero confío en que mis padres no me pregunten quién es Chase.

—¿Quién es Chase? —pregunta mamá.

Era mucho pedir.

—Trabaja en el refugio. Es buen tío. Es…

El puñetazo que mi padre le propina a la mesa es casi atronador. Los cubiertos tintinean con fuerza y un panecillo recién horneado se cae de la bandeja y rueda hacia mi plato. Lo agarro antes de que se caiga al suelo.

—Es Charles Donnelly —le dice papá a mamá, gruñendo.

Ella no da crédito.

—¿Cómo?

Papá se retira de la mesa con rabia.

—Lo que nuestra hija que se porta de maravilla no nos ha contado es que lleva trabajando con ese…, ese… criminal las dos últimas semanas.

Mamá ahoga un grito.

—Beth, ¿es cierto?

Aprieto el tenedor con el puño.

—Sí, y no es que pueda hacerle nada, por eso no os lo había dicho —digo mintiendo—; pero se ha portado muy bien conmigo.

Mi madre palidece.

—Trabaja contigo —dice como aturdida.

—No decido a quién contratan los dueños; pero no tienes que preocuparte porque trabajemos juntos…

—No nos preocupa —contesta mi padre—. Porque a partir de hoy no trabajará contigo.

Suelto el tenedor. Hace ruido al estrellarse contra mi plato.

—¿De qué hablas?

—He llamado al refugio y les he dicho que como sigan teniendo a un asesino a su servicio me encargaré personalmente de que les cierren el negocio.

Estoy anonadada. ¡¿Cómo?!

—No —digo, poniéndome en pie de un salto—. ¡Necesita el trabajo! Uno de los requisitos de la condicional es que trabaje a media jornada.

—Qué pena. —No lo lamenta lo más mínimo. Confía en que Chase vuelva a la cárcel.

Respiro hondo y trato de controlar mi ira, cada vez mayor. No me lo creo. ¿Cómo se ha enterado mi padre de…?

—Te lo ha dicho Jeff, ¿no? —pregunto en cuanto caigo en la cuenta. Será mamón. Y yo intentando protegerlo.

—Sí —masculla papá.

—Está saliendo con Scar —digo con malicia—. Así es como se ha enterado. Porque él y Scar han venido hoy al refugio.

—Sé que está saliendo con tu amiga. ¿Por qué no? A diferencia de otros miembros de esta familia, Jeff siempre ha sido sincero con nosotros.

—Es un error. Te equivocas —le digo a papá, pero ni se inmuta. Así que me vuelvo hacia mamá—. Por favor, mamá. Sabes que esto no está bien. Chase ya ha cumplido condena.

Para mi sorpresa, su respuesta es:

—¿Por qué lo llamas Chase?

Frunzo el ceño.

—Es su apodo. Ya no responde al nombre de Charlie…

Un estruendo me sobresalta. Papá le ha dado otro puñetazo a la mesa.

—No digas su nombre en nuestra mesa. No vuelvas a decirlo nunca. —Señala las escaleras—. Vete a tu cuarto si no quieres que haga algo de lo que me arrepienta.

No hace falta que me lo repita. No quiero estar aquí con ellos.

Subo las escaleras como un rayo, cojo el móvil y llamo a Jeff. En cuanto me saluda, me desfogo con él.

—¿Por qué le has dicho a mi padre que Chas…, Charlie trabaja en el refugio? ¿Por qué te molesta tanto?

—¡Porque es asqueroso que ande suelto! —me espeta—. Tiene que estar entre rejas.

—Ya lo ha estado tres años —replico, furiosa.

—Mató a tu hermana, Beth. Mató a nuestra Rachel.

No soporto que me lo recuerde. Como si no supiera que mi hermana está muerta; como si no supiera que Chase conducía el coche que la atropelló; como si nunca hubiera llorado su muerte.

—Castigarlo eternamente no va a hacer que vuelva —acabo diciendo. Procuro mantener la calma pese a que lo único que me apetece es gritarle por ser un metomentodo de mierda.

—Parece que te alegras de que esté muerta —replica.

—Vete a la mierda, Jeff. Vete a la mierda.

Menos mal que no estamos cara a cara y no me ve llorar de la rabia. Cuelgo y llamo a Chase, pero no me lo coge. Le envío un

mensaje.

Lo siento mucho.

Me quedo mirando la pantalla, deseando que me escriba o me llame. Al rato me llaman, pero no es Chase, sino Scarlett.

—¿Qué? —salto.

—¿De qué vas? —exclama.

—¡¿De qué voy yo?!

—¿Trabajas con Charlie? ¡Mató a tu hermana!

—Y vuelta la burra al trigo. Que lo sé, ¿vale? ¡Lo sé! —Tengo las mejillas mojadísimas y me hierve tanto la sangre que me tiembla la mano con la que sostengo el teléfono.

—Pues no lo parece. Jeff me ha dicho que cree que estáis saliendo. Es horrible, Beth.

—¿Por? ¿Por qué es horrible? —No le doy ocasión de discutir—. ¿Sabes quién es horrible? ¡Jeff! Me abandonó en la fiesta de Lincoln. Cogió el coche y se fue sin mirar atrás. Me dejó ahí tirada.

—No es lo que tengo entendido —dice. Su tono petulante hace que me den ganas de atravesar el teléfono y darle un bofetón—. A mí me han dicho que te estuvo buscando durante horas, pero que no te encontró porque estabas zorreando en la casa de un camello.

—En primer lugar, no era camello y, en segundo lugar, no habría estado en la casa de nadie si Jeff no me hubiera dejado en la calle. —Me seco las dichosas lágrimas—. Además, siempre te está diciendo qué hacer: cómo peinarte, qué ropa llevar. Te ha hecho cambiar de sitio en Cálculo.

—Vamos, que estás celosa. No te basta con ligarte al asesino; también quieres a Jeff. —Oigo su respiración agitada con fuerza—. Ya me advirtió que hablarías pestes de él porque te rechazó. ¡Das grima, Beth! Primero quieres tirarte al novio de tu difunta hermana, pero, como te da calabazas, coges y vas a por el tío que la mató. Si alguien aquí está mal de la cabeza, se equivoca y es horrible no es Jeff, ¡sino tú!

Y cuelga.

Me quedo mirando el móvil sin dar crédito. No me creo que me haya dicho algo tan feo. Scar y yo tenemos genio, pero jamás de los jamases nos hemos faltado así al respeto.

Decir que doy grima, estoy mal de la cabeza y soy horrible es imperdonable.

Me limpio los ojos con la manga y me levanto de la cama. Que le den a todo. A Scarlett, a Jeff, a mis padres. No merezco que todo el mundo me ataque constantemente.

Como no puedo ir al vestíbulo sin que me pillen, busco en el fondo del armario unas deportivas de repuesto con el cerebro trabajando a tope.

¿Qué he hecho mal estos tres años? He cumplido las reglas, he sacado buenas notas, he sido una buena amiga para Scar, he trabajado a media jornada y he sido voluntaria. Vale, me he escapado a alguna que otra fiesta este verano, pero ¿acaso eso es un delito? Tengo diecisiete años. Se me permite hacer estupideces de vez en cuando.

Y voy a hacer una ahora.

Chase no me ha contestado, así que lo llamo en vez de escribirle. Pensaba que me saltaría el contestador, por lo que me sobresalto al oír su voz grave.

—Hola —dice con brusquedad—. Me pillas en mal momento.

—¿Por? ¿Dónde estás?

—En Lexington Heights. Me van a pagar el trabajillo que hice el mes pasado con Jack.

—¿Te…? —Trago saliva—. ¿Te ha llamado Sandy o alguien del refugio?

—Sí —responde, cortante.

—¿Podemos hablar de ello?

—No. Ya te he dicho que no es buen momento. Llevo semanas sin ver a Jack y quiere que estemos de tranquis un rato.

—Vale. Quédate ahí. Voy para allá.

Ya va a objetar.

—Beth…

—Va en serio, Chase. Tenemos que hablar. Voy para allá. —Cuelgo; no quiero oír ni una queja más. Y cuando, al instante, me vuelve a sonar el móvil rechazo la llamada.

Jack… Es el tío que organizó la fiesta en la que conocí a Chase.

Es perfecto. Que mis padres vayan a la casa del alcalde a buscarnos, que ni Chase ni yo estaremos allí. Estaremos en casa de Jack.

No recuerdo el número de su casa, pero sí el nombre de la calle, que es lo único que tengo que decir en voz baja mientras pido un taxi por teléfono. A continuación, borro el historial de llamadas, pues sé que es lo primero que comprobarán mis padres.

Dejo el móvil en la cama. No puedo arriesgarme a llevármelo por culpa del dichoso GPS que le han instalado. Asimismo, decido despistarlos escribiendo una nota rápida para decirles que voy a casa de Scarlett y la dejo en la colcha.

La ventana pitará cuando salga por ella, pero me la suda. Solo significa que tendré que salir deprisa.

Y eso hago. En un santiamén, abro la ventana del cuarto y bajo por el enrejado que recubre el lateral de la casa. Sé que es lo bastante fuerte para soportar mi peso porque Rachel una vez bajó por el entramado de su ventana para encontrarse con Jeff a escondidas. Me pregunto si la intimidó para que lo hiciera. Es lo que le va: intimidar a chicas inocentes.

Capullo.

Para cuando llego a la base del enrejado y aterrizo en el jardín, estoy resollando, pero no dejo que eso me frene. Sigo corriendo; solo me atrevo a mirar atrás una vez. La puerta no se abre de golpe como esperaba. Aun así, eso no significa que mis padres no vayan a venir a buscarme, solo que aún no habrán visto las notificaciones del móvil.

Me da igual si se cabrean o mandan equipos de búsqueda tras de mí, tengo que hablar con Chase. Lo conozco, y que mi padre haya conseguido que lo echen del refugio será para él otra señal para

mantenerse bien lejos de mí.

Pues qué pena, porque yo no me voy a mantener alejada de él.



Tal y como le he pedido, el taxista me recoge a cinco manzanas de mi casa. No tardamos mucho en llegar a Lex. Se me acelera el pulso cuando paramos en el camino de acceso de la casa destartalada que tanto me suena. Chase me espera en el porche delantero.

—No tendrías que estar aquí. —Es lo primero que me dice tras llegar corriendo. Su tono es rotundo; está muy serio.

—Necesitaba verte —replico mientras me adelanto y me dirijo a la puerta principal. Por si acaso, no quiero estar a la intemperie.

Chase me sigue dentro y me agarra del brazo.

—¿Tus padres saben dónde estás?

Pongo los ojos en blanco.

—¿Tú qué crees?

Maldice en voz baja.

—Vete a casa, cielo. Que estés aquí es una idea mala de cojones.

A pesar de sus duras palabras, me encanta que me haya llamado cielo.

—No me iré hasta que hablemos, Chase. Así que no discutas más

porque no vas a ganar.

Se vuelve a quejar.

—Pero bueno —dice una voz divertida—, así no se habla delante de una dama. —Un chico alto sale de la cocina y nos encuentra en el recibidor. Aunque no hablamos ni nos presentaron formalmente la última vez que estuve aquí, sé que es Jack.

—Eso, Chase —lo reprendo en tono burlón—. ¿Quién te ha enseñado modales?

—El reformatorio —gruñe—. Me los enseñó el reformatorio.

Jack y yo nos reímos.

—No era coña —replica Chase, molesto. Se vuelve hacia Jack—. Te presento a Beth, la chica de la que te hablaba.

Me da un vuelco el corazón. ¿Le ha hablado de mí a su amigo?

—La que no acepta un no por respuesta y se empeña en fastidiarnos la noche de colegas —responde Jack con una sonrisa.

Suspiro. No parece que le haya hablado muy bien de mí.

—Perdón por presentarme así —digo con timidez—. Pero es importante.

Jack se encoge de hombros.

—¿Quieres beber algo?

—No, gracias.

—Vale. Si cambias de opinión, la nevera está llena.

Sonrío agradecida. Parece un tío decente. No tengo ni idea del motivo por el que los chavales de Lex tienen tan mala fama. Todos los que he conocido son la hostia.

—¿Te importa si subimos? —pregunta Chase—. Por lo visto, tenemos que hablar.

—Sí —confirmo.

Chase me fulmina con la mirada, pero Jack sonríe.

—Claro. Si queréis pasar la noche aquí, podéis. —Le da unas palmaditas a Chase en el hombro—. Hacía tiempo que no te veía. Te he echado de menos.

—No creo que nos quedemos, pero gracias por la oferta —responde Chase mientras le hace un gesto con la cabeza a su

colega.

Qué feliz me hace oírlos hablar así. Y qué guay que alguien quiera pasar tiempo con Chase. Se lo merece. Muchísimo.

Chase vuelve a agarrarme del brazo.

—Va.

Subimos al mismo cuarto en el que…

Me pongo roja.

Chase se da cuenta y se pasa la lengua por el labio inferior, pero no de forma lasciva. Parece más bien nervioso.

—No te he traído aquí para…, ya sabes… —Señala la cama vagamente.

—Ya —respondo, y me sonrojo todavía más.

—Vale. —Se cruza de brazos—. Pues di lo que tengas que decir y vámonos.

Le echo una mirada asesina.

—Deja de portarte como un imbécil. Me estoy arriesgando a que me castiguen de por vida al venir aquí.

—Yo no te he pedido que arriesgues nada —dice refunfuñando—. La culpa es tuya.

—Caray, usted perdone por querer asegurarme de que estabas bien. —Mi tono destila sarcasmo—. Perdón por preocuparme por ti. ¡Cómo se me ocurre!

Se le crispan los labios.

—¿Has acabado?

—No. —Hablo con más ironía—: ¡Qué cara más dura tengo! —Entonces sonrío con dulzura y añado—: Ya. Ya he acabado.

Suspira. Me lleva a la cama y nos sentamos en el borde.

—No tienes que preocuparte por mí —me asegura—. Estoy bien.

Gimo con pesar.

—Qué va. Te han despedido.

—Sí, pero estoy bien. Ya encontraré otro trabajo.

Vuelvo a gimotear.

—En serio, Beth. Todo va bien. —Señala la puerta con la cabeza —. Jack ya me ha dicho que puedo reincorporarme a su equipo los

próximos meses. ¡Será por jardines que barrer! Y en nada habrá que quitar nieve.

Eso me anima. Jack ya había enchufado a Chase en su empresa de paisajismo, pero solo durante el verano.

—Entonces, ¿tendrás curro?

—Sí.

Siento alivio, pero enseguida se transforma en rabia.

—No me puedo creer que mi padre haya llamado al refugio para que te echen. Será cabrón.

—No, solo intenta protegerte. —El rostro de Chase está serio—. Ya le quité a una hija.

—Pero no a propósito. Fue un accidente.

—Accidente o no, fue culpa mía. Iba demasiado deprisa. —Se le rompe un poco la voz—. Cuando se metió corriendo en la calzada, me fue imposible parar.

—Me pregunto por qué —digo de pronto.

Mi comentario le hace fruncir los labios.

—Por qué ¿qué?

—Por qué estaría corriendo. —Noto una opresión en el pecho al imaginarme a Rachel metiéndose en la carretera, a oscuras, sin saber que estaba a punto de morir. Ella y Jeff habían ido a la fiesta que celebraba su amiga Aimee en su casa esa noche. Hasta donde yo sé, Rachel ni bebía ni tomaba drogas—. ¿Crees que estaría alterada? ¿Que no miró antes de cruzar? —pregunto. Un pensamiento informe flota en el fondo de mi mente, pero no lo comprendo.

—Eso da igual —dice Chase con dulzura—. Si no hubiera sobrepasado el límite de velocidad, podría haber frenado a tiempo; pero tenía dieciséis años y era idiota y atropellé a una chica con un coche robado. —Niega con la cabeza, creo que para sí mismo—. Tu padre me odia con razón, Beth. Siempre me odiará. Es lo normal.

Cada palabra me duele en el alma, como si me arañaran el corazón con una hoja sin filo. No soporto lo resignado que suena y, menos aún, que crea que merece que lo odien.

—Yo no te odio —susurro.

—Lo sé. —Descansa la mejilla en mi hombro. Su suave cabello me hace cosquillas en la parte inferior de la barbilla—. Pero tú también deberías.

—Nunca —digo con vehemencia.

Suspirando, levanta la cabeza para mirarme.

—Eres la persona más terca que conozco.

—¿Y?

Una franca sonrisa brota de sus labios.

—¿Y? ¿Esa es tu respuesta?

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que no lo soy? Ambos sabemos que soy terca de cojones.

Se ríe y me acerca a él, y me sorprende con un beso rápido en los labios.

Se me va a salir el corazón por la boca. Al instante le echo los brazos al cuello para que no se escape.

—Ya van dos veces en un día —bromeo.

—¿Dos veces?

—Dos veces que nos besamos —aclaro. Sonriendo, lo beso de nuevo y me aparto—. Ya van tres.

Junta los labios con los míos. Cuando enredamos las lenguas, exhalo un leve gemido.

—Cuatro —dice con voz áspera cerca de mi boca.

Después de ese dejamos de contar. No hemos subido por esta razón, pero no podemos evitarlo. No sé si será esta casa, este cuarto o este barrio prohibido, pero, sea lo que sea, no puedo quitarle las manos de encima y él tampoco puede dejar de tocarme. En algún momento tendremos que parar.

Pero no ahora. No en un buen rato.

Por desgracia, soy la única que piensa así. Chase recula y sitúa su cuerpo grande y cálido a una distancia excesiva del mío.

—Creo… —empieza.

Me inclino hacia él.

—¿Qué crees?

Se levanta.

—Que esta tiene que ser la última vez.

—¿La última vez de qué? —pregunto, confiando en que no note lo aterrada que estoy.

—La última vez que nos veamos.

El pánico aflora en su máxima expresión.

—Ni de coña.

—Beth…

—No —lo interrumpo—. No vamos a dejar de vernos. Nos vamos a ver todos los días lo que queda de curso y luego nos mudaremos a Iowa juntos. Yo seré veterinaria y tú soldador y seremos felices y comeremos perdices. Punto.

—Tu padre seguirá viniendo a por mí. Y, como sigas escapándote para verme, seguirá castigándote.

—Me da igual. No puede castigarme más de lo que ya lo ha hecho.

—Me odia —dice Chase sin ambages—. Todo Darling me odia, Beth.

—Pues tendrán que aprender a perdonar —replico—. El accidente es agua pasada. Deberías poder ir con la cabeza alta, Chase. Ya has pagado por tus errores. No permitas que te juzguen.

Para mi sorpresa, se ríe. Una risa tétrica y falsa.

Lo miro ceñuda.

—¿Qué tiene tanta gracia?

—Nada. Nada tiene gracia. —Se aparta unos mechones de pelo de la frente—. Pero resulta un poco irónico que me digas que no deje que la gente me juzgue cuando es precisamente lo que haces tú.

Me quedo de piedra.

—No es verdad.

—Anda que no. Dices que me has perdonado, pero no veo que les cuentes a los demás que quedamos. Tus amigas no lo saben. Tus padres tampoco, aunque ahora quizá se lo huelan. —Se encoge de hombros—. En el insti finges que no nos conocemos.

Qué frustración más grande.

—¡Porque es lo que quieres tú! —arguyo—. Siempre me haces gestos para que no me acerque a ti en clase. O me lo dices directamente.

—Y no te culpo. Para nada —dice con cariño—. Pero no me vengas con que es agua pasada y que debería ir con la cabeza alta cuando tienes tanto miedo como yo de que te juzguen. Si no, no mantendrías nuestra relación en secreto.

Me quedo helada. Joder, tiene razón. Me da miedo el qué dirán.

Por eso he quedado con Chase a escondidas las últimas semanas. Por eso no hablo con él en ninguna de las clases que tenemos en común. Me digo que es porque quiere pasar desapercibido en el insti y, cada vez que me hace un gesto con la cabeza o me mira como diciendo «No me defiendas», me aferró a esas oportunidades como si fueran salvavidas y me estuviera ahogando en el mar. La única vez que di la cara por él, tras el incidente de la alarma antiincendios, todos me miraron como si me faltase un tornillo, hasta mis mejores amigas, y, de inmediato, volví a fingir que no nos conocíamos.

Chase me da a elegir el camino fácil en el insti y yo lo acepto. Cada puñetera vez.

—No te culpo —insiste, porque rezumo vergüenza por todos los poros—. Entiendo por qué no te pueden ver conmigo en público, por qué no puedes decirles a los demás lo nuestro, pero…

Con el alma en vilo, espero a que termine. Sé que no me gustará lo que va a decir. Sé que me va a doler muchísimo.

No me equivoco.

—Pero… —Sus ojos azules se clavan en los míos en la penumbra —… por eso mismo lo nuestro nunca funcionará.



El resto del finde es un absoluto calvario.

Cuando entro en casa, a trompicones, tres horas después de escaparme por la ventana de mi cuarto, mis padres están ahí para arremeter contra mí. No me entero muy bien de lo que me dicen ni de las amenazas que me lanzan. No los escucho, pues mi cabeza sigue en casa de Jack. Con Chase, que me ha dicho que lo nuestro no funcionaría.

No ha roto conmigo. Le he preguntado en concreto si era así, pero no.

Simplemente, no ve que tengamos futuro.

Se ha despedido de mí diciendo «Es imposible» y me ha dejado en un Uber que ha pagado él mismo. Esas dos palabras se me repiten como un disco rayado mientras estoy sentada en la sala de estar y mis padres me echan la bronca del siglo.

Saben que no estaba en casa de Scarlett ni con ninguna otra amiga. Por suerte, también saben que no estaba en casa de Chase. Por desgracia, lo saben porque mi padre ha irrumpido allí exigiendo

saber dónde estaba su hija. Por lo visto, el arrebato de papá ha aterrorizado a la madre de Chase, el alcalde ha amenazado con arrestarlo y mamá ha tenido que llevarse a papá al coche por la fuerza.

Cómo no, la culpable de todo esto soy yo: y una mierda. Que me haya ausentado sin permiso no justifica que papá haya ido a casa del alcalde a gritar como un poseso.

El domingo no me dejan salir de casa, ni siquiera para ir al refugio. Papá llama para decir que estoy enferma, lo que me da esperanzas, pues al menos esta vez no ha dimitido en mi nombre lo que significa que es probable que me permitan regresar el próximo finde.

El lunes por la mañana no podría estar más contenta de ir al insti. Mis padres me han vuelto a confiscar el móvil, así que no tengo ni idea de si Chase me ha escrito durante el finde, pero pretendo pillarlo por banda cuando vaya a la taquilla, antes de Cálculo Avanzado, para que me diga qué va a pasar con lo nuestro.

No tengo ocasión. Cuando me acerco a las taquillas de los mayores, Macy viene corriendo y no me da tiempo a buscar a Chase.

—¡Se rumorea que te has liado con Charlie este finde! —me dice a modo de saludo. Tiene los ojos vidriosos, pero no sabría decir si está celosa o decepcionada—. ¿Es verdad?

—Pues claro que no —miento. Me estremezco al recordar la amable acusación de Chase: que le oculto lo nuestro a todo el mundo.

—Entonces, ¿por qué se rumorea? —inquiere Macy con los brazos en jarras.

—Porque la gente es tonta —mascullo en voz baja.

—Scar e Yvonne no son tontas y son ellas las que lo dicen. —Su tono es cada vez más altivo—. Scar dice que tus padres han llamado a su casa este finde preguntando por ti porque les dijiste que estarías allí, pero que en realidad quedaste con Charlie en secreto. Está que trina.

No me extraña que Scarlett esté enfadada por haber mentido a

mis padres diciendo que iba a su casa, pero ¿por qué me da la sensación de que ha sido Jeff el que le ha metido en la cabeza lo de que estuve con Charlie?

—Pues si Scar e Yvonne lo dicen será verdad. —Estoy siendo sarcástica, pero me la pela. ¿Qué le da derecho a bombardearme con preguntas? Con quién me lío o me dejo de liar no es de su incumbencia.

—Macy —dice entre dientes una voz afilada.

Al darme la vuelta veo a Scarlett fulminando con la mirada a nuestra amiga. A mí ni me mira.

Macy me mira a mí y luego a Scar. Entonces se encoge de hombros y se pone del lado de Scarlett, literal y metafóricamente. Es obvio a quién de las dos apoya.

—Eh, Scar —digo con frialdad.

Pasa de mí. Tira del brazo de Macy y se van las dos juntitas, dejando una estela de hostilidad a su paso.

El dolor, la ira y la indignación me obstruyen la garganta. Que les den. Si son capaces de darme de lado basándose en la sarta de mentiras que les ha contado Jeff y lo que se rumorea sobre mí y Chase, que les den.

«No son rumores», me dice una vocecita. «Estás con Chase».

¿Seguro? Este finde ha intentado dejarme, así que no, ya ni sé qué somos y no puedo preguntárselo porque suena el primer timbre y tengo que ir corriendo a Cálculo Avanzado.

Ya está en su mesa cuando entro con paso airado. Con la cabeza gacha, como siempre. No me mira. Ni Scarlett ni Jeff ni Macy. Ni ninguno de mis compañeros.

Conque así está el tema. Soy la persona más odiada del instituto; pero me importa una mierda que todo el mundo pase de mí.

Solo me importa lo que opine una persona. Antes de que acabe el día, hablaré con Chase.

Le guste o no.

A Chase se le da de fábula evitarme durante las demás clases matutinas. Llega tarde a Física y se queda un rato hablando con Dvořák después de Historia de la Música. Cobarde.

El plan es seguirlo en la hora del almuerzo, pero la señora Tannenhauf me jode la marrana al interceptarme en el pasillo para mandarme a su despacho. No me deja alternativa.

—Tu madre ha llamado esta mañana —dice la señora T una vez que estamos sentadas.

Me enderezo al instante. A regañadientes, pregunto:

—¿Por?

La consejera escolar junta las manos encima de la mesa.

—Quería que el centro supiera que has tenido un fin de semana duro.

Me quedo a cuadros.

—Hombre, claro, ¡por su culpa! ¿A que no le ha dicho que han convertido nuestra casa en una cárcel? Hay alarmas en todas las puertas y ventanas, se lo juro.

La señora Tannenhauf me observa con detenimiento. Creo que se da cuenta de que no solo estoy furiosa, pues se le dulcifica la mirada.

—También me ha dicho que sospecha que tienes una relación con Charlie Donnelly.

Trago saliva. Porras. Sabía que mis padres lo sospechaban, pero que se me confirme me intranquiliza. Además, ¿los maestros pueden hablar con los alumnos sobre su vida amorosa? Me da que está fuera de lugar.

Y es la excusa que pongo.

—Me incomoda hablar de mi vida privada —digo con gazmoñería. Enarco una ceja—. ¿Desea comentarme algo más o puedo irme a comer?

Se le desencaja el semblante.

—Puedes irte —acaba diciendo.

Me levanto.

—Gracias. Qué buena charla.

—Beth —me dice antes de que abra la puerta—, si cambias de opinión, ven a hablar conmigo. Sabes que siempre estaré dispuesta a escucharte.

Asiento y salgo de su despacho. Echo un vistazo rápido a la biblioteca por si encontrara allí a Chase. Nada. La innecesaria reunión con Tannenhauf me ha hecho perder un tiempo valiosísimo y, cuando vuelvo corriendo a las taquillas, Chase no está. Sé de buena tinta que no come ni en el comedor ni va a Starbucks, así que ¿dónde narices se ha metido?

Me paso la hora del almuerzo recorriendo el instituto de arriba abajo, pero no hay ni rastro de Chase. No puede esconderse de mí para siempre: mi última clase del día de hoy es Español y resulta que él también va. Seguro que viene. No puede permitirse el lujo de saltarse clases y arriesgarse a tener otra mancha en el expediente.

Por desgracia, Scarlett también está en esa clase.

Ella y Jeff son las primeras personas que veo cuando me acerco al aula. Atisbo por la puerta abierta que la sala está vacía. Chase aún no ha llegado.

Me apoyo en la pared, no muy lejos de la puerta. Scar y Jeff me lanzan miradas hostiles y se ponen a cuchichear; vuelven a mirarme mal; cuchichean un poco más; se mofan de mí, y cuchichean otra vez.

Hasta que acabo poniendo los ojos en blanco y me dirijo a la parejita en voz alta.

—Si queréis decirme algo, hacedlo ya.

—Anda, Scar, si Lizzie recuerda que tiene amigos.

Me río, incrédula.

—Es verdad, soy yo la que ha olvidado qué es la amistad.

—Pues sí —dice Jeff con frialdad—. Por no hablar de que has olvidado qué es la familia. Te estás tirando al asesino de tu hermana.

Aprieto los dientes.

—No me lo estoy tirando. Solo trabajaba en el mismo refugio de

animales que él. No depende de mí. —Me remuerde la culpa cuando me percato de que lo estoy volviendo a hacer: me estoy distanciando de Chase al mentir sobre lo íntimos que somos en realidad.

Le refulgen los ojos.

—Y una mierda. A los cinco minutos yo ya lo tenía controlado, Lizzie. Llamé a tu padre y echamos al asesino ese. Tú en cambio solo te plantaste ante él con la camiseta mojada como la zorra que eres.

Scarlett palidece. No se me escapa que se estremece al oírlo llamarme «zorra».

Ignoro lo colorada que estoy y me centro en mi (ex) mejor amiga en lugar de en Jeff.

—¿Tú también lo crees, Scar? —le pregunto en voz baja—. ¿Que soy una zorra?

—Eeeh… —Se muerde el labio.

—Es justo lo que piensa —declara Jeff con tono arrogante—. Ella y todos.

—Cállate —le espeto—. Estoy hablando con Scar. —La miro a los ojos fijamente—. ¿Crees que soy una zorra?

Jeff la agarra de la nuca con ese ademán posesivo que tanto le gusta.

—Sí —dice con firmeza—. Lo cree.

Me centro en Scar. Es evidente que está nerviosa.

Pero no se lo rebate.

Se me cae el alma a los pies. Conozco a esta chica desde parvulitos. Durante todos estos años, hemos reído juntas, hemos llorado juntas y siempre nos hemos apoyado mutuamente. O eso creía. Es obvio que Scar prefiere caerle en gracia a Jeff que apoyarme a mí. Prefiere escuchar cómo me insulta y me llama «zorra» a defenderme.

Ahora que lo pienso, nadie me defiende. Gracias a Jeff, mis compañeros creen que lo dejé colgado en la fiesta de Lincoln para irme con un camello. ¿Acaso han venido Macy, Yvonne o Troy a

preguntarme mi versión de los hechos? ¿Acaso ha venido alguien? No.

Y yo aquí dando importancia a las opiniones de los capullos estos. ¿Qué más me dará lo que piensen ellos de mí? Estas personas no son mis amigas. Creía que sí, pero no. Mi único amigo de verdad es Chase. Es el único que me escucha, me apoya y se comporta como si le importase.

—Mira, el *follamigo* de Lizzie —dice Jeff con desprecio.

Se me acelera el corazón al ver a Chase. Va todo de negro y, a juzgar por lo poblada que tiene la barba color rubio oscuro, juraría que no se ha afeitado en todo el finde. Está guapísimo. Y resignado; se lo ve resignadísimo mientras me mira a mí y después a Jeff.

Ambos se sostienen la mirada. Durante varios segundos, el tiempo se detiene.

Chase se mete las manos en los bolsillos y agacha la cabeza.

Jeff se regodea de manera ostensible por haber ganado el duelo de miradas y haber hecho recular a Chase.

Qué indignación más grande. No hay derecho. No hay derecho, coño. Jeff no puede ganarle en nada a Chase. Jeff es un manipulador de mierda que disfruta atemorizando a chicas y chicos que no van a oponer resistencia.

Chase es mil veces mejor que Jeff Corsen. Es amable, comprensivo y ha pagado por sus errores. Se porta bien conmigo. No merece que lo traten como yo lo he estado tratando. Me asquea que piense que me avergüenzo de que me vean con él.

Inspiro hondo y con dificultad y busco el coraje que llevo dentro. Cuando lo hallo, doy un paso al frente y hablo con voz clara y serena.

—No, no es mi *follamigo* —les informo a Jeff, a Scarlett y a quienquiera que me oiga—. Es mi novio.

Se oye un grito ahogado.

Algunos cuchicheos.

Chase se queda atónito al oír mi confesión, pero no le doy tiempo a asimilar la sorpresa. Me dirijo a él con decisión, lo agarro del cuello

de la camiseta y lo acerco a mí.

Entonces, por si había alguna duda, lo beso en mitad del pasillo, delante de todos nuestros compañeros.

A la mierda lo que piensen los demás.

Solo me importa Chase.



Para cuando acaban las clases, se ha corrido la voz de que nos hemos besado. Chase y yo aguantamos las miradas y los cuchicheos en clase de Español, soportamos las pullas agrias que nos lanzan entre dientes al salir del insti, hacemos caso omiso de lo mal que nos miran en el aparcamiento.

Aún no ha llegado el bus, pero Chase no puede quedarse conmigo a esperarlo, lo que no le hace ninguna gracia. Desde que ha sonado el timbre, no ha dejado de murmurar que he sido una tonta por besarlo delante de todos y que estoy como un cencerro por gritar a los cuatro vientos que es mi novio.

Y, sin embargo, no me ha soltado la mano.

—Ojalá pudiera esperarme para asegurarme de que subes al bus sin problemas —me dice con pesar—; pero Jack me recoge en el Starbucks en cinco minutos. Tenemos que adecentar dos jardines antes de que oscurezca.

—Tranqui —le digo—. Total, soy la única de segundo de bachillerato que va en el bus escolar. —Malditos sean mis padres por

volver a confiscarme el coche—. Los de secundaria no se atreverán a meterse conmigo.

Se relaja. Asiente con brío y dice:

—En unas horas vuelvo a casa y luego me paso por la tuya. —El corazón me da un vuelco de felicidad, pero se me cae a los pies cuando agrega—: Tenemos mucho de lo que hablar.

Sí, cierto. Pero no vamos a hablar de lo que creo que quiere hablar él. No vamos a cortar; no vamos a dejar de vernos. Hoy me he posicionado: he elegido a Chase Donnelly por encima de las demás personas de mi vida y me niego a que haya sido en vano.

Me pongo de puntillas y lo beso en la mejilla. Me parece surrealista hacerlo a plena luz del día y a la vista de otros alumnos. Creo que a él también le da algo de miedo, porque, en cuanto le rozo la mejilla con los labios, hace un barrido de la zona con cautela.

—Iowa —le susurro.

—¿Iowa?

—Cuando los chavales de Darling te pongan nervioso, recuerda que en septiembre estaremos en Iowa y a nadie le importará si nos besamos en público.

Suspira.

—Aún no he aceptado ir a Iowa contigo.

—Claro que sí, pero lo has olvidado. —Le doy otro beso en la mejilla—. Hasta luego.

Me obsequia con esa sonrisilla comedida marca de la casa y se va con la bici.

Me paso la mochila a un hombro y espero a que venga el autobús amarillo. Está accediendo al aparcamiento cuando Jeff se me echa encima. Los faldones de su camisa blanca desabrochada ondean al ritmo de sus impacientes zancadas; casi tira al suelo a tres alumnas de secundaria por acercarse a mí.

—Déjame en paz —le advierto en tono gélido.

—No. Tenemos que hablar. —Me agarra la mano tan fuerte que me deja un moretón. Al ver que grito, me suelta rápidamente y masculla—: Perdona.

No lo siente. Solo lo dice porque tenemos público y no le interesa que nuestros compañeros piensen que es un maltratador de mierda. Encima se le da bien disimularlo.

Pero a mí no me la da. Lo fulmino con la mirada.

—No tenemos nada de que hablar porque no tengo absolutamente nada que decirte.

—Pues yo a ti sí, ¿vale?

Y dale con el acento de pega.

—Pues yo a ti no, ¿vale? —digo con retintín. Me dirijo a la fila de estudiantes que esperan para subir al bus.

Le brillan los ojos con fastidio. Se pone en jarras como si se estuviera aguantando las ganas de volver a agarrarme. Entonces exhala largo y tendido y dice:

—Quiero hablar de Rachel.

Finjo que no me inmuto, pero que su nombre salga de su boca me afecta. Me pone enferma que mi hermana estuviese saliendo con el tío este casi un año.

—¿Me has oído? —me pregunta, exasperado, al ver que me quedo callada.

Lo miro a los ojos con frialdad.

—Sí, te he oído.

Frunce el ceño.

—He dicho que quiero hablar de Rachel.

—Me da igual —respondo con una sonrisa enorme y falsa.

Me despido de él con un gesto igual de falso y alegre y subo al bus.

Papá me espera al llegar a casa. No me pilla de nuevas, pues anoche ya me informó de que, a partir de ahora, saldría de la ferretería a las tres todos los días para estar en casa cuando yo volviese. Sus empleados a media jornada estarán encantados de hacer horas extras. ¿Yo? No tanto.

—Puedes hacer los deberes en el comedor —me dice cuando me

quito los zapatos en el vestíbulo. Como de costumbre, el banco de Rachel está impecable.

—Tengo el portátil en el cuarto —mascullo.

—No, ya te lo he bajado. Me pondré a hacer la cena pronto, así que te agradecería que trabajaras en el comedor.

Lo dice con amabilidad, como si de verdad me dejase alternativa.

—¿Por? ¿Para que me puedas vigilar desde la cocina y te asegures de que no me escapo?

—Sí —dice sin rodeos.

Me quedo boquiabierta al verlo entrar en la cocina más tieso que un palo. Madre mía. No doy crédito. ¿Quién lo ha visto y quién lo ve?

—Qué chorrada —le grito—. ¡Si en menos de un año me piro!

Dejaré esta casa, este pueblo y a sus despreciables habitantes, aunque eso suponga que no iré a la universidad. No soporto otros cuatro años así.

Abatida, me dirijo a la mesa del comedor a regañadientes. Los números y las letras de la página flotan ante mí. No me concentro. La tele está encendida en la cocina, las sartenes tintinean al chocar con los fuegos, Morgan ladra. Al mirar arriba, capto un destello negro que cruza el patio a toda velocidad.

Ay, ay. Se ha debido soltar. Dejo el lápiz en la libreta y me levanto.

Papá aparece en la entrada con un trapo al hombro.

—¿Adónde vas?

—Fuera. —La cola de Morgan azota el columpio de Rachel, lo que mueve el asiento de madera.

Papá sigue mi mirada.

—Maldito chucho. —Coge el paño que lleva al hombro y lo estruja entre las manazas como si imaginara que es el cuello de Morgan.

—¡Espera! —Alargo el brazo para contenerlo—. Ya lo atrapará la señora Rennick.

—No deberían ni tener a ese animal. Él nunca está en casa y a ella siempre se le escapa. —Se dispone a abrir el pestillo.

Me arrojo a la puerta.

—Morgan es un buen perro. No va a hacer nada.

—Va a derribar el columpio de Rachel.

—Pues vuelves a colgarlo. ¿Qué más dará? —Me mantengo en mis trece. No voy a dejar que papá salga de casa si es para hacerle daño a Morgan. La muerte de Rachel nos ha vuelto a todos majaras si vamos a armar este escándalo porque un perro eche abajo su columpio.

Pero no soy rival para mi padre. Me aparta de un manotazo y se dirige al garaje. No sé si perseguirlo o ayudar a la señora Rennick a atrapar a Morgan. Elijo a Morgan y a la señora R.

—¡Este perro! —grita la señora Rennick mientras corro hacia ella. El perrazo da vueltas al árbol, lo que hace que el columpio vaya de lado a lado.

Me estremezco cuando el asiento de madera golpea el tronco.

—Yo iré por aquí. Usted vaya por allá —le digo a la señora R, señalando la dirección opuesta.

—Vale.

Nos separamos e intentamos acorralar a Morgan entre las dos. Él, cómo no, cree que estamos jugando y se escabulle a toda prisa.

Un silbido penetrante hiende el aire. Morgan se sobresalta y aprovecho que se queda quieto un instante para lanzarme sobre él. La señora Rennick me arroja la correa, la engancho deprisa al collar de Morgan y se lo entrego a su agotada dueña.

—Lo siento mucho, Dave —dice nuestra vecina mientras papá se acerca a grandes zancadas con un destornillador que sobresale de su bolsillo delantero y una escalera sobre el hombro. Morgan se tensa bajo el agarre de la señora Rennick—. Morgan ha vuelto a soltarse.

Él responde a la obviedad con un breve asentimiento, pero no se detiene hasta que llega al columpio de Rachel.

—Eeh, mejor me voy. Perdón otra vez.

Papá sigue sin contestar. En cambio, se centra en colocar la escalera.

—No pasa nada —digo para disimular lo borde que está hoy mi padre. Como propietario de un pequeño comercio local, suele ser muy majo con todo el mundo—. Adiós, Morgan. —Me despido del perrito con la mano. Este, ajeno a la tensión del ambiente, menea la cola la mar de contento.

—Llámame si vuelve a darte problemas —dice la señora Rennick, aunque no tengo claro si me habla a mí o a mi padre.

Vuelvo a contestar yo por él:

—Descuide, señora R.

Se despide de mí con un gesto y se lleva a Morgan. Papá baja de la escalera, tan solo unos segundos después, con el asiento de madera en las manos y la cuerda al hombro.

—Debería haberlo quitado hace años. Es un milagro que no esté más deteriorado. —Observa los tablones, desgastados tras tantos años expuestos al clima del Medio Oeste.

—Es solo un columpio, papá. Rachel no va a usarlo. Solo se columpia en nuestros recuerdos.

—No es solo un columpio, Lizzie. Es su columpio.

Desisto. Por mi amplia experiencia, sé que discutir con papá sobre lo que sea es un esfuerzo inútil, así que me ofrezco a echarle una mano.

—Ya lo llevo yo. ¿Dónde lo quieres? ¿En el garaje?

Niega con la cabeza. Se mete el asiento bajo el brazo y aun así logra plegar la escalerilla.

—Lo llevaré al estudio.

Qué decisión más cuerda.

Frustrada y más que dolida por no ser lo bastante digna para llevar el columpio, lo sigo sin prisa. De vuelta en casa, papá se va un momento a dejar el columpio sagrado en su estudio. Mis padres parecen dragones, atesorando las cosas de Rachel como si fueran reliquias.

Cada día tengo más claro que necesitan ir a terapia. Hace tiempo que dejé de sugerirlo, pero, con todo lo que ha pasado últimamente, creo que tengo que volver a sacar el tema. A lo mejor podría pedirle

a la señora Tannenhauf que me ayude a organizar una confrontación, o decirle a mi antiguo psicólogo experto en duelo que se pase por casa para una sesión de terapia sorpresa.

Sea como sea, mis padres necesitan ayuda. No pueden seguir así.

Las pertenencias que he dejado encima de la mesa se burlan de mí. No tengo adonde ir en esta casa.

—¿Cuándo me vais a devolver la puerta? —pregunto mientras papá pasa por el comedor para ir a la cocina.

—Cuando demuestres que podemos confiar en ti.

—No he hecho nada malo. No bebo, no tomo drogas, no me acuesto con cualquiera. Solo intento disfrutar de mi último año de instituto.

—Te has ido de fiesta, te has juntado con camellos y nos has desobedecido varias veces. —Coge el cuchillo y sigue preparando la cena.

—¡Porque vuestras normas son ridículas! —Siento la necesidad de patalear como cuando tenía cinco años.

—Sé que crees que me estoy pasando de la raya contigo, pero intento protegerte —insiste—. Ojalá lo entendieras. Las medidas de seguridad, cerciorarme de que no te juntas con la escoria, rastrearte… Es por tu bien. ¿Qué clase de padre sería si no protegiera a mi niñita?

—Pero, papá, así no me proteges. Me asfixias. Lo que le ocurrió a Rachel fue un accidente. Le podría pasar a cualquiera, independientemente de dónde esté. No puedes evitar que pasen cosas malas.

—Pero puedo intentarlo —dice, serio—. No podría mirarme al espejo si te pasase algo a ti también. No se trata de Rachel. Se trata de ti y de lo mucho que queremos que estés a salvo. Va, acaba los deberes.

Dicho esto, sigue troceando. Negación. Está en negación total.

Apretando los dientes, vuelvo al comedor y trato de concentrarme en mi tarea. Durante los siguientes minutos solo se

oye el golpeteo del cuchillo de papá en la tabla de cortar, hasta que de repente le suena el móvil.

—¿Diga? —responde con energía.

Me esfuerzo por oír lo que dice, pero solo lo oigo murmurar.

Al rato, entra en el comedor a la vez que se guarda el móvil en el bolsillo y me dice:

—Vamos a dar una vuelta en coche.

¿Una vuelta?

—¿En serio? He intentado hablar contigo seriamente y has pasado de mí. ¿Y ahora quieres que vayamos a dar una vuelta?

—Pues hablamos en el coche. —Hace una pausa—. Hablamos de la puerta.

Sé que me está manipulando. Lo sé y aun así se lo permito.

—¿Adónde vamos? —pregunto una vez sentada en el asiento del copiloto, mientras me abrocho el cinturón.

—A buscar a tu madre a la oficina. Tendrá el coche en el taller hasta mañana por la mañana.

—Por aquí no se va a su oficina —señalo.

—Es que primero vamos un ratito a otro sitio.

—¿Adónde?

—Ya verás.

El misterio dura poco, pues no tardo nada en caer en la cuenta. Cuando veo que la calle se ensancha y las casas son más grandes, ya sé quién lo ha llamado.

—Jeff y yo no nos llevamos bien —le informo.

Asiente sin pensar, como si ya lo supiera.

—Me ha dicho que habéis discutido.

—Entonces, ¿por qué me llevas a su casa?

—Porque tiene una caja con cosas de Rachel y me ha preguntado si querrías echar un vistazo con él.

—Te lo ha preguntado a ti, no a mí. ¿No crees que debería tener voz y voto en este asunto? —pregunto en tono seco.

—No, porque estoy de acuerdo con Jeff. Compartir recuerdos de Rachel hará que os reconciliéis.

Qué asco me da Jeff, joder. ¿De qué va usando a mi difunta hermana para ganarse la simpatía y el apoyo de mi padre? En cuanto lo vea le pego. Fijo que la caja es igual de real que la milonga que le contó a papá de que iba a montar un cenador en el patio trasero.

—¿Por qué bebes los vientos por él? Es imbécil.

—Es buen chico —replica papá—. Quería a tu hermana con locura.

—Ah, ¿sí? Porque a Scarlett la trata como a un trapo. —Sé que papá no va a dar media vuelta, así que, ya que estoy, aprovecharé para advertirle a Jeff que deje de maltratar a mi amiga.

Pero papá ignora por completo la acusación.

—Me ha dicho que no te parece bien que quiera protegerte del tal Donnelly.

—No lo dudo; pero ¿a que no te ha contado que hizo saltar la alarma antiincendios del instituto y que le echó la culpa a Chase? ¿O que se pasa el día regañando a Scarlett por cómo se viste y cómo se comporta?

—Qué exagerada eres. Te ha cuidado desde que regresó. Nos ha justificado tus actos —dice papá con un suspiro, como si eso convirtiera a Jeff en un tonto y un santo a la vez.

Se detiene frente a su casoplón.

Me tienta echar a correr hacia la casa del alcalde Stanton. Está a unas manzanas de distancia. Hemos pasado por su lado, pero fijo que Jeff se chivaría. Seguro que está en su salón, espiando por detrás de la cortina. A saber por qué quiere hablar conmigo.

—Va, entra. Te recojo en una hora.

Le echo una última mirada de hartazgo a papá y me obligo a salir del coche. Me dirijo a la puerta pisando huevos y llamo al timbre.

Me abre la madre de Jeff.

—¡Lizzie! —Me pega fuerte a su pecho.

Le devuelvo el abrazo con torpeza. Nunca le he dicho más de dos palabras. Joder, si ni sé cómo se llama.

Ella se aparta y me agarra por los hombros.

—Cada día te pareces más a tu hermana.

Rachel y yo nos parecemos un poco. Tenemos el mismo pelo rubio oscuro y los mismos ojos marrones, pero Rachel era más alta y delgada que yo. No nos parecemos tanto como para que la madre de Jeff se comporte como si fuera la hija pródiga que vuelve a casa tras treinta días en alta mar.

—Hola, señora Corsen. Jeff me ha dicho que tiene que darme una caja —digo sin ganas.

—Está abajo, en la sala de juegos. —Junta las manos con alegría —. Qué bien que estéis juntos. Habrá quien lo verá raro, pero yo creo que el dolor que compartís os ha acercado más. ¿Verdad?

—¿Juntos? —Confusa, frunzo las cejas. ¿Qué narices les cuenta Jeff a sus padres?

—Jeffrey estaba muy perdido cuando murió Rachel —dice con algo menos de alegría, por fin—. Se descontroló. Por eso tuvo que irse a Inglaterra, ¿sabes?

Esto no lo sabía yo, pero presiento que es importante, así que voy a fingir que sé de qué me habla.

—Sí, me dijo que se había sentido realizado —miento.

—Eso espero. Dios mío, eso espero. Tras el incidente con el hijo de Debbie me preocupé mucho, pero no se ha metido en peleas desde que regresó, y, desde entonces, todos se han portado muy bien con él.

—No, no se ha peleado. —Eso al menos es cierto, pero nunca había oído hablar del incidente con el hijo de Debbie, su ama de llaves.

—Debería haber estado más pendiente de él después del accidente de Rachel, pero ya sabes lo ocupados que estamos. —El padre de Jeff es un agente de seguros importante y se pasa casi todo el tiempo en Chicago, pero, hasta donde yo sé, su madre no trabaja. A lo mejor está liada con cosas benéficas o lo que hagan las ricachonas en su día a día.

—Los adolescentes pueden actuar con mucha discreción —comento mientras me pregunto qué clase de conversación es esta.

La señora se lo traga.

—Las pastillas eran lo de menos —confiesa—. Era su rabia lo que nos resultaba más… retador. Llega un punto en que ya no te vale que se disculpe con regalos.

—Cierto —digo, pero por dentro me pregunto: ¿qué haría Jeff? ¿Cómo de fuertes serían sus ataques de ira para que tuvieran que mandarlo a otro país? Cuando me dispongo a preguntárselo, Jeff se asoma a lo alto de las escaleras.

—Lizzie —dice.

—Beth —le recuerdo con tono glacial.

—Va, que tengo algo para ti. —Me agarra de la mano y me lleva abajo por los escalones alfombrados.

No le creo o, al menos, no quiero creerle, pero le sigo. Si de verdad tiene algo de Rachel, no quiero que se quede aquí. Recuerdo lo desdichada que era días antes de morir y lo distanciada que estaba de nosotros.

La vaga idea que tuve en su momento ha devenido en una preocupación enorme. Jeff era el motivo de su desdicha. Era el motivo de que dejase de sonreír, de que dejase de hablarnos. No merece tener nada suyo.

—¿Por qué no me lo habías dicho? Llevas un mes aquí.

—Acabo de encontrarla. No me acordaba de que la tenía.

Me lleva escaleras abajo. Su sótano mide lo mismo que mi casa, dispone de barra de bar y de una sala repleta de botellas de vino. Avisto una mesa de billar y una pared con ventanales que dan a la piscina, cubierta en invierno.

Dejamos atrás un salón enorme y entramos en una habitación con paneles de madera y dos sofás de cuero macizos que se miran. En un extremo hay una mesa de fieltro verde; en las paredes, cuadros de esos perros tontos que juegan a las cartas.

—Siéntate. —Abre un armario—. ¿Te apetece una copa? —Me enseña una botella de vodka.

—¿Y la caja?

—¿No quieres? —Sacude un poco la botella.

—No. Quiero la caja.

—Solo una.

—Son las cuatro de la tarde, no quiero una copa. —Miro mi reloj. Solo han pasado diez minutos, así que me quedan cincuenta. Me siento en el sofá—. Tomaré un refresco.

—Vale. ¿Desde cuándo eres tan estirada? —Pese a la queja, me sirve una limonada.

Me la deja en el regazo y se me acerca demasiado. Me alejo un poco y vuelvo a mirar la hora. El tiempo avanza más despacio que una tortuga.

—¿Tienes que ir a algún sitio? ¿Has quedado con tu novio el delincuente? —Se lleva la botella de licor a los labios.

—Mi padre me ha dicho que volverá enseguida, así que dame lo que tengas.

—¿Aún no te han devuelto el coche? —Chasquea la lengua—. Sé buena y te llevaré adonde quieras.

—Vale. Llévame a la casa de mi novio el delincuente.

Jeff levanta la botella y, por un instante, creo que me va a pegar con ella, pero se la lleva de nuevo a la boca. Me lo habré imaginado.

—Eres una cabrona, ¿lo sabías? —dice, y se pasa la mano por la boca.

—¿Eso es un insulto?

—¿Qué os pasa a las tías últimamente? Tú eres una cabrona y Scarlett una zorra. Con lo buenas que erais antes… —dice arrastrando las últimas palabras.

Agito una mano delante de mi cara para que no me llegue el pestazo a alcohol.

—A lo mejor no somos nosotras las que hemos cambiado.

—Qué va. Sois vosotras. Siempre sois vosotras las que cambiáis. Tú, tu hermana, Scarlett. No valéis la pena —masculla—. Os falta educación.

¿Tengo que pasarme otros (vuelvo a mirar el reloj) cuarenta minutos escuchando a Jeff despotricar sobre lo malas que somos las mujeres? Preferiría echarme lejía en los oídos.

—Gracias por tu aportación, pero ¿y la caja?

—Todo ese rollo de «las mujeres primero». El mayor mal de este mundo. Habéis pasado a odiar a los hombres.

Será mamón. Está claro que no hay ninguna caja de recuerdos de Rachel ni en este sótano ni en esta casa y, aunque la hubiera, lo que sea que conserve de ella no es importante. Como tampoco lo es el columpio ni preservar su espacio en el vestíbulo. Rachel no está en nada de eso; ella vive en los corazones de las personas que la quisieron.

Y Jeff no es una de ellas.

No sé a qué juega, pero me niego a participar.

—Lo que tú digas. Yo me piro. —Volveré a casa andando.

Sin embargo, antes de que llegue a la puerta, Jeff se me planta delante y se le derrama el vodka en la mano.

—Joder —dice—. Mira lo que me ha pasado por tu culpa.

Le aparto el brazo para pasar.

—Ha sido culpa tuya. —Yo ya tengo la cabeza en otra parte. Tengo que hablar con Scarlett. Me da igual que se enfade. Tenemos que hablar de Jeff. No la trata bien y lo que me ha contado antes su madre me ha dejado preocupada.

—Rachel siempre decía que eras más terca que una mula.

Me detengo con la mano en el pomo.

—Y que jugarías mejor al vóley si no sacaras conclusiones precipitadas —continúa. Lo oigo alejarse.

Me doy la vuelta para mirarlo. Rachel sí que decía eso de mi juego: que no me detenía a pensar dónde caería la pelota.

—¿A qué viene eso?

—Te lo he dicho. La he encontrado. —Jeff deja una caja de cartón mediana en la mesa de centro que hay entre los dos sofás. Resulta que sí tiene una caja.

Suelto el pomo y me acerco a él, pero freno en seco.

—¿Por qué te mandaron a Inglaterra? —pregunto con tiento.

—Porque le metí una paliza al hijo del ama de llaves —contesta sin rodeos—. Me apuntaron a un programa de mierda para controlar

la ira; además, tuve que ir a rehabilitación por las pastillas.

Me sorprende su franqueza.

—¿Qué pastillas?

—Oxicodona. Nada serio.

—Hombre, algo serio sí que debió de ser para que fueras a rehabilitación. —Lo miro ceñuda—. ¿Por qué pegaste al pobre chico? ¿Qué te hizo?

—Se me puso chulo y me acusó de ser responsable en parte de la muerte de Rachel.

Se me acelera el pulso.

—¿Y eso?

—Discutimos, pero creo que ya te lo imaginabas. —Jeff hurga en la caja y saca un cepillo del pelo. Es marrón claro y tiene mechones rubios. El cepillo de Rachel.

¿Lo ha guardado todos estos años? Me pregunto qué más tendrá en la caja. Me acerco poco a poco.

—¿Por qué discutíais?

Se da golpes en la mano con el cepillo.

—Pues no me acuerdo. Hace mucho de eso. Además, me duele recordarlo.

Tira el cepillo y saca una camiseta. Por el color, juraría que es del instituto. ¿Piso también es de Rachel? Me acerco aún más, hasta que estoy a menos de un metro de la mesa.

—Guardé todo esto porque no quería pensar en ella, pero eso es feo. Tenemos que pensar en ella. Por ejemplo, ¿tú crees que Rachel querría que salieras con el tío que la mató? Porque yo no. —Se mueve tan deprisa que no lo veo venir.

Me retuerce tanto la muñeca que me duele. Chillo y caigo de rodillas. Al momento lo tengo encima, aplastándome.

—¡Quítate de encima! —le grito.

—¿Qué es lo que tanto te gusta de Donnelly? ¿Que no está bien? ¿Estás mal de aquí o qué? —Jeff me da golpecitos en la frente. Su mirada se ha vuelto torva y febril y su mandíbula está más tiesa que la piel de un tambor.

Forcejeo debajo de él.

—Suéltame, imbécil.

—Las chicas como tú tienen que empezar a escuchar a los chicos como yo o saldrán perjudicadas. No querrás eso. —Me coge de ambas muñecas con una mano y me estira los brazos por encima de la cabeza.

Giro la cara para morderle el brazo, pero lo aparta. Nunca me he sentido tan indefensa. Jeff me saca quince centímetros y pesa veinte kilos más que yo. Se está dejando la piel para someterme.

El corazón me va a mil.

—¿Q-qué haces? —Balbuceo—. Suéltame.

—No hasta que me escuches. —Se acerca a mi cara como si fuera a besarme.

Giro la cabeza hacia el otro lado y esta vez no tartamudeo.

—¡Qué te quites, cabrón!

Me tapa la boca con la mano. Se la muerdo. Maldice, pero no la retira.

—Escúchame —insiste—. Tranquilízate y escúchame.

No puedo respirar de lo fuerte que me aplasta los pulmones. Pienso en un montón de cosas a la vez: que es Jeff, el novio de mi hermana; que su madre está arriba; que está saliendo con mi mejor amiga.

Que me está haciendo daño. ¡Me está haciendo daño!

Me resisto de nuevo.

—Esto es lo que el tal Donnelly te hará, Beth, como no dejes de juntarte con él.

Cuela una mano entre los dos y hurga intentando agarrar la cintura de mis pantalones. Me retuerzo lo suficiente para que se suelte, pero vuelve a la carga.

—Eres tú el que me está haciendo daño, Jeff. —Jadeo—. Ya vale. —Intento razonar con él—. Esto no es lo que querría Rachel.

Se ríe.

—¿Tú qué sabes? ¿Tú qué sabes lo que quería? ¿La escuchabas, acaso? No. Era yo el que la escuchaba. La cogía de la mano y le

secaba las lágrimas. Era yo el que la ayudaba a estudiar, la llevaba a entrenar, le elegía la ropa, leía sus conversaciones, espiaba sus llamadas… ¿Y para qué? ¿Para que me dijera que era posesivo y horrible? No, no. —Me raja la camiseta—. ¡No invertí tanto tiempo en ella para que rompiera conmigo! ¿Te enteras? —Escupe al gritar.

Me zafo de él y levanto las manos. Le araño la cara para librarme de él. Cuando vuelve a sujetarme las manos, me giro y meto los brazos debajo de mí. Jeff vuelve a partirse. Qué risa más espantosa.

—¿Así quieres que sea? ¿A lo perrito? —Me toca el culo.

Joder, esto está mal. Intento volver a girarme, pero está tumbado sobre mí.

Y entonces la puerta se abre.

Nos quedamos paralizados. Al mirar arriba vemos en la puerta a la señora Corsen, que trae una bandeja llena de bebidas. Por alguna razón, no se le cae; pero la mandíbula sí.

—¡Señora Corsen! —grito—. Ayúdeme. Su hijo me está haciendo daño.

—¿C-cómo? —tartamudea de la impresión.

—¡Es mentira! —exclama Jeff al mismo tiempo.

Su pánico momentáneo es lo que necesito para quitármelo de encima y echar a correr. Dejo atrás a la señora Corsen, subo las escaleras y salgo por la puerta. Atravieso el largo camino de entrada. Tropiezo con algo. Se me sale el zapato.

Fuera está oscuro y casi no veo la calle por culpa de las lágrimas.

Sigo corriendo.

Así se sintió Rachel. Lo sé. Esa noche intentaba huir de Jeff. Quizá estuviera llorando. Me paso una mano por la cara y avanzo a trompicones, porque sigo sin ver por las lágrimas.

Oigo un frenazo.

¡Piiiiii!

Al levantar la vista veo unos faros delanteros que vienen directos hacia mí.



Antes de que me dé tiempo a reaccionar, un objeto grande me golpea en el costado y me saca de la carretera de un empujón. Aterrizo con fuerza en la acera. Me falta el aire.

—¡Ay! —grito.

—¿Estás bien? —me pregunta alguien con apremio.

A su vez, otra persona brama:

—Aléjate de ella.

Por un instante vislumbro el rostro de Chase, pero entonces lo sustituye el de mi madre.

—Mi niña. Dios mío, mi niña.

Mamá se arroja a la acera y me abraza. Llora mientras me estrecha entre sus brazos. Justo detrás de ella veo a mi padre cerniéndose con aire amenazante, con una mano en la cadera y la otra pegándose el móvil a la oreja. Miro a ver si detrás de mamá está Chase. Juro que lo he visto.

—911. Sí, soy Dave Jones. Quisiera denunciar a Charlie Donnelly por agre…

—¡No! —Aparto a mamá y me abalanzo sobre mi padre para quitarle el teléfono—. No es necesario que vengan los servicios de emergencia —digo entre resuellos—. Nadie está herido. —Cuelgo y tiro el móvil lo más lejos que puedo.

—Maldita sea, Elizabeth. ¿Qué haces? Dame tu móvil, Marnie.

Mamá lo mira con indecisión.

—No. No. No. —Niego con la cabeza—. No lo habéis entendido: no estaba huyendo de Chase, sino de Jeff.

Señalo hacia su casa, solo para verlo a él al final del camino de entrada, mirándonos con ojos de cordero degollado.

—Puto cabrón. —La voz de Chase, saliendo de detrás del cuerpo rígido de mi padre, suena como un gruñido.

La amenaza espabila a Jeff, que da media vuelta y sale disparado hacia su casa. Corro tras él, pero Chase me lleva mucha ventaja y lo derriba. Se sienta a horcajadas sobre el ex de Rachel y le agarra del cuello de la camiseta retorciéndolo.

—¿Qué le has hecho? —dice como un rugido.

—Si lo estaba deseando —contesta Jeff entre jadeos—. Lleva provocándome desde que volví al instituto, diciéndome las ganas que me tenía. Siempre ha tenido celos de Rachel. Siempre…

De la nada, mi madre se lanza hacia delante y le da un bofetón.

—¡No hables así de mis niñas! —le espeta. Respirando con dificultad, se gira hacia mí y me pregunta—: ¿Qué ha pasado, cariño? ¿Qué te ha hecho?

—Me ha atacado. Iba a violarme. —Me levanto una esquina de la camiseta para que vean que está rota.

Detrás de mí, mi padre gime consternado.

—Ha engañado a papá para que me llevara a su casa con la excusa de que tenía una caja con cosas de Rachel; pero, en realidad, solo quería estar a solas conmigo —cuento con voz trémula —. Estaba enfadado porque había pasado de él. Me ha dicho que Rachel era igual, que se creía que sabía lo que le convenía y no lo escuchaba. Me iba a decir…

—Lo mato. —Chase le echa una mirada asesina a Jeff, que aún

yace debajo de él, y tira el brazo hacia atrás.

Me arrojo a su espalda y lo agarro del brazo. Lo último que necesito es que le revoquen la condicional.

—No. No vale la pena.

—Ya lo mato yo. —Papá nos aparta a los dos—. Pedazo de cabrón. Has hecho daño a mis hijas. —Levanta a Jeff del suelo y lo deja colgando como a un gusano.

—Señor Jones —dice Jeff con la voz entrecortada, intentando deshacerse de su agarre—. No puedo respirar.

—Y mi niña está muerta. —Papá le da un puñetazo que lo deja fuera de combate. Con un ruido angustiado y gutural, mi padre sacude el cuerpo inerte de Jeff y lo tira al suelo con repulsión.

Como si no soportara mirarnos a ninguno, se aleja y se queda mirando el cielo oscuro. El sol ya se ha puesto, pero la poca luz que hay me permite distinguir el perfil acongojado de mi padre.

—Creo que aquella noche discutieron —le digo a Chase—. La noche en que le robaste el coche a tu entrenador. Rachel salió corriendo a la calle porque Jeff la perseguía. Creo que eso fue lo que pasó. Jeff me ha dicho que era igual que ella y que me iba a enseñar la lección que Rachel nunca aprendió. Ella huyó de él, como yo. Fue un accidente —le imploro con la mirada—. Un accidente —repito.

—Ya.

—Entonces, ¿por qué sigues insistiendo en que es culpa tuya? —digo entre lágrimas.

—Porque es culpa mía, Beth. —Me frota los brazos de abajo arriba, hasta los hombros—. Que Rachel estuviera alterada, llorando o huyendo es lo de menos. Era yo quien iba al volante. Le quité la vida. —Me aparta con suavidad y se acerca a mi madre—. Lo siento. Ni se imagina cuánto.

Mamá lo toma de la mano.

—Sí que me lo imagino, Charlie. Sé que lo sientes.

—¿Papá? —digo para presionarlo.

Se niega a volverse. Se me cae el alma a los pies porque, en el fondo, sé que nunca perdonará a Chase.

—Fue un accidente —dice mamá con voz trémula—. ¿Verdad, Dave?

Papá suspira, no quiere admitirlo por nada del mundo.

—Sí, un accidente.

—Casi te atropellamos, Beth —dice mamá con la voz teñida por la emoción.

La rodeo con un brazo y al instante se pega a mí. Me sorprende lo frágil que la noto.

—Estábamos discutiendo sobre cómo te tratamos y tu padre no iba mirando la carretera. —Se aparta de mí y vuelve a cogerle la mano a Chase—. Gracias por salvar a nuestra niñita.

Él asiente sin fuerzas.

—Ha sido un milagro que justo estuviera volviendo a casa en ese preciso instante. He visto a Beth salir corriendo y me he bajado de la bici de un salto para llegar hasta ella. —Hace un gesto hacia la bicicleta que hay tirada a un par de metros.

—Gracias —repite mamá. Alza la voz para añadir—: Estamos muy agradecidos, ¿verdad que sí, Dave?

Tras una pausa, papá dice:

—Gracias. —Da media vuelta y se dirige al coche. Hoy no cederá más.

—Os dejo solos un momento —dice mamá.

—¿Un momento? —repito, a modo de queja.

—Gracias —le dice Chase.

—Pero…

Chase me lleva aparte.

—Pasito a pasito, Beth.

—Tienen que perdonarte —susurro—. No deberías haber estado en la cárcel ni un solo día.

Chase niega con la cabeza.

—Me alegro de haber ido a prisión. Me alegro de que me hayan castigado. A ver, sí, odiaba estar allí, me asqueaba y a veces sentía que iba a volverme loco, pero que me castigaran me ayudó a poder vivir conmigo mismo. Robé un coche y maté a tu hermana, Beth, y

no podría vivir con ello si no me hubieran castigado. En el mundo debe haber equilibrio. No sé si tres años bastarán para compensar lo que hice.

Veo seriedad en su mirada y oigo sinceridad en su voz; sin embargo, detrás está la culpa que lo carcome. Chase lucha con sus propios demonios. Nunca entenderé del todo su perspectiva, pero puedo tratar de empatizar con él.

Creo que es lo que me pide: comprensión. La batalla que libra consigo mismo no me incumbe, lo incumbe a él. La mía es con mis padres. Tengo que limar asperezas con ellos y Chase debe asumir la culpa.

Y no podremos estar juntos hasta que no lo hagamos.

—Muy bien —digo en voz baja—. Pues hazme un favor.

—¿Cuál?

—Primero, deja de vivir en el sótano. No soportas estar ahí y es una tontería que sigas castigándote así.

Asiente despacio.

—Trato hecho.

—Vale. Segundo, cámbiate de insti. —Le levanto la mano cuando veo que va a objetar—. Escúchame: hablas de equilibrio y de que habría que castigarte por tus actos, pero mi pregunta es la siguiente: ¿cuándo acaba el castigo? Porque el tribunal dictó sentencia y la cumpliste. ¿De qué va a servir que vayas a Darling, aparte de para hacerte más daño? Tu sufrimiento no nos devolverá a Rachel. Que mis padres finjan que está de colonias no hará que vuelva.

A juzgar por el ruidito de aflicción que oigo a nuestra espalda, deduzco que mi madre habrá oído el último comentario. No, la acusación.

Bajo la voz y sigo hablando.

—Que yo haga como si no me importara que haya muerto no la hará menos muerta. Lo mejor que podemos hacer es vivir la vida que nos queda lo mejor posible. —Trago saliva—. Para mí, empieza por admitir que no soy la única que sufre; para ti, significa dejar de

castigarte. Necesitas hacer borrón y cuenta nueva, ir a un instituto en el que no lo sufras todos los días.

Se pasa una mano por el pelo.

—En el que no te vea todos los días.

—Aún nos queda el árbol —respondo intentando sonreír, aunque sin éxito—; pero el columpio ya no está.

No, no está. Porque Rachel se ha ido; pero vive en mi corazón; en el de mis padres.

E incluso en el de Chase.

Respira hondo y, al mirarme a los ojos, los suyos rezuman pesar.

—Creo que es mejor que no quedemos en el árbol. Es demasiado doloroso para mí —dice con voz ronca—. Deberías dedicarte a reconciliarte con tus viejos. Y yo… debo sanar. La próxima vez que te vea, no quiero sentirme culpable. No quiero que mi sentimiento de culpa ni Rachel se interpongan entre nosotros.

—Brindo por eso.

—Supongo que entonces solo nos queda… —y agrega, susurrando—: Iowa.

Me sobresalto un momento y le sonrío con pena.

—Iowa —musito.

Nos miramos a los ojos mientras lo asimilamos todo. Sé que es lo correcto, pero la sensación es horrible, como si me partiese el corazón en dos.

Lo beso. Delante de mis padres, delante de Jeff, delante de quien pase por aquí. Lo beso porque será la última vez que nos besemos en mucho tiempo.

—Te esperaré —murmuro—. Ahí estaré cuando estés preparado. Cuando ambos lo estemos.

—Lo sé. —Traga saliva de forma visible y me obsequia con esa preciosa sonrisa de medio lado que pocas veces esboza y que tanto me gusta—. Que me esperes será ese algo pequeño que me impulse a seguir adelante.



La Universidad Estatal de Iowa está a seis horas en coche por el tramo de tierra más soso de la historia. Mamá y papá querían acompañarme, pero yo he preferido venir sola. Mis padres ahora van a terapia dos veces por semana y, aunque nuestra relación ha mejorado, los sucesos del pasado otoño han dejado un vacío imborrable por muy cicatrizado que esté.

Es lo que tiene la muerte de Rachel. Es un vacío en mi alma que ya ha sanado, pero de vez en cuando algo me recuerda a ella y, a veces, esos recuerdos me apenan y, otras, me alegran.

Llego a la residencia a media tarde. Hay padres por todas partes. Por un instante me arrepiento de estar sola, pero así quería que fuese. Quería hacer borrón y cuenta nueva en la medida de lo posible.

En Darling siempre sería la hermana de la chica que murió y mis actos y mis reacciones siempre se medirían en función de ese momento decisivo. Por eso necesitaba alejarme de Darling. Igual que Chase.

Ambos necesitábamos empezar de cero.

Se cambió de insti a la semana de impedir que mis padres me atropellaran.

Oí que se marchó a Lincoln y me alegré por él. Los chavales de allí le montaron una fiesta de bienvenida; los de Darling le pusieron un apodo cruel. Maria, aquella chica tan guapa, parecía maja. Como también sus otros amigos.

Ni me llamó ni me escribió lo que quedaba de curso. Tampoco vino al refugio. Supongo que trabajaría con Jack. Nevó mucho en invierno, así que sus compañeros y él estarían ocupados.

Otra chica habría pensado que Chase la había olvidado; otro chico se habría alejado; pero estábamos hechos el uno para el otro, y eso no cambiaría jamás.

Una noche, a principios de diciembre, pasé por delante de su casa en coche. No parecía que hubiera nadie, pero entonces la señora Stanton salió a meter los cubos de basura en el garaje. Se fijó en mi coche y lo miró con extrañeza. Me agaché para que no me viera. Ignoro si lo hizo.

Durante las fiestas, mis padres y yo fuimos a Colorado a esquiar y a ver a la hermana de mi padre.

Pasé las vacaciones de primavera con la familia de Scarlett en Daytona Beach: una semana de sol y diversión. Scarlett y yo volvemos a llevarnos bien. Dejó a Jeff al día siguiente de que casi abusara de mí; fue la primera a la que llamé nada más volver a casa esa noche y, para mi sorpresa, me cogió el teléfono. Me conoce lo bastante como para saber cuándo estoy alterada de verdad y esa noche estaba histérica. Fue directa, sin pensárselo dos veces.

Me dijo que saber lo que había hecho Jeff fue el revulsivo que necesitaba y que la ayudó a darse cuenta de que la trataba fatal. A la mañana siguiente, me daba la mano en comisaría mientras mis padres y yo tramitábamos una orden de alejamiento…, pero en contra de Jeff.

Lo último que supe de él es que se apuntó a otro programa para controlar la ira. Papá quería que presentara cargos en su contra,

pero no me apetecía pasar por un juicio complicado, sobre todo porque habría sido mi palabra contra la suya, pues, a pesar de que pilló a su hijo con las manos en la masa, la señora Corsen de repente «olvidó» lo que vio aquella noche. Supongo que los ricos tienden a proteger a su prole de malvados; pero la policía de Darling tiene a Jeff en la mira y, con una orden de alejamiento en su contra, espero que aprenda a controlar la ira. Como también espero no volver a cruzármelo en la vida.

Pero me alegro de ver a mis amigas. Desde que Scar se liberó de Jeff ha vuelto a ser la misma de siempre y ya no deja que ningún hombre la mangonee. Reconoció que la cegó que Jeff fuera mayor que ella y, cito textualmente, tan «sofisticado», y que por eso no vio sus múltiples defectos. Jura que no volverá a cometer ese error.

Macy sigue siendo la excéntrica de siempre que no sabe a qué universidad ir. Yvonne ha entrado en Harvard y está que no cabe en sí de gozo. Las demás fardamos como si nos hubieran admitido a todas en una uni igual de selecta.

Mis amigas no me preguntan por Chase y yo no les hablo de él.

Ha habido días en que lo he maldecido por dentro por no ponerse en contacto conmigo.

«Cobarde. Me quieres y has huido. Te odio».

Pero no lo odio. Lo quiero y lo añoro, pero ambos decidimos separarnos. Él debía aprender a perdonarse y yo debía demostrarles a mis padres que no soy una niña egoísta e imprudente que necesita estar a su amparo. Quería que no tuviesen reparos para dejarme estudiar fuera.

Y aquí estoy, en la Universidad Estatal de Iowa. Tengo coche, móvil y supongo que puerta en mi cuarto. Estoy un paso más cerca de ser veterinaria. Solo un pasito, pero ahora me centro en lo pequeño y manejable, no en lo grande e inalcanzable, ¿verdad? Me centro en lo que puedo controlar y en lo que me impulsa a vivir.

Porque siempre hay algo por lo que vivir, algo por lo que estar agradecido, algo que esperar con ilusión.

Esa es la lección más importante que he aprendido de Chase.

Levanto la puerta trasera del coche y busco en el maletero la primera caja que llevaré.

—¿Necesitas ayuda?

La sonrisa que se me dibuja en la cara es casi incontenible. Hacía meses que no oía su voz.

Es el sonido más bonito del mundo.

—Estás aquí —digo con una satisfacción inmensa. Nunca dudé de que vendría.

—¿Dónde iba a estar si no? —Sonriendo, Chase se acerca y me pasa un mechón por detrás de la oreja. No va todo de negro, sino que lleva unos vaqueros descoloridos y una camiseta azul cielo unos tonos más claros que sus cautivadores ojos.

Se me va a salir el corazón. Y entonces, justo en ese momento, se me caen las lágrimas.

—Ay, porfa, no llores —dice con aspereza.

—No puedo evitarlo —le digo entre sollozos—. Ya hemos hablado de esto: lloro sin control.

Se ríe. Me retracto: ese es el sonido más bonito del mundo. Chase se está riendo; Chase está aquí. De verdad, está aquí.

Se me ha hecho muy cuesta arriba no verlo, no hablar con él, esperar tanto a que llegase este momento; a que la promesa de Iowa se hiciera realidad al fin. Pero he aprendido que ser adulta es duro. No me queda otra que aceptarlo.

Yo estoy viva y Rachel no. Tengo que seguir adelante pase lo que pase, ya que ella no pudo. Tengo que vivir por ella. Tengo que agradecer lo que tengo. Algo pequeño cada día, tal y como me enseñó Chase.

Así que ayer, ese algo pequeño a lo que me aferré fue al precioso atardecer que vimos Scar y yo mientras comíamos helado tumbadas sobre el capó de su coche. Nuestro último adiós antes de que venga a visitarme el mes que viene.

Anteayer, mamá quitó el nombre de Rachel de la pizarra. La semana pasada, papá volvió a colgar su columpio.

¿Y hoy?

Hoy es él.



ERIN WATT es el pseudónimo bajo el que se esconden Jen Frederick y Elle Kennedy, autoras de éxito en Estados Unidos. Su pasión por la escritura las embarcó en esta aventura creativa.

La princesa de papel es el primer libro de la saga Los Royal, una intensa y deliciosa trilogía que ha sido comparada con *Gossip Girl* y *Crueles intenciones* y que ha llegado a las listas de los más vendidos del New York Times y el Wall Street Journal.

JEN FREDERICK es escritora *best seller* de novela romántica, autora de las sagas *Woodlands* y *Gridiron*.

ELLE KENNEDY también es autora *best seller* de novela romántica. Sus obras se caracterizan por sus grandes dosis de suspense y sus fuertes heroínas.